
EL TALISMÁN
Y LA
SENTENCIA
DEL
HIGHLANDER
BILOGÍA INDEPENDIENTE COMPLETA DE
CARLOTA MANZANO

EL TALISMÁN Y LA SENTENCIA DEL HIGHLANDER

BILOGÍA INDEPENDIENTE COMPLETA DE

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

El talismán y la sentencia del Highlander. Bilogía independiente completa

Carlota Manzano

©junio, 2025

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

El talismán del Highlander

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

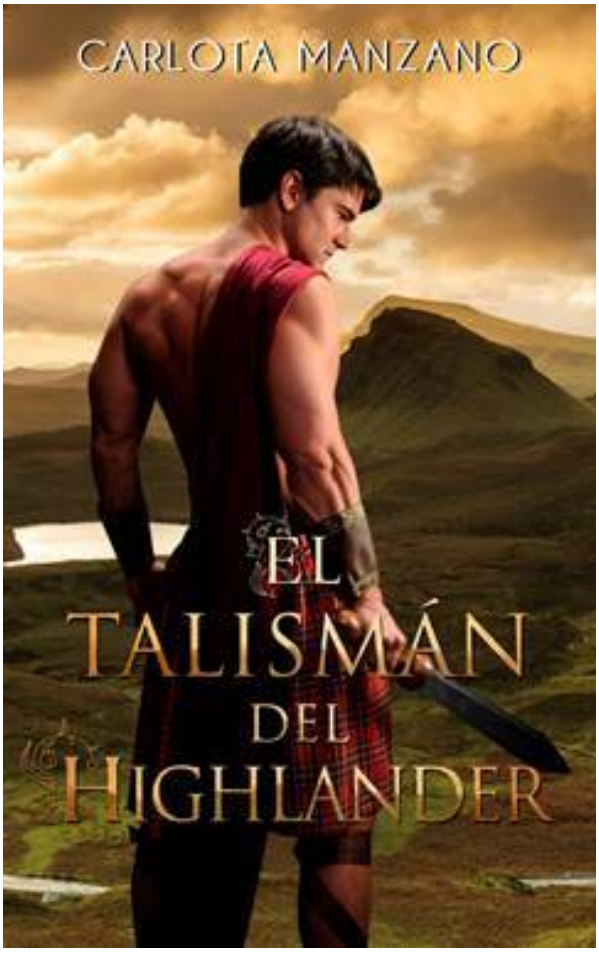
Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

La sentencia del Highlander
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

El talismán del Highlander



Capítulo 1



Escocia, año 1608

Tres clanes enfrentados: en uno se imponía la justicia y el honor, en otro, la ambición por el poder y el resquemor por las batallas perdidas, y el último bailaba al son que más le convenía estando en la mira de todos.

Los guerreros del clan Buchanan eran temidos por su fuerza, por su ferocidad y por sus valientes hazañas. Eran bien conocidos por su impetuosidad en la batalla. No eran pocos los que caían rendidos ante ellos y sucumbían ante la fuerza implacable de un ejército que lideraba con mano dura, pero justa, según sus normas, dónde el honor estaba por encima de todo.

El clan MacLaren era todo lo opuesto a esas convicciones. Su laird, ejercía su mando con mano dura e injusta, solo para su propio beneficio. A pesar de ello tenía muchos fieles, ya fuera por temor a la repercusión a hablar con claridad o porque tenían los mismos escrúpulos que su laird.

El laird del clan MacGregor era bien conocido por todos los jefes de las tierras altas de Escocia, tomaba las decisiones que más le convenían, fueran justas o no, para su propio interés sin importarle a quien tuviera que enfrentar y sin crear ningún vínculo de amistad ni lealtad. Por ese mismo motivo todos eran reacios ante su presencia, mirándolo siempre como posible traidor, sin ganarse el respeto de nadie.

El clan Buchanan y el clan MacLaren, dos clanes enfrentados durante un largo periodo de tiempo que parecía no tener final, en el que las batallas habían sido constantes. Unos aprovechando la más mínima oportunidad para intentar derribar a su adversario, otros, defendiendo lo que era suyo y contraatacando con ferocidad.

En una de esas reyertas algo salió mal para el clan Buchanan, sorprendiéndolos y abriendo una pequeña brecha…

—¡Padre! —exclamó el pequeño Kenneth muerto de miedo.

Tenía seis años y su sueño era convertirse al igual que su padre, en laird de su clan. Quería ser valeroso como él, al que admiraba y por el que sentía devoción. Todos lo respetaban, por eso soñaba con ser fuerte y valiente como su padre y que él y su clan se sintieran orgullosos de que algún día liderara como jefe.

Pero allí, al lado del cuerpo sin fuerzas de su padre cubierto de heridas, arrodillado junto a él, dejó salir los signos evidentes de su edad sin poderlo remediar. Tenía miedo, por lo que había vivido y visto, y porque su padre estuviera malherido.

—No te asustes, hijo —le habló su padre con voz débil.

—No lo hago —respondió con un nudo en la garganta, pero sacando pecho, levantando la barbilla para que viera que era valiente, a pesar de tener los ojos cubiertos de lágrimas.

Su padre sonrió sin dejar de observarlo, orgulloso al ver y reconocer al hombre que algún día sería, sin saber si podría ser testigo de sus logros.

—Señor —escuchó la voz de su comandante entrando en la tienda improvisada que habían montado para que reposara.

—¿Sí? —dijo casi sin fuerzas.

—Hemos rastreado los alrededores y no hemos conseguido que nadie nos preste ayuda —informó su comandante, Michael, entre desesperado por la situación e impotente—. Todos nos han cerrado las puertas antes si quiera de acercarnos, señor.

El laird Donald cerró los ojos ante esas palabras y los apretó durante unos segundos intentando encontrar las fuerzas que necesitaba. Tenían que seguir avanzando, encontrar otras tierras, no podían seguir tanto tiempo parados. Habían hecho un largo recorrido para los pocos días que habían transcurrido, a pesar de sus circunstancias, pero sin resultados.

No le preocupaba su vida, solo la de su hijo y la su gente, los pocos que habían conseguido escapar del horror de la unión inesperada de dos clanes enemigos, el clan MacLaren y el clan MacGregor. Había sido una masacre y llevaba sobre su espalda el peso de las muertes que había dejado atrás, con la esperanza de que todos los que consiguieron escapar ante sus órdenes se hubieran librado de la muerte.

Ellos eran un clan fuerte, de los más temidos, pero alguien de dentro de sus propias tierras, los que le debían lealtad y así había sido siempre, se la había jugado abriendo una brecha, metiendo al enemigo en su propia casa en la madrugada de hacía ya ocho largos días.

Tiempo que llevaba malherido. Seguía vivo y respirando gracias a su fuerza y determinación.

No había querido huir, un laird nunca abandonaba a los suyos. Enfrentaba hasta el final la batalla con todas las consecuencias. No hacerlo era una deshonra según su manera de pensar y el honor no le hacía tener otro pensamiento. Él era un jefe honorable, no hubiera dudado en morir con la espada en alto protegiendo lo que era suyo.

Pero esa decisión pasó a ser de Michael, su comandante. Después de una batalla encarnizada y ver como muchos de sus más leales y fieles guerreros caían, en la que él resultó muy malherido. Michael lo atacó por la espalda. Confiaba en él y nunca se esperó que su comandante y fiel amigo hiciera algo así.

Noqueado y sin ser consciente de nada, lo sacaron por los pasadizos secretos del castillo, junto a su hijo y parte de los miembros de su clan. En total cuarenta y cinco personas, entre soldados en los que se encontraban los de su guardia más férrea y personas de confianza de su casa, habían logrado alejarse de la batalla al ver el desastre que les había caído en desgracia.

Adentrándose en las montañas rocosas habían recorrido un largo camino, la mayoría de él sumido en la inconsciencia dado las graves heridas de guerra que soportaba su cuerpo. Cuando volvió a la vida y abrió los ojos, desorientado, enfureció por el acto de cobardía que suponía haber abandonado sus tierras, y, a pesar de la gravedad de sus heridas, se enfrentó a su comandante dejando claro que hasta que no muriera no tenía rival.

Pero solo fue en parte, porque arrodillado en la tierra y con la cabeza agachada, por primera vez sus ojos vieron a Michael abatido ante tal reacción y por lo que suponía su decisión. Dentro de él supo el motivo por el que lo había hecho, para salvar su vida y la de su hijo con la esperanza de fortalecerse y algún día recuperar lo que era suyo. Por ese motivo reconoció, entre dientes, el gesto que había llevado a cabo hacia su persona y hacia su familia.

Ya estaba hecho y poco más podía hacer, solo mantenerse con vida para que llegara el día en el que volviera a su casa, a su hogar, y vengara a todos los suyos masacrando a cuantos se cruzaran en su camino, reclamando lo que era suyo por ley. Oh, sí llegaría el día, pensó en ese momento con ansias de arrebatarles todo, incluyendo sus vidas. Arrodillado junto a Michael en la tierra, el laird Donald unió su frente con la de él, sellándolo con palabras y jurando que así sería.

Pero su estado había ido empeorando y tal como le había comentado Michael, nadie se atrevía a abrirles las puertas de sus casas para darles refugio ni ayuda. Y no era la primera incursión con el mismo resultado.

Abrió los ojos y fijó la mirada en su hijo. Este miraba sin pestañear a Michael siendo consciente de sus palabras, con lágrimas en los ojos.

—Tienes que ser fuerte, Kenneth —la voz de su padre; fuerte, ronca y rotunda le sobresaltó y lo miró—. Pase lo que pase tienes que serlo, hijo. Eres el futuro de nuestro clan, sé que ahora es mucha responsabilidad…

—Yo puedo con todo —respondió furioso, pero no con su padre, sino con la situación, bien lo sabía el laird.

—Escúchame bien, si yo muero, quiero que me prometas que el día en el que te conviertas en un gran guerrero, lucharás por lo que te pertenece, por lo que es tuyo por ley. Honrando a tu clan y a tu padre.

—¡No vas a morir! —gritó Kenneth levantándose del suelo de un salto, apretando los puños.

Salió corriendo de la tienda y Donald cerró los ojos, cansado, soltando un suspiro.

—Encárgate de él —le pidió el laird a Michael—. Dale su espacio, pero no lo pierdas de vista.

—Señor, Alistair tiene orden de no separarse de él, así se lo ordené, estaba haciendo guardia cerca.

El laird asintió conforme, no dudaba de sus guerreros y sabiendo que estaba en buenas manos se dejó llevar por la inconsciencia, con su comandante al lado que no se separó de él.

Capítulo 2



Kenneth corría desesperado. Las palabras de su padre le habían dolido tanto que no supo cómo gestionar sus emociones. Se sentía mal, realmente mal. Había perdido su casa, a sus amigos, a gente que quería y había visto con horror sangre y destrucción.

Solo tenía a su padre, a pesar de contar con los mejores guerreros que no se separarían de él, sentía que todo se le venía encima por el miedo. Nunca conoció a su madre, falleció al nacer él. Su padre le había contado muchas historias sobre ella y la tenía muy presente siempre, pero si su padre moría…

Retirándose las lágrimas con rabia de los ojos, no dejó de correr hasta llegar a la linde de un río, al que se acercó y en cuanto estuvo en la orilla, dio una patada enviando varias piedras hacia el río con la misma rabia con la que sus lágrimas no dejaban de salir de sus ojos.

—¿Qué te han hecho las piedras? —escuchó una voz que lo sobresaltó y giró en esa dirección.

—¿Quién eres tú? —dijo furioso por cómo se sentía.

—¿Y tú? Yo estaba aquí primero.

Una niña un poco más pequeña que él se levantó, poniendo las manos en su cintura. ¿Cómo osaba esa niña enfrentarse a él? Porque no lo conocía, pensó, si ese fuera el caso…

—Déjame en paz —dijo descortés y se giró hacia el río.

—¿Por qué lloras? —escuchó la voz de la niña más cerca, sin importarle cómo se había dirigido a ella y se puso en tensión.

—No te importa —respondió de la misma manera—. No lloro.

—Eso son lágrimas —dijo convencida la niña—. A lo mejor si me lo cuentas…

—¿Por qué? —se giró hacia ella.

—Por si puedo ayudarte —ella se encogió de hombros sin dejar de mirar sus ojos húmedos—. Mi mamá siempre dice que todo tiene solución menos la muerte.

En ese instante una cascada de lágrimas cayó de los ojos de Kenneth poniendo más nerviosa a la niña, sin saber qué decir o qué hacer.

—Mi papá está muy malherido —confesó hipando—. Nadie nos ayuda, no quiero que muera —levantó la mirada hacia la niña, había estado mirando sus pies.

—Mi mamá tiene unas manos mágicas —la mirada de la niña se iluminó captando toda la atención de Kenneth— ¿Sois de algún clan? —ladeó la cabeza la niña.

—Sí —se irguió con orgullo—, del clan Buchanan.

La niña agrandó los ojos con sorpresa al escuchar su respuesta y dio un paso hacia atrás, asustada. Había escuchado muchas historias de esos temidos bárbaros guerreros.

—Estáis muy lejos de vuestro hogar —dijo en un susurro la niña.

—Nos tendieron una trampa —le confesó. Lo había escuchado decir a la guardia de su padre y a él mismo.

La niña se llevó las manos a la boca, entre sorprendida y asustada. ¿Pasaría igual? ¿También ella le daría la espalda como los demás? Pero qué más daba… solo era una niña más pequeña que él, poco podía ayudarle, por ese motivo volvió a girarse quedando frente al río, pensando en que se iría y cuando se diese la vuelta, ya no estaría.

Sintió como le tiraban de su camisa y se giró enfadado.

—Puedo ayudarte —dijo convencida la niña.

—Eres una niña débil, no puedes hacerlo —respondió con rabia.

—¡No soy débil! —se puso de puntillas, indignada—. Algún día seré una gran guerrera.

Kenneth se puso a reír y más se indignó la niña.

—Las mujeres no pueden ser guerreras —dijo intentando calmarse.

—¿Eso quién lo dice? —volvió a ponerse las manos en la cintura.

—Todo el mundo lo sabe —se encogió de hombros él—. ¿Puedes ayudarme? —se dio cuenta de que podía perder la única oportunidad que tuvieran.

—Si me lo pides como se debe de pedir, lo haré —asintió conforme la niña.

—¿Cómo tengo que pedirlo? —frunció la frente Kenneth, desconcertado.

—¿Por favor? No estaría mal así —le sonrió la niña.

—Un futuro laird nunca haría eso —apretó los puños.

—Pero no lo eres, como tampoco yo todavía soy una guerrera. Lo seremos.

Kenneth se lo pensó, para él hacer eso iba en contra de todo lo que había visto. Se preguntó qué le diría su padre si estuviera allí y lo tuvo claro, le haría pedírselo por favor y hasta darle las gracias. Soltando un suspiro dio un paso acercándose a la niña.

—Por favor, no quiero que mi papá muera —le imploró.

La niña se emocionó ante su reacción y asintió decidida a ayudarlo.

—Soy Eileen —le ofreció la mano como los mayores.

—Yo Kenneth —se la agarró imitándola y conforme.

—Esperadme aquí futuro laird, volveré en un rato —la niña se giró y salió corriendo entre risas.

—¿Cómo sé que volverás? —gritó Kenneth.

—Siempre cumplo mi palabra, soy una guerrera honorable —le sonrió—, lo seré.

Alistair había presenciado toda la situación, resguardado al cobijo de un gran árbol. Al principio se tensó, revisando toda la zona sin perder de vista al hijo de su laird, pero después de comprobar que la niña estaba sola a pesar de lo pequeña que era, respiró tranquilo y fue testigo de toda la conversación.

El pequeño Kenneth se veía impaciente sentado en una roca grande. No dejaba de mover las piernas y no había dejado de mirar en la dirección por la que había desaparecido Eileen. Al pronunciar su nombre en su cabeza sonrió, le gustaba, nunca lo había oído. Como también soltó unas pequeñas risillas recordando las palabras que le había dicho. ¿Guerrera? Imposible, se puso recto. Una mujer nunca lo sería, él no había conocido a ninguna.

—Kenneth —escuchó la voz de Alistair y se levantó de golpe, poniéndose recto—. ¿Qué haces aquí chico?

—Respirar —dijo lo primero que se le ocurrió ante al imponente soldado de su padre.

Todos eran extremadamente grandes, estaba acostumbrado. Superaban la mayoría los seis pies de altura, el metro noventa. Musculosos, altos, de carácter serio, frío y reservado para quien no los conociera, inquebrantables. Pero él sabía que debajo de esa fachada, que a muchos les daba respeto y miedo, se ocultaban unos guerreros amables y cariñosos, con él siempre habían sido así y con la gente de su clan.

—Ya veo —levantó una ceja Alistair—, pero respirar también puedes hacerlo junto a tu padre o con nosotros.

—Es que… —se sintió flaquear por unos segundos y su boca habló rápido sin querer mentir, como le había enseñado su padre— He pedido ayuda.

Alistair sonrió, bien sabía lo que había hecho y por eso mismo se había acercado a él. No sabía quién vendría en poco tiempo y era su deber protegerlo.

—¿A quién? —se interesó Alistair como si no lo supiera, sentándose en la roca que había ocupado hasta hacía poco Kenneth, pidiéndole que se sentara a su lado.

La imagen de ese hombre fornido y grande hacía que esa roca, que para Kenneth era enorme, pareciera ridícula, y verlo con las piernas muy flexionadas provocó otra vez varias risillas en Kenneth.

—¿Qué pasa muchacho? ¿Qué es tan gracioso?

—Tú —acabó riendo—, la piedra parece de juguete junto a tu cuerpo.

Sus palabras hicieron también reír a Alistair, así estuvieron durante un rato.

—Te he hecho una pregunta… —insistió el guerrero.

Kenneth soltó un suspiro y volvió a mirar en la dirección por dónde Eileen había desaparecido.

—A una niña —susurró avergonzado, por lo que pudiera pensar él.

—¿A una niña? —se hizo el pensativo y Kenneth se ruborizó pensando en que se había equivocado— Ya veo.

—¿He obrado mal? —tragó saliva.

Alistair lo miró serio, repasando sus facciones comprobó que más serio de lo normal, hasta que sonrió un poco y cambió la expresión, haciéndole soltar el aire que había contenido.

—No, no lo has hecho. No pasa nada por pedir ayuda a una niña —le sonrió—. Es un gesto muy noble y habla muy bien de ti. Quizás gracias a eso, el laird pueda…

El retumbar de los cascos de unos caballos se escuchó con fuerza entre las montañas y Alistair se puso de pie, en guardia, ocultando a Kenneth detrás de él. El niño también escuchó los ruidos indiscutibles de varios caballos acercándose y no pudo evitar mirar a través de las piernas abiertas del guerrero en posición de guardia para no perderse detalle.

¿Era Eileen? ¿Lo había podido ayudar? ¿Curarían a su papá? O por el contrario… tragó saliva nervioso e indeciso y se agarró a las fuertes piernas de Alistair que tenía la mano en la empuñadura de su espada, a la espera de saber si tendría que utilizarla ante alguna amenaza.

Capítulo 3



En cuanto Eileen se alejó de su nuevo amigo, corrió rápido hacia su casa a través del bosque, siendo consciente de la gravedad de la situación, hacia el castillo de los Sinclair. Ella era la segunda hija de su padre, el laird del clan, por eso no podría ser la jefa de su hogar y ocupar algún día su lugar. Desde que fue consciente de ese detalle si no podía ser una cosa, sería otra, guerrera y protegería con su vida a su hermana.

Las hermanas se adoraban, ella tenía cinco años y su hermana dos más y Eileen siempre andaba detrás de Kirsty, hasta dormían muchas veces juntas, a escondidas, porque a Eileen le daba miedo la oscuridad y cuando las pesadillas la asaltaban se metía en la cama de su hermana.

—Moira se va a enfadar —escuchó una voz grave y frenó, provocando que al hacerlo tan de golpe casi se fuera al suelo perdiendo la estabilidad.

El comandante de su padre, Arthur, la miraba con desaprobación y levantando una ceja. Pero no la intimidó, se puso más recta y habló.

—No he hecho nada malo —dijo con convicción.

—Señorita —se acercó a ella y la cogió en brazos como si fuera una pluma —, no se miente.

—Yo no miento nunca —se justificó—. Solo he ido un momento al río.

—Sabe que está prohibido que salgáis sola —negó con la cabeza Arthur e intentó mantener la seriedad, pero era muy difícil viendo lo obstinada y tozuda que era la pequeña.

Tenía mucho genio, siempre había sido así, pero conseguía camelarse a cualquier guerrero por más imponente que fuera con su dulzura contrapuesta con su carácter. Todo lo contrario a su hermana mayor, que heredó la docilidad y dulzura de su madre. Eileen había heredado el temperamento y carácter de su padre mezclado con el de su madre, era difícil no caer rendido a sus pies.

—Moira no se enfadará —la vio dudar y acabó sonriendo— ¿Dónde está papá? Necesito su ayuda —se giró mirándolo de frente, entre sus brazos.

—Está en el campo de entrenamiento.

—¿Me puedes llevar hasta allí? —le imploró.

—Señorita, sabe que eso tampoco está permitido. Si su padre la ve allí…

—Pero es que es muy urgente —se revolvió entre sus brazos.

—¿Qué le pasa? —soltó un suspiro y la dejó en el suelo.

—Tenemos que ir cabalgando a por un herido —gritó, pero ya se estaba alejando de él entrando en el castillo.

Cuando Arthur consiguió reaccionar, arrugó el gesto y salió corriendo detrás de ella para pedirle explicaciones. ¿A qué se refería? ¿Qué había visto en el bosque? ¿Había estado en peligro? Ante esa posibilidad rugió de rabia.

Eileen entró traspasando las puertas de su casa, corriendo, seguida por Arthur. Empezaba a subir las escaleras que llevaban a las habitaciones, cuando escuchó la voz de su madre que provenía del interior del salón. Retrocediendo en sus pasos fue en esa dirección y corrió hasta ella.

—¡Mamá! —gritó a medio camino mientras cada vez estaba más cerca.

—Hija —se levantó su madre al verla en ese estado— ¿Estás bien? —la agarró de las manos cuando la tuvo enfrente.

—Señora —se inclinó Arthur ante la mujer de su laird.

—Arthur, te he dicho muchas veces que no es necesario que hagas eso siempre, sobre todo cuando no hay nadie alrededor —puso los ojos en blanco ella.

—Es mi deber —carraspeó él.

La madre de Eileen, Margaret, negó con la cabeza dando por perdida esa batalla una vez más y se centró en su hija.

—¿Qué te pasa mi niña?

—Tienes que salvar a un hombre, vamos —tiró de su mano intentando llevarla hacia la puerta, pero su madre no se movió.

—¿A qué te refieres? —hizo la misma pregunta que estaba deseando saber Arthur.

En ese momento la puerta principal sonó y el sonido inconfundible de las botas de su padre se escucharon contra el suelo de piedra. Eileen miró hacia la entrada del salón, quedando cubierta por la figura de su padre; alto y grande, ocupando casi todo el hueco. Soltó a su madre y se acercó a él rápido.

—Papá —dijo al frenar delante de él.

—¿Y ese nerviosismo hija? —le sonrió él, agachándose a su altura.

Era un decir, porque a pesar de haberse quedado de cuclillas aún era mucho más alto que ella.

—Papá, tenemos un problema —dijo seria y reafirmando sus palabras con un movimiento de cabeza, contenta por tener toda su atención.

—¿Qué problema se supone que tenemos, señorita? —preguntó su padre, pensando que sería algún juego de ella o cualquier cosa que se le hubiera pasado por la cabeza, a imaginación tampoco la ganaba nadie.

—Tenemos que ir en busca de un hombre herido, está en el bosque —dijo de carrerilla Eileen. Cada vez estaba más nerviosa.

Su padre frunció el gesto y miró a Arthur que estaba igual que él al volver a escuchar las palabras de su hija.

—Eileen —se acercó su madre—, cariño, ¿qué dices?

—Mamá, tienes que curarlo, tú lo haces siempre —le agarró de la mano intranquila.

—Hija, si eso es verdad —levantó la mirada hacia su esposo—, si tu padre lo aprueba lo ayudaré, claro que sí.

—Papá —lo miré Eileen.

—No —respondió rotundo James que así se llamaba su padre.

Arthur aprobó la decisión de su laird, su esposa tragó saliva y miró a su hija, y Eileen, ella tenía ganas de llorar porque sabía que cuando su padre decidía algo iba con esa decisión hasta el final. Tuvo ganas de gritar.

—Tenemos que ayudarlos —casi gritó Eileen, nerviosa.

—Que sea la última vez que me alzas la voz —la voz de su padre no subió de tono, pero fue lo suficiente seca para que Eileen supiera que le había molestado mucho su comportamiento—. Al principio has dicho "tenemos que ayudar a un hombre" y ahora "ayudarlos" ¿en qué quedamos?

—No sé cuántos son —bajó la cabeza avergonzada y con más ganas de llorar por haber faltado el respeto a su padre.

—Mírame ¿pequeña? —ante su voz calmada y cariñosa levantó la mirada — Cuéntame todo lo que ha pasado.

Y así lo hizo, le contó el momento en el que encontró a su nuevo amigo Kenneth en la orilla del río hasta que volvió y Arthur la encontró. Después de varias reprimendas por el peligro que habría podido sufrir, acabó en los brazos de su madre.

—Buchanan —se incorporó rápido su padre, en tensión, repitiendo el nombre del clan que le había dicho la pequeña.

—Papá… —habló con voz temblorosa, pero no por la reacción de su padre, era por el miedo de no poder ayudar a su amigo. Su padre la miró— siempre dices que el honor está por delante de todo…

—Así es —asintió James.

—Y que nunca hay que ir contra alguien desarmado e indefenso…

—¿A dónde quieres llegar jovencita? —la interrumpió Arthur, el fiel comandante de su padre.

—Eres un laird justo y sabio. Todo el mundo lo dice y te respetan —asintió orgullosa de él—, esas personas necesitan tu ayuda. El papá de mi nuevo amigo está muriéndose… si yo estuviera en esa misma situación haría cualquier cosa por salvarte, sin importar a quien tuviera que pedir ayuda — habló con lágrimas en los ojos y todos se emocionaron por la sabiduría que una niña tan pequeña era capaz de mostrar.

—¿Desde cuando eres tan lista? —se volvió a arrodillar su padre.

—Tú me lo enseñaste. No se puede dejar a nadie atrás, sea quien sea, si necesita ayuda. Siempre sabiendo que no hay peligro.

—¿Cómo sabes que no supone peligro para nuestro clan?

—Kenneth, mi amigo, estaba triste, desesperado porque no tienen ayuda, eso no miente.

—Seguramente nadie les ha dado cobijo —habló Arthur.

—El nombre de su clan asusta a muchos —asintió James.

—¿Y a ti, papá? ¿Te asusta? —quiso saber Eileen.

—No, ni lo más mínimo —le sonrió su padre—. Puedo tenerles respeto, son un clan muy fuerte y temido, pero no los conozco personalmente y las habladurías de la gente nunca me han impedido actuar según mis principios.

James se tomó su tiempo para volver a hablar, valorando todas las posibilidades, hasta que por primera vez cambió de parecer.

—Hay algo más… —prosiguió Eileen insegura.

—¿Qué? —arrugó el gesto su padre.

—Mi nuevo amigo me dijo que les habían tendido una trampa y por eso habían recorrido tanta distancia.

El laird fijó su mirada en su comandante, que se había erguido y puesto en tensión. Se incorporó despacio analizando la situación. Malditos traidores, rugió en su interior.

—Margaret —dijo con tono de voz seco a su esposa—, prepáralo todo, enseguida volveremos —ordenó, saliendo con grandes zancadas por la puerta seguido por Arthur—. Reúne a unos treinta guerreros, vamos a ver que se esconde en el bosque —le ordenó a su comandante que salió corriendo, obedeciendo sus órdenes.

—¡Papá! —gritó Eileen intentando alcanzarlo. Sus pequeños pies tuvieron que correr antes de que subiera a lomos de su caballo.

—Si lo que has dicho es tan grave tenemos que llegar cuanto antes, hija.

—Sí ¿puedo ir contigo? Si no me ve mi amigo no sabrá que vais de mi parte y se pueden asustar —lo miró nerviosa y con esperanza.

El laird se lo pensó detenidamente, donde había explicado Eileen que había visto a ese niño no había tanta distancia a caballo, si sucediera algo cualquiera de sus guerreros ya la habría puesto a cubierto antes incluso de empezar una batalla, por ese motivo asintió, haciendo que Eileen soltara un grito de alegría que lo contagió, provocándole varias carcajadas.

Demonios, qué carácter tenía su pequeña, pensó mientras la llevaba delante de él guiando a su caballo. Sonrió y la apretó contra él. Sería una gran dama algún día y se compadeció del hombre que osara conquistarla. Ocultó la sonrisa y espoleó a su caballo, había llegado el momento.

Capítulo 4



En la lejanía Alistair observó a una treintena de guerreros, acercándose a gran velocidad hacia su posición. Sin dejar de mirar al frente, apretó su agarre en la empuñadura de su espada y esperó con la paciencia y sabiduría que siempre lo acompañaban.

—Es ella —dio un pequeño grito el pequeño Kenneth, moviéndose nervioso e intentando salir del refugio de Alistair.

—Quedaros dónde estáis —habló rotundo y seco y el pequeño no tuvo más remedio que acatar sus órdenes.

Cuando pararon a pocos metros de distancia de ellos, sintió como los observaban desde sus caballos. Vio a la niña pequeña, que se revolvía en los brazos de un hombre grande, que intentaba sujetarla para impedir que bajara, como había hecho momentos antes él con el hijo de su laird.

Haciendo un repaso rápido supo que ese hombre era el laird y jefe de ese pequeño batallón, reconociendo el tartán del clan Sinclair. Dio un paso al frente, decidido y soltó la mano de su empuñadura para transmitirles que no era ninguna amenaza, demonios si podía con todos ellos en un solo pestañeo.

El caballo del laird recorrió los pocos metros que los separaban, seguido de cerca por el que supuso que sería su comandante, y se posicionó delante de él, atento a todos los movimientos de Alistair.

—¿Vuestro nombre? —preguntó con voz seca y rotunda.

—Alistair —respondió de la misma manera.

—¿A qué clan pertenecéis? —James miró alrededor durante unos segundos comprobando que estaba solo, con la figura de un niño que quedaba casi oculto detrás de él.

Bien sabía a qué clan pertenecía según la información que le había dado su hija, solo por eso, porque el guerrero que tenía delante, en ese momento, no vestía con el tartán de su clan.

—Al clan Buchanan —dijo con orgullo Alistair.

El laird asintió mirándolo fijamente.

—¿Vuestro tartán? —se interesó, no era habitual que un guerrero no lo portara, y menos si salían de su territorio. El hombre que tenía delante solo llevaba unos pantalones.

—Estaba lleno de jirones de la batalla, están intentando recomponerlo, pero nuestros recursos son escasos —le ofreció una explicación más que creíble Alistair.

El laird James Sinclair dio como buena la respuesta, ya que era muy habitual, pero para que eso sucediera la batalla habría sido de grandes proporciones y descarnada. Se fijó en las heridas que todavía no habían curado sobre su cuerpo.

—Papá, ¿puedo bajar ya? No me harán ningún daño, tú no se lo permitirías —se escuchó la voz de la pequeña.

El laird bajó la mirada hacia ella y sonrió con cariño. Alistair solo necesitó ver ese gesto para comprobar que estaba ante un buen laird.

—Eres muy impaciente pequeña —la reprendió, pero en su tono de voz no mostró enfado, más bien todo lo contrario.

Bajó de su caballo y ayudó a su hija a hacer lo mismo. Mientras Arthur, su comandante, saltaba de su caballo tomando la delantera sin separarse de ellos.

La niña salió corriendo hacia su nuevo amigo, sin que le intimidara la grandeza del guerrero que lo protegía y se puso enfrente de Kenneth, quedando al otro lado de las piernas de Alistair.

La imagen fue graciosa y en las caras de todos se reflejó el inicio de una sonrisa, al verlos cara a cara entre las piernas abiertas de Alistair que aún no se había movido, como si el cuerpo del guerrero fuera una puerta y estuvieran asomándose por ella.

—He cumplido mi palabra —habló la niña orgullosa de que así hubiera sido.

—Ya lo he visto, gracias —respondió emocionado Kenneth.

El pequeño le dio un tirón al pantalón de Alistair y este lo miró de reojo. Sabía que le estaba pidiendo permiso para salir de su protección y asintió conforme, sin perderlo de vista. Si el laird Sinclair había confiado en él para que se acercara su hija, no podía ser descortés, eran niños inocentes y allí no ocurriría nada.

La sonrisa de la niña en cuanto su amigo salió y quedó a su lado, hizo que su padre James, sonriera con cariño viendo la escena, pero enseguida su gesto cambió, dirigiéndose hacia Alistair.

—Perdonad mi descortesía… soy el laird del clan Sinclair, estáis en mis tierras. Mi hija me ha contado por encima lo que os ha sucedido y que necesitáis ayuda —dijo con voz ronca y autoritaria.

—Así es señor —Alistair hizo una inclinación por respeto ante el laird y los guerreros Sinclair aprobaron con agrado el gesto.

—Llevadnos hasta dónde se encuentra el herido —exigió James—. Os ofreceremos refugio hasta que sus heridas sanen y podáis emprender la marcha.

Soltando un suspiro, Alistair se lo agradeció emprendiendo la marcha sin demorarse. Por fin su laird podría curarse, de lo que no tenía ninguna duda. Con él caminando, llevando en los hombros al pequeño Kenneth, guio a los soldados hacia el campamento improvisado.

El revuelo que provocó la llegada del grupo de guerreros no pasó desapercibido para el comandante, Michael. Salió rápido de la tienda dónde había estado cuidando a su laird, alertado por el barullo que se había formado, encontrándose con una imagen que nunca hubiera imaginado.

Alistair, caminando con el pequeño Kenneth, se acercaba cada vez más hacia ellos, con pose relajada, lo que hizo que su tensión aflojara, seguido por un grupo de guerreros que no pasaba de la treintena del clan Sinclair, como pudo comprobar en cuanto quedaron a cierta distancia.

—¿Qué significa esto? —rugió con fuerza, pero sin sentir amenaza al ver los gestos y la expresión de Alistair.

—Nos prestan ayuda —confirmó Alistair, quedando frente a él.

Michael levantó la mirada encontrándose con que todos lo observaban, a la espera de que aceptara la ayuda.

—Soy el laird Sinclair —fijó la mirada en el hombre que empezó a avanzar hacia él, montado en su caballo.

Cuando se paró, bajó y llevó a una niña pequeña junto a otro de sus hombres. Empezó a caminar erguido.

—Estáis en mi tierra, sois mi responsabilidad ahora. Os ofrezco mi humilde ayuda si así la aceptáis.

Michael, emocionado por dentro ante sus palabras y al tener la posibilidad de que su laird sobreviviera, sin mostrar ningún cambio en su expresión, se acercó a él asintiendo y mostrando sus respetos. En ese momento más de una cuarentena de personas se agruparon a su alrededor, su clan, su familia, con la ilusión y la esperanza reflejadas en sus caras.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —se sorprendió el laird James que había entrado en la tienda junto a su comandante Arthur, recorriendo con la mirada varias veces el cuerpo inconsciente que yacía sobre un tartán en el suelo.

Las heridas de la parte alta del cuerpo eran mortales y no se veían bien después de tanto tiempo. La impresión no era buena y mirando de reojo a su comandante supo que estaba teniendo sus mismos pensamientos.

—Ocho largos días —fue la respuesta de Michael, posicionándose al lado del cuerpo de su laird en posición de defensa.

—Relájese comandante —ordenó serio James, reaccionando ante el gesto que había tenido ese hombre. No se lo tomaría como una ofensa, lo entendía y sobre todo lo honraba por querer proteger a su laird ante cualquier situación —. Desmotadlo todo, tenemos que partir de inmediato —ordenó dando media vuelta y saliendo de allí.

Lo hicieron tan rápido como lo habían montado. Subidos a sus caballos todos, parte del clan Sinclair, con su laird a la cabeza, los guiaron hasta su hogar. Michael llevaba a su jefe inconsciente, sujetándolo con fuerza a lomos de su caballo, mientras sus guerreros no dejaban de prestar atención a todo lo que los rodeaba, siempre en tensión.

—¡Margaret! —gritó James nada más traspasar las puertas de su hogar con grandes zancadas.

Su esposa que no se había movido de la puerta en todo ese tiempo, después de preparar todo lo que creía que iba a necesitar, se levantó del banco que había al inicio de las escaleras, acercándose a él.

—Dios lo cuide y proteja —exclamó mirando a su marido cuando transportaron ante ella un cuerpo inconsciente cubierto de sangre.

Estaba acostumbrada a ver todo tipo de heridas de guerra, de las más inofensivas a las más sangrientas que a muchos les daba pavor, pero lo que vio en ese instante la hizo tragar saliva y correr detrás de los dos hombres que transportaban al herido, dejando su cuerpo encima de una gran mesa siguiendo sus indicaciones.

James y Arthur la siguieron entrando al gran salón, junto al resto de los guerreros del malherido laird Buchanan, mientras el resto se quedaba fuera a la espera de noticias. James no perdió detalle durante todas las largas horas que su esposa corría de un lado a otro, concentrada en cada paso que daba. Era consciente de la difícil tarea que le supuso reconstruir y curar todas las heridas que quedaron a la vista en cuanto los guerreros a los que habían ayudado, despojaron de sus ropas a su laird.

Su hija pequeña tenía razón, su esposa tenía unas manos mágicas, era muy respetada, admirada y con una habilidad extraordinaria. La miró con orgullo y amor. En cuanto terminara su labor estaba seguro de que caería agotada, en ese momento la cogería entre sus brazos y la llevaría al lecho de los dos. La haría descansar como fuera, por mucho que ella se resistiera para poder observar el avance del herido, como bien sabía que sucedería.

—Papá —llamó su atención su pequeña Eileen, antes de que su esposa empezara.

—Sal de aquí ahora, hija —dijo calmado, pero con su tono de voz la pequeña supo que era una orden.

—¿No podemos quedarnos? —preguntó Eileen mirando a su amigo de reojo. Estaba inquieto y a punto de llorar.

Su padre fue consciente de lo que preocupaba a su hija y dio media vuelta para dirigirse a Kenneth, quedando frente a él.

—Tu padre es un gran laird —dijo con voz ronca captando la atención del pequeño—. Es fuerte, cualquier otro hombre en su situación ya estaría muerto —le habló con sinceridad, viendo como al pequeño se le escapaban varias lágrimas, asintiendo—. Haremos todo lo que nos sea posible para que se cure, pero para eso —los miró a los dos—, tenéis que dejar a los mayores ocuparse de las cosas importantes. Estoy seguro de que tu padre no querría que estuvieras aquí. Busca a Moira —le pidió a su hija.

Sus palabras fueron las más suave que pudo pronunciar y ante su pequeño discurso los niños se dieron la vuelta y subieron las escaleras, ante la prohibición de que salieran del castillo, al menos hasta que él mismo hablara con su clan, para informarles de la situación.

La entrada había sido tensa, el tartán del clan Buchanan habló por ellos mismos sin necesidad de pronunciar palabras. A pesar de la incertidumbre del clan Sinclair y el nerviosismo, aceptaron con su laird a la cabeza la situación, pero hasta que no hablara claro con ellos, directamente, no se quedaría tranquilo para que no hubiera ningún tipo de altercado.

Pasaron muchas horas y el nerviosismo y el miedo de Kenneth fue a más, irritándolo ante la preocupación de que no fueran en su busca para informarlo de nada. Eileen era muy consciente de su situación e intentó por todos los medios que su nuevo amigo se tranquilizara, contándole historias de su tierra, captando la atención del pequeño.

Hacía un tiempo que Moira, la criada de Eileen, los había dejado solos en la estancia de Eileen. Sentados los dos en la cama, con las piernas cruzadas, se miraban atentamente.

—Esto es para ti —cortó el silencio Eileen, llevándose las manos al cuello.

Cuando sus manos reposaron en la cama, Kenneth bajó la mirada, intrigado hacia ellas. Una estrella de cinco puntas decorada con varias piedras relucía entre sus manos.

—¿Para mí? —preguntó sorprendido.

—Sí —asintió conforme Eileen— Yo tengo otra —la sacó por encima de su ropa, enseñándosela—. Hasta ahora no significaban nada, bueno sí… —se quedó pensativa por unos segundos—. Mi mamá me las dio, tienen mucha historia según me contó —dijo emocionada—. Me hizo prometer que la compartiría con alguien importante para mí.

—¿Por qué yo? —quiso saber Kenneth que no salía del asombro.

—Hoy es un día importante, tu papá se va a curar —asintió feliz y convencida—. Como las manos de mi mamá no hay ningunas a lo largo del territorio. Por eso, y porque eres mi nuevo amigo —levantó su mano y se la ofreció.

—No puedo aceptarla —negó con la cabeza Kenneth—. No nos conocemos.

—Eso no importa, quiero dártela, te traerá suerte, como la de hoy —siguió con su convicción Eileen—. Cuando tengas miedo, cuando te sientas inseguro, agárrala fuerte con tu mano, eso mismo hago yo.

—Yo no tengo miedo nunca —tensó su espalda Kenneth.

—Porque serás un laird —ladeó la cabeza Eileen con unas risillas.

—Exacto —asintió con fuerza él.

—Hasta el más valiente de los guerreros en algún momento tiene miedo, aunque no lo diga —dijo convencida recordando las palabras de su padre—, pero no por ello es menos valiente. Cógela, te protegerá y nos unirá para siempre, será un símbolo entre los dos.

La sonrisa que le dedicó ella impidió que Kenneth siguiera negándose. Alargó la mano y cogió la estrella de cinco puntas, acercándosela a los ojos, admirando todos sus detalles.

—¿Tu mamá no se enfadará? —preguntó indeciso— Tiene que ser para alguien importante.

—Tú lo eres —dijo convencida Eileen.

—Pero… no tengo cómo ponérmela.

—Espera —pegó un pequeño grito Eileen saltando de la cama.

Se agachó junto a un arcón y empezó a rebuscar dentro de él ante la atenta mirada de Kenneth que seguía todos sus movimientos.

Cuando se volvió a subir a la cama, junto a él, con una sonrisa le acercó un trozo de cuerda. Al ver que él no reaccionaba cogiéndola, Eileen le quitó la estrella de la mano y pasó el pequeño aro por la cuerda de seda. Contenta con el resultado hizo un nudo doble y fuerte y se lo ofreció.

—Ahora estaremos unidos para siempre —dijo emocionada al ver la estrella colgada de su cuello.

En el tiempo que pasaron juntos, los pequeños se hicieron inseparables, donde estaba uno siempre se encontraba el otro. La madre de Eileen, con sus manos mágicas, como a ella le gustaba decir, y gracias a la fortaleza del laird Donald, había conseguido su cometido.

Donald consiguió restablecer sus fuerzas después de varios días de incertidumbre, consiguiendo recuperarse. A pesar de que no lo estaba del todo, la partida de los integrantes del clan Buchanan se hizo inminente cuando su laird consiguió mantenerse en pie durante varios días seguidos. Veinte días fueron los que el clan Buchanan convivió entre el clan Sinclair.

Todo fueron palabras de agradecimiento, los dos lairds sellaron una alianza de por vida, sabiendo que las tierras de uno serían las del otro. El clan Sinclair había podido comprobar lo honorables que eran los Buchanan, ante el agrado de que durante el tiempo que los habían acogido, habían sido receptivos y habían ayudado en todo lo que les habían dejado en sus tierras.

De allí, de la peor situación y el desconocimiento, salió una amistad y unión que el tiempo no borraría.

Con lágrimas en los ojos, agarrada a la falda de su madre y junto a su padre, despidieron, con toda la gente de su clan alrededor, a sus nuevos amigos. Con un nudo en la garganta, Eileen vio con pesar como Kenneth se alejaba a lomos del caballo de su padre, que guiaba la marcha de sus guerreros sin mirar atrás.

No era una despedida, lo sabía y no podía estar más feliz, pero en ese momento la pena la invadió despidiendo a su mejor amigo, cerrando los ojos y llorando con fuerza en las faldas de su madre que la acunaba intentando consolarla, con palabras suaves y cariñosas, diciéndole que cuando quisiera darse cuenta volvería a encontrarse con Kenneth porque su padre, el laird, así lo dispondría.

Capítulo 5



Dos años más tarde…

—Eileen —escuchó el susurro de la voz de su hermana.

Kirsty al ver que no le respondía entró con cuidado, mirando varias veces a cada lado antes de cerrar la puerta de su estancia. Se acercó a la cama de su hermana pensando que se la encontraría dormida, pero se asustó al ver sus ojos abiertos brillando en la oscuridad, mirando hacia el techo.

—¿Qué haces? —se subió a la cama Kirsty.

—Tengo miedo —dijo sin moverse, estática, con una de sus manos agarrando con fuerza la estrella que reposaba en su pecho—. He tenido una pesadilla, no quiero moverme.

—Tienes que hacerlo —en ese momento al escuchar el tono de voz de su hermana se preocupó y la miró.

—¿Qué tienes Kirsty? ¿También has tenido una pesadilla? —se arrodilló junto a ella, olvidando su miedo.

—No —negó y varias lágrimas salieron de sus ojos.

Eileen se asustó, su hermana no solía reaccionar de esa manera por la oscuridad, ella era la que siempre la protegía en medio de la noche.

—No lo entiendo —insistió Eileen.

Ya tenía siete años, pero aún no comprendía ciertas reacciones.

—Tenemos que irnos, vístete —dijo hipando su hermana.

—¿En la noche? ¿Con la oscuridad? —agradó los ojos Eileen— ¿Ha llegado papá? ¿Dónde está mamá? Tenemos que ir a buscarlos, lo que sea ellos lo solucionaran.

—Sabes que papá tuvo que partir hace cuatro días —bajó la cabeza su hermana—, por eso ha sucedido esto —varias lágrimas cayeron de sus ojos —. Y mamá…

—Kirsty no me entero —dijo llorando Eileen, nerviosa.

—Nos están atacando —levantó la cabeza de golpe Kirsty haciendo que Eileen soltara un grito por la sorpresa, quedando amortiguado por las manos de su hermana—. Tenemos que partir ya, Moira lo está organizando todo, no queda tiempo. Raymond, Alec y Ramsey están corriendo para alejarnos de aquí lo antes posible y ponernos a salvo.

Esos tres guerreros eran de la guardia de su padre, fieles a su clan y a su laird y de los mejores. Su padre, James, los había dejado a cargo de la protección de su casa a expensas de que él llegara, con ellos a la cabeza muchos más guerreros protegían al clan Sinclair.

Como bien había dicho Kirsty, su padre no se hallaba allí. Hacía varios días que recibió una misiva en la que un clan cercano solicitaba su presencia para tratar varios asuntos que competían a ambos.

Eileen agrandó los ojos con más miedo ante lo que suponían las palabras de Kirsty. ¿Iban a abandonar su casa? ¿Qué pasaría cuando su padre regresara y no las encontrara allí? ¿Cuándo volvería su padre? ¿Dónde estaba su madre? Eran tantas las preguntas que se hacía su inocente cabeza que se

bloqueó y su vista se quedó fija en la pared sin poder reaccionar mientras sus ojos lloraban sin ser consciente.

—Vamos —le urgió su hermana, saltando de la cama y corriendo por la estancia en la oscuridad, preparando toda la ropa que Eileen debía ponerse—. Deja de lloriquear —medio gritó Kirsty con la esperanza de hacerla reaccionar. No tenía la fuerza suficiente para cargar con ella en brazos—. ¿No querías ser una guerrera?

El cambio de tono enfadado de su hermana y sus palabras captaron su atención.

—Sí —reaccionó Eileen.

—Pues esta es tu oportunidad para demostrarte que podrás afrontar las situaciones a las que una guerrera se enfrenta. Mi hermana es valiente y decidida, no débil y llorona.

Eileen no se lo pensó y saltó de la cama vistiéndose ayudada por su hermana. Kirsty soltó un suspiro y dio gracias a que la hubiera hecho reaccionar. Por Dios santo, si ella era pequeña, su hermana mucho más no tenía derecho a hablarle así, pero no encontró otro camino.

Cuando estuvo preparada, las dos hermanas salieron de la estanca después de que Kirsty comprobara que no había nadie afuera. Cogidas de la mano atravesaron el pasillo oscuro con un silencio que penetraba en sus cuerpos y les provocaba escalofríos, en dirección a las escaleras.

Pero sus planes se desvanecieron en cuanto la puerta principal se abrió de golpe y varios guerreros desconocidos empezaron a llenar la planta inferior. Kirsty conmocionada le tapó la boca a su hermana y se pegó contra la pared con la pequeña bien agarrada, quedando ocultas ante la poca claridad que había en esa zona.

Sin hacer ruido subieron los pocos escalones que habían bajado, sin saber hacia dónde ir.

—Niñas —escucharon el susurro de una voz.

Era Moira que estaba agachada en el otro extremo del pasillo, haciéndoles gestos con las manos para que se acercaran.

—Echaros al suelo y arrastraros hasta aquí —volvió a susurrar.

Kirsty empujó a su hermana gentilmente para que fuera la primera y después la siguió.

—Mis niñas —las abrazó Moira.

—¿Dónde está mamá? —quiso saber Eileen.

Su criada Moira tragó saliva y levantó la cabeza, encontrándose a Kirsty con la cabeza baja, llorando silenciosamente.

—Moira —insistió Eileen viendo que la ignoraba, sin darse cuenta de la reacción de su hermana.

—Mi pequeña —la acarició—. No hay tiempo que perder.

—¿Cómo vamos a salir? —preguntó angustiada Kirsty.

—Déjame pensar —le pidió Moira nerviosa.

Pero los ruidos procedentes de la planta inferior se lo impedían, sintiendo cada vez más ansiedad al escuchar el inconfundible sonido de unas botas subiendo las escaleras.

Donde estaban, nada más que accedieran a la planta superior serían descubiertas. La oscuridad les daba ventaja, pero sabía que había pocas posibilidades de pasar desapercibidas.

—Yo sé por dónde —susurró Eileen, y hermana y criada la miraron con atención—. Por dónde se lanza la ropa sucia.

—Es un hueco lo suficientemente grande —agrandó los ojos emocionada Moira.

—Lo he hecho muchas veces y mamá siempre me regaña por si me abro la cabeza, pero es muy divertido —se tapó la boca Eileen recordando sus aventuras.

Moira la miró con tristeza, pero con una sonrisa. Asintió y agarrando de las manos a las niñas, se dirigieron corriendo hacia el extremo del pasillo en el que se encontraba la estancia dónde estaba su única esperanza.

Siguiendo las indicaciones de la pequeña se deslizaron por aquel bajante a bastante velocidad, tanta que Moira necesitó unos segundos para recuperarse. Sin perder más tiempo guio en la oscuridad de la noche a las niñas, sin soltarlas, hacia el lugar donde Raymond, Alec y Ramsey las esperaban.

Pero algo captó la atención de Eileen que frenó en su avance mientras Moira y Kirsty se alejaban de ella sin darse cuenta. Se quedó protegida por la oscuridad en un lateral del castillo. Lo que la hizo pararse fue la imagen de varios soldados galopando en el patio central. Sus ojos se fueron a la figura de un hombre erguido sobre su caballo dando órdenes para que se dividieran. Esa voz, esa voz quedó grabada en la memoria de Eileen mientras los ojos se le llenaban de lágrimas, viendo como quitaban la vida de quienes los enfrentaban.

Sin poder dejar de mirar en la dirección de ese hombre, con unas facciones que hicieron que el vello se le erizara, tuvo ganas de gritar. Con un grito mudo y poniéndose en tensión, vio como ese hombre dirigió la mirada hacia dónde estaba ella, con miedo, pero sabiendo que no podía verla. Al igual que su voz, retuvo la imagen de su cara iluminada por el fuego que se había iniciado en el castillo. La del demonio en persona, así lo recordaría ella.

Con lágrimas en los ojos vio que desvió la mirada y bajando de su caballo entró a su hogar con un grito de guerra.

—Pequeña —escuchó sofocada a Moira al llegar a su lado—, no puedes pararte, tenemos que salir de aquí —la agarró de la mano, sin darse cuenta en ese momento que un enemigo se acercaba cada vez más a ellas.

Con un pequeño grito por parte de Kirsty que se había acercado para ver que le pasaba a su hermana, Moira giró la cabeza en el mismo momento en el que el enemigo levantaba su espada. Protegió a Eileen con su cuerpo y cerró los ojos rezando.

Ante sorpresa y exclamación de Moira, ese hombre cayó frente a los ojos de las niñas y de ella, muerto, atravesado por una espada. Espada que desapareció de su cuerpo a manos de Alec, uno de sus protectores.

—No hay tiempo que perder —ordenó Alec haciéndolas correr después de limpiar la sangre en el cuerpo sin vida del enemigo y escupir sobre él.

Los cuatro corrieron hacia dónde los esperaban Raymond y Ramsey.

—No podemos irnos —gritó Eileen llorando.

Subidos a lomos de sus caballos, Raymond con Moira al lado, Alec con Kirsty subida delante de él compartiendo montura y Ramsey con Eileen de la misma manera, se disponían a salir veloces sin perder más tiempo. Los estruendos en el castillo cada vez eran más intensos, el llameante fuego salía a través de las pequeñas ventanas que rodeaban todo el castillo.

A esas alturas ya tenían que saber que habían conseguido escapar y no tardarían en salir a rastrear la zona esperando capturarlos, lo que no iban a permitir los tres guerreros.

—Señorita, no grite —el tono de voz de Ramsey fue rotundo, lo que no impidió que Eileen se removiera entre sus brazos disgustada.

—Kirsty, diles que no podemos irnos sin mamá, tú eres mayor —le suplicó a su hermana viendo que siendo tan pequeña no podía hacer nada más que implorar.

Su hermana no respondió, se mantuvo recta y Eileen se dio cuenta de que Alec le frotaba la espalda, intentando consolarla. Arrugó la frente sin entender el comportamiento de su hermana sin querer darse por vencida. Su madre faltaba allí, su padre no estaba, pero ella sí.

—No me estáis escuchando, tenemos que esperar a mamá —insistió nerviosa.

Los guerreros junto a Moira, no se habían pronunciado y ella lloraba mientras emprendían la marcha a poca velocidad para pasar desapercibidos hasta que llegaran al límite de dónde podrían galopar sin temor.

—¡Mamá! —gritó Eileen sin que ninguno se lo esperara.

—Pequeña cállate —le habló Moira enfadada, pero en realidad no lo estaba solo eran los nervios apoderándose de ella—. No te das cuenta de que estamos intentando poneros a salvo.

—Pero… —negó con la cabeza llorando.

—Mamá está muerta —fueron las palabras letales de su hermana.

Eileen agrandó los ojos y la miró. Kirsty estaba rígida y su cara estaba cubierta de lágrimas. Alec avanzó su caballo y se adelantó abriendo el paso, alejando a su hermana pocos metros de ella.

—Pequeña —susurró Ramsey, apretándola contra él.

Eileen no fue capaz de hablar ni dejar salir de su boca ningún sonido. De la impresión su cuerpo estaba allí, pero su mente… soltando un suspiro y apretando la mandíbula, Ramsey apretó el paso y se olvidó de cómo se debía

sentir la niña hasta que no hubieran conseguido salir del peligro inminente que ya sentía detrás de sus talones.

Sin descanso, recorrieron todo el territorio Sinclair que había quedado destrozado. Salieron como alma que lleva al diablo de los límites de sus tierras. No fue fácil, nada lo fue, en su huida Raymond resultó herido, pero se mantuvo firme sobre su caballo.

En un punto del recorrido, el que marcaría aún más el futuro de las niñas, los guerreros decidieron por decisión unánime separarse y tomar caminos totalmente diferentes.

No podían arriesgarse a que los capturaran a todos, eso sería una desgracia aún mayor de la que habían huido. Sin tiempo que perder y sin dar opción a que las hermanas se despidieran ya que los perseguían de cerca, Eileen vio como su hermana se alejaba de ella y tomaba otro camino diferente entre los brazos de Alec, protegiéndola, y Moira hacía lo mismo encima de su caballo con un Raymond que aguantaba la situación guiándola.

No fue capaz de hablar desde que su hermana pronunció aquellas palabras, solo había podido oír murmullos y ver lo que las lágrimas le dejaban, su garganta se negaba a pronunciar ningún sonido. Con más lágrimas en los ojos vio como su hermana se giraba mientras el caballo de Alec avanzaba en su huida y de sus labios supo leer un “te quiero, hermana, te encontraré” silencioso en mitad de la noche iluminadas por la Luna, con la cara de su hermana cubierta de lágrimas.

¿A dónde irían? ¿Volvería alguna vez a encontrarse con su hermana? ¿Se había quedado sola? ¿Su padre la encontraría? Su madre…

Bien sabía que Ramsey no se separaría de ella, pero ¿qué sería de ellos? Con un nudo en la garganta y en un estado de seminconsciencia, perdió el conocimiento entre los brazos del guerrero, que apretó el paso y llevó su caballo al límite sabiendo que solo había sido un desmayo por todas las impresiones.

Capítulo 6



Muchas cosas se sucedieron durante un largo periodo de tiempo.

En el clan Buchanan...

Todos los miembros que salieron de las tierras de los Sinclair, con su laird Donald a la cabeza, recuperado y fortalecido, consiguieron reunir en menos de tres meses a muchos integrantes de su clan que se habían escondido entre las montañas después del trágico suceso que los hizo abandonar sus tierras.

El rumor de que el laird Donald Buchanan había regresado corrió entre todos los que habitaban gran parte de los alrededores, y los que no pudieron encontrar ellos, se presentaron ante su laird mostrando su lealtad hacia él.

Con paciencia y reorganizando a su ejército, recuperaron lo que les pertenecía en una batalla sangrienta en la que los guerreros del clan MacLaren que estaba en las tierras, no tuvieron opción de ganar. Si al clan Buchanan siempre lo habían considerado letales en la batalla y todos los temían por su imponente destreza y ferocidad, en esa ocasión, con toda la rabia y odio que habían acumulado, destruyeron a su máximo enemigo sin que tuviera una oportunidad.

Pocos fueron los que sobrevivieron y los que lo hicieron quedaron a la merced de un duro castigo para tener el mismo final. Con un contraataque a las tierras de los MacLaren y MacGregor, los Buchanan saciaron su sed cobrándose la venganza, dejando debilitados a los dos clanes, sobre todo a

los MacLaren que fueron los principales artífices de la masacre que vivieron los Buchanan.

Con el tiempo, el clan MacLaren se reconstruyó a sí mismo bajo el mandato de otro laird totalmente diferente al que llevó la desgracia al clan Buchanan.

El resentimiento recorría cada centímetro del cuerpo del laird Donald y su gente, y a pesar de los constantes intentos por restablecer la paz del nuevo laird MacLaren, no fue posible una alianza entre ellos. Después de tantos años habían encontrado la estabilidad entre clanes, pero los Buchanan los querían bien lejos y por parte de los MacLaren habían rehusado el intento de comunicación con ellos.

En el clan Sinclair…

Cuando James, el laird, regresó a su hogar junto a su comandante Arthur y varios guerreros de su guardia, se encontró con la masacre de su gente, de su vida. El grito que salió de su garganta desgarrada, en cuanto estuvo en el patio central en la entrada de su castillo, con su mujer sin vida entre los brazos; estuvo lleno de rabia y de odio, jurando a gritos que todos y cada uno de los responsables pagarían con su propia sangre.

El castillo estaba abandonado, no tuvieron que luchar por recuperarlo al igual que sus tierras. La impotencia que sintieron todos los guerreros ante el panorama que tuvieron delante los colmó de rabia y dolor. Fuese quien fuese el responsable, solo había ido a hacer daño, no quería quedarse con las tierras, detalle que les costó asimilar.

Todos los cuerpos que encontraron fueron enterrados como se merecían. Como fue el caso de Margaret, la esposa del laird, que fue enterrada con honores por él mismo sin dejar que nadie se acercara en ese momento tan íntimo, solo con Arthur a cierta distancia. Ante su tumba su esposo le hizo el juramento de que no descansaría hasta encontrar a sus hijas y reunirlas con él.

El clan poco a poco se restableció con un laird que no era capaz de levantar cabeza, sumido en una tristeza que lo acompañaba sin descanso, haciendo sus noches más oscuras y sus días más amargos. Una gran bandera negra ondeaba en el castillo como señal de duelo y sus guerreros, los pocos que lo habían acompañado a sus responsabilidades fuera del castillo aquellos malditos días, con su comandante Arthur a la cabeza que no se separaba de él, hicieron todo lo que pudieron por su laird.

Con el tiempo gran parte de los que huyeron y consiguieron sobrevivir a aquella noche negra, como la llamaban muchos, volvieron a su tierra al encuentro de su laird, atreviéndose a adentrarse en su hogar sin saber lo que se encontrarían al llegar. Para sorpresa y alegría de todos, no fueron pocos, su laird los recibió abriéndoles las puertas de su casa, uno a uno, sin prisa y sin importar cuanto tiempo le llevara, queriendo tener contacto con más de dos centenas de personas que volvieron a mostrarle su lealtad.

Fue un arduo trabajo el de los dos clanes, los Buchanan y los Sinclair, para reconstruir lo que les pertenecía en dos intervalos de tiempo diferentes.

En cuanto el rumor de lo que había sucedido en el clan Sinclair llegó a oídos del laird Buchanan, no dudó en acudir urgente para prestarle toda la ayuda que pudiera necesitar. Partió de sus tierras con un pequeño ejército de sesenta guerreros, dejando a cargo de su hogar a más de tres centenares de ellos.

Así fue, como los dos clanes se hicieron más fuertes devolviéndoles los Buchanan el favor a los Sinclair, como agradecimiento a la ayuda prestada a su laird herido, reforzando la unión y su amistad.

Donald Buchanan no se separó de su amigo, el laird James, siendo consciente de su estado en cuanto lo tuvo enfrente. Reconstruir todas las viviendas, el castillo y preparar a conciencia al clan Sinclair en el campo de entrenamiento, no fue nada comparado con el arduo trabajo que tuvo que hacer para sacar del pozo en el que se había sumido su amigo.

El tiempo pasó, y el clan Buchanan abandonó las tierras de los Sinclair orgullosos de lo que habían conseguido, en parte dejando atrás al laird James

recuperado de su estado de ánimo, el que sabía Donald que en algún momento flaquearía, pero no lo dejaría caer.

Antes de la despedida de los dos clanes, los lairds se reunieron en una pradera para despedirse.

—Amigo, que vaya bien el regreso a casa —le dio varias palmadas en la espalda James Sinclair.

—Lo hará —sonrió Donald Buchanan.

—Quiero pedirte un último favor… —habló James mientras su vista se perdía en el horizonte.

—No hace falta que me lo pidas —rugió Donald—. Te prometo por mi vida que así será, que no descansaré hasta encontrar a tus hijas y hacer pagar al responsable.

—Eso es cosa mía —escupió con rabia James, apretando la mandíbula, con su cuerpo como una roca por la tensión y la necesidad de matar.

Donald asintió entendiendo su necesidad de sangre, si le hubiera pasado a él algo de esa repercusión no permitiría que nadie le quitara el privilegio de matar con sus propias manos a esos traidores. Así había sido en su propia casa y lo había llevado a cabo, así sería para James.

—Sabes lo que significa nuestra amistad para mí —habló cortante Buchanan, pero su amigo sabía que no era por él, era por el dolor tan grande que sentía. Sus palabras cortaban como el filo de una navaja—. Jamás olvidaré ni perdonaré lo que has tenido que sufrir, sabes lo importante que tu familia es para mí —apretó la mandíbula con ganas de matar a quien fuera—. Margaret me devolvió la vida y yo no estuve para salvar la suya —se giró hacia él quedando enfrente, en tensión—. También le di mi palabra a mi hijo Kenneth, que ha quedado desolado por la noticia y no tenía consuelo. Te juro por Margaret, que encontraré a tus hijas y las traeré ante ti. Tú encárgate de dar caza a los responsables de la masacre. Palabra de Buchanan.

Sus palabras quedaron selladas con sangre, sangre que brotó del brazo del Laird Buchanan al hacerse un corte, gesto que imitó el laird James juntando sus brazos con una promesa de sangre, de familia.

Capítulo 7



Doce años después…

—Niñas que os matáis —gritó Lorna desesperada.

Como respuesta escuchó varias carcajadas y más enfurecida se puso, mientras se acercaba corriendo hacia un gran árbol.

—¿Esos modales os he enseñado? —refunfuñó Lorna.

—Perdonadnos —la cabeza de Eileen se asomó entre las ramas del gran árbol.

—No sé para qué te apuras tanto —la voz de Ramsey llegó desde el lado derecho de ella, pocas veces se separaba de las jóvenes.

—¿Y tú? ¿No tienes autoridad para impedir que hagan lo que quieren siempre?

—¿Yo? —la miró por un momento Ramsey y soltó una carcajada que retumbó en la llanura— Hace mucho tiempo que dejé de tener autoridad para estas jovencitas. Vivo tranquilo porque harán lo que quieran, cuando quieran —se encogió de hombros.

—Alcornoque —soltó enfadada Lorna y más se rio Ramsey.

—No te enfades con él —Eileen quedó colgada por sus piernas de una gran rama que aguantaba su peso, con su cuerpo y la cabeza hacia abajo—. Él mejor que nadie sabe que estamos seguras, no va a pasar nada ¿cuántas veces lo hemos hecho?

—¡Niña! —exclamó Lorna llevándose las manos a la cabeza al ver la posición en la que estaba Eileen.

—Vamos a bajar para que se calme que todavía nos llevamos un disgusto —rio May.

Después de colgarse de varias ramas se deslizó por la corteza del árbol, seguida por Eileen. Riendo y mirándose de reojo las dos jóvenes se acercaron a Lorna y a Ramsey, este último sonreía negando con la cabeza.

—Ya está ¿contenta? —preguntó Eileen sacudiéndose la falda.

—Algún día os enredaréis con esas ropas y tendremos una desgracia —les alzó la voz Lorna, no era su intención, pero la situación la había puesto nerviosa.

—No nos dejas utilizar ropa de hombre —se encogió de hombros May y Lorna soltó un grito por la desfachatez que eso suponía.

—No sabéis lo que decís —la regañó.

—Sí lo sabemos —sonrió Eileen sentándose en la hierba junto a Ramsey, May hizo lo mismo quedando al otro lado de él.

Lorna los miró a los tres desaprobando la situación y se alejó enfadada, sin dejar de hablar hasta que su voz se perdió entre los árboles.

—Ya llego —escucharon gritar a Maureen— Oh, ya se acabó la diversión —se sorprendió decepcionada al ver los vestidos de sus hermanas manchados, señal de que ya habían trepado por el árbol. Ella no subía, era diferente a sus hermanas en ese aspecto, pero le encantaba verlas en acción.

—Muchacha, has llegado tarde —sonrió Ramsey negando con la cabeza, incorporándose—. Si me disculpáis jovencitas, tengo que calmar el genio de Lorna si no queremos encontrarnos la puerta cerrada.

—¿Y cómo lo harás Ramsey? —preguntó May.

Varias risillas se escucharon, las de Maureen y May, no lo pudieron evitar, Eileen se mantuvo en silencio mirando con cariño a Ramsey. Como respuesta él les dio la espalda soltando una carcajada, pero recorridos varios pasos se giró hacia ellas.

—Ese no es un tema del que hablen las damas, *miladies*.

Sin más se fue dejando a las tres jóvenes solas, las que continuaron sentadas en el fino manto de la hierba que estaba fresca y desprendía un olor que las relajaba. La llanura estaba preciosa en esa época del año, los rayos del sol las calentaba y ese momento, que se repetía entre ellas cada día, lo disfrutaron en silencio.

El hogar donde vivían era una casa de piedra, de las más grandes de la zona, rodeada del verde más intenso que se pueda imaginar, hasta que llegaba el invierno y la estampa variaba un poco, pero sin perder su encanto gracias a las lluvias constantes de la zona.

Ramsey se encargó personalmente de reconstruir la casa. Eileen y May tenían la misma edad, diecinueve años y Maureen tenía diecisiete. Tres jóvenes a cuál más bella, pero con caracteres muy diferentes. Sus dos hermanas eran hijas de Lorna y Eileen no pudo caer en mejores manos gracias a Ramsey.

Cuando Ramsey desesperado llegó a esas tierras, tuvo que ocultar ante ojos ajenos al clan que pertenecían, haciendo pasar a la pequeña Eileen como su hija, para protegerla. Sobrevivieron de un lado para el otro, hasta que dieron con Lorna y Ramsey no dudó en solicitarle ayuda pidiéndole cobijo.

La casa de Lorna por aquel entonces nada tenía que ver con la que era ahora. Ramsey se había encargado de ampliarla, trabajando sin descanso como pago por tener cobijo para Eileen y para él. Hasta que Lorna le pidió que no fuera más cabezota y dejara esa idea de pagar, que ya eran como una familia y las niñas se habían hecho uña y carne y en lo que menos podía pensar es que se alejaran de ellas.

La protección que Ramsey le dio a Lorna fue muy bienvenida para ella. Viuda y con dos hijas tuvo la suerte de encontrar al gran guerrero que era, y así se lo hizo saber a él. Desde aquella conversación nada más se habló sobre ese tema y convivieron como una familia, aislados de miradas indiscretas, tranquilos y felices conforme los años fueron pasando, sin que nadie supiera la historia de las dos familias que se unieron para sobrevivir, a excepción de Lorna y sus hijas a las que Ramsey les confió la verdad de Eileen y de él.

El carácter de las jóvenes era muy diferente, pero con una unión inquebrantable. May era muy impulsiva y parlanchina, Eileen conservaba su carácter, tenía mucho genio y a la vez era dulce cuando dejaba salir sus sentimientos. Intentaba controlar su carácter intentado serenarse hasta que perdía los estribos, en esos momentos temblaban los cimientos de dónde se hallara, y otras veces reservada, pero predominaba su carácter valiente y decidido sin poder frenar su lengua. Maureen era más tímida y reservada en comparación con sus hermanas, no lo eran de sangre, pero sí de corazón.

May tenía un bello cabello negro decorado con algunas vetas cobrizas, Eileen lo tenía de un color castaño que con el reflejo del sol se esclarecía haciendo un efecto increíble ante los ojos de cualquiera, era un detalle que no pasaba desapercibido para nadie y dejaba embobado a todo aquel que tuviera el privilegio de presenciarlo, y Maureen tenía el cabello dorado como los rayos del sol.

Las tres jóvenes eran preciosas y no eran pocos los pretendientes que llamaban a su puerta llegando desde muy lejos esperando una oportunidad, la que nunca llegaba. A excepción de Maureen, que no le desagradaba dicha situación, Eileen y May huían en cuanto tenían la oportunidad.

Se habían criado juntas en compañía de Lorna y Ramsey que no se habían separado de ellas en ningún momento. En ese remanso de paz, tumbada en la hierba, fue inevitable que varios recuerdos asaltaran a Eileen, recuerdos del pasado, algunos le pesaban como una losa, otros, le abrigaban el corazón.

—El joven John ha estado aquí —cortó el silencio Maureen moviendo las ondas de su pelo con varios dedos.

—Ahora entiendo por qué has llegado tarde y madre nerviosa —respondió May, recostándose en la hierba y cerrando los ojos, imitando a Eileen.

—No podía ser descortés con el muchacho —pegó un pequeño chillido Maureen.

—¿Te gusta? —sonrió Eileen traviesa.

—Esa no es la forma correcta —rio May—, sería más correcto decir: te gusta, afirmándolo.

—No sabéis lo que decís —se cruzó de brazos ofendida Maureen.

Eileen y May soltaron una carcajada al ver su reacción hasta que acabaron las tres tendidas sobre el manto verde de hierba riendo. Cuando las risas se acabaron, Eileen dejó fija su mirada en el cielo y llevó su mano al colgante de estrella que colgaba de su cuello, apretándolo.

—Ha llegado el momento —dijo en susurro.

Por unos segundos sus hermanas la miraron atentamente sin entender a qué se refería, hasta que vieron la expresión de su cara, seria y decidida.

—No puedes estar hablando en serio —se incorporó rápido Maureen, sorprendida al comprender sus palabras.

—Claro que lo hace, ¿cuándo no es así? —la miró de reojo May.

—Tenemos un plan —confirmó con voz rotunda Eileen.

—Tenemos un plan —repitió May.

—Tenemos un… ¿plan? —cerró el círculo de tres Maureen indecisa, y las otras dos hermanas sonrieron.

—Si no quieres no tienes que acompañarnos —sugirió Eileen.

—Nunca, siempre con vosotras —respondió tajante Maureen provocando una sonrisa de cariño en Eileen.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? —se incorporó May— Ramsey no se separa de nosotras, sobre todo de ti.

—Yo me encargo —soltó un suspiro Eileen cerrando los ojos—. Mañana después del entrenamiento… estad preparadas.

—Dios nos aguarde —se santiguó Maureen.

Pues sí, Eileen tenía un plan desde hacía muchos años, el que había calculado al milímetro en su cabeza y no era otro que introducirse primero en las tierras del clan Buchanan, sabiendo que allí tendría un aliado en cuanto pisara sus tierras.

La primera vez que llegó a sus oídos los rumores de que los responsables de la desgracia que sufrió el clan Sinclair, el suyo, eran pertenecientes a un clan cercano a sus tierras, tuvo claro cuál sería su objetivo.

No sería fácil, por lo que había conseguido averiguar, se trataba de un grupo de guerreros del clan Munro que se habían revelado contra su laird, el que había dado la orden de capturarlos sin éxito por los constantes altercados que se escuchaban de boca a boca recorriendo toda la extensión del territorio. Acumulaban sobre sus espaldas actos como el que tuvo que sufrir la familia de Eileen, solo por la sed de matar.

Después de realizar la primera tarea que se había impuesto, reunirse con el laird Buchanan, su único objetivo era dar caza a los responsables y llevar a cabo su venganza, para la que estaba más que preparada gracias al entrenamiento exhaustivo de Ramsey. Después de eso solo le quedaba volver a su hogar e intentar encontrar a su hermana.

No sabía cuánto tiempo tardaría en llevar a cabo todo, como tampoco sabía si se quedaría en sus tierras cuando lo consiguiera, o volvería a la casa con Ramsey y Lorna, lo que tenía claro es que fuera dónde fuera no se separaría de ellos, irían con ella a dónde se estableciera, bien lo sabía.

El motivo por el que no lo había hecho antes era porque hasta sus oídos, a pesar de la distancia grande que la separaba de sus tierras Sinclair, llegó la noticia de que el laird, su padre, había muerto por unas fiebres. Ramsey le quitó la idea que durante mucho tiempo la impulsó a regresar, dejándole claro las posibles consecuencias de que se descubriera que una de las hijas desaparecida del laird había vuelto, sin saber realmente el motivo por el que los atacaron aquella noche, o más bien, se lo había prohibido siendo el único que sabía que Eileen vio al responsable de ello. Lo había respetado durante todo ese tiempo, hasta ese instante en el que sentía que había llegado el momento de dar un paso hacia delante, estaba más que preparada para ello.

La noticia de la muerte de su padre la sumió en una profunda tristeza al saber que ya no le quedaba nada, que su padre había partido de ese mundo al encuentro de su madre. Solo le quedaba su hermana de sangre que no sabía dónde se encontraba. Rezó y pidió por su padre desde la distancia y afianzó su necesidad de clamar justicia.

Cerró los ojos con fuerza, armándose de valor, dejando que la rabia que tenía reservada para cuando quería que saliera a flote, lo hiciera para darle el impulso que necesitaba para lo que quería hacer. No estaba bien, lo sabía, pero lo tenía que llevar a cabo a pesar de arriesgarse a que Ramsey no la perdonara o la castigara por ello.

Capítulo 8



Kenneth, el laird del clan Buchanan, paseaba de un lado al otro del salón de su hogar, inquieto, pero sin mostrarlo. Sabía controlar muy bien sus emociones y ese momento estaba poniendo a prueba su paciencia, oh sí lo hacía.

—Hijo —escuchó la voz de su padre, Donald, y se giró en su dirección— ¿Algún problema? —preguntó al ver que no podía estarse quieto.

—Nada que no pueda solucionar padre —le sonrió Kenneth acercándose a él, dándole un abrazo— ¿Ya marchas?

—No lo dudo —le sonrió—. Sí, quiero asegurarme de que todo esté bien, es mi deber.

Su padre tenía previsto ir a las tierras de los Sinclair, como hacia cada vez más a menudo. Desde que había dejado de ser el laird de su clan por decisión propia dejando su cargo a su hijo, era lo habitual. Decisión que los habitantes de esas tierras recibieron con pena y con júbilo. Pena por el padre de Kenneth, alegría porque depositaban la misma lealtad en su hijo. Donald sin la presión que soportaba sobre sus hombros se había empezado a tomar la vida de otra manera, sin tantas preocupaciones, dato que alegraba a Kenneth.

—Me parece bien, os queda un largo camino —dio su aprobación Kenneth.

—Señor —se escuchó la voz fuerte del comandante Graham.

Padre e hijo se giraron hacia él, quedando cara a cara.

—¿Qué noticias traes? —se acercó a él Kenneth.

—¿Cuál es el problema? —insistió Donald siguiendo a su hijo.

—Nos han dado la voz de alarma de que en el clan MacLaren hay insurrecciones. Al laird le cuesta controlar la situación. Te puedes imaginar de quienes llegan esas ansias de poder… —le contó Kenneth a su padre.

—De los antiguos MacLaren y sus hijos —gruñó Donald con odio, aún resentido con ellos.

—Exacto —soltó un suspiro Kenneth—. Quiero tener controlada la situación y saber a qué atenernos.

Su padre asintió con orgullo ante su hijo, por el gran laird en el que se había convertido, no podía haber dejado en mejores manos su cargo. Le había costado, pero fue una decisión bien meditada y en cuanto su hijo llegó de una incursión de comprobación de todo el territorio, después de varios meses, lo sentó frente a él para notificarle la decisión que había tomado.

Kenneth era un guerrero temido por todos, con una mano de acero con la que sujetaba y guiaba su espada sin margen de error. Las habladurías de sus hazañas habían llegado a oídos de la mayoría de los clanes y se había ganado el respeto de muchos y el recelo de otros.

Era autoritario y por su sangre corría el fuego de su padre, pero con la mente lo suficientemente fría para no saber cómo iba a reaccionar ante cualquier situación. Su gesto podía estar calmado y quien estuviera delante no sabría nunca si hervía por dentro o no. Hasta que estallaba y el desenlace de ello nunca era bueno para el adversario o quien presentara algún problema delante de él. Su presencia y carácter intimidaban para quien no lo conociera, siempre manteniendo las distancias.

Justo, honorable por sus valores como persona y guerrero ante su gente, recibía la lealtad de su clan, como siempre quiso. Su padre sonrió al mirarlo, honrado por tenerlo como hijo.

—Los rumores son ciertos, yo mismo presencié una insurrección al laird de los MacLaren. Un día antes de alejarnos de su territorio, una veintena de jóvenes guerreros desencadenaron el desorden. Y mucho me temo, señor, que irán ganando territorio para ganarse los favores de los demás miembros del clan.

—No hay que perderlos de vista —rugió esa vez Kenneth.

—Así se hará laird —se inclinó Graham.

—Oh, déjalo ya muchacho —le reprochó Donald intentando no reír—. Sé de sobra que cuando no estoy presente os tratáis como si fuerais amigos.

Kenneth soltó una carcajada, a su padre nunca se le había escapado nada y así seguiría siendo.

—Señor, es que lo somos —negó con la cabeza Graham.

—Pues déjate de tanta inclinación delante de mí —puso los ojos en blanco Donald y acabó riendo, contagiando a su hijo y al comandante de él.

—Amigo —se escuchó la voz de Michael, el comandante de Donald cuando era laird, entrando al salón— Es la hora de partir.

A pesar de que su padre ya no ostentaba el puesto de laird, Michael nunca se separaba de él, orgulloso de hacerlo, le había ofrecido su cargo a Graham tomando él otras responsabilidades. La amistad de los dos se basaba en el cariño y la lealtad, convirtiéndolos en familia desde siempre. Michael se acercó y sonrió mirando a Kenneth, al que consideraba como un hijo, procesándole el cariño que le tenía.

—Michael —lo saludó de la misma manera Kenneth, acercándose a él, abrazándolo.

—Nos vamos —confirmó Donald—. Cualquier cosa házmelo saber —se despidió de su hijo y hasta que no tuvo su confirmación no se giró y salió acompañado de Michael hacia las tierras Sinclair.

No irían solos, seis fuertes guerreros los acompañarían, aunque sabía que no hacía falta tantos.

—¿Puedo hablar ya con total libertad? —preguntó Graham.

Sus palabras no ofendieron a Kenneth ya que era consciente del motivo por el que había hecho esa pregunta y el respeto que sentía Graham por su padre. No es que no pudiera hablar abiertamente delante del antiguo laird, él como hijo no lo permitiría, pero lo que hablarían entre ellos en ese instante también prefería mantenerlo al margen de su padre, al menos hasta tener la seguridad de que la información que llegara a sus oídos fuera fiable.

El tema no era otro que la búsqueda de las hijas del lair Sinclair, búsqueda en la que él estaba inmerso desde hacía tiempo. Su padre desde la promesa a su amigo James no había aflojado en su empeño ni lo haría, había dedicado gran parte de su vida a ese cometido, sin descanso, sin poder obtener ningún resultado satisfactorio. Sabía lo que le afectaba y evitaba que se hablara de ello frente a él, prohibiéndoselo a los guerreros que tenía destinados a ese cometido.

Se giró y caminó hacia el centro del salón, parándose junto a una gran mesa sin volverse hacia Graham. Apretó la mandíbula y cerró los ojos por el recuerdo de su amiga Eileen, el que no pudo evitar que llegara a él con la misma intensidad de siempre.

Ocupó una silla detrás de una gran mesa y Graham se sentó frente a él.

—Adelante.

—No hemos conseguido nada —confirmó con palabras lo que la expresión de su cara ya le había confirmado.

Soltando un gruñido Kenneth dio un golpe fuerte en la mesa dejando salir toda su rabia, haciendo que la gran mesa de roble crujiera. Era el único tema en el que no podía controlarse, siempre acababa perdiendo la batalla, pero solo delante de Graham por la amistad que los unía desde pequeños.

—Pero…

—Pero ¿qué? —cambió el gesto Kenneth poniendo toda su atención en él.

—Nuestros guerreros escucharon a unos ancianos hablando…

—Por Dios Graham, habla de una vez —volvió a gruñir Kenneth perdiendo la poca calma que le quedaba.

—Hablaron sobre una joven muy bella que vivía con un protector. No quieres escuchar cómo se referían a ella…

Kenneth se levantó nervioso de la silla, soltando un gruñido.

—No, no quiero escucharlo, me hago una idea. Si no es su esposo ni familia las habladurías no cesarán, lo que a nosotros nos viene perfecto para seguir el rastro.

—No lo es, por lo que pudieron escuchar era una joven de unos veintiún años y solo mencionan al hombre como protector.

—La edad coincide con…

—Kirsty, la hija mayor del laird Sinclair —acabó Graham por él.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que sea ella? —preguntó parado frente el crepitar del fuego de la chimenea.

—No lo sé, pero hay que seguir por ese camino, algo me dice que puede ser el correcto.

—¿Dónde? —quiso saber Kenneth.

—Las habladurías la ubican en el clan Mackenzie.

—Hay una gran extensión de territorio.

—Sí, en cuanto des la orden se pondrán en marcha sin tiempo que perder.

—Que hoy descansen y salgan mañana, que refuercen el grupo y vayan Gordon, Hugh y Steven. Diles que vengan al anochecer ante mi presencia, cenaremos todos juntos.

—Enseguida —se levantó Graham de la silla—. Si es ella la traerán frente a ti —confirmó con voz seria y ronca.

Graham no había conocido a las niñas, pero desde pequeño había visto a su laird y amigo sufrir por el desenlace que tuvieron y había vivido sus historias una y otra vez de boca de todo el clan y del propio Kenneth y Donald. Sabía la importancia de ello y todos sus guerreros se lo tomaban como algo personal por la lealtad al padre de Kenneth y a él.

Graham salió y Kenneth siguió inmerso en el fuego que tenía delante de sus ojos, dejando que lo calentara y le calmara el feroz deseo que lo consumía.

Capítulo 9



El sonido de las espadas chocando era la única melodía que se escuchaba en la llanura dónde Ramsey y Eileen se enfrentaban. Era un ritual para ellos, el que le costó mucho conseguir a Eileen con la necesidad de aprender todas las artes con la espada.

Desde bien pequeña siempre quiso ser una guerrera y Ramsey había conseguido que lo fuera. Con su espada en la mano, que él mandó a fabricar especialmente para ella, atacaba sin descanso a su oponente poniéndolo en apuros.

—Demonios, Eileen —soltó un rugido Ramsey por la ferocidad que estaba sacando ese día, trastabillando varios pasos hacia atrás—. Me estás poniendo a prueba —gruñó y se adelantó atacando él.

En un principio la insistencia de Eileen le supo a broma, pero acabó aceptado por las circunstancias en las que se vieron envueltos. Lo valoró y meditó, tomando la decisión de que todo valía la pena para que Eileen supiera defenderse por sí misma, por si a él alguna vez le pasaba algo.

No era lo habitual, todos se llevarían las manos a la cabeza viendo a una mujer sujetando una espada con la precisión que lo hacía ella, pero así fue para su tranquilidad y alegría de ella que no pudo estar más emocionada cuando lo consiguió. Eileen manejaba la espada y el arte de la lucha a la perfección y Ramsey más de una vez había caído a sus pies todo lo largo y fuerte que era.

—Hoy ha estado bien ¿eh? —habló Eileen con la voz sofocada después de revolcarse por la hierba por un fuerte ataque de Ramsey.

—Demonios que sí —rugió Ramsey sacudiendo la cabeza, sentándose a su lado— ¿Hay algún motivo en especial? —la observó atentamente.

Eileen no cambió su apariencia, más le valía porque Ramsey la conocía tan bien que no le hacía falta hablar para saber qué pensaba o tramaba. Y había mucho en juego ese día.

—Solo tenía ganas —se encogió de hombros.

Si se lo creyó o no, Eileen no lo supo porque no miró su expresión. Después de sus últimas palabras se tumbaron los dos en la hierba fresca y descansaron hasta que recuperaron el aliento. A Eileen le estaba costando levantarse de su lado sabiendo que ese momento no se repetiría en mucho tiempo.

Era su familia, el único que mantenía con el pasar de los años. Había cuidado siempre de ella anteponiéndola a todo y una parte de su interior se sentía muy mal por la traición que iba a llevar a cabo, pero lo tenía que hacer. Cerrando los ojos con fuerza le agarró la mano a Ramsey.

—Gracias —dijo con voz suave.

—¿A qué viene eso muchacha? —arrugó el gesto Ramsey incorporándose, quedando sentado— Hoy estás muy rara.

—Solo que el sol brilla, estoy feliz con mi espada en la mano, el aire es fresco y la hierba mojada impregna mi cuerpo con su olor… y porque estás aquí conmigo, como siempre lo has estado —dijo de carrerilla Eileen abriendo los ojos, encontrándose con los de él.

—Siempre será así —gruñó él, provocando un gesto de cariño en Eileen.

Se despidieron sin poder darle un abrazo como le hubiera gustado, pero eso la hubiera acabado de delatar. Con un nudo en la garganta lo vio marchar dirección a la casa. Ella se giró y caminó hacia el río con la intención de mejorar su aspecto e ir al encuentro de sus hermanas.

Una vez aseada y recompuesta escuchó el inconfundible sonido del silbido de May. Caminó en esa dirección a través de los árboles hasta que las encontró subidas a sus caballos y no pudo evitar sonreír.

—Tienes ropa para cambiarte —habló Maureen.

—Ya lo haré más adelante, nos urge salir de aquí cuanto antes —le respondió Eileen enfundando su espada en la vaina que colgaba de un lateral de su caballo, subiéndose a él—. Lorna no os has visto ¿no?

—Ningún problema para salir —confirmó May.

—Pues vamos allá —dijo Eileen girando su caballo hacia la dirección dónde estaba su casa.

Cerró los ojos durante unos segundos llevando su mano a la estrella que colgaba de su cuello y soltando un suspiro dio la vuelta emprendiendo la marcha seguida por sus dos hermanas.

Tenían un largo camino por recorrer, era mucha la distancia que les llevaría largos días con sus noches hasta llegar al clan Buchanan, tiempo en el que descansarían solo lo necesario para no demorarse más de la cuenta. Ramsey enloquecería al saber lo que había hecho y más sin su protección. Con un nudo en la garganta al pensar en el momento en el que se diera cuenta, dejó caer varias lágrimas que el aire fue secando.

Tragó saliva e intentó apartar esos pensamientos de su cabeza, era su deber y lo iba a llevar a cabo. Una energía renovada recorrió el cuerpo de Eileen y apretó la carrera, galopando por el bosque con sus hermanas siguiéndola de cerca.

—Pasaremos aquí la noche —confirmó Eileen reencontrándose con sus hermanas, después de hacer una pequeña inspección de la zona.

Habían pasado seis largos días de viaje sin ningún percance. En algunos de esos días habían podido descansar y recobrar fuerzas en casas de personas gentiles que les habían abierto sus puertas, pero en esa ocasión no habían encontrado mejor lugar para pasar la noche que hacerlo a la intemperie, con el manto de la luna y las estrellas sobre sus cuerpos.

Desmontó de su caballo y lo llevó a la orilla de un río que quedaba muy cerca, indicándoles a sus hermanas el camino para que hicieran lo mismo. Mientras los caballos daban buena cuenta del agua se sentaron observándolos.

—¿Crees que el clan Buchanan te ayudará? —cortó el silencio Maureen.

—No lo dudo, por eso nos dirigimos hacia sus tierras, son amigos —confirmó Eileen.

—Pero hace mucho tiempo de eso…

—¿Y qué? —se giró Eileen en su dirección, mirándola de frente— El laird Buchanan me acogerá con cariño, como a vosotras.

—Deja de preguntar tonterías —negó con la cabeza May—, ¿acaso no sabes su historia?

—Sí, pero…

Un ruido a sus espaldas las hizo callar. Eileen se levantó de golpe girando, mirando entre la oscuridad, gracias a la claridad que la luna llena le otorgaba.

—¿Qué ha sido eso? —se puso a su lado Maureen, nerviosa.

—Habrá sido algún animal —sugirió May, junto a ellas.

—¿Eileen? —susurró Maureen al ver que no hablaba.

Concentrada en ese momento no les prestó atención y les pidió silencio levantando una mano, sin dejar de observarlo todo.

El sonido silbante e inconfundible de una flecha se escuchó sin saber la dirección que había tomado y sin darles oportunidad. Eileen cerró los ojos apretando la mandíbula sintiendo como su cuerpo se desestabilizaba hacia atrás por el impacto, mientras una lágrima furtiva se le escapaba. Bajó la mirada y vio la flecha atravesando en su pierna.

—¡No! —exclamó Maureen al ver la situación, abrazando a Eileen.

—Hermana ¿estás bien? —preguntó con preocupación May, agrandando los ojos al ver la flecha que se perdía atravesando el vestido de Eileen.

—Sí —dijo con rabia y con dolor Eileen— silencio —volvió a pedir, mientras daba varios pasos hacia atrás.

Necesitaba llegar hasta su caballo para coger su espada y así lo hizo en cuanto estuvo al lado, con sus hermanas siguiéndola de cerca.

—Coge el arco —le pidió en voz baja a May. Lo hizo sin perder tiempo y volvió junto a ellas con él en la mano—. Maureen, te quiero detrás de mí todo el rato, no te separes de nosotras —le exigió.

Ante el asentimiento de ella, dio varios pasos hacia delante saliendo de la protección de los caballos. Miró de reojo hacia abajo notando como por su pierna corría sangre.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —se escuchó la voz de un hombre por la izquierda y giraron en esa dirección.

—Siempre tienes mala puntería y esta vez has dado en el blanco, ¡te dije que solo las asustaras! —gritó otro por la derecha y movieron sus cuerpos hacia él.

—Señores, que poco caballerosos sois con estas tres damas —escucharon otra voz por el centro.

Con todos los flancos sin poder salir por ningún lado, ya que a sus espaldas el río les cortaba la huida. Eileen levantó su espada en guardia esperando que alguno de ellos tuviera el valor y la imprudencia de acercarse a ellas. No eran fuertes, solo le había hecho falta una pasada rápida a Eileen para saber que al menos dos de ellos no le supondrían problema alguno.

—¿Quiénes sois? —gritó May asustada, apuntando con el arco, moviéndose en varias direcciones.

—¿Acaso importa? —soltó el que estaba a la derecha con una carcajada.

—No, no importa amigo, para lo que tenemos pensado —le respondió el de la izquierda.

May no sabía hacia dónde apuntar, nerviosa, Maureen se había puesto detrás de sus hermanas tal y como le había pedido Eileen al no saber enfrentar la situación, Eileen seguía inmóvil y sin hablar, mirando de reojo a los lados sin perder de vista la situación.

—Cobardes, eso es lo que son —acabó diciendo Eileen con una media sonrisa.

Los tres hombres que recibieron sus palabras gruñeron acercándose peligrosamente hacia ellas.

—No dejes de apuntar al de la izquierda —ordenó a su hermana May que tenía un dominio perfecto con el arco, obedeciéndola giró en esa dirección. Era el que llevaba el arco en la mano.

—¿Qué os pensáis que hacéis? —soltó una carcajada el que tenían enfrente, provocando las de los otros dos.

—Esas risas serán las mías en cuanto termine con vosotros —dijo con voz amenazante Eileen, provocando que dejaran de hacerlo.

El sonido de una flecha cortó el aire y un aullido de dolor se escuchó. Eileen miró de reojo tranquila, sabiendo que no había sido un quejido de sus hermanas. May estaba con el arco reponiendo otra flecha, después de haber lanzado una y clavarla en el pie del que había estado apuntando.

—¿Duele? Qué vergüenza —dijo con voz fría Eileen—. De mi boca no ha salido ningún sonido y a ti solo te falta llorar.

—Tiene razón idiota, cállate —gruñó el del centro—. Te crees muy valiente ¿no? —se dirigió a ella

—Me creo lo que soy —sonrió Eileen—, ¿quieres comprobarlo? —señaló la espada que tenía el hombre en la mano hacia abajo sin creer que fueran una amenaza.

—Bueno chicos, nos podemos divertir un poco más antes de recibir el premio —gruñó él desconcertado al ver la seguridad de Eileen y su descaro.

—Te estarás divirtiendo tú —gritó el de la izquierda—, yo tengo una flecha clavada en el pie.

Nadie respondió, la luna llena fue testigo del avance del primer hombre que se atrevió a acercarse a ellas, atacándolas. A Eileen, a pesar del dolor de la pierna y con la flecha aún clavada, solo le hizo falta alejarse de sus hermanas unos pasos y hacer cuatro movimientos certeros para acabar con la primera vida, ante la sorpresa de los otros dos.

Con un grito desgarrado el que quedaba a la derecha se lanzó hacia ella, momento en el que Eileen giro en su dirección. La pierna le latía y ardía, pero a pesar de disminuir sus movimientos no tuvo problema para arrebatarle la vida al segundo.

—Uno contra uno ¿quieres apostar? —soltó con rabia Eileen, enfrentando al último que quedaba.

El coque de espadas retumbó entre los constantes ataques de cada uno de ellos. Perlada en sudor y con náuseas Eileen perdió el equilibrio en uno de esos ataques, mareada. Momento que su oponente aprovechó para lanzarse encima de ella y retorcer con rabia la flecha de su pierna. De los labios de Eileen salió un grito desgarrador ante los gritos de sus hermanas como respuesta, que corrieron hacia ella después de que May se acercara al caballo de Eileen y cogiera lo que quería lanzarle.

Ante el silbido inconfundible de May que parecía el sonido suave de un pájaro, motivo por el cual el hombre que tenía encima de su cuerpo no se alertó, Eileen inclinó la cabeza hacia atrás mientras forcejeaba y pudo ver a May preparada para lanzarle un cuchillo afilado.

El arma quedó cerca de su costado y en cuanto una de sus manos quedó libre por unos segundos, lo agarró y se lo clavó en el cuello al hombre, sacándolo con un movimiento rápido. El cuerpo sin vida cayó con los ojos abiertos de par en par hacia un lado.

—¡Eileen! —gritó Maureen.

—Estoy bien, tranquila —le sonrió intentando que se tranquilizara cuando se arrodilló a su lado, respiraba desacompasada—. No mires a nada, céntrate en mí —le pidió sabiendo lo que le había afectado ver los cuerpos sin vida y todo el miedo que había pasado.

—Nunca me he alegrado tanto de que sepas dominar las armas con las dos manos —soltó un suspiro May, haciendo referencia a que Eileen tenía la misma habilidad con la izquierda que con la derecha y la misma destreza, ya que el cuchillo había caído al lado izquierdo de su cuerpo—. Tenemos que irnos de aquí —dijo mirando alrededor y a la pierna de Eileen.

—Tengo que sacármela antes —apretó los dientes Eileen y cerró los ojos por unos segundos.

Con un suspiro limpió el cuchillo y desgarró la falda, levantándola dejó la pierna a la vista viendo la entrada y salida de la flecha.

—Necesito partirla —apretó los dientes, intentado deslizarla para ver si se movía sin éxito.

—Podemos buscar ayuda —se arrodilló May a su lado, mirándola nerviosa.

—¿Dónde? Hemos parado aquí porque llevábamos mucho recorrido sin encontrar a nadie —negó con la cabeza Eileen—. Dame mi espada —le pidió a Maureen que se levantó rápido.

En el forcejeo había quedado retirada. Con ella en la mano miró a sus hermanas.

—May, necesito que la cortes —levantó su espada y ella agrandó los ojos con miedo.

—No, no… y si te corto la pierna. No puedo, no puedo… —empezó a decir trabándose.

—Yo no puedo hacerlo sola —apretó los dientes Eileen cuando una punzada de dolor la atravesó—, tengo que ponerme de lado para que lo hagas.

—No podéis hacerlo —gritó Maureen asustada.

—Lo que no podemos hacer es quedarnos aquí a esperar, no sabemos si estaban solos —dijo Eileen, intentando que se centraran sus hermanas.

Volvió a levantar su espada y esa vez con manos temblorosas May la cogió. Eileen giró, quedando de lado dejando a la vista el recorrido de la flecha. Después de varios intentos que le produjeron un dolor intenso lo único que consiguió May fue astillar la flecha por el miedo con el que lo hacía.

—Otra vez —apretó los dientes Eileen, con los ojos nublados.

—No, nos vamos con flecha incluida, me niego a hacerte más daño, por Dios Eileen —se levantó enfadada May, alejándose unos pasos de ella.

—Hazle caso, podemos cabalgar durante toda la noche, seguro que en algún momento encontraremos a alguien que nos pueda ayudar —le pidió Maureen, tranquila y serena, mirándola con cariño.

—Está bien, ya debemos estar cerca de las tierras Buchanan —soltó un suspiro resignado Eileen, asumiendo que tendría que irse con la flecha en la pierna.

En cuanto sus hermanas la ayudaron a levantarse y a subir a su caballo, le taparon la pierna con una manta para que no se viera la flecha, emprendiendo la marcha sin descanso.

—Eileen —escuchó la voz de Maureen.

—¿Sí? —le respondió girándose hacia ella.

—Has matado —dijo en un susurro—, y tú has lanzado hacia una persona May.

—Sí —soltó un lamento May.

—¿Estás bien? —quiso saber Eileen.

—No te preocupes, no había otra salida —tragó saliva May haciéndola asentir.

—Lo he hecho —le contestó Eileen a Maureen—, pero no me arrepiento —dijo decidida llevando una mano a su pierna dolorida, apretándola—. No iba a permitir que os hicieran daño.

Capítulo 10



Con los gritos de fondo de sus guerreros en el campo de entrenamiento, Kenneth se mantenía atento a todos sus movimientos y a la coordinación de ellos bajo el intenso sol que lucía ese día. Hacía un rato que había estado rodeado de todos ellos, enfrentándose a Graham bajo la atenta mirada de sus guerreros que no perdían la oportunidad cuando eso sucedida, admirándolos.

A pesar de que Graham eran un formidable guerrero, Kenneth había acabado acorralándolo como siempre sucedía. No había sido fácil ganarle, detalle por el que estaba más que orgulloso de él y de todos sus guerreros que estaban bajo el mando de Graham, con ayuda de Gareth y Bob en el campo de entrenamiento, porque al resto de su guardia más férrea los tenía ocupados en otros asuntos importantes.

El recuerdo de la cena de la noche anterior llegó a su mente. Sentados junto a él en la mesa estuvieron Graham, Gordon, Hugh y Steven a los que les repitió la importancia de la búsqueda que los llevaba a las tierras MacKenzie, junto a William, Bob y Gareth.

—No te preocupes laird, sabemos de su importancia —asintió Gordon haciendo una inclinación de cabeza.

—Seguro que si estuviera aquí tu padre ya le hubiera reprendido y dado un pescozón —rio Graham, haciendo sonreír a Kenneth.

—¿Y eso por qué? —los miró sin entender Gordon.

—Qué no seas tan formal siempre, hombre —le reprendió Steven.

—Eres muy correcto —gruñó Hugh con expresión furiosa, sin ningún motivo en especial. Era su forma de expresarse siempre y su apariencia. Quien no lo conociera, ni estuviera acostumbrado se llevaba más de un sobresalto, aunque la mayoría de las veces no le gustaba hablar, pero no podía evitar que con su sola presencia intimidara aún más que sus amigos.

A pesar de la amistad que unía a todos, anteponían el respeto ante su laird y amigo, pero había momentos para cada situación y en esa cena desenfadada con su grupo más cerrado, dejaban a un lado los formalismos.

—¿Todo bien? —le preguntó Kenneth a Bob, estaba demasiado callado para lo que acostumbraba a ser.

—Sí —asintió él.

—Está pensando en su amada —soltó una carcajada Gareth llevándose una mirada fulminante por parte de Bob.

—¿Lo has vuelto a intentar? —quiso saber William mientras se llevaba un trozo de carne de venado a la boca.

—Dejadme en paz —gruñó Bob, cogiendo su copa y bebiéndosela de un solo trago.

—Ah, amigo, que malo es eso del amor —rio William.

—Vosotros qué sabéis, si esa palabra ni la conocéis —volvió a gruñir Bob.

—Ese sentimiento solo debilita al hombre —rugió Hugh haciendo que todos soltaran una carcajada.

—El día que Hugh se enamore pensaré que se va a acabar el mundo —se dobló de la risa Gordon.

—¿Tú crees que lo veremos alguna vez? —le siguió Steven.

—Yo no me enamoro —gruñó el aludido—, tomo lo que se me ofrece y no necesito más.

—El que tiene que enamorarse es nuestro laird —se recostó en la silla Graham, sonriendo sin dejar de mirar a Kenneth—. Estamos deseando tener una señora que lo ponga firme —terminó en carcajadas por la expresión de Kenneth.

—Eso nunca pasará —negó con la cabeza Kenneth.

—Si no toma a ninguna por esposa es porque no quiere compromiso, puesto que tiene a todas las mujeres casaderas rendidas a sus pies con esa cara de niño bueno —habló Gordon.

—Dejad de decir tonterías, el amor no está hecho para mí —confirmó Kenneth mientras rellenaba su copa y se la llevaba a los labios.

—Hasta que encuentres tu talismán —rio William.

En ese momento y sin que él mismo se diera cuenta, inconscientemente, llevó su mano a la estrella de cinco puntas que adornaba su pecho. Rara vez se la ponía, durante el día no quería que se le perdiera en sus actividades diarias, y sobre todo en el campo de entrenamiento dónde sería fácil que se rompiera durante los forcejeos. Tenía demasiado significado para él como para permitir que eso sucediera.

—Si alguna vez me caso será por el simple hecho de que tengo la obligación de hacerlo, pero aún no ha llegado ese momento —rugió Kenneth malhumorado apretando la estrella de cinco puntas.

Todos lo miraron y hasta el propio Kenneth se sorprendió ante su reacción sin saber el motivo que lo impulsó a tener esa reacción.

—Tranquilo laird, que ni lo verás venir cuando eso suceda —sonrió Gareth.

—Eso lo puedo confirmar yo —gruñó Bob porque era lo que le había pasado a él con una joven del clan Buchanan.

Las bromas y las risas continuaron durante gran parte de la noche consiguiendo que Kenneth se olvidara por unos instantes de lo que lo atormentaba. Se sentía cada vez más ansioso y, desde hacía un tiempo, notaba que la calma y tranquilidad que siempre sabía encontrar y controlar, se esfumaba a pasos agigantados.

La comida y bebida que los sirvientes reponían constantemente provocaron que todos se relajaran ante el fuego que calentaba la estancia.

Después de un largo tiempo dejando sus pensamientos a un lado, Kenneth giró y se alejó del campo de entrenamiento. Salió de la protección del castillo y enseguida se encontró con las cabañas de su gente, quienes lo saludaban a su paso con respeto.

Cogiendo el desvío que lo llevaría al río escuchó gritar su nombre a su espalda y se volvió reconociendo la voz.

—Señor —lo saludó William formalmente.

—¿Algo que tenga que saber? Me disponía a ir a refrescarme al río.

—Si no te importa te acompaño, te contaré la última novedad —le propuso William.

—Sabes que no tienes que pedirlo —negó con la cabeza Kenneth.

—No sería la primera vez que quieres aislarte allí —se encogió de hombros William.

Como respuesta Kenneth asintió y siguió su camino seguido por William.

—Hemos encontrado al límite de nuestras tierras a tres hombres muertos, por casualidad estábamos haciendo una inspección del terreno y han dado con ellos —le comunicó William, haciendo que Kenneth frenara y se girara hacia él.

—¿Los han reconocido? —preguntó.

—No —negó con la cabeza William—. No pertenecían a ningún clan o por lo menos sus vestimentas así lo indicaban. No había ningún indicio de nada y los han dejado dónde los encontraron. A parte de las heridas mortales uno tenía una flecha clavada en un pie, hemos encontrado un arco y una espada cerca de los cuerpos, pero nada más.

—Está bien, estad atentos por si el asunto requiere que actuemos, no sabemos si los MacLaren están involucrados en ello —aceptó conforme Kenneth.

—Así se hará laird.

Continuaron hasta llegar al río cada uno metido en sus pensamientos. Kenneth se desprendió de su tartán y se introdujo en el agua, seguido por William. Así pasaron un buen rato hasta que Kenneth tuvo la sensación de sentirse observado.

Arrugando la frente y sin salir del agua, haciendo ver que no se había dado cuenta, rastreó todos los alrededores, hasta que su vista se fijó en un trozo de tela en color azul claro que sobresalía de un árbol. Se sorprendió por el atrevimiento de alguna joven de su clan, ante esa osadía.

Normalmente cuando él accedía a esa parte del río, el recorrido para llegar hasta él era bien visible y corría la voz para que dejaran tranquilo a su laird disfrutando de esos momentos que se repetían cada día.

Con total deliberación le hizo un gesto a William para que se quedara dentro y salió despacio, recorriendo la distancia que lo separaba de su tartán. Escuchó un grito ahogado que le hizo sonreír interiormente, sin mostrar

ningún cambio en sus facciones para no delatarse ante los ojos que lo miraban.

Después de ofrecer una visión clara y perfecta, se echó el pelo mojado hacia atrás dejando visible todas sus facciones, se agachó y se acomodó el tartán sobre su cuerpo, mientras el exceso de agua de su pelo caía sobre su cuerpo.

Ante su sorpresa, y sin entender la situación, cuando se acercó no vio a nadie. Era imposible que no la hubiera visto marchar, pero detrás del árbol no había rastro de ninguna joven, como pudo comprobar, ni de ningún trozo de tela que hubiera quedado enganchado a él, haciéndole pensar que pudiera haber alguien escondido. Molesto y reacio volvió junto a William al que le indicó que saliera del agua.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber William mientras se vestía.

—Vamos a echar un vistazo por la zona —le pidió sin darle explicaciones.

Como no sabía en qué dirección ir, optaron por dirigirse hacia su izquierda. Después de recorrer bastante distancia volvieron sobre sus pasos para ir en la dirección contraria al no ver ni encontrar nada.

Cuando lo hicieron, a una distancia lo suficientemente amplia de dónde se habían bañado, encontró a un grupo de tres mujeres que discutían en el borde del río. Sin saber qué decían porque hasta sus oídos no llegaba claro por la distancia, observó que no pertenecían a su clan ni a alguno de los clanes vecinos, siendo desconocidas.

—Señor ¿quiénes son las damas? —susurró William a su lado.

—Enseguida lo sabremos —dijo dando un paso hacia delante, fijando su vista en el vestido del mismo color que había visto al ser observado.

Capítulo 11



Eileen estaba agotada y no se encontraba bien. No quería alertar a sus hermanas, pero la flecha que aún tenía clavaba en la pierna cada vez mermaba más sus fuerzas y se sentía desfallecer.

Con su suspiro se había alejado de May y Maureen, ante las protestas de las dos de que no la iban a dejar sola para rastrear la zona. Pero al final tuvieron que aceptar a regañadientes, ante la determinación y el genio de Eileen para que la esperaran al borde del río, donde habían parado para descansar.

Su intención realmente no había sido rastrear nada, simplemente necesitaba tomar distancia para dejar salir el dolor que le recorría el cuerpo. Se tocó la frente comprobando que estaba más caliente de lo habitual. Cuando estuvo lo suficientemente lejos se sentó como pudo sobre la hierba y destapó su pierna.

Arrugando el gesto comprobó que la herida que mantenía sujeta la flecha estaba demasiado inflamada y con un color que no era el habitual. El muslo le palpitaba y ante sus hermanas había intentado que no notaran el dolor que soportaba, pero allí en soledad soltó un suspiro profundo y se dejó caer en la hierba, sin fuerzas.

Desorientada abrió los ojos dándose cuenta de que había perdido la consciencia. No sabía el tiempo que había transcurrido y haciendo un sobresfuerzo se incorporó teniéndose que apoyar en un árbol, apretando los dientes por las punzadas que la recorrieron entera.

Se dirigía al encuentro de sus hermanas cuando unas voces lejanas que pudo distinguir la alertaron. Se protegió detrás de un gran árbol al distinguir a dos hombres que pasaron a corta distancia de dónde ella se encontraba, mientras los veía avanzar, caminando hacia el río, lo que pudo comprobar en cuanto pararon frente a él.

Estaba acostumbrada a los hombres de gran altura, fuertes e imponentes porque se había criado rodeada de ellos y con Ramsey desde la desgracia que azotó a su familia, pero uno de los dos hombres que tenía frente a ella la impresionó de tal manera que no pudo apartar la vista de él ni hacer el intento de salir de allí, alejándose de un posible peligro.

Con un grito ahogado, silencioso, sus ojos vieron como ese hombre se desprendía del tartán que decoraba su cuerpo, quedando totalmente desnudo ante sus ojos, mientras que el que le acompañaba se quedaba en la orilla dándole su espacio a ese hombre.

Que Dios la perdonara porque eso era pecado, pero no pudo apartar la mirada de él, viendo como caminaba tranquilamente hacia el agua introduciéndose en ella, mientras todos sus músculos quedaban definidos ante su mirada.

Dejó de mirar durante unos minutos intentando recomponerse de la impresión. Jamás había visto a un hombre de esa manera y la experiencia había sido… notaba como su corazón latía tan fuerte que parecía que quería salir de su pecho, la respiración se le agitó y le temblaba todo el cuerpo con una sensación totalmente desconocida para ella, en ese momento no era por el dolor de la pierna, la que quedó en el olvido pasando a un segundo plano.

¿Sería la fiebre? Se preguntó, pero no, sabía perfectamente qué la había puesto de esa manera. Ese guerrero era… formidable, no podía clasificarlo de otra manera y eso que ella era muy difícil de impresionar. Con su melena que le llegaba por los hombros de un color castaño oscuro, sus anchos hombros y su espalda musculosa, con sus piernas interminables fuertes, robustas y con… Eileen cerró los ojos ante lo que apareció en su mente que no fue otra cosa que el trasero de ese hombre, duro y perfecto.

Todo lo que habían visto sus ojos y todo lo grande, fuerte y alto que era el hombre la tenían aturdida. Volviendo a mirar en su dirección, se asomó despacio desde la privacidad que le proporcionaba el árbol y buscó con la mirada al hombre que le había provocado sensaciones que nunca había tenido, comprobando que durante el tiempo que no había mirado el segundo hombre había seguido al primero y a los dos los cubría el agua en ese momento.

No pudo evitar el grito que salió de sus labios, esa vez con un tono agudo, cuando vio como el mismo hombre que la había impactado, salía del agua sin ninguna ropa que tapara su cuerpo. A pesar de la sorpresa y del estado en el que se había quedado por la impresión, no pudo evitar agrandar los ojos sin poder apartar la vista.

Que Dios la ayudara porque si antes había pecado, en ese mismo instante… con calma el hombre recorrió la distancia que lo separaba de su ropa. Se tomó su tiempo, un tiempo en el que Eileen cerraba los ojos, los abría otra vez, cerraba uno, pero el otro se negaba a hacer lo mismo porque el espectáculo que tenía delante era… era digno de ver.

Una cara con unas facciones perfectas, unas cejas pobladas que enmarcaban unos ojos de un color oscuro, por lo poco que pudo distinguir de ese detalle ante la distancia que la separaba de él. Moreno, con unos labios carnosos y con un cuerpo escultural y labrado en la lucha, así se presentó delante de ella, y la parte que jamás había visto en un hombre la había dejado tan impresionada que era incapaz de reaccionar, ni siquiera sabía si estaba respirando en ese preciso instante de lo aturdida que se había quedado.

Cuando vio que sus brazos musculosos se levantaban para apartarse el pelo de la cara quiso ser ella quien pudiera hacer ese gesto, llevando sus dedos hacia su cabello sintiendo su tacto y acariciarlo hasta sus hombros. Sorprendida ante sus pensamientos y el calor que la recorrió se reprendió por ellos, pero no pudo apartar la mirada de él viendo cómo se vestía cubriéndose con el tartán, siguiendo cada uno de sus movimientos.

Cuando Eileen fue consciente de que se disponía a caminar en su dirección, se sintió amenazada por haberlo espiado sin su permiso. Con más

sudores de los que ya tenía no vio otra solución que subirse al árbol que la había ocultado, viendo que no tenía escapatoria y la descubriría en cuanto se moviera de allí.

Subir fue de lo más difícil que hizo, a duras penas llegó hasta arriba evitando que la flecha que sobresalía rozara la corteza del árbol, lo que no logró algunas veces provocando que quisiera gritar del dolor tan intenso que sintió en esos momentos. Agotó sus últimas energías y tuvo que reposar en la copa de ese gran árbol, sujetándose con las pocas fuerzas que le quedaban, cerrando los ojos ante las náuseas y malestar que atravesaron su cuerpo, sintiéndose muy debilitada.

Allí se quedó durante un tiempo prudencial, hasta que los dos hombres se alejaron de la zona en la dirección contraria a la que tenía que ir ella al encuentro con sus hermanas. Al segundo hombre se había negado a observarlo salir del agua, bastante remordimiento tenía ya por haberlo hecho con el primero, pero la realidad era que no le había interesado mirar al otro hombre.

En cuanto se sintió segura, se deslizó hacia abajo dejando salir varias lágrimas de dolor, hasta que tocó tierra firme y tuvo que esperar unos minutos hasta recomponerse y encontrar las fuerzas para alejarse de allí y seguir avanzando.

En cuanto localizó a sus hermanas recorrió los últimos metros que la separaban de ella ante los gritos de Maureen al verla llegar.

—¿Te parece bonito? —le habló enfadada Maureen, o más bien nerviosa— Has tardado mucho, pensábamos que te había pasado algo.

—Lo siento —soltó un suspiro Eileen y las esquivó acercándose al río—, me he desorientado.

—¿Estás bien? —se acercó a ella May, seguida por Maureen que se arrepintió de cómo le había hablado al prestar atención a la cara que tenía su hermana.

—Sí —soltó otro suspiro—, y en cuanto me pueda sacar esta flecha estaré mejor.

—Hoy sin falta tenemos que buscar ayuda, eso no puedes tenerlo mucho más tiempo dentro —comentó angustiada May.

—La encontraremos, hace un rato he visto a varios guerreros del clan Buchanan —confirmó.

A pesar del estado en el que se había quedado ante la presencia del hombre que había provocado tantas sensaciones en ella, había podido comprobar por sus tartanes que pertenecían al clan Buchanan, detalle que le indicaba que estaban muy, pero que muy cerca de ellos y de su amigo Kenneth.

—¿Estamos ya en sus tierras? —dio un grito Maureen.

—Eso parece —asintió Eileen, sonriendo un poco, emocionada ante esa posibilidad—, seguramente anoche también y no lo sabíamos.

—¿Los que mataste eran Buchanan? —preguntó en un susurro Maureen impresionada, agrandando los ojos ante esa posibilidad.

—No —rio Eileen descartando esa idea—, cuando veas a un guerrero del clan Buchanan entenderás mis palabras.

—Menos mal —se llevó una mano al pecho Maureen—. ¿Eso qué quiere decir?

—Que lo que encontramos anoche solo eran bebés comparados con el clan de mi amigo —volvió a reír Eileen.

—Pues vamos, no podemos perder más tiempo —se alejó de ellas May preocupada por ella, mientras Eileen se refrescaba la cara, echándose agua por el cuello y parte de su pecho que quedaba al descubierto por el escote de su vestido.

—Déjame ver la herida —le pidió Maureen.

—Mejor que no… está bien —se negó Eileen.

—No seas cabezota —casi gritó Maureen perdiendo la calma otra vez.

—Cabezota y Eileen van de la mano —soltó una carcajada May llegando hasta ellas—. Levántate el vestido —le pidió esa vez ella, seria.

—No seáis pesadas, solo estoy cansada y no es agradable tener algo atravesando mi pierna, solo es eso —evitó hacerlo Eileen.

—¿Sabes quién es la segunda cabezota de nosotras Maureen? —sonrió May indicándoles que no se iba a dar por vencida.

—Cómo no —puso los ojos en blanco Maureen—, de mí te puedes escapar, pero de ella… —señaló a su hermana May que amplió la sonrisa.

—No tiene nada que hacer conmigo —sonrió irónica Eileen sin dar su brazo a torcer—, ya deberíais saberlo las dos.

—Tozuda, una cabeza de piedra eso es lo que eres… —se alejó Maureen de ellas soltando varias palabras para calmarse y dando el intento por fallido.

—Solo nos preocupamos por ti —le dijo May suave.

—Lo sé y os lo agradezco, pero no hay nada que ver más que lo que ya visteis. Todo está bien.

Sabía que en cuanto se levantara el vestido y vieran la herida soltarían un grito y se preocuparían por el estado en el que tenía la pierna. Y eso sin contar que no les había dicho que se sentía débil y sin fuerzas por la fiebre que cada vez notaba que subía más de intensidad nublándole la vista.

May la miró con atención sabiendo que no estaba siendo sincera, pero optó por dejarla tranquila al menos hasta que volviera a intentarlo. Eileen soltó otro suspiro mientras May se alejaba de ella al encuentro de Maureen, preparando a los caballos para seguir la marcha y partir. Se tomó su tiempo para descansar sentada en una roca al borde del río temiendo que su cuerpo se rindiera antes de llegar a su destino.

—Ya podemos irnos —dijo May en alto.

—No lo creo —una voz grave y ronca retumbó haciendo que Maureen y May se giraran sobresaltadas en esa dirección, tapando a Eileen que no tenía fuerzas para incorporarse por sí misma de dónde se había sentado.

Varios gritos ahogados de sus hermanas le indicaron que acababan de conocer de cerca a alguno de los guerreros Buchanan, lo que provocó una sonrisa amplia en la cara de Eileen.

Capítulo 12



Al fin la había encontrado, lo que no les había supuesto a él y a William mucho tiempo al no haberse ocultado, como si no les importara que las descubrieran.

Kenneth desde su posición sin modificar el gesto serio de su cara, el que sabía que encogía a su adversario, no dejaba de mirar a las dos mujeres que tenía delante sorprendidas. A pesar de que estaban intentando ocultarla, puedo localizar a sus espaldas parte del vestido que había estado buscando, del mismo color azul que había visto detrás del árbol. Detalle que ya sabía porque él y William llevaban un tiempo observándolas desde la distancia.

—¿Estos hombres son normales? —habló Maureen sin salir del asombro.

—Yo diría que sí, no tienen tres orejas ni tres ojos, lo único que son… —le respondió May igual de impresionada.

—Indescriptibles —susurró Maureen desconcertada por tenerlos delante—. Estoy a punto de desmayarme —se agarró el brazo de su hermana—, tienen cara de muy enfadados ¿cómo vamos a salir de esta?

Las hermanas escucharon unas risillas a sus espaldas y supieron que Eileen se estaba divirtiendo ante sus reacciones. Ella jugaba con ventaja, pero May y Maureen jamás habían visto a semejantes hombres, sin contar a Ramsey que no tenía nada que envidiarles. Pero demonios si las habían dejado sin palabras ni sin saber cómo reaccionar, entre el miedo y la admiración. May tragó saliva haciendo un repaso a los musculosos y grandes hombres que se

mantenían firmes y sin moverse delante de ellas, y May cada vez apretaba más el agarre de su mano en el brazo de su hermana.

—¿Por qué nos miran así? —preguntó divertido William a Kenneth.

—Les damos miedo —confirmó Kenneth sin alterarse, solo tenía que ver los ojos de esas dos jóvenes para saber lo que las recorría por dentro—. ¿Quiénes sois? —preguntó cortante Kenneth, queriendo acabar con esa situación y aclararla.

—¿Quién lo quiere saber? —habló Eileen, pero sus hermanas no se apartaron, dejándola protegida.

—Da la cara —gruñó Kenneth, sorprendiéndose a sí mismo primero, después a William que no esperó que reaccionara así, nunca lo hacía y menos con damas, y por último a las dos jóvenes que pegaron un pequeño salto del suelo ante la impetuosidad de su voz y la orden explícita. Eileen ni se inmutó al escuchar ese arranque.

—No, si no sé quién sois —insistió Eileen, tranquila.

Ni lo haría, estaba más que acostumbrada ante esos arranques de autoridad y con ella no funcionaban. A más órdenes, más se revelaba sin poderlo evitar, sin saber todavía que el hombre que se dirigía a ella era el mismo al que había visto en el río y por el que había ido a esas tierras.

—Estáis ante… —empezó a decir William, pero Kenneth lo frenó con un gesto de su mano para que no continuara.

No sabía el motivo, pero en ese instante prefirió que no supieran quien era realmente. Demonios, ¿a qué venía esa reacción? Pensó, mientras no pudo evitar que la rabia se apoderara de él y la cara de William se cubriera de sorpresa ante su petición.

—Necesitamos encontrar al laird Buchanan —habló con voz débil una joven de cabellos dorados—. No hablaremos con nadie que no sea él.

—Ya entiendo —sonrió de medio lado Kenneth—. ¿Habéis venido para ofrecer vuestros servicios al laird?

No fueron las palabras, sino el tono de voz que utilizó ese hombre lo que provocó que Eileen se levantara furiosa y con dificultad necesitando plantarle cara como fuera por la desfachatez que había sugerido de ellas, sintiendo que la sangre le hervía otorgándole las fuerzas que no tenía.

Maureen soltó un grito ante esas palabras y May se quedó sorprendida sin saber cómo reaccionar. Antes de salir del amparo de sus hermanas, Eileen le quitó de una mano a May una manta que sujetaba, enrollándosela en la cintura para evitar que vieran la flecha que traspasaba su vestido.

—Volved a repetirlo si tenéis otra vez ese atrevimiento —soltó Eileen con genio y rabia, dando varios pasos al frente.

Ante su aparición tanto ella como los hombres se sorprendieron. Ella al no esperarse encontrarse cara a cara con el mismo hombre que había vuelto a hacer que su estómago diera una voltereta, William al quedar impresionado ante la visión de ella y Kenneth se había quedado embobado por unos segundos sin pestañear al ver a la dueña del vestido azul.

—¿Y estos eran amigos? —susurró May sin salir del asombro.

—Eso parecía ¿no? —habló Maureen indecisa.

—Lo son, pero con las personas correctas —confirmó con voz tajante Eileen.

—¿Quítate esa manta? —ordenó Kenneth.

—¿Perdona? —fue la respuesta de Eileen soltando una carcajada dirigiéndose hacia él como estaba recibiendo.

—Ya me has oído —rugió Kenneth dando varios pasos acortando la distancia entre los dos—. ¿Qué escondes ahí?

—¿Nervioso guerrero? —sonrió de medio lado Eileen sin variar su actitud delante de él, a pesar de que quería lanzarse al suelo o más bien dejarse vencer cayendo en él por el dolor que sentía, le temblaban las piernas no sabía si cuerpo podría soportar su peso mucho más tiempo.

—Vuestro nombre —exigió saber Kenneth perdiendo la poca paciencia que le quedaba a esas alturas.

—¿Y el vuestro? Yo estaba aquí antes y habéis interrumpido nuestro descanso —exigió Eileen mirándolo a los ojos, llevando sus manos a su cintura.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Kenneth ante esa contestación, esas palabras y la forma de decirlas… y esa pose… parpadeó varias veces intentando centrarse, faena difícil cuando por unos segundos interminables los dos se perdieron en la mirada del otro, sin encontrar las fuerzas o las ganas de separarlas, recreándose en ese instante.

Cuando por fin Kenneth consiguió apartarlos, dirigió sus ojos hacia el cabello de la joven que tenía delante, sorprendido y admirando lo que el sol provocaba en los mechones de su pelo, atrayendo toda su atención, atención que pasó por todo su cuerpo recreándose en las gotas de agua que recorrían su cara y su pecho. Oh sí, se recreó viendo esa piel blanca y dulce mientras las gotas de agua se perdían por dentro de su vestido.

William carraspeó al ver a su amigo y no reconocerlo, sonido que hizo que Kenneth se centrara y su actitud se volviera más temeraria, provocando que May y Maureen soltaran un grito ahogado ante el rugido que salió de la garganta de Kenneth y por la presencia de ese imponente hombre que les sacaba más de tres cabezas de altura. Las hermanas miraron a Eileen que seguía impasible frente a él.

—Muchacha, yo de vos me callaba —se atrevió William a pronunciarse.

—El mismo consejo le doy guerrero —lo miro sonriendo como respuesta y William se quedó entre atónico y embobado, por sus palabras y por su

belleza.

—Ya está bien —alzó la voz Kenneth perdiendo la paciencia—. Decidme ahora mismo quienes sois y quiero esa manta fuera —exigió y ordenó alzándose sobre ella todo lo largo que era.

—No hasta que hable con el laird Buchanan y no me da la gana —lo encaró Eileen con rabia.

—Esto no va a acabar bien, buen señor —soltó un quejido Maureen después de escuchar a su hermana.

—E… —empezó a decir May, pero no continuó para no desvelar su nombre, si ella no había querido hacerlo hasta ese momento sus motivos tendría. Carraspeó y continuó— Hermana, podemos decirles quienes somos y así nos llevarán ante el laird Buchanan.

—¿Por qué tanto interés en estar ante la presencia del laird? —se interesó William.

—Es un asunto confidencial —le respondió Eileen.

Sus fuerzas flaquearon y se sintió mareada, había agotado las pocas energías que le quedaban. Sus hermanas corrieron a su lado para sujetarla en el momento en que sus piernas se desestabilizaron.

Kenneth la miró con atención, lo que no había dejado de hacer en todo ese tiempo. Arrugó la frente al ver su indisposición y se preguntó qué le pasaría a esa muchacha y el motivo por el que se había quedado aún más pálida de lo que estaba desde un principio.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada Maureen bajo la atenta mirada de Kenneth que no se movió esperando escuchar su respuesta lo que no tardó en hacer.

—Sí —rugió Eileen con rabia por no poder hacer frente a esos hombres como le hubiera gustado.

—Yo no lo veo claro —habló May sujetándola con fuerza cuando se volvió a incorporar Eileen entre sus brazos.

En un movimiento rápido y sin que ninguna de las tres jóvenes se esperaran el avance de Kenneth, este agarró la manta que tenía enrollada Eileen en su cintura que caía hasta sus pies, pegando un tirón fuerte despojándola de ella, ante los gritos ahogados de May y Maureen.

—¿Qué significa esto? —rugió Kenneth en cuanto sus ojos vieron la flecha cubierta de sangre perderse en el interior de la falda de su vestido.

—Santo Dios… —reaccionó William acercándose para verlo más de cerca.

—Os he hecho una pregunta —gruñó Kenneth encontrándose con la mirada de Eileen.

—Y yo desde el principio os he comentado que solo hablaré delante del laird Buchanan, solo y únicamente con él. Sois demasiado arrogante y presuntuoso para entenderlo, ya os dará vuestro merecido vuestro laird —le respondió Eileen con pocas fuerzas, detalle que a Kenneth no le pasó desapercibido.

La carcajada que soltó William hizo que las jóvenes desviaran la mirada hacia él sin encontrar dónde estaba la gracia, pero por lo visto a ese guerrero le había hecho mucha, porque solo le faltó doblarse de la risa a pesar de la situación.

La reacción de Kenneth fue sonreír, una sonrisa que desconcertó a Eileen al ver un hoyuelo aparecer en el lado derecho de su cara que la dejó embobada viendo un gesto relajado en su expresión. Sonrisa que desapareció rápido en cuanto se arrodilló delante de las piernas de Eileen y apartó la falda rajada para dejar al descubierto su pierna.

—¿Qué os pensáis que estáis haciendo? —gritó Eileen llena de rabia, dándole manotazos a las manos del guerrero que no paró hasta sujetar su pierna entre las suyas mirando la herida y la flecha con atención.

Sus hermanas se habían quedado mudas por el atrevimiento de ese hombre y Eileen, ella retuvo el aire al sentir el contacto de las manos del hombre frotando su pierna, rugosas y curtidas en la batalla. Si ya se sentía débil, ese acto había acabado por aflojarle las piernas del todo, sus hermanas tuvieron que soportar su peso, una cada a lado.

—¿Cuándo os lo hicisteis? —levantó la mirada Kenneth con gesto enfadado.

Le había costado, bien sabía Dios que había tenido que encontrar las fuerzas necesarias para apartar sus ojos de esa piel blanca y suave como la seda que tenía entre las manos. Por ese motivo su apariencia resultaba más amenazante y enfadado cuando habló, pero por el simple motivo de lo que esa mujer era capaz de conseguir en él, lo descolocaba todas las reacciones que tenía ante ella. Se levantó despacio, intimidante frente a ella.

—Jugando —respondió Eileen con una sonrisa forzada. A pesar de no tener fuerzas, dar su brazo a torcer ante ese tozudo guerrero sería lo último que hiciera.

—¡Dijiste que estabas bien! —se molestó May al ver la pierna, el color y la forma tan fea que tenía la herida.

—Y lo está, solo necesito sacarla y recuperarme —suspiró Eileen, apartándose del apoyo de sus hermanas, quedando un paso alejadas de ellas —. Pagaréis por esta osadía —apretó los puños frente a Kenneth.

—Eso no está nada bien muchacha ¿es que no lo veis? —se sorprendió William.

—Cabeza de piedra, que eres una cabeza de piedra… tozuda como tú sola —le gritó Maureen nerviosa, empezando a dar vueltas a su lado.

—Veo que no habéis podido cortar la flecha —no fue una pregunta, fue una confirmación de Kenneth al haber visto las astillas en un extremo de la flecha.

—No pude —soltó un quejido May captando la atención de los dos hombres.

—¿Cómo se lo hizo? —le ordenó que hablara a May.

—Eh, yo… no sé… —no se atrevió a decir nada ante la mirada que Eileen le lanzó.

—Si alguien tiene que explicarlo seré yo —soltó con genio Eileen— y solo delante del laird Buchanan.

—Muchacha —dio un paso hacia ella Kenneth, gruñendo—, cuando lo conozcáis os sorprenderéis.

—Lo dudo —fueron las últimas palabras de Eileen sintiendo que su voz se perdía en el aire y su cuerpo fallaba desestabilizándose.

Con otro movimiento rápido Kenneth llegó a su altura y la agarró entre sus brazos para que no hiciera contacto con el suelo. Con los ojos medio cerrados sin ser consciente del todo del gesto del guerrero que la miraba preocupado, escuchó unas palabras que le hicieron agrandar los ojos antes de perder el conocimiento.

—Soy Eileen Sinclair —dijo nerviosa May.

La cabeza de Kenneth se levantó de golpe, agrandando los ojos y sin poder salir del asombro por lo que acababa de escuchar. William tan sorprendido como él, dio un paso más al frente quedando todos bien cerca.

—¿Qué habéis dicho muchacha? Repetidlo —exigió William.

—Soy Eileen Sinclair —dijo entre lágrimas May sin dejar de mirar a su hermana inconsciente—. Ayudadnos por favor.

Kenneth no había podido hablar, estaba tan estupefacto ante la posibilidad de que fuera verdad que se había quedado por unos instantes paralizado, hasta que recobró todos los sentidos.

—¿Estáis segura de que sois Eileen Sinclair? —rugió Kenneth. Era un tema para él demasiado importante y delicado como para que tener falsas esperanzas.

Las lágrimas de la cara de la muchacha lo despistaron, su Eileen, su amiga, una futura guerrera no reaccionaría de esa manera, pero había pasado tanto tiempo sin su contacto y desde que la perdió la vista, que todo podía ser; que su espíritu de pequeña, su ímpetu, sus sueños y aspiraciones se hubieran quedado apartados con el pasar de los años.

Maureen estaba tan sorprendida por el arranque de su hermana que hasta ese momento no había podido reaccionar, pero entendiendo porque lo había hecho y al fijar su mirada en Eileen que tenía los ojos cerrados entre los brazos de ese guerrero que no soltaba su agarre, la ayudó a seguir con la mentira.

—Sí, es ella, tenemos mucho que contar al laird Buchanan —habló Maureen nerviosa ganándose la atención de los dos guerreros—. Os daréis cuenta cuando lo hagamos de lo que nos une y de que la historia es real.

—Vaya si lo haréis —gruñó Kenneth esperando explicaciones.

May se lo agradeció con la mirada a su hermana y Kenneth aún en un estado del que le estaba costando salir, bajó la mirada hacia la muchacha que seguía inconsciente. Un sentimiento de protección lo atravesó al verla indefensa y flácida entre sus brazos y un escalofrío lo recorrió entero apretando su agarre.

—Está hirviendo —confirmó Kenneth preocupado al apartarle varios mechones de la cara a Eileen.

Si ella hubiera estado consciente hubiera sido testigo de la delicadeza y el cariño que puso en ese gesto.

—William, la llevo al castillo. Encárgate de acompañar a las damas tú, las quiero ante mi presencia ya —ordenó Kenneth, dirigiéndose rápido al primer caballo que encontró en su camino, el que pertenecía a Eileen, y subió con ella entre los brazos alejándose de ellos.

Ni él mismo fue consciente del gesto que tuvo, dejando a la que se suponía que era su gran amiga atrás, solo con la preocupación de llevar lo antes posible a la mujer que se había negado a soltar de entre sus brazos.

Espoleó al caballo alejándose de allí recorriendo la poca distancia que los separaba del castillo con el único pensamiento en mente de que la pudieran atender lo antes posible.

Capítulo 13



—May ¿qué vamos a hacer? Nos hemos metido en un lío ¿tú has visto a esos hombres? ¿Qué van a hacer con nosotras cuando sepan la verdad? Oh, porque la sabrán en cuanto se pongan tres delante de nosotras, se me aflojaran las piernas —lloriqueó Maureen.

—Cállate, necesito pensar —soltó un bufido May, nerviosa, sin poder dejar de dar vueltas en la estancia a la que las habían llevado—. No nos conocen, ahí tenemos algo que nos protege, además, sabemos la historia perfectamente como si fuera la nuestra.

—Pero no somos Eileen —susurró Maureen.

—No, no lo somos —confirmó May asomándose a través de una ventana pequeña que daba al patio central—. Tenemos que resistir hasta que ella vuelva con nosotras.

—Sabes se estará enfadada ¿verdad?

—¿Tú crees que me escuchó? —se giró con gesto contraído hacia su hermana Maureen que asintió segura. May soltó un suspiro y se sentó en la cama junto a ella.

Como bien había ordenado el guerrero que se marchó con Eileen, las habían trasladado al castillo. Después de ofrecerles algo de bebida y comida, las acompañaron gentilmente a una estancia cómoda para que pudieran

descansar, o, mejor dicho, las habían dejado encerradas, detalle que las había puesto más nerviosas haciéndolas pensar que no las habían creído.

Sin Eileen se sentían incompletas e inseguras y no sabían nada de ella, solo tenían la seguridad de que se estaban encargando de su herida como les notificó el guerrero que las acompañó, William, tal y como se presentó ante ellas.

En cuanto Kenneth llegó a la entrada del castillo cargando con la joven, cogió una espada que reposaba en un lateral del caballo, ya que la suya se había quedado junto a Graham en el campo de entrenamiento como siempre hacía, y corrió entrando al castillo dando la orden de que Bonnie se presentara ante él. Era una de las mujeres que se podría encargar de la muchacha con la que entró en brazos. En su camino se cruzó con un Graham sorprendido, Kenneth solo tuvo que decirle que no era el momento de explicaciones y su amigo lo siguió en silencio.

Sin pensar, subió las escaleras junto a él, dirigiéndose hacia su estancia para que la muchacha estuviera lo menos expuesta ante miradas curiosas. Abrió la puerta de una patada y se acercó a su lecho dejando el cuerpo inconsciente de la joven en medio de él, de lado para que no sufriera más daño del que tenía.

Mientras Kenneth subía la falda del vestido dejando al descubierto la pierna malherida, la mujer que se encargaría de curarla apareció en el umbral de la puerta que se mantenía abierta, dirigiendo su mirada a la situación que tenía delante, viendo el daño que tenía que curar.

—Laird ¿puedo ayudarlo? —habló gentil Bonnie, sin entrar hasta que no le diera permiso.

—Necesito que la curéis, cerrad —le ordenó Kenneth.

La mujer hizo lo que le pidió y se acercó dejando al lado del lecho una cesta donde portaba siempre todo lo que creía necesitar ante las llamadas de su laird. Se inclinó hacia la joven y la tocó.

—Su temperatura es muy elevada, señor —levantó la mirada preocupada hacia él.

—Lo sé —Kenneth asintió con gesto serio.

En su expresión se podía ver la preocupación que lo atravesaba y él mismo se preguntaba el motivo por el que era. Si no conocía de nada a la joven no entendía el motivo de su estado, pero no era el momento para pararse a pensar, solo tenía una imperiosa necesidad de que Bonnie la ayudara.

—Necesito que saquéis la flecha —pidió Bonnie incorporándose, empezando a rebuscar todo lo que necesitaría en la cesta.

Con urgencia Kenneth arrastró a la joven inconsciente hacia el filo de la cama y agarró su pierna sacándola de ese apoyo.

—Agarradle la pierna, no la mováis —le ordenó a Bonnie que asintió acercándose a su posición—. Graham, sujeta la flecha con fuerza.

Ante sus palabras Graham agarró la flecha con las dos manos por el lado que más sobresalía. Kenneth levantó la espada que había cogido del caballo y la bajó a una velocidad que no les dio tiempo ni a parpadear.

En cuanto la flecha se partió por el impacto, Bonnie se apresuró a extraerla, pero Kenneth gruñó ante la sorpresa de Graham y ella, indicando que esa era tarea de él.

Dejó caer la espada en el suelo y agarró la pierna inerte entre sus manos fijando su mirada en la cara de la joven en cuanto agarró el trozo de flecha que se mantenía clavada y pegó un tirón fuerte sacándola. Suspiró al ver que en la cara de ella no se reflejó ninguna señal de dolor, que seguro le hubiera causado si hubiera estado consciente.

—¿Puedo laird? —interrumpió el momento Bonnie.

—Sí —dio un paso hacia atrás Kenneth—. ¿Necesitáis algo?

—Un poco de agua para limpiar la herida antes de empezar la curación.

Graham fue el que se encargó de ir hacia la jofaina que había en un lateral y vertió un poco de agua, metiendo en ella un trozo de tela que había al lado. Cuando volvió se la entregó a Bonnie.

—Podéis iros tranquilo, yo me encargo —le ofreció la mujer ante la cara de preocupación de su laird—. Primero la limpiaré y después la curaré con unas hierbas medicinales introduciéndolas en la herida, la vendaré para que haga más efecto y quede protegida. No la cerraré por si surge algún problema. Después solo habrá que esperar y rezar para que la fiebre baje y desaparezca. ¿Cuánto tiempo hace que está así?

—No estaré tranquilo hasta que la vea en pie —gruñó Kenneth volviendo a sorprender a Graham—. No lo sé.

—Vamos afuera amigo, aquí no podemos hacer nada —le sugirió Graham con varias palmadas en la espalda y se dirigió hacia la puerta, viendo lo que le costó a Kenneth moverse del lado de esa joven.

Con un suspiro Kenneth se reunió con él, dejando caer su peso contra la pared que quedaba en frente de la estancia, sin perderse detalle de lo que Bonnie hacía con sus cuidadosas manos al no haber cerrado tras él.

—¿Estás preocupado? —inició una conversación Graham, todo lo disimulado que pudo.

—Diablos si lo estoy —gruñó Kenneth.

—Y ¿el motivo es…?

—¿No tienes ojos en la cara Graham? —gruño Kenneth girándose hacia él.

—Oh, que yo sepa sí —rio el aludido negando con la cabeza ante la molestia de su amigo—. Me refiero a que no es la primera vez que estamos delante de una situación así y mucho más grave. Nunca te había visto

reaccionar de esta manera y menos con una joven que no conoces de nada ¿o la conoces?

—¿De qué manera estoy reaccionando? —volvió a gruñir Kenneth y Graham esa vez intentó disimular una sonrisa ante su reacción, viendo que no respondía a todo lo que le preguntaba.

—Como decirte… ¿protector? ¿posesivo?

—Soy el laird, protejo a mi gente siempre —respondió Kenneth sin querer hablar más, concentrado en todo lo que hacía Bonnie.

—Diablos si lo haces, pero esa joven no es de tu gente, ni del clan —insistió Graham. Necesitaba llegar al fondo el asunto y que se diera cuenta de cómo estaba reaccionando, desde fuera se veía tan claro, pero no sería él el que lo dijera.

—Pero está en mis tierras y eso es motivo suficiente para mí —volvió a gruñir Kenneth cansado de tantas preguntas innecesarias y se giró hacia su amigo—. Deja de ser pesado e incordiar, no es el momento.

—¿Dónde la encontraste? —quiso saber Graham cambiando de rumbo la conversación, su amigo estaba demasiado inmerso dentro de él como para afrontar sus preguntas y dar una respuesta clara.

—En el río —soltó un suspiro Kenneth dando varios pasos hacia la puerta, acercándose—, iba con William y las encontramos.

—¿Encontrasteis?

—Sí, a tres jóvenes con sus caballos.

—¿Y las otras dos? —se interesó Graham.

—William se ha encargado de ellas, debe haberlas traído aquí.

Graham asintió y no habló más posicionándose al lado de su laird. Los dos hombres vieron como Bonnie curaba a la joven hasta que finalizó su tarea vendándole la pierna, motivo por el que Kenneth volvió a entrar en la estancia.

—Ya está, señor —se incorporó Bonnie—. No se veía muy bien, la he limpiado todo lo que he podido. No dudo de que mejorará.

—Gracias —le respondió Kenneth y la mujer recogió feliz ante las palabras de su laird y salió de la estancia.

—Señor —se asomó haciendo que Kenneth mirara hacia la puerta—, iré viniendo para revisar que todo esté correcto.

—Me parece bien —asintió Kenneth.

—Se pondrá bien amigo —le volvió a dar varias palmadas en la espalda Graham, estaba deseando saber quién era esa mujer. A pesar de las condiciones en las que estaba podía ver lo hermosa que era, pero ese no era motivo suficiente para la reacción de su amigo, tenía que haber algo más.

Kenneth volvió a rellenar la jofaina con agua limpia y fresca y se acercó al lecho, quitando de la frente de la joven un trapo mojado que Bonnie le había colocado, en ese momento ya se había secado dada la alta temperatura de su cuerpo. Lo mojó de nuevo en el agua y volvió a ponérselo con cuidado bajo la atenta mirada de Graham que no perdía detalle de todos sus movimientos y expresiones.

¿Quién sería esa joven? ¿Qué la unía a su laird? Tenía tantas preguntas en su cabeza, pero tendrían que esperar. Lo único que le quedó claro fue la importancia de esa joven sin identificar.

Capítulo 14



—Señoritas, acompáñenme —escucharon la voz fuerte de un hombre en cuanto la puerta se abrió.

May y Maureen se pusieron en pie al instante, nerviosas, sabiendo que había llegado el momento de enfrentar a quien fuera. El hombre que tenían delante las intimidó, pero no tanto como la primera vez que vieron a los dos guerreros en el río. Era muy parecido en estatura y complexión, pero ya se estaban habituando a que en esas tierras todos eran más o menos iguales.

Salieron detrás de él, que las guio bajando las escaleras, entrando a un gran salón que en ese momento estaba vacío. Las llevó al centro y el hombre se apartó hacia un lado quedando con los brazos cruzados sin dejar de observarlas.

El sonido de varias botas repicando en el suelo de piedra les hizo girar la cabeza hacia la entrada del salón. Un cuerpo grande se paró debajo del marco de la puerta y Maureen soltó una exclamación de sorpresa al ver al mismo guerrero que se había llevado a Eileen, junto a otro.

—¿Cómo está nuestra hermana? —se acercó unos pasos a él Maureen nerviosa, sin ser consciente todavía de quien era.

Graham levantó una ceja ante el atrevimiento de esa joven al dirigirse a su laird de esa manera. Miró de reojo a Kenneth que no cambió la expresión seria de su cara, adentrándose al salón sin responder ni tener la intención de hacerlo.

—Menudos modales —se quejó la otra joven y Gareth imitó el mismo gesto que había hecho momentos antes Graham.

—Respetad, estáis ante… —escucharon a sus espaldas.

En la pared que quedaba al fondo Bob gruñó con William a su lado que tenía la expresión contraría a todos sus amigos, conociendo las reacciones de esas jóvenes en el poco tiempo que había tenido contacto con ellas. Bob no terminó de hablar ante el codazo que le propinó William pidiéndole silencio.

—¿Ante quién? —preguntó May desconcertada al ver a tantos guerreros a su alrededor y ser el centro de atención de todos ellos.

Kenneth se dirigió hacia la gran mesa que adornaba el salón y se apoyó en ella, cruzando sus grandes y fuertes brazos, quedando frente a las mujeres.

—Ya podéis hablar —ordenó cortante y autoritario Kenneth, dirigiéndose hacia May.

—Hace un buen día ¿verdad caballeros? —dijo lo primero que se le pasó por la cabeza en un intento de alargar el momento.

Maureen se puso a su lado y le dio un pequeño empujón a su hermana ante lo que su boca había soltado.

—No juguéis —gruñó Kenneth haciendo que las dos dieran un respingo por la sorpresa—. Explicaros ahora mismo ¿quiénes sois?

Después de que May carraspeara intentando encontrar el valor que le faltaba, se dijo que no debía tener miedo, que los Buchanan eran amigos de Eileen y la protegerían. Soltando un suspiro repitió las mismas palabras que había pronunciado en el río para que las ayudaran. Que Dios la ayudara a ella cuando todo se descubriera, pensó.

—Soy Eileen Sinclair —dijo en voz muy baja y suave, tanto que solo llegó a los oídos de Kenneth.

—Hablad más alto —ordenó él.

—Soy Eileen del clan Sinclair, la hija del laird James Sinclair.

Las expresiones de sorpresa de sus fieles amigos y guerreros no pasaron desapercibidas para Kenneth, como no podía ser de otra manera, ni él mismo acababa de creérselo. Llevaban una vida entera buscándola y de pronto ¿aparecía en sus tierras, en su hogar?

Era bien conocida la búsqueda incansable de los Buchanan y si las mujeres que tenía delante le estaban mintiendo con algún propósito no saldrían indemnes de allí.

—Qué os puede hacer pensar que os creo —habló con frialdad Kenneth.

Todos sus amigos se habían acercado hacia ellos, sin dejar de observar a las dos mujeres.

—Os habéis referido en todo momento a que sois hermanas, explicadlo —ordenó Kenneth.

—¿Quién sois? Solo hablaremos ante el laird Buchanan —susurró la mujer de cabellos dorados, Maureen.

—Muchacha a estas alturas creo que queda bastante claro quién es —gruñó Bob, pero se calló ante el gesto de su laird.

—Estáis frente a él —la boca de Kenneth se curvó al escuchar las exclamaciones de sorpresa de las jóvenes y ver sus reacciones.

—Dios Santo —exclamó Maureen sin poder cerrar la boca formando una o perfecta.

Miró a su hermana de reojo que estaba en el mismo estado que ella y le dio un tirón en la mano para que reaccionara.

—¿Cómo se dirige una ante un laird? —susurró nerviosa Maureen.

—Y yo qué sé —le respondió May saliendo del asombro—, ni que hubiera estado alguna vez delante de uno.

Los guerreros intentaron no reír ante la conversación improvisada de las dos mujeres, menos Kenneth que se mantenía en tensión y expectante.

—¿De qué tierras sois que no habéis conocido a ningún laird muchachas? —se interesó William.

—Vivimos más al norte, en las tierras del clan Gordon. Sí tenemos laird, pero vivimos alejados, apartados a gran distancia. Le debemos lealtad, pero nunca hemos estado ante su presencia. Donde nos hallamos, convivimos tranquilos cosechando nuestra comida y haciéndonos cargo de nuestras necesidades —aclaró May ante el desconcierto de los hombres.

—No me habéis respondido —gruñó Kenneth desviando la mirada por un instante al ver entrar por la puerta principal a Bonnie dirección a su estancia para controlar a la herida.

—Sí, somos hermanas, tres: May, Eileen y Maureen —se irguió May ante ellos.

—Entonces no sois Eileen Sinclair como afirmáis decir —rugió Kenneth perdiendo la paciencia. Quería subir las escaleras y estar en presencia de Bonnie para saber cómo evolucionaba la mujer que estaba en su lecho y esa conversación le estaba resultando de lo más ridícula e irritante.

—Sí lo es —temblando la mujer de cabellos dorados, Maureen, dio un paso al frente atreviéndose a contradecir al laird y captando la atención de todos—. Ramsey llegó con una niña pequeña a nuestras tierras y mi madre Lorna los acogió en nuestra casa, dándoles un hogar y formando una familia de corazón. Yo soy más pequeña que mis hermanas, nos hemos criado las tres juntas y aunque no compartamos la misma sangre con Eileen, somos

hermanas de corazón. Mi madre les abrió las puertas de nuestra casa dándole toda su confianza a Ramsey, aceptando a Eileen como una hija más.

Al escuchar el nombre del guerrero Sinclair que había huido con Eileen aquella noche trágica, Kenneth de un salto se incorporó en tensión prestándoles una renovada atención.

—Explicaros —exigió Kenneth.

Entre las dos mujeres les contaron lo que sabían de aquella época pasada, lo habían escuchado relatar muchas veces de boca de Ramsey y de su madre, Lorna. Les contaron las dificultades que pasó Ramsey con una niña tan pequeña hasta que tuvo la suerte de coincidir con Lorna.

Siguieron explicando todo lo que Ramsey había hecho por ellas, en todo momento May habló como si fuera realmente Eileen ante la atención de los guerreros que las rodeaban que no perdían detalle de ninguna de sus palabras.

Cuando acabaron de relatar todo, incluida la huida de su hogar con un destino claro, las tierras Buchanan, Kenneth intentó digerir toda la información sin apartar la mirada de la mujer que aseguraba ser Eileen. Sus expresiones y gestos le indicaban lo nerviosa que estaba.

Eso era lo único que le descuadraba, si era su amiga ese comportamiento estaba fuera de lugar. ¿Tanto la impresionaba? ¿Tanto miedo le tenía? No lo entendía y no le cabía en la cabeza.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —habló con voz más cálida Kenneth, intentando trasmitirle que podía estar tranquila ante él.

—Es que… —empezó a decir May y los ojos de Kenneth se fueron a las manos de ella que había empezado a frotar contra la falda de su vestido.

Su explicación quedó interrumpida ante la voz de Bonnie, en el umbral de la puerta del salón.

—Señor, perdón que lo interrumpa ¿tiene unos segundos? —dijo en voz alta para que la escucharan.

Kenneth se acercó a ella rápido pendiente de una explicación.

—Laird, la joven sigue con mucha calentura y no se despierta —susurró para que solo él la escuchara.

—¿Hay algo que se pueda hacer? —quiso saber preocupado.

—Acabo de darle unas hierbas bebidas, con cuidado, dejando que entraran en su garganta poco a poco, solo eso señor. Tendría que beberla cada hora hasta acabar el frasco que he dejado en su estancia.

—Yo me encargaré —soltó un suspiro Kenneth.

Bonnie se inclinó ante él y se marchó comentándole que pasaría pasado un tiempo para comprobar su estado. Después de ver a la mujer salir por la puerta principal Kenneth se llevó una mano a la frente haciendo presión. Demonios si le iba a estallar la cabeza.

Cuando se recompuso giró y volvió frente a las mujeres y sus guerreros.

—¿Por qué aquí? —exigió saber Kenneth.

—¿A qué os referís? —preguntó inquieta May.

—Por que habéis hecho un recorrido tan largo bajando hasta nuestras tierras en vez de avanzar hacia el norte a las vuestras, las Sinclair —le aclaró.

—Necesitábamos vuestra ayuda, vuestra protección —comentó Maureen más compuesta que su hermana.

—¿Para qué? —las miró Kenneth.

—Si no le importa laird —carraspeó May—, cuando nuestra hermana esté junto a nosotras le daremos esa explicación.

Se las quedó mirando durante unos minutos, arrugando el gesto. Dios sabía lo feliz que se sentía ante la presencia de su amiga y lo honrado que se había sentido al saber que al primero que había querido ver había sido a él, pero necesitaba tantas respuestas…

—Muchachas tenéis que hablar cuando el laird lo solicite —les sugirió calmado Gareth.

—No importa —levantó una mano Kenneth—, os doy ese privilegio, pero en cuanto eso ocurra presentaros ante mí.

—Como usted mande —hizo una inclinación graciosa Maureen.

—Es como usted guste —la rectificó May haciendo el mismo gesto.

—¿Y qué más da? ¿No es lo mismo? —se quejó Maureen.

Los guerreros ocultaron la sonrisa al verlas interactuar y Kenneth dio por finalizada la reunión.

—Graham, llévalas ante Sheena y que las aloje en una de las estancias del castillo —ordenó ante el asentimiento de su amigo—. ¿Necesitáis algo? —se interesó Kenneth ante las mujeres.

—Solo nuestras pocas pertenencias que reposan sobre nuestros caballos —respondió May.

Kenneth asintió y dio la orden a Gordon y a Bob de que fueran a por ellas y se las hicieran llegar. Salió del salón y se dirigió hacia las escaleras, sorprendido ante la velocidad que las subió. Se encontraba ansioso y eso era una sensación a la que no estaba acostumbrado.

Capítulo 15



Tres días largos, con sus noches interminables fue el tiempo que Eileen permaneció inconsciente con fiebres altas. Ante la desesperación de sus hermanas que habían ido a cuidarla cuando les habían dado permiso y la de Kenneth que había pasado más tiempo del normal junto a su lecho.

El laird había cuidado a conciencia a la joven, preocupándose de refrescar su frente, acompañándola en la oscuridad de las noches sentado frente al lecho sin quitarle la vista de encima. Pero en todo ese tiempo la joven no había hecho ni el intento de abrir los ojos. Lo único bueno y a lo que se aferraban es que la temperatura de su cuerpo parecía que estaba volviendo a la normalidad, aunque aún no había sucedido del todo.

Kenneth esperaba ansioso ese momento, teniendo la esperanza de que cuando sucediera abriera los ojos y pudiera volver a encontrarse con su mirada. Con un suspiro se levantó al amanecer de la silla que ocupaba cada noche y se acercó a la jofaina para mejorar su aspecto después de desprenderse de la ropa que llevaba. Cuando hubo terminado se puso sobre su cuerpo un plaid limpio con una camisa de lino blanca.

Ese día no tenía intención de pasar por el campo de entrenamiento, había pensado en disfrutar más tiempo con su amiga Eileen. Durante todos esos días la había visto a ratos intermitentes debido a todas las obligaciones que tenía que asumir diariamente.

Sabía de buena mano que las dos jóvenes disfrutaban de la cordialidad de todo su clan y hasta las había visto entretener a varios chiquillos de su clan.

Pero había llegado el momento de acercar distancias y fue rara la sensación que tuvo porque dentro de él quería hacerlo, pero por otra parte notaba que era reacio a dar ese paso.

No es que rechazara a su amiga, pero no era lo mismo que cuando la conoció. Su carácter era tan diferente que a veces llegaba a desesperarlo ante su boca parlanchina y eso que había pasado poco tiempo a su lado. Se armó de paciencia diciéndose que tenía que ser justo, que el carácter que se hubiera formado en ella durante todos estos años no impedía sus sentimientos hacia su amiga y el cariño y amor que le procesaba desde que era un niño.

Antes de salir de su estancia dirigió su mirada hacia la joven que yacía en su lecho, con los ojos cerrados y sin dar signos de querer abrirlos. Se sorprendió a sí mismo ante el pensamiento de que preferiría permanecer allí antes que salir al encuentro de su amiga Eileen.

Reprendiéndose por ese pensamiento, salió de la estancia malhumorado sin volver la vista atrás.

—Eileen —la llamó cuando la encontró junto a su hermana Maureen.

—Oh, laird, buen día tenga —le sonrió May.

Kenneth levantó una ceja ante sus palabras, a pesar de haberle dado la libertad de que le tratara como siempre hizo en el pasado, sin que su cargo se interpusiera, ella siempre acababa dirigiéndose a él de esa manera más fría y distante.

—Muchacha, te he dicho que me llames Kenneth, no hace falta que te dirijas a mí…

—No pasa nada —lo cortó, descolocándolo.

Para unas cosas era muy recta y para otras como acababa de suceder le quitaba la palabra, dejándose llevar por su impulsividad.

May no quería llamarlo como él le indicaba. Bien sabía Dios lo que se había arrepentido al mentirle abiertamente con su identidad, con eso tenía más que suficiente. No, no lo llamaría por su nombre, quizás el día que se descubriera la verdad su furia no se desatara tanto ante ese gesto por parte de ella.

—¿Damos un paseo? —le propuso Kenneth dejando a un lado el tema.

—Claro —se animó poniéndose a su lado con varios saltos.

Kenneth la miró de reojo y así continuó emprendiendo la marcha cuando Maureen les comentó que entraría al castillo a prestar la ayudara que necesitaran.

—¿Has sido feliz? —quiso saber con necesidad Kenneth.

Esa vez no la miró de reojo, giró la cabeza, atento a todas sus expresiones, viéndola tragar saliva.

—Mucho —suspiró—, he tenido una vida feliz rodeada de personas que me quieren —asintió.

La incomodidad que sintió May al tener que responder preguntas que iban destinadas a su hermana Eileen le revolvían el estómago con ansiedad. Que Dios la ayudara de la furia de su hermana en cuanto despertara por todo lo que había liado.

—No sabes cómo me alegro —sonrió Kenneth intentando mostrarse ante ella sereno y feliz—. Durante muchos años temí por ti, pensando en qué habría sido de mi amiga. Es grato oír de tus labios que la nueva vida que encontraste fue gratificante.

—Mucho más que eso —miró hacia el frente May, respondiendo lo que pensaba que hubiera salido de los labios de Eileen—. No conozco otra vida que la que he llevado. El amor, la paz y la alegría han sido la base de nuestra

familia. Aunque mi… —se calló a tiempo y rectificó— aunque Lorna se llevaría las manos a la cabeza.

—Y eso ¿por qué? No era feliz con la unión —se interesó Kenneth.

Llegaron a una inmensa explanada y se acomodaron sentándose en el suelo, en el fino manto de la hierba. Los ojos de Kenneth no perdían detalle de su amiga, no podía evitar tener una sensación extraña al tenerla al lado, sensación que intentó por todos los medios evitar y desplazar para que no arruinara el momento.

—Oh, mi… —carraspeó— Lorna y Ramsey no están unidos en matrimonio —rio May—. Me refería a que hemos sido un poco traviesas.

—¿No? Pensé…

—Ya, ya… —hizo un gesto desenfadado May con la mano— Lorna no es fácil —volvió a reír—, pero aquí en confianza —se inclinó hacia él—, se muere por los huesos de Ramsey y créame que él lo sabe bien, pero no ha querido dar un paso hacia delante por respeto a ella.

—¿Durante todos estos años? —se sorprendió Kenneth.

—Solo es lo que nos hacen ver a sus hijas por respeto —rio May—, pero sabemos que no es del todo cierto.

Por unos instantes la vista de la joven se quedó fija en varios árboles que había a su lado derecho. Kenneth pudo notar un cambió en su expresión.

—Algo te preocupa —confirmó sin dejar de mirarla.

—Sí, mi hermana —bajó la mirada hacia sus manos con los ojos empañados de lágrimas—. Ya tendría que haber despertado, si no nos hubiéramos encontrado con esos hombres —negó con la cabeza y se arrepintió al momento de haber hablado de más.

—¿Qué hombres? ¿Cómo una flecha acabó clavada en la pierna de tu hermana? —exigió saber Kenneth cambiando el tono de voz, poniéndose tenso.

—Oh, eso mejor os lo explicará ella, sí lo hará —se puso nerviosa May.

Kenneth entrecerró los ojos y recordó la conversación que tuvo con William precisamente el día en el que encontraron a Eileen y a sus hermanas en el río. En ese momento le vino a la mente que lo había espiado a través de un árbol mientras se bañaba, demonios que con tantas cosas en la cabeza no había vuelto a pensar en ello. La miró atentamente mientras sus labios se curvaban hacia arriba, gesto que dejó encandilada a la joven.

—¿Os apetece que cojamos algunas flores? —preguntó emocionada May aniquilando sus pensamientos y lo que quería decir sobre el tema del río.

No es lo que le apetecía a May precisamente, pero cualquier desviación de la conversación era buena para que dejara de preguntarle por ese asunto de los hombres, no quería equivocarse más. Estaba tensando demasiado la cuerda. Lo que le hubiera gustado realmente hubiera sido tener a su hermana Eileen a su lado y subir a los árboles como tenían costumbre hacer, disfrutando de esa adrenalina y de la paz que encontraban en las alturas.

Pero allí no la conocían y lo que menos quería era hacerse notar más, necesitaba pasar desapercibida hasta que Eileen abriera los ojos y rezó para que eso fuera lo más pronto posible.

—¿Recoger flores? —arrugó el gesto Kenneth, no se hubiera imaginado esa proposición en todos sus años de vida.

—Bueno si no queréis…

—No es eso, si así lo deseas —se encogió de hombros Kenneth.

Se levantaron con una May feliz y cantarina, su cabeza estaba al límite de escucharla hablar de pequeñeces y sin dejar de cantar en muchos momentos.

Le dolía, diablos, sentía como la cabeza le iba a estallar cuando se acercaron hacia el patio central del castillo.

A lo lejos Kenneth pudo divisar a Graham y a Gareth apoyados en una pared del castillo. Sus miradas intentando no reír se lo dijeron todo. Esas reacciones fueron provocadas por él mismo llevando un buen ramo de flores entre las manos. Demonios, que sus manos solo tenían cabida para la espada y verse de esa manera estaba colmando la poca paciencia que le quedaba.

—Ni una palabra —gruñó pasando al lado de sus amigos que soltaron una carcajada en cuanto desapareció en el interior del castillo detrás de May, que aún seguía cantando cuando se despidió de ella.

Sin tiempo que perder dejó las flores en el primer lugar que encontró y subió las escaleras directo a su estancia con la intención de atender y comprobar como seguía el estado de la joven enferma.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —rugió Kenneth abriendo la puerta de golpe, haciendo que el ruido sordo con la pared retumbara en toda la planta superior.

Capítulo 16



Eileen se quedó impactada e impresionada al ver al mismo guerrero que la había acompañado en sus sueños e inconsciencia, el mismo del día del río. Por Bonnie, la mujer que habían encontrado sus ojos en cuanto los abrió, sabia los días que le había costado recuperarse y qué le había sucedido al perder la consciencia.

Se había sorprendido encontrándose sobre un lecho mullido y cómodo nada más despertar dolorida. Las sábanas y la almohada tenían un olor a especias que le erizaron el vello en cuanto se encontró aspirando ese olor. Teniendo a ese hombre frente a ella miró hacia la cama y volvió la vista hacia él, entendiendo y reconociendo el olor que se había quedado impregnado en sus fosas nasales.

Sus preguntas de ¿dónde estaba? ¿De quién era ese hogar y esa cama? Quedaron resultas ante las explicaciones de Bonnie, pero la nueva presencia que tenía delante no la esperaba en ese instante. ¿Qué estaba haciendo ese hombre allí?

—No me habéis respondido —gruñó Kenneth entrando en la estancia, acercándose peligrosamente hacia Eileen como pudo comprobar ella de reojo —. Respondedme —ordenó.

—Si no he hablado es porque no me interesa responder —se giró hacia a él cuando estuvo recompuesta, con una calma que realmente no sentía a la espera de saltar sobre él.

El gruñido que salió de la garganta del guerrero retumbó entre las paredes de la estancia, pero no la intimidó. Se había despertado vestida, pero había necesitado refrescarse con agua fresca.

—Habéis pasado tres largos días inconsciente, no podéis levantaros cuando os apetezca —se acercó aún más hacia ella, amenazante.

—Si me he levantado es porque me veo capaz —levantó una ceja Eileen— y perdone, pero no sois nadie para dirigiros a mí de esa manera. Si habéis ayudado en mi curación os lo agradeceré, pero nadie me da órdenes cuando me siento en plenas facultades para decidir sobre mí misma.

Un grito se escuchó al otro lado de la puerta, Maureen acababa de verla en pie, recuperada, apareciendo acompañada por una sonriente Bonnie.

—Hermana —gritó Maureen emocionada, llegando hasta Eileen para abrazarla—. Esto no te lo perdono, en la vida, el susto que nos has hecho pasar —lloriqueó ante el abrazo fuerte con el que le correspondió Eileen.

—Ya está, ha sido una pequeña tontería que queda ya olvidada —le sonrió Eileen.

—¿Una pequeña tontería? —exclamó Bonnie— Muchacha, casi te perdemos.

Eileen se la quedó mirando, la mujer mientras la miraba tenía el gesto contraído de preocupación y a la vez relajado al verla en pie.

—Es Bonnie, la mujer que te ha curado con ayuda de… —Maureen se frenó en su explicación en el mismo momento en el que miró a Kenneth y este negó con la cabeza, pidiéndole en silencio que la información de quien era él, solo le pertenecía a Kenneth decirla— este guerrero.

—Lo sé, ya hemos conversado, os lo vuelvo a agradecer —habló para todos los presentes. Kenneth asintió aceptando el agradecimiento y Eileen se

acercó a Bonnie cogiéndola de las manos—, te agradezco mucho que me atendieras y me curaras.

—Oh, no hace falta que lo repita, lo hice con gran agrado. Yo solo la curé, quien la atendió fue…

—Sea quien fuera, está recuperada —Kenneth cortó la explicación de Bonnie ante la sorpresa de la mujer.

—Lo estoy y necesito salir al aire fresco, ya empiezo a ahogarme aquí dentro —le respondió Eileen más calmada.

—Pero no puede hacer esfuerzos, aunque haya despertado y tenga la pierna vendada no tiene las fuerzas suficientes, puede retroceder lo que acaba de avanzar —se preocupó Bonnie.

—No te preocupes Bonnie —le habló con cariño ante la atenta mirada de Kenneth—. Sé lo que hago y hasta dónde puedo llegar —le sonrió.

Kenneth se quedó prendado de sus labios en cuanto los curvó. Unos labios rosados y carnosos que captaron toda su atención. Su boca era un pecado y se sorprendió imaginado como sería tomarla entre sus brazos y apropiarse de su boca para saber qué sabor lo recibiría en cuanto lo hiciera, e imaginársela en otra situación lo enloqueció.

Con un gruñido que ninguna de las mujeres supo interpretar, salió tenso y malhumorado de la estancia. Él sí que necesitaba el aire fresco en ese mismo instante, o más bien necesitaba aplacar el deseo incontrolable que sentía cada vez que se enfrentaba a esa mujer. Demonios que siempre quería tener la última palabra y eso lo alteraba a unos límites que no dejaban de sorprenderlo.

Si ella no fuera quien era le daría su merecido, oh sí, lo haría, y tenía muy claro cómo sería. Durante el tiempo que se había hecho cargo de la joven había memorizado su cuerpo tendido sobre su lecho a través de su ropa,

provocando unos pensamientos impuros que lo habían asaltado en sus momentos de soledad.

Se había reprendido al principio al estar ella inconsciente, sintiendo que estaba traspasando una línea que no le correspondía, pero diablos si no había podido evitarlo. Por ese mismo motivo había salió rápido de su estancia, porque todos sus sentidos lo impulsaban a cogerla en brazos y lanzarla sobre el lecho del que no tendría que haber salido, con él cubriendo su cuerpo.

Antes de salir por la puerta principal del castillo se quitó con rabia la camisa de lino y la dejó tirada en el banco que decoraba la entrada. Necesitaba descargar toda su rabia, toda su tensión y no tenía otra forma mejor que hacerlo en el campo de entrenamiento.

A esas horas no quedarían muchos guerreros, pero los suficientes para poder destensarse. Entre unas cosas y otras su paciencia se estaba acabando y sus amigos cada vez lo miraban más extrañados al ver cómo perdía la compostura cuando siempre había sido un hombre que controlaba al milímetro todas sus emociones.

En cuanto Eileen bajó las escaleras del castillo despacio, con la ayuda de Maureen y una Bonnie que no dejaba de insistir en que era mala idea, salió y tomó una gran bocanada de aire dejando que los rayos del sol que lucían ese día la calentaran. Miró alrededor impregnándose de todo lo que la rodeaba, necesitaba hablar con sus hermanas y saber qué había sucedido desde su último recuerdo en el río.

Ante esos últimos pensamientos agrandó los ojos recordando unas palabras que en ese instante no sabía si las había soñado o eran reales.

—¿Dónde está May? —se giró hacia Maureen.

—Oh, por la hora que es debe estar con los niños —le respondió.

—Vamos a su encuentro —empezó a caminar Eileen, pero una punzada grande en la pierna la frenó, haciendo que cerrara los ojos unos instantes.

—No fuerces la pierna —le habló en tono alto Maureen con gesto enfadado—. Deja de ser una cabeza de piedra.

Cada vez que su hermana se refería a ella de esa manera no podía evitar reír, a veces interiormente otras como fue en ese momento, soltando una carcajada atrayéndola hacia ella, abrazándola.

—Por favor —le susurro Maureen—, lo hemos pasado realmente mal, no sabíamos sí… —tragó saliva emocionada.

—Está bien —soltó un suspiro Eileen, comprendiendo su miedo.

—¿De verdad? —agrandó los ojos Maureen.

—Sí, de verdad —rio Eileen.

—Oh, las fiebres te han ablandado —la acompañó en las risas.

—No —intentó calmarse Eileen—, solo que no quiero preocuparte más.

Maureen la abrazó emocionada por tenerla de vuelta, transmitiéndole a Eileen sus temores.

—No me moveré mucho, pero necesitamos conversar las tres —comentó Eileen.

—Oh, ya lo creo que sí —se ruborizó Maureen.

Antes de que pudiera preguntarle directamente, su hermana se alejó gritándole que iba en busca de May para darle la noticia de que ya estaba en pie, desde el centro del gran patio.

Soltando un suspiro caminó despacio hacia unos grandes árboles que quedaban enfrente de ella, alejados, con la suficiente distancia para que pudieran hablar tranquilas, sin que nadie las pudiera oír. Cuando llegó se dejó

caer al suelo con cuidado, estirando la pierna para que descansara. Apoyó su espalda en un árbol y cerró los ojos.

Estaba segura de que estaba en las tierras Buchanan por la conversación con Bonnie, pero ¿dónde estaba su amigo Kenneth? ¿Dónde estaba el laird? Tenía muchas preguntas que hacer, pero antes necesitaba aclarar la situación con sus hermanas. La verdad es que no lo había querido expresar, pero se sentía agotada, el problema había sido encontrarse en esa cama aspirando el olor tan intenso que emanaba de ella. Eso le había hecho levantarse de golpe, no podía darse el lujo de imaginar tonterías y meterlas en su cabeza.

No, tenía un propósito claro que la había llevado hasta allí y lo mantendría hasta conseguirlo. Había hecho daño a Ramsey con su huida, bien lo sabía sin necesidad de tenerlo delante, un motivo más para conseguir lo que se había propuesto desde hacía muchos años.

Abrió los ojos ante los gritos inconfundibles de May viéndola correr en su dirección, dando varios saltos con Maureen riendo detrás de ella. En cuanto llegó a su altura se dejó caer de rodillas al lado de Eileen y se lanzó en un abrazo que acabó con las dos tumbadas en el suelo, de lado.

—Por Dios no seas bruta que acaba de despertar —dio un grito ahogado Maureen provocando unas fuertes carcajadas en sus dos hermanas—. No tenéis remedio —puso los ojos en blanco, pero se unió a sus risas feliz y contenta porque todo volviera a la normalidad.

Eileen se incorporó recostándose otra vez contra el árbol y miró sonriendo a sus hermanas.

—Contadme todo lo que ha pasado, no sé cuánto tiempo he estado inconsciente, bueno sí —recordó las palabras del guerrero—, tres días.

—Sí, hemos pasado tanto miedo… estábamos muy asustadas —le cogió una mano May emocionada.

—Hay mucho que contar —habló Maureen captando su atención.

Conocerla tan bien la hizo ponerse rígida al ver su expresión.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó seria Eileen, mirándolas a las dos alternativamente.

En cuanto empezaron a relatar lo que había sucedido desde el momento en el que perdió el conocimiento en el río, sin dar detalle sobre el laird, Eileen no salía del asombro ante la mentira que habían creado en tan poco tiempo. Intentó respirar profundo y no enfadarse siendo consciente del motivo que originó el engaño, mientras miraba a sus hermanas que tenían caras de preocupación y resignación, como si le hubieran fallado y hecho daño con sus actos.

—Lo sentimos —bajó la mirada Maureen.

—No os preocupéis —le quitó importancia Eileen—, en cuanto tenga la oportunidad lo aclararé.

—¿Qué le ha pasado? —agrandó los ojos May— ¿Dónde está nuestra hermana?

Eileen no pudo evitar la carcajada que le salió de lo más profundo mientras Maureen le contestaba.

—Ya se lo he dicho, la fiebre la ha afectado, está más blanda.

—Entonces, ¡ya habéis conocido a Kenneth, mi amigo! —se emocionó Eileen.

—Oh, sí, claro que lo hemos hecho, él mismo nos abrió las puertas de su hogar —sonrió nerviosa May.

—Tengo que encontrarlo lo antes posible.

—No te preocupes, él te encontrará a ti, está más cerca de lo que puedas pensar —susurró Maureen imaginando el momento en el que supiera la

verdad.

—No creo que pase de esta noche, en la cena —sonrió nerviosa May.

Alegre y feliz ante todos los acontecimientos disfrutaron de una distendida conversación como siempre hacían. Acabaron las tres tumbadas en la fina hierba, al cobijo del árbol que las resguardaba de los rayos del sol a esas horas del día.

Capítulo 17



—No es necesario Bonnie, no necesito ayuda —volvió a repetirle Eileen después de haberlo intentado varias veces sin éxito, en todos sus intentos la mujer había ignorado sus peticiones.

—Os he curado la pierna, no me cuesta nada ayudaros a vestiros —habló la mujer amable, sonriendo a Eileen.

—Está bien —soltó un suspiro resignado y le dio el gusto de ayudarla a ponerse el vestido que había elegido para la cena de esa noche.

Había llegado el momento y no podía estar más nerviosa, tenía tantas emociones dentro de ella. Se había extrañado de que su amigo no hubiera ido a su encuentro durante todo el día, sabiendo que había despertado, pero seguramente había estado demasiado ocupado para pasar por la estancia que le habían asignado.

Había pasado un día tranquilo, descansando cada cierto tiempo en la estancia del guerrero que la ayudó en el río. Se la había cedido amablemente, no directamente, pero le hizo llegar su decisión a través de Bonnie, detalle que pensaba agradecerle en cuanto estuviera frente a él. No podía hacer otra cosa, a pesar de que cuando lo tenía cerca su cuerpo se revolucionaba y perdía el control de sus acciones, el haberla cuidado y ofrecido gentilmente su estancia bien merecía por parte de Eileen un agradecimiento en condiciones.

—Estáis preciosa —soltó una exclamación Bonnie a su lado.

—¿Sí? —miró hacia abajo viendo como el vestido decoraba su cuerpo, ajustándose a cada curva de su feminidad.

Nunca se había preocupado en estar bonita o no, esa era la verdad. Lorna confeccionaba sus vestimentas como las de sus hermanas y a diferencia de Maureen que siempre andaba detrás de su madre indicándole como quería que fueran sus ropas, May y ella nunca prestaban atención a esas cosas. Lo que les hacía bien recibido era, fuera como fuera.

—Señorita, es preciosa —suspiró Bonnie—. Tiene un cabello increíble —la llevó hacia una silla para que se sentara y empezó a cepillarle los largos cabellos—. Una cara y un cuerpo perfectos ¿no lo sabe?

—No es para tanto —rio Eileen con cariño.

Bonnie le recordaba tanto a su querida Moira. Inevitablemente los recuerdos de su niñez hicieron que su adorable criada ocupara todos sus pensamientos y sus ojos se cubrieron de tristeza sin que Bonnie se diera cuenta.

—No sabéis lo que decís, no lo sabéis. Esta noche va a dejar impresionado al laird, oh sí —insistió Bonnie trayéndola de vuelta al presente.

—No es esa mi intención —arrugó el gesto Eileen pensando que a lo mejor debía cambiarse—. Él no me mirará de esa manera.

No hizo caso a las risas de Bonnie ni a sus siguientes palabras. Volvió a mirarse el vestido, tampoco era para tanto, pensó. De todas maneras, no tenía muchas más opciones y todos los vestidos de los que disponía estaban cortados por el mismo patrón. Soltó un suspiro y pensó en que Bonnie estaba exagerando su admiración para hacerla sentir bien. Cerró los ojos y se relajó mientras la mujer se ocupaba de su cabello, dejándolo más liso de lo que lo solía tener.

En cuanto acabaron, Bonnie y ella salieron de la estancia en busca de sus hermanas que estaban a cuatro estancias de distancia de ella. Llamó a la

puerta y no tardó en abrirse con una Maureen que la abrazó en cuanto la vio.

—Oh, hoy tienes un brillo especial —se iluminó la mirada de Maureen.

—Es día importante y feliz —sonrió Eileen quedándose en la puerta.

—Oh, sí, lo será —sonrió nerviosa May.

—Estáis demasiado misteriosas —levantó una ceja Eileen, mirándolas con atención.

—¿Nosotras? —agrandó los ojos May y Eileen los entrecerró. Le acababa de dar otra respuesta totalmente diferente con su reacción.

—No nos retrasemos más, no hagamos esperar al laird —sugirió Maureen intentando que el momento no se tensara entre sus dos hermanas.

—Mis niñas, daros prisa, todos deben estar ya en el gran salón. Esta noche el laird ha ordenado una fiesta para dar la bienvenida a su amiga Eileen Sinclair, como se merece —sonrió Bonnie mirando a May.

Eileen no habló, pero no pudo evitar la sonrisa de medio lado que se formó en sus labios al ver que todos señalaban a la persona equivocada ante ese nombre. Miró de reojo a May que se puso tensa y notó su mirada en ella. Sin decir nada más, salió de la estancia de sus hermanas seguidas por todas las mujeres.

Bonnie se despidió de ellas al dejarlas cerca de la entrada del salón principal, pero les confesó que se quedaría protegida por la oscuridad para ver las primeras reacciones, palabras que hicieron que Eileen soltara una carcajada y sus hermanas rieran nerviosas ante lo que se les avecinaba.

En cuanto Eileen dio un paso al frente, entrando en el salón seguida por sus hermanas, el murmullo cesó y notó como las miradas de todas personas que ocupaban la sala recayeron sobre ellas. Hizo un recorrido rápido

reconociendo a algunas con las que había coincidido durante el día y a otras que le eran totalmente desconocidas.

Había muchos guerreros disfrutando de las copas que decoraban las mesas grandes, mujeres y niños. Sí, sería una gran noche, pensó Eileen en cuanto empezó a caminar sin importarle el silencio que inundaba todo el salón y las miradas sobre ella. A pesar de no demostrarlo se sentía incómoda ante tanta atención cuando siempre le había gustado pasar desapercibida.

Su mirada se clavó en el guerrero que estaba de pie en un lateral de la gran sala, observando atentamente su avance, rodeado por más hombres. Debía ser alguien importante dentro del clan, dedujo Eileen. A su lado reconoció al segundo hombre que vio en el río, con los demás no había coincidido.

En cuanto llegó a la altura de los hombres, las tres se pararon quedando frente a ellos.

—Buenas noches —cortó del tenso silencio Eileen.

Tenía la intención de ser todo lo amable que pudiera, estaba en el hogar de su amigo y su felicidad se transmitía con sus gestos y palabras.

—Es un honor tenerlas aquí y disfrutar de sus compañías —sonrió un guerrero—. Mi nombre es Graham.

Todos y cada uno de ellos se presentaron a Eileen, sus hermanas ya los habían ido conociendo. Graham, William, Gareth, Bob y solo faltó uno por presentarse. Eileen esperó paciente a que lo hiciera, qué menos que saber su nombre, pero pareció que esa opción tendría que esperar porque el hombre se mantuvo impasible sin apartar los ojos de Eileen, con los brazos cruzados y un porte que la hizo tragar saliva y cambiar la dirección de su mirada rápido para que su expresión no delatara lo que pensaba en ese instante.

Las acompañaron a la mesa gentilmente y les ofrecieron un lugar en ella donde sentarse.

—Eileen, aquí conmigo —ordenó el guerrero bien reconocido por Eileen.

Eileen arrugó el gesto ante la confianza y exigencia del hombre, no le gustó nada y la reacción de su cuerpo la cogió por sorpresa sabiendo que se dirigía a su hermana May y no a ella. ¿O era decepción? Se preguntó mientras se mordía la lengua para no decir nada, por el momento no podía hacerlo.

Lógicamente ella no se movió, retuvo el impulso, cuando se decidiera a hacerlo y a hablar, sería en presencia de su amigo. Le dio una palmada a su hermana al ver que no reaccionaba a ese nombre ante su presencia y May dio un pequeño salto sorprendida, recomponiéndose rápido y dirigiéndose hacia el guerrero.

Cuando su hermana estuvo sentada hizo otro repaso rápido a la estancia intentando ver en las caras de los guerreros quien podría ser el laird o a alguien que le resultara conocido, pero no fue el caso y como bien sabía de su antigua vida, solo había un lugar que tendría que ser ocupado por el jefe del clan, el centro de la mesa principal. ¿Qué aspecto tendría su amigo? Hacía tanto tiempo que no lo veía que en su cabeza no podía formar una visión clara de él.

Miró a todos los hombres de la gran mesa en la que estaba a punto de sentarse, todos ellos se mantenían en pie hasta que ellas ocuparan sus puestos y solo quedaba ella por acomodarse como pudo comprobar al ver a Maureen ocupando otro lugar. Levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los del guerrero que se había negado a dar su nombre, interrogante al ver que no se decidía.

—¿El laird Buchanan no se presentará esta noche? —quiso saber Eileen decepcionada, su tono de voz no pasó desapercibido para Kenneth.

Sabía que ante su presencia se tendría que presentar su amigo, los rumores de que el laird Donald Buchanan le había cedido su cargo a su hijo recorrió toda la extensión del territorio alabando sus hazañas, lo que no pudo alegrar más a Eileen por aquel entonces ante la gran noticia, sabiendo que había conseguido su mayor sueño, ser el jefe de su clan.

Al gran amigo de su difunto padre y antiguo laird, Donald, tampoco consiguió localizarlo en aquella sala por más que sus ojos lo buscaron. Quizás la amistad que ella guardaba como un tesoro en su corazón, pasados los años, para Kenneth no significara lo mismo que para ella.

—¿Decepcionada muchacha? —levantó una ceja Kenneth prestando atención a todas sus reacciones.

Había arrugado la nariz de una manera encantadora y sin ser consciente de lo que hacía mientras pensaba, se había dado varios golpecitos en los labios con un dedo, con su mente en otro lugar. Kenneth parecía que estuviera en alerta, pero lo que le sucedía realmente es que no podía apartar los ojos de la mujer que tenía delante. Cada uno de sus gestos, por pequeños que fueran, bien merecían su atención. No lo podía evitar, pero no solo estaba atento a esa mujer, no, también a sus amigos notando sus miradas sobre él.

—Aun no sé vuestro nombre —ladeó la cabeza Eileen cambiando de tema, haciendo que su largo cabello castaño cayera sobre sus hombros decorando su pecho, detalle que tampoco pasó desapercibo para Kenneth, que tragó saliva ante la imagen que le dio.

Debajo de su vestido, Kenneth podía definir cada perfección que se escondía de su cuerpo. No pudo evitar mirar la redondez de sus pechos, de piel pálida y aterciopelada, que se divisaban por encima del corpiño. Estaba seguro de que si posara sus manos sobre ellos serían esponjosos y tan suaves como la seda.

Se removió inquieto ante los pensamientos que lo atravesaron, demonios menuda cena le esperaba, pensó al mirar el hueco que habían dejado sus guerreros para que la joven se sentara, justo enfrente del lugar que ocuparía él. Hasta que ella no se acomodara no pensaba dejarle claro que tenía delante al mismísimo laird del clan.

—Quería agradeceros vuestra amabilidad —le sonrió Eileen en un alarde de buena conducta, sorprendiéndolo—. Por cuidarme y ofrecerme vuestra estancia durante el tiempo que esté en vuestras tierras.

Kenneth levantó una ceja ante sus palabras y la manera tan cálida y dulce con las que las pronunció, no lo tenía acostumbrado a ello y bien sabía el genio que se escondía en su interior. Todos sus encuentros habían sido como una batalla entre los dos, cada vez que se habían dado, pero acabó aceptando sus palabras asintiendo con la cabeza mientras el ruido de la sala volvía a ser el de antes de que las jóvenes aparecieran, con cada uno de los que disfrutaban de la noche siguiendo con las conversaciones que habían dejado apartadas.

Eileen al no obtener respuesta a su pregunta sobre el laird y su gesto cordial, se encogió de hombros ante la atenta mirada del guerrero y se acercó al lugar que le habían dejado para que se acomodara.

—¿Podéis sentaros sola? —se acercó a ella Gareth, sonriendo amablemente y ofreciéndole la mano para que se apoyara en ella.

Toda la gente del clan sabía por lo que había tenido que pasar y de su herida, por ese motivo Eileen le sonrió queriendo agradecérselo, pero antes de que pudiera responder lo hizo otra voz.

—Puede hacerlo sola —gruñó fuerte Kenneth ante la sorpresa de sus amigos y de las mujeres, menos Eileen que se mantuvo sin mostrar ninguna reacción hasta que sus labios se volvieron a curvar—. Si ha podido salir del castillo y no mantenerse en la cama, puede hacerlo —acabó por explicarse.

—Como bien dice aquí vuestro amigo —le echó a Kenneth una mirada que presentaba batalla—, puedo hacerlo sin problema —le sonrió a Gareth mientras ocupaba su lugar en la mesa—. Os lo agradezco.

—Bueno, no es nuestro amigo —carraspeó Gareth captando la atención de toda la mesa—. Quiero decir… —reaccionó al ver como Kenneth levantaba una ceja y lo fulminaba con la mirada— sí es nuestro amigo, pero aparte de eso…

Fue en ese preciso instante en el que Eileen miraba hacia arriba prestando atención a las palabras de Gareth que Kenneth ocupó su lugar en la gran

mesa, dando la respuesta que no había respondido sin necesidad de palabras.

Gareth le sonrió a Eileen mirando de reojo hacia otra dirección, dirección que ella siguió girando la cabeza lentamente. La imagen del guerrero del cual no sabía el nombre, acomodado en el centro de la gran mesa, le hizo agrandar los ojos. La joven se quedó por unos segundos sin respiración, con la mirada fija en él sentado justo enfrente de ella.

¿Qué significaba eso? Tragó saliva comprendiendo en ese instante la gran diferencia entre todos los guerreros que todavía se mantenían en pie y la del guerrero del río. Los ojos se le nublaron con lágrimas contenidas y un nudo en el pecho la apretó sin poder respirar con normalidad, por el significado de ese momento.

—¿Sorprendida? —preguntó Kenneth con una sonrisa que no le gustó nada a Eileen.

Le quedaba claro que se estaba burlando de la situación recreándose en su reacción. De repente la tristeza se apoderó de ella recordando todos los encuentros entre ellos sin haber sabido a quien tenía delante, sin poder mostrarle el cariño que le procesaba desde el día en el que se conocieron de pequeños.

—¿Estás bien hermana? —se preocupó Maureen al verla en ese estado, May tenía la misma expresión.

Eileen solo asintió y se mantuvo en silencio, por difícil que pareciera y sorprendiera a los que conocían mucho o poco su carácter. No fue capaz de pronunciar ninguna palabra. Bajó la cabeza y cerró los ojos por unos segundos siendo consciente de que su amigo no la reconocía.

Siempre pensó que el día que por fin lo tuviera delante y se reencontraran, algo en él y en ella les indicaría a cada uno quienes eran, no había sido así. Un escalofrío le recorrió el cuerpo ante la impotencia de experimentar una sensación que le era bien conocida. A pesar de su corta edad por aquel entonces, Eileen tenía grabados cada uno de sus recuerdos, para bien y para

mal, y de cómo se sintió aquella noche en la que su vida se rompió por completo. Estaba teniendo la misma reacción, su boca se negaba a hablar, su garganta no podía emitir ningún sonido, se veía incapaz de hacerlo mientras la tristeza se apoderaba de todo su cuerpo.

Aquel episodio del pasado le llevó un largo tiempo cambiarlo, si no hubiera sido por la insistencia de Ramsey que nunca se dio por vencido… fue una larga espera en la que sus labios se negaron a hablar. El recuerdo de Ramsey le provocó añoranza, nublándole aún más la vista haciendo que una de sus manos se fuera hacia su estómago, apretándolo, ante la sensación de angustia que sintió en ese momento.

—Si me disculpáis —Eileen sacó de su interior toda la fuerza que consiguió reunir para pronunciar las últimas palabras, levantándose de la mesa—, me siento indispuesta. Que disfrutéis de la velada y la cena sea de vuestro agrado.

Ante la sorpresa de todos, sobre todo de Kenneth que se quedó atónito sin reaccionar, Eileen giró dándoles la espalda y se dirigió hacia la puerta que para ella suponía una liberación. Necesitaba respirar, necesitaba pensar y algo en lo más profundo de su interior se había negado a aclarar la situación de su identidad.

Fue consciente de que no quiso hacerlo porque él tampoco la había reconocido como lo que era, su amiga, y así seguiría siendo, se dijo para sí misma cada vez más cerca de la salida. Tenía que cambiar sus planes y empezaría esa misma noche a planificar otra estrategia para su cometido.

—Te acompaño —se apresuró a decir en alto May.

Todo el salón se había quedado en completo silencio otra vez, al ver como la joven abandonaba la mesa del laird sin haber dado cuenta de la cena que empezaban a servir.

—No —respondió rotunda Eileen sin girarse hacia su hermana, con la voz ronca debido a tantas emociones.

Sabía que respetaría su decisión y así fue. Después de su negativa siguió su camino desapareciendo de la mirada de todos los presentes, subiendo las escaleras y encerrándose en su estancia. Cuando se dio cuenta de que era la de Kenneth varias lágrimas resbalaron por su cara y con pesar se desvistió y se puso su vestimenta para dormir, dejándose caer sobre el lecho, aferrándose a la almohada de él y enterrando la cara aspirando su olor.

Jamás se hubiera imaginado el reencuentro de la forma en la que se había dado. En su cabeza había idealizado tantas veces volverlo a ver de mil maneras diferentes… pero todas ellas eran alegres y se sentía feliz y dichosa, con un desenlace que nada tenía que ver con la realidad.

Capítulo 18



—Demonios —gruñó Kenneth molesto, incorporándose del lecho.

Dormía en la misma planta donde estaba su estancia, pero en otra diferente ya que había renunciado a la suya por un tiempo limitado, o eso estaba intentando hacer, pero no era capaz de relajarse y conciliar el sueño.

Nervioso se pasó las manos por su larga melena. Lo que tendría que haber sido una cena alegre y festiva, se había convertido en todo lo contrario en cuanto la joven, que lo volvía del revés, había abandonado el salón.

Era una falta de respeto ante el laird; todos sus guerreros y su gente en un principio se habían quedado asombrados ante la reacción de la joven. Más sorprendido se había quedado Kenneth ante su propia reacción y la necesidad que sintió de intentar suavizar el gesto de la joven, queriendo protegerla ante las habladurías de todo el clan.

Había dado explicaciones en alto a todos los presentes, comentándoles que la joven se sentía muy indispuesta ante la gravedad de su herida. Excusa que todos dieron como buena sin juzgar la palabra del laird que era sagrada, todos menos los que habían sido testigos de lo que había sucedido en la mesa que él presidía. Aún se estaba preguntando el motivo por el que lo había hecho y por cómo había reaccionado.

Pero bien lo sabía, algo dentro de él se había desestabilizado al ver las lágrimas contenidas y la tristeza en la cara de la mujer. No había podido soportar su cambio de actitud. Cuando le dejó claro a la joven que él era el

lair de los Buchanan, lo había hecho a conciencia para dejarla callada y avergonzada, para poder recrearse en su incomodidad delante de ella. Pero algo había sucedido y no entendía el motivo ni el por qué.

Se levantó del lecho y empezó a dar vueltas por toda la estancia. Demonios si era ridícula de proporciones en comparación con la suya, con cuatro pasos ya la había recorrido entera. Se sentía enjaulado allí dentro con una sensación que no podía borrar, por mucho que se dijese que nada de lo que había sucedido era culpa de él.

Pero la expresión y la reacción que tuvo la joven al saber la verdad… solo Dios sabía lo que le había costado mantenerse sentado, sin moverse, cuando algo dentro de él bulló con tanta intensidad que en ese instante le hubiera gustado hacer lo que realmente quería, acortar la distancia con la joven y rodearla con sus brazos ofreciéndole su protección y consuelo.

Tantos sentimientos y sensaciones desconocidas lo estaban llevando al límite de la situación. ¿Cómo iba a pasar buena velada después de lo que había sucedido? No pudo, hasta que su amiga Eileen se dirigiera a él en contadas ocasiones le había resultado molesto, demasiado molesto.

Daba gracias a que eso no había sucedido muchas veces durante la noche porque tan al límite como se sintió, solo le hubiera faltado agregarle sentirse mal por alguna respuesta seca y cortante que le hubiera podido ofrecer a su amiga. Después de la partida de la joven, el ánimo en la mesa no había sido el mismo y sus hermanas habían quedado afectadas al verla en ese estado.

No entendía qué demonios le había sucedido a la mujer para tener esas reacciones. Sabía que no era débil, oh, bien lo había podido comprobar desde el principio, pero había visto en ella dos lados totalmente diferentes. Su carácter fuerte y decidido, y su genio rebelde, eran contrapuestos a la gentileza que había mostrado tener esa noche delante de él, a pesar de saber que él mismo no se lo había puesto fácil para que así fuera. Y su ternura y dulzura lo habían acabado de rematar dejándolo toda la noche dándole vueltas a la situación, recreando en su cabeza cada palabra que se había pronunciado y cada gesto.

Tenía un palpitar de cabeza intenso y cuanto más tiempo pasaba, más se acrecentaba el dolor al no poder dejar de pensar y de buscar una explicación coherente a esa noche. Todo lo que había querido conseguir se había vuelto en su contra y un sentimiento de rabia y un dolor agudo en el centro del pecho no lo dejaban descansar como había sido su intención al dar la noche por finalizada antes de tiempo.

Sin saber lo que hacía realmente, salió de la estancia que ocupaba y se dirigió hacia la que realmente era la suya. Cuando estuvo frente a la puerta, decidido, abrió con cuidado y entró a la oscuridad que lo recibió. Allí de pie, junto a su lecho en completo silencio y gracias a la poca claridad que entraba a través de la ventana, vio el cuerpo de la joven abrazada a su propia almohada.

Su mirada se intensificó, un calor interno lo corrió de los pies a la cabeza, su miembro se puso erecto y una tensión lo traspasó mientras devorada desde la distancia el cuerpo de la joven que tenía ante sus ojos. Tragó saliva al comprobar que yacía sobre la cama, de lado, solo con su vestimenta de dormir arrugada sobre su cuerpo y fuera del lugar que le correspondía, dejando demasiada carne expuesta ante sus ojos.

No pudo evitar las reacciones de su cuerpo ni tampoco quiso hacerlo. Hizo un recorrido de la imagen que tenía a solo un paso de distancia. Sus delicados y pequeños pies, sus largas y torneadas piernas, la redondez de su glúteo que se amoldaba a la perfección por debajo de su ropa, su cintura estrecha y definida, sus pechos que se dejaban ver generosos y sobresalían de su vestimenta ofreciéndole la visión perfecta de uno de ellos con el pezón erecto por el contraste de temperatura de la noche.

Volvió a tragar saliva después de un largo rato, cuando consiguió apartar la mirada de esos esponjosos senos que lo llamaban a gritos para que su boca y sus manos se apropiaran de ellos dando buena cuenta de ese pequeño botón que sobresalía de ellos.

Por último, dirigió su mirada hacia su cara y frunció el gesto al verla contraía. A pesar de estar dormida y de la poca claridad que había le fue

evidente los signos de que la joven había llorado y se volvió a preguntar ¿por qué? ¿Cuál era el motivo de su desdicha?

Como le hubiera gustado acercarse y pasar sus encallecidas manos por su cabello que se extendía por la almohada, sentir su sedosidad y acorralarla entre sus brazos dándole su calor y protección.

En cambio, maldiciéndose a sí mismo, Kenneth salió de la estancia a altas horas de la madrugada sintiéndose acorralado ante todos los acontecimientos. Salió del castillo duro como una roca, no había una mínima parte de su cuerpo que no se mantuviera en tensión. Sin rumbo fijo, se adentró en el bosque dirección al río, el único lugar que conseguía calmarlo y en el que daría rienda suelta al deseo que se había apoderado de él.

Ya estaban empatados, se dijo a sí mismo mientras su mano apretaba fuerte a su miembro en un balanceo que no tenía fin. Oh, sí, habían empatado, ella lo había espiado y visto desnudo, él, había tenido el placer de hacer lo mismo a pesar de que le hubiera sobrado el trozo de tela, por poca que fuera, que adornaba el cuerpo de la mujer.

Después de encontrar un poco de consuelo, porque a pesar de haber descargado su tensión con su mano le había sabido a poco y seguía erecto, decidió pasar la noche a la intemperie, con la única compañía de las estrellas que decoraban el cielo, cerrando los ojos con un único recuerdo, la joven que yacía en su cama, rememorando todo su cuerpo.

Capítulo 19



Eileen abrió los ojos despacio. Se sentía desanimada. Desde la cena en la que se reencontró con su amigo, sin haberlo hecho realmente porque no sabía quién era ella, se había mantenido aislada y no había permitido que nadie se le acercara, ni siquiera sus hermanas. De eso habían pasados dos largos días.

Se removió en la cama y suspiró, no le gustaba nada la sensación que tenía y pensaba ponerle solución ese mismo día. Sí, había tomado una decisión, marcharía de las tierras de los Buchanan como había llegado. Se incorporó quedando sentada y levantó su vestimenta de dormir, se quitó la venda de la pierna y comprobó que la herida cicatrizaba bien y tenía buen color, a pesar de que todavía le quedaba para su curación.

Después de taparla otra vez se puso en pie y se vistió. Tenía que encontrar a sus hermanas y hablar con ellas, el tiempo de soledad había finalizado y el de permanecer allí también. Con ese pensamiento salió de la estancia, pero antes descargaría con su espada un poco la rabia y la tensión que soportaba su cuerpo, aunque no tuviera con quien hacerlo, el mismo aire le serviría como adversario se dijo mientras se colgaba la espada en la cintura con la cinta que le había hecho Ramsey.

Bajó las escaleras con intención de salir cuanto antes del cobijo de las paredes del castillo, pero unas voces bastantes altas procedentes del salón principal la hicieron frenar y con curiosidad se paró en la entrada.

El rugido que soltó Ramsey en cuanto la vio en el umbral dejó a todos los presentes paralizados. Sus hermanas estaban encogidas frente a él y después

de ese alarde de fuerza se encogieron aún más, con Kenneth adelantado y Graham, William, Bob y Gareth a sus lados.

Al principio la cara de Eileen se había iluminado llena de ilusión al ver a Ramsey en persona delante de ella. Su primer impulso fue salir corriendo hacia él y lanzarse a sus brazos, pero en cuestión de segundos se puso recta y seria al ver la rabia contenida que sentía Ramsey en ese momento.

—¿Cómo has podido atreverte? —le habló con total libertad Ramsey, dejando los formalismos entre ellos como siempre había hecho a petición de Eileen desde hacía muchos años. Aunque muchas veces no lo podía evitar y se escapaban de su boca haciéndola sonreír y más reía cuando lo llevaba al límite, enfadado, y lo mezclaba todo en una misma frase.

Caminó hacia ella con grandes zancadas, recto y rígido con todo lo alto que era, sus músculos se contraían con cada movimiento como si fuera directo hacia su presa, y así era realmente en ese instante. Eileen no se movió, no le podía tener ningún miedo, sabía el daño que le había hecho y tenía que hacer frente a ello.

En cambio, en las caras de sus hermanas se reflejaba el pánico ante esa situación y en la de los guerreros Buchanan con Kenneth a la cabeza, el desconcierto de que se dirigiera a ella de esa manera tan agresiva los había dejado asombrados. Ah, si ellos supieran la unión que tenían Ramsey y ella, pero no lo hacían.

—Lo siento —le respondió Eileen sin mostrar culpa alguna. Su voz sonó fuerte y decidida—, tenía que hacerlo.

—¿Tenías que hacerlo? Sal ahora mismo —rugió Ramsey.

Pasó por su lado gruñendo. Antes de girarse para seguirlo dirigió su mirada a todos los que estaban en el salón, solo fue una pasada rápida, no se entretuvo mucho evitando el contacto con su amigo. Solo lo suficiente para hacerles un guiño a sus hermanas para que se intentaran relajar y supieran que no pasaría nada, gesto que supieron interpretar y salieron detrás de ella

corriendo en cuanto cruzo la puerta del castillo al encuentro de Ramsey, seguida por todos los guerreros Buchanan.

Ramsey no lo sabía, ah, pero eso era lo que realmente necesitaba en ese momento. Nada mejor como un buen adversario, nada de aire.

—Lo siento —repitió Eileen cuando se posicionó frente a Ramsey en el centro del patio central del castillo, siendo rodeados por todos.

—No me habléis ahora muchacha o no respondo de mí —volvió a rugir Ramsey.

—No asustes a los presentes —se permitió el lujo de sonreír Eileen y más se enfadó Ramsey—, sabes que no me harías daño nunca.

—Oh si lo haré, en cuanto acabemos con esto pienso subirte a mis piernas y darte azotes en el trasero por cada uno de los malos momentos que me has hecho pasar —gruñó Ramsey—. Protégete —exigió y Eileen solo pudo sonreír con un cariño extremo.

¿Qué si le haría daño? Eso no pasaría nunca, jamás, era impensable, antes se quitaría la vida él mismo. ¡Si hasta le había pedido que se protegiera como avanzadilla! Negando con la cabeza, Eileen desenfundó su espada ante las exclamaciones de asombro de los guerreros Buchanan, sus hermanas como era lógico se mantuvieron serenas y tranquilas habiendo sido testigos de esa escena entre los dos muchas veces a lo largo de sus vidas.

—¿Qué van a hacer? —pregunto atónito Gareth.

—Luchar guerrero, eso mismo van a hacer, hasta que gane el mejor —confirmó May.

—¿Hasta que gane el mejor? ¿Pero habéis visto el cuerpo de ese hombre muchacha? No sabéis lo que decís, la joven no le durará ni un segundo por mucho que lleve una espada en la mano —habló Bob.

Las carcajadas de May y Maureen retumbaron en el patio sin que pudieran evitarlo.

—El que no sabe lo que decís sois vos —dijo sin poder parar de reír Maureen—. Vamos a sentarnos hermana, esto va a ser divertido y creo que va a durar.

Las dos mujeres como si fueran a pasar un rato relajado se sentaron en el suelo en primera fila, ante la mirada desconcertada de todos los amigos de Kenneth. Por su parte, él no había hecho ningún comentario y estaba intentando interpretar la reacción que había tenido el guerrero Sinclair ante la joven.

Demasiado sentido de protección y del deber, se dijo mientras dirigía su mirada a las muchachas que estaban sentadas en el suelo, emocionadas. Algo se le estaba escapando…volvió a centrarse en Ramsey y la joven. Se había sorprendido igual que sus amigos, pero no había dado indicio de ello.

A pesar de la agresividad que transmitía el cuerpo del guerrero Sinclair y la rabia que recorría su cuerpo, sabía de buena mano que no provocaría ningún daño irreparable en la joven, su honor no se lo permitiría, solo quería darle un buen escarmiento. ¿Pero por qué a ella exclusivamente? ¿Y por qué motivo? Esas eran las preguntas que no dejaban de resonar en su cabeza.

Tenía que admitir que la situación lo había puesto en alerta, queriendo ponerse frente a la joven para protegerla, como también tenía que admitir la sorpresa que se había llevado al ver la espada que llevaba la joven atada a la cintura y el momento en el que la había desenfundado, reconociéndola al ser la que utilizó para romper la flecha de la pierna de la muchacha.

Cuando Ramsey se presentó ante él al amanecer se había quedado desconcertado ante su presencia, pero después de pasar un corto tiempo hablando y confirmándole Kenneth que sus hijas se hallaban bajo su techo y protección, habían salido hacia el salón con el guerrero más relajado para que pudiera comer y beber después del largo recorrido que había hecho.

Ramsey no había podido probar bocado porque justo en el momento en el que se dispuso a empezar, su amiga Eileen y una de sus hermanas habían entrado tranquilas en el salón, conversando. Tranquilas hasta que soltaron un grito ahogado al reconocer a Ramsey, haciéndose pequeñas en cuanto las enfrentó.

Reacción totalmente opuesta a la que había tenido la mujer que le provocaba más de un dolor de cabeza. Serena, calmada, con un porte que no hacía indicar que se fuera a poner a temblar de miedo ante su presencia, encarándolo directamente sin temer las consecuencias.

La alegría que le dio a Kenneth volver a verla esa mañana quedó guardada en su pecho. Después de varios días en los que se había negado a salir de su estancia o de las pocas veces que había salido esquivando con premeditación a toda persona que pasaba cerca de ella, su pecho se expandió al tenerla otra vez ante sus ojos.

Estaba deseando saber qué estaba pasando porque el guerrero Sinclair no le había dado muchas explicaciones por el momento ni él lo había atosigado a preguntas, tenían tiempo de sobra para llegar al fondo del asunto y había preferido ser hospitalario como bien se merecía, pero por lo que parecía, la situación que tenía delante de él en ese mismo momento le iba a aclarar muchas cosas.

—¿Qué grado de enfado tienes? —la voz de la muchacha hizo que Kenneth dejara sus pensamientos a un lado, captando toda su atención y preparado por si tenía que intervenir, aunque no dudaba de que esa escena acabaría antes de lo que había empezado como había sugerido Bob.

—En la vida me habéis visto así —gruñó Ramsey dando un paso al frente, acortando la distancia con ella.

El primer choque de metal contra metal retumbó como si fuera una melodía ante el asombro de todos los hombres y unas emocionadas mujeres que empezaron a aplaudir ante el despliegue de fuerzas. Demonios que hubiera caído fulminado en ese mismo momento si hubiera apostado a favor del guerrero, pensó Kenneth, viendo la fuerza, la agilidad de la joven y su

astucia contraponiéndolo a la fuerza del guerrero, y la determinación de esa mujer defendiéndose, no, presentando batalla.

En un baile coordinado los ataques y defensas se sucedieron constantes ante los ojos de todos y cada uno de ellos que seguían impactados y atentos ante el despliegue de habilidad que tenían delante.

—¿Por qué? —exigió saber Ramsey atacando.

—Ya te he dicho que tenía que hacerlo —respondió Eileen apretando la mandíbula mientras su espada bloqueaba la de Ramsey.

A corta distancia sus miradas se encontraron y por un segundo Ramsey flaqueó ante la expresión de la joven, pero solo fue por ese breve espacio de tiempo.

—Ah, muchacha la cara de inocente no te va a librar del castigo —gruñó Ramsey.

—¿No lo hará? —contraatacó Eileen con tanta fuerza que desplazó a su contrincante varios pasos hacia atrás mientras se defendía de su intenso ataque.

—No —rugió Ramsey recomponiéndose y separándose de ella, empezando a caminar en círculos con Eileen siguiendo sus mismos pasos— ¿Sabes el miedo que he pasado? ¿Tienes idea de la sensación de dolor tan grande que me provocaste muchacha? Ah, no, eres una niña mimada que solo ha pensado por ella.

—Eso no es verdad —gritó Eileen volviendo a atacarlo—, sabes que no soy una niña mimada, jamás lo fui —apretó su agarre en la espada y se lanzó hacia él con toda la rabia que sentía en su interior.

Esa vez sus voces no se escucharon durante un largo tiempo mientras descargaban contra sus espadas el miedo, la impotencia, la rabia y la desolación que sintió Ramsey en el mismo momento en el que fue consciente

de lo que su pequeña había sido capaz de hacer. Y por parte de Eileen, la rabia, el dolor, la decepción y la gran tristeza que había acumulado durante toda su vida y en las tierras Buchanan.

Kenneth dio varios pasos al frente al verla desestabilizarse, siendo muy consciente de que la pierna tenía que dolerle con el sobre esfuerzo que estaba haciendo, preparado por si tenía que alejar a Ramsey de ella. Estaba realmente conmocionado ante la situación que veían sus ojos, esa mujer era… una guerrera.

Tragó saliva ante ese pensamiento y sus ojos se dirigieron hacia su amiga Eileen que se mantenía expectante, sentada viendo la batalla. Volvió la vista hacia la lucha empezando a encajar todas las piezas del puzle sin poder creer lo ciego que había estado durante todo ese tiempo.

—No lo eres —aceptó ese pequeño detalle Ramsey—, pero en esta ocasión así te has comportado —gruñó—. ¿Qué pretendías?

Y las siguientes palabras que salieron de la boca de la joven fueron las definitivas para saber que había acertado en su suposición, haciendo que varias exclamaciones se escucharan a su espalda, la de sus amigos.

—Quería venganza —soltó con rabia Eileen y hasta Kenneth pudo divisar pequeñas lágrimas que escaparon de sus ojos—. Vengar a mi familia, a mi clan, vengar a mi madre muerta, que mi padre se sintiera orgulloso de mí bajo su tumba por hacerlo, eso quería Ramsey, con la ayuda de los Buchanan —gritó en un ataque agresivo que Ramsey no pudo dominar y se fue al suelo con ella encima de él—. Solo quería… quería… —las lágrimas le impidieron continuar mientras con una expresión de tristeza y rabia surcaban su cara— no ha habido ni un solo día en el que no recuerde la matanza Ramsey, ni uno… me separaron de mi familia, mi hermana… lo perdí todo, menos a ti que nunca te has separado de mí.

—Muchacha —Ramsey se rindió ante la evidencia y lanzó su espada a un lado, cogiendo la de ella cuando hizo lo mismo. La abrazó entre sus brazos y dejó que llorara y descargara todos los sentimientos con él igual de

emocionado, mientras apretaba su agarre para que sacara todo su dolor—. Y nunca lo haré, hasta el día en el que me muera estaré protegiéndote.

El tiempo se paralizó en ese instante, sus hermanas estaban llorando, abrazadas, sus amigos estaban emocionados ante lo que habían descubierto y las palabras tan sentidas de los dos y Kenneth, oh, él tenía un sentimiento de rabia e impotencia por todo, que la garganta se le había cerrado y le costaba hasta respirar al ver la desolación en cada una de las palabras de su amiga y en las reacciones de su cuerpo, pero ya sabía sin ninguna duda quién era la joven que lloraba bajo los brazos protectores de Ramsey que no se había separado de ella en ningún momento.

En las palabras de la joven había detectado un tremendo error que lo puso en tensión, pero no se atrevió a interrumpir ese momento. Con el pensamiento de aclararlo más adelante siguió siendo testigo del reencuentro.

—Sabéis que si me lo hubierais pedido os habría acompañado —habló Ramsey mientras le acariciaba la espalda, reconfortándola.

—No, no lo hubieras hecho —respondió Eileen con una sonrisa triste, con su mejilla apoyada en el pecho del guerrero—. Habrías intentado quitarme la idea de la cabeza.

—Oh, así habría sido —confirmó—, pero sabéis que hubiera terminado aceptando. Ten claro algo muchacha, dónde tú estés estaré yo.

Ramsey le levantó la cabeza a Eileen y la besó en la frente como un padre haría con su hija. Ella solo pudo emocionarse más y recibir ese beso cerrando con fuerza los ojos.

—Lo siento —repitió por tercera vez Eileen.

—Ah, muchacha, ahora sí que te escucho —soltó una carcajada Ramsey contagiando a Eileen—. Menos mal que has sido compasiva conmigo al atacarme con la mano izquierda —soltó otra carcajada Ramsey provocando

otra oleada de sorpresas en todos, menos en las hermanas. Haciendo sonreír a Eileen mientras apretaba su agarre en el hombre.

—¿Quién no iba a durar ni un segundo? —Maureen se dirigió a Bob orgullosa de su hermana— Y porque no habéis presenciado la batalla con la mano buena de Eileen —acabó uniéndose a las risas de la que era su familia al ver los ojos abiertos de todos los guerreros a punto de salírseles de las órbitas, incluido Kenneth.

—Diablos, eso lo tengo que ver —gruñó Graham expectante.

—Y no os olvidéis que está convaleciente aún, impresionante —habló Gareth orgulloso de la mujer que tenía delante.

—Convaleciente ¿de qué? —se preocupó Ramsey arrugando el gesto, incorporándose con Eileen entre sus brazos— Ya puedes hablar muchacha, tendrías que habérmelo dicho, podría haberte hecho más daño.

—Es un poco largo, te lo explicaré. Estoy bien y estabas muy molesto, no me hubieras escuchado —acabó diciendo, llevando su mano a la barba del hombre, intentando relajarlo, consiguiéndolo ante su contacto.

Ahora sí, se dijo Kenneth con el pecho lleno de orgullo. Esa personalidad, ese carácter, esa dulzura contrapuesta eran su amiga, su Eileen. Demonios que lo había visto desnudo y él a ella casi. Retuvo la carcajada que quiso salir de sus labios en ese momento. Diablos si se arrepentía, no, no lo hacía y en ese momento se dio cuenta de que quería que se repitiera, teniéndola cara a cara y que ella fuera consciente de todo, pudiendo sentirla realmente como deseaba.

Tenía un serio problema, sí, admitió sin poder dejar de sonreír ante todo lo que había descubierto esa mañana.

Capítulo 20



Los guerreros Buchanan, con su laird a la cabeza, estaban sentados en la gran mesa del salón, reunidos con Ramsey al lado. Después de aclarar la situación y ponerse al día de todos los acontecimientos, Kenneth le informó que desde que desparecieron las hijas Sinclair su padre y él, cuando tuvo la edad suficiente, no habían cesado en su empeño de encontrarlas.

—Hemos vivido apartados. La noche que hui con mi pequeña solo tenía claro una cosa, señor —habló Ramsey—, encontrar un lugar lo más solitario posible para empezar una nueva vida en la que Eileen pudiera ser feliz bajo mi protección.

—Y lo conseguiste —asintió Kenneth—, la has protegido siempre y te has encargado de cuidarla y asegurarte de que recibiera lo mejor.

—No fue fácil —apretó la mandíbula Ramsey—, durante un tiempo fuimos de un lugar a otro, no me fiaba. El rumor de que las hijas Sinclair habían huido la noche negra se extendió por todo el territorio. Sabían la edad aproximada que tenían, sabían de sus apariencias, eran bien conocidas por todos los clanes. Por ese motivo busqué un lugar donde poca gente pudiera llegar, ni les interesara hacerlo. Tomé todas las precauciones, hasta cambié su apariencia. Oh, lo que me costó cortarle a la pequeña su larga cabellera —rio Ramsey haciendo sonreír a Kenneth y a sus amigos—. No sabéis la que me cayó la mañana en la que se despertó y me dijo que notaba algo raro en ella, hasta que se llevó las manos a la cabeza —volvió a reír recordando el momento—. Ah, porque lo tuve que hacer mientras dormía, ya conocéis su

carácter, sí, un guerrero como yo protegiéndose de una mocosa —negó con la cabeza.

—La queréis como si fuera vuestra hija —confirmó Kenneth.

—Es mi pequeña —se irguió Ramsey—, siempre lo fue incluso bajo la protección de los Sinclair. ¿A quién no enamora esa muchacha? —sonrió de medio lado mirando a Kenneth con intensidad.

Kenneth levantó una ceja ante lo que los ojos del guerrero estaban insinuando, pero no lo rectificó. ¿Qué iba a decir? Miró a sus amigos de reojo, sonreían mirándolo conformes con Ramsey.

—¿Por qué no volvisteis a las tierras Sinclair? —carraspeó Kenneth cambiando la dirección de la conversación.

—Era mi intención, dejar pasar el tiempo y presentarme ante mi laird, pero después de llegar a mis oídos que la desgracia azotó al clan otra vez, tomé la decesión que creí mejor para Eileen.

Kenneth se acomodó, apoyando los brazos en la mesa dispuesto a seguir conociendo todos los detalles, abrió la boca para hablar, pero sus palabras quedaron interrumpidas.

—Con su permiso, laird —escuchó la voz de una mujer en la entrada del salón y desvió la vista hacia ella—, señores —se inclinó—. Mi nombre es Lorna, la madre de esas tres jóvenes traviesas que no sé dónde están.

Todos los hombres se levantaron ante su presencia por respeto y se acercaron.

—Ah, mujer, te dije que esperaras —se cruzó de brazos Ramsey.

—¿Esperar a cuándo? Porque he pasado más tiempo sentada al borde del río del que recuerdo en mi juventud, te has olvidado de mí —lo señaló Lorna

y los labios de Ramsey se curvaron—. Mis niñas están aquí —se emocionó y se movió nerviosa.

—No tardarás en verlas —dio un paso hacia ella Ramsey, agarrándola de la mano—, están bien ya puedes respirar tranquila. Y no me he olvidado de ti, eso no podría suceder nunca —le respondió intenso y las mejillas de la mujer se cubrieron de rubor sin saber qué decir—. Estabas a salvo, el guerrero que ha ido a informarte de que estaban aquí las muchachas se ha quedado en la distancia contigo. Aquí la situación se ha complicado un poco, solo eso.

—Es un placer conocerla, soy el laird Buchanan —los interrumpió Kenneth, acercándose a ellos y Lorna le presentó sus respetos al tenerlo enfrente—. Le agradezco lo bondadosa y cariñosa que ha sido con mi familia —dijo dejando claro que Ramsey y Eileen formaban parte de los Buchanan.

—Señor, fue una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida —respondió más ruborizada—. No fue nada.

—Los acogisteis, le abristeis las puertas de vuestro hogar y durante todos estos años habéis formado una gran familia. Sí, fue mucho —insistió Kenneth.

—¡Madre! —gritó sorprendida y alegre Maureen a la espalda de Lorna, quedando frente a los guerreros al acabar de entrar por la puerta principal.

—Oh, aquí estás señorita —se giró Lorna, se inclinó y cogió algo de sus pies.

Todos la miraron, hasta que se dieron cuenta de que se había descalzado un pie. Empezó a perseguir a Maureen con él en alto, provocando varias carcajadas en Ramsey y la sonrisa de los Buchanan. Maureen al empezar a acercarse a ella feliz retrocedió en cuanto la vio hacerlo.

—Me habéis quitado diez años de vida —gritaba la mujer persiguiendo a una Maureen que al principio tenía cara de preocupación, pero después de

salir al patio central empezó a reír a carcajadas ante la situación— Y encima osas reírte, espera a que te pille muchacha.

Todos salieron hacia afuera viendo la escena, la gente del clan que pasaba cerca se paró para ver qué sucedía, mientras madre e hija recorrían toda la extensión del patio.

—Ramsey ayúdame —llegó hasta él Maureen, resguardándose a la espalda del guerrero que tenía los brazos cruzados sin poder dejar de sonreír.

—Ah, muchacha, te lo tienes bien merecido —fue la respuesta de él, ante los lloriqueos de Maureen al ver llegar a su madre ante ellos.

—Ven aquí —le ordenó Lorna a su hija con la voz entrecortada por el esfuerzo, alargando la mano para sacarla de la espalda de Ramsey—. Hombre podrías ayudarme, eres demasiado blando, una ya no tiene edad para estas cosas —lo señaló y más sonrió él— ¿Dónde están las dos traviesas que faltan? Dímelo ahora mismo niña, así os cojo a las tres de una vez —se dirigió a Maureen sin soltar el agarre, dándole en la falda del vestido varios golpes que no le hacían ningún daño.

Nunca les había pegado y fue un gesto más de reprimenda que de castigo. Maureen se abrazó a ella y le susurró algo al oído, momento en el que Lorna se relajó abrazándola sin poder dejar de reprenderla, pero calmada y emocionada al tenerla otra vez junto a ella.

—Mujer, estás mejor que quieres —le hizo un cumplido Ramsey y la mujer reaccionó con una sonrisa tímida ante él—. Yo ya he descargado mi furia. Te puedes imaginar a dónde si están las dos juntas.

Lorna soltó un pequeño grito y todos los guerreros Buchanan esperaron a saber el lugar si la mujer se había impresionado tanto.

—Alcornoque, que no tienes remedio —gritó Lorna haciendo que Ramsey riera—. Con su permiso, laird —hizo una inclinación graciosa frente a

Kenneth y él asintió con la cabeza aceptándola, sin mostrar la sonrisa que estaba reteniendo por respeto a ella.

La vieron alejarse con Maureen abrazada a ella, mientras se adentraban en el bosque.

—¿A dónde van? —se interesó Graham.

—Hace rato que no veo a las jóvenes —confirmó Gareth.

—Ahora lo veréis —rio Ramsey, empezando a caminar en la dirección que habían tomado madre e hija.

Todos lo siguieron curiosos. Llegaron a una pequeña explanada rodeada por árboles y se pararon al ver a la mujer dando vueltas en círculos, mirando hacia el cielo, sin entender que estaba haciendo.

—Salid ahora mismo de dónde estéis —gritó sin mirar a ningún punto fijo.

—Oh ¡madre! —se escuchó la voz sorprendida y emocionada de May.

—Esta noche vas a dormir con menos cabellos en la cabeza muchacha —fue la respuesta de Lorna acercándose a dónde se encontraba.

—Pues no bajo —respondió May—. Nos ha pillado —gritó.

Una carcajada se escuchó. Los guerreros que estaban mirando en la dirección por la que habían escuchado la primera voz, giraron hacia la dirección contraria, mirando a las copas de los árboles.

—Demonios, están… —dijo Bob.

—En las copas, sí —sonrió Ramsey.

Kenneth arrugó el gesto por unos segundos preocupado y su cara se cubrió de seriedad, ¿es que esa mujer no pensaba en su curación? ¿No se daba cuenta de que tenía todavía la herida abierta? La rabia que le entró al pensarlo quedó aplacada con la imagen de ella sobresaliendo entre las ramas de un árbol, resoplando hacia arriba intentando apartarse varios mechones que se le habían soltado y decoraban sus facciones. Negó con la cabeza, pero su interior se cubrió con una calma que hacía demasiado tiempo que no sentía.

—Hola querida madre, cuanto tiempo —los ojos de Eileen se dirigieron hacia Lorna.

Kenneth no pudo apartar la mirada de ella, ante la imagen que le dio. Sonriente, en su expresión se podía apreciar la ternura hacia la mujer, con varias hojas esparcidas por su cabeza y con su cuerpo suspendido en el aire. Lorna gritó con miedo al verla de esa manera y corrió hacia ella, en ese instante Eileen se dio cuenta de que no estaban solas y dirigió su mirada hacia los hombres.

La mirada de Kenneth y la de ella se encontraron. Aún no habían tenido tiempo de hablar estando siempre rodeados de gente, desde que Eileen destapara la mentira de su identidad. Después del encuentro con Ramsey se habían reunido todos en el gran salón para calmar la sed, mientras las muchachas le pedían que les contara como había ido su viaje. Recibieron con gran ilusión que Lorna lo hubiera acompañado y quedaron expectantes ante su aparición.

Kenneth sin querer interrumpir la felicidad que vio en Eileen, guardó silencio esperando encontrar el momento para estar a solas con ella. Se debían mucho tiempo, demasiado, y no tenía intención de que cuando al fin pudieran estar en soledad fuera precipitado. Sus ojos no pudieron apartarse de ella consiguiendo que el último recuerdo que tenía de ella, triste en la cena, se disipara.

Pero había llegado el momento, no tenía intención de alargarlo más. Por ese motivo empezó a caminar con calma hacia su dirección, levantando una ceja. Como respuesta a su expresión, en la cara de ella apareció una sonrisa,

descolocándolo. Demonios, era lo más bonito que había visto en su vida, pensó parándose bajo el árbol.

—Tenemos que hablar, baja.

—¿Es una orden, laird? —levantó una ceja Eileen.

—Lo es —se cruzó de brazos él— ¿Cómo se te ocurre subir hasta ahí? Esta mañana ya has forzado demasiado la pierna con la espada, tendrías que estar descansado —gruñó.

—Estoy bien —tuvo la necesidad de decirle al ver las arrugas de su frente.

—Eso lo veré cuando estés frente a mí.

—¿Me quieres a tu lado? —ladeó la cabeza Eileen.

—Baja —volvió a gruñir.

No se dio cuenta, la pregunta que hizo para ella fue de lo más inocente, teniendo ganas de compartir momentos con él, pero para Kenneth, esas palabras tenían demasiado significado. Por ese motivo no respondió, necesitaba acortar distancias con ella primero, hasta que la llevara hasta donde él quería y necesitaba hacerlo con urgencia.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Eileen al sentir los ojos de su amigo clavados en ella. Tragó saliva desde la distancia y se colgó de varias ramas en su descenso hasta llegar a la corteza del árbol, dejándose caer. La pierna la tenía dolorida, pero no lo iba a decir, solo ella lo sabía. No había dado muestras de ello y el enfrentamiento de esa mañana con su querido Ramsey le había dado las energías que le habían faltado los últimos días, a pesar de quedar agotada por el esfuerzo.

—Eres una imprudente —habló Kenneth sin dejar de mirarla, imponente con los brazos cruzados frente a ella.

—Y tú muy mandón —paso por su lado sin pararse, mirándolo de reojo y soltó una risilla al oírlo gruñir otra vez.

—Oh, muchacha faltas tú —llegó hasta ella Lorna.

Durante el tiempo en el que Kenneth se había acercado a ella no había prestado atención a nada más, ocupando solo él su atención. En ese instante lo hizo, comprobando que May también había bajado y se rascaba el trasero. Eileen sonrió sabiendo que la reacción de su hermana era exagerada.

—Me alegra verte aquí —le sonrió Eileen con cariño a Lorna. Acallándola la abrazó fuerte, aferrándose a ella—. Lo siento —le susurró.

—Ay niña, me vas a tener que explicar muchas cosas —habló Lorna cuando se separaron.

La respuesta de Eileen quedó suspendida al ver como Ramsey aparecía a la espalda de Lorna y la levantaba con sus fuertes brazos.

—¿Qué haces? Bájame ahora mismo, tengo que hablar con la niña —repitió varias veces Lorna a un Ramsey que caminaba alejándose de Eileen.

—Mujer, no ves que necesitan hablar. No seas entrometida —la reprendió Ramsey con una sonrisa.

—¿Con quién tiene…? Oh —entendió Lorna al fijar la mirada en el laird que estaba a la espalda de la joven.

—Eso puede esperar —sugirió Eileen viendo la expresión de Lorna.

—No, ahora —la voz de Kenneth sonó fuerte y rotunda, dejando claro que no podían demorarlo más.

Eileen giró para quedar frente a él, sin saber que Kenneth estaba muy cerca de ella, provocando que sus cuerpos se rozaran. Una sensación intensa les

recorrió a los dos mientras sus ojos se buscaban y el silencio los acompañó hasta que se quedaron solos.

Capítulo 21



Una vez sus amigos y familiares los dejaron solos, pidiéndole Kenneth que lo siguiera, recorrieron la poca distancia que los separaba del río. En la orilla, Eileen reposaba sentada en una roca dejándose envolver por el murmullo del agua, mientras Kenneth a su lado con los brazos cruzados, miraba sin un punto fijo hacia el frente.

Era impresionante, pensó Eileen. No podía evitar que de vez en cuando sus ojos se desviaran hacia su cuerpo alto y fuerte, en ese momento marcando todos sus músculos. ¿Estaba en tensión? ¿Nervioso? Se preguntó. Ella sí que lo estaba y más con el recuerdo que la asaltó en ese mismo lugar días atrás.

Tragó saliva al recordar claramente su imagen desnuda y no pudo evitar ruborizarse bajando la cabeza.

—¿Pasa algo? ¿Has tenido algún recuerdo? —se sobresaltó al escuchar la voz de su amigo.

En cuanto levantó la cabeza una sonrisa de él, diferente, la recibió. ¿Lo sabía? Agrandó los ojos Eileen, nerviosa. No, no podía ser, no fue descubierta, o… tragó saliva y la voz de su garganta salió más aguda.

—Solo me relajaba.

La misma sonrisa se agrandó y Eileen se quedó prendada al ver como sus labios se movían y su hoyuelo aparecía decorando su cara, haciendo imposible que sus ojos se apartaran.

—Ya veo, me pareció que recodaste algo por tus mejillas enrojecidas y los labios abiertos de los que ha salido un suspiro —le aclaró mientras se movía, sentándose al lado de ella en la roca.

Por parte de Eileen no hizo ningún movimiento, pero sus palabras… ¿había suspirado? No podía estar más nerviosa, se había delatado sola. Respiró profundo, borrando la sensación de que él sabía que lo había espiado. Se escondió bien, esa posibilidad no podía existir, se dijo para que el rubor de su cara desapareciera.

—Es mi lugar favorito —siguió hablando Kenneth—. Cada vez que venía aquí, recordaba cómo nos conocimos, como me encontraste —buscó la mirada de ella—. Me acabo de dar cuenta que siempre eres tú la que aparece delante de mí cuando lo necesito —sonrió provocando otra sonrisa en ella.

—¿Ahora me necesitabas? —preguntó tímida Eileen.

—Siempre lo he hecho… —hizo una pausa para que fuera bien consciente de sus palabras— Durante todos estos años este lugar ha sido mi refugio, en el que encontrarme con mi pasado. Desde la noche en la que fuisteis atacados y desaparecisteis, no hemos descansado de buscaros —intensificó su mirada dejando ver los sentimientos que guardaba en su interior.

Eileen lo miró emocionada por el significado de todo lo que decía y porque su recuerdo no se hubiera borrado con el tiempo.

—Perdóname por no reconocerte.

—Éramos unos niños, hemos cambiado mucho —le sonrió Eileen—. Yo siempre pensé…

—¿Qué?

—Que el día en el que nos volviéramos a encontrar nos reconoceríamos de alguna manera —bajó la mirada avergonzada.

Diablos, estaba encantadora, pensó Kenneth. La agarró del brazo y la arrastró hacia él, levantándola a peso y sentándola en sus piernas ante la exclamación de sorpresa de ella.

—¿Qué haces? —agrandó los ojos más nerviosa de lo que había estado.

Su cercanía, su olor, su calor… a Eileen todo le dio vueltas en el instante en el que él pasó un brazo por su cintura, acercándola más a él.

—Ya hemos estado suficiente tiempo separados ¿no crees? —Eileen se tomó su tiempo intentando recobrar el control de su cuerpo, hasta que acabó asintiendo sin poder pronunciar palabra, mientras sus ojos se quedaban unidos a los de Kenneth— Dentro de mí lo sabía —le susurró—, pero la situación no me lo puso fácil.

—Si lo hubieras sabido no me hubieras tratado como lo hiciste — entrecerró los ojos Eileen provocando una carcajada en él.

Ah, ahí estaba el cambio de ella para el siguiente asalto, pero esa vez se encargaría de que acabara como él quería, pensó Kenneth riendo interiormente. No sabía si había sido buena opción sentarla en su regazo, demonios que estaba intentando por todos los medios pensar en cosas sin sentido, pero los pequeños movimientos que hacía ella sobre sus piernas se lo estaban poniendo demasiado difícil.

Kenneth abrió un poco las piernas dejándola caer entre ellas, para tener más espacio. Su miembro había empezado a cobrar vida y no quería que se sintiera incómoda y sorprendida, todavía no. Ante ese movimiento Eileen se agarró a su cuello, pasando los brazos por sus hombros.

—Si estás incómodo…

—No —gruñó—, de aquí no te mueves —respondió Kenneth apretando su agarre haciendo que sus cuerpos se rozaron.

Con cada movimiento que hacía se sentía cada vez más al límite, pero no lo podía evitar. Desde que la conoció sin saber quién era, su necesidad fue creciendo hasta llegar a unos límites que de una manera u otra hubieran acabado teniendo el mismo resultado, ella en su cama, él en su interior. Y en ese momento esa necesidad había pasado los límites, haciéndole querer tomar el control mientras sentía sus curvas entre sus manos, sus pechos rozando el suyo y si bajaba la mirada tendría una visión perfecta de lo que necesitaba apropiarse. Volvió a gruñir sintiendo que sobraba demasiado ropa entre sus cuerpos.

Ante tanto acercamiento Eileen se puso rígida, su espalda se tensó y su respiración se alteró al ser consciente de cómo estaban y de que sus narices estaban a punto de rozarse. Se miraron a los ojos durante bastante tiempo, tiempo en el que ninguno de los dos se movió ni pronunció ninguna palabra, solo el sonido de sus respiraciones que llegaban al otro como una melodía.

—Con, con, conseguiste tu sueño —habló tartamudeando Eileen—, ser el laird. Fui tan feliz cuando a mis oídos llegó esa noticia —dijo provocando una sonrisa en él.

—No soy el único que lo consiguió —levantó una ceja Kenneth.

—No, yo solo sé defenderme. Le insistí a Ramsey hasta que no tuvo más remedio que enseñarme el arte de la lucha hace ya muchos años, pero nunca podré ser una guerrera, no son bien aceptadas —bajó la mirada y en ese momento su frente quedó a la altura de los labios de Kenneth que la besó tan dulce como la sentía a ella en ese momento.

Lo iba a volver loco, pensó. Lo mismo le presentaba batalla como su reacción cambiaba al instante enterneciéndolo. Kenneth se removió en la roca porque la tensión de su cuerpo cada vez iba aumentando más con el olor a lavanda que desprendía de ella. La agarró de la barbilla hasta que sus ojos se volvieron a juntar.

A tan corta distancia su mirada hizo un recorrido por toda su cara, parándose en las pocas pecas que adornaba sus mofletes, en su nariz pequeña y redonda, bajando hacia sus labios, rosados y tiernos, y se preguntó qué

sabor tendrían. En ese instante tomó una determinación, lo iba a saber en ese mismo momento.

—¿Defenderte? Hoy he visto a una joven luchar como muchos hombres no saben, te lo puedo asegurar, por muy guerreros que sean. Has conseguido dominar el arte a la perfección para que la fuerza de tu adversario no sea un impedimento para ganarlo. La habilidad que tienes es innata, hay guerreros que tardan una vida entera en conseguirla y a veces ni lo logran.

La cara de Eileen se iluminó ante sus palabras, sintiéndose alagada al ser alabada por un gran guerrero como sabía que era él. Con un dominio, fuerza y habilidad con los que sus adversarios poco tenían que hacer.

—Estoy deseando ponerme cara a cara contigo, pero que utilices la mano correcta —levanto una ceja Kenneth.

—Te ganaré —dijo convencida Eileen, curvando sus labios.

—No lo creo —soltó una carcajada Kenneth.

—Oh, si lo haré. Te lo tienes muy creído —amplió la sonrisa Eileen al verlo de esa manera y sentir su cercanía.

—No, no lo harás ¿y sabes por qué?

—¿Por qué eres el laird? —ladeó la cabeza Eileen, divertida.

—No, porque siempre consigo lo que quiero y tomo lo que me pertenece.

Con sus últimas palabras la mano libre de Kenneth se fue hacia el cabello de ella, con cuidado le quitó varias hojas que todavía tenía enganchadas del árbol, mientras Eileen miraba todos sus movimientos elevando los ojos en esa dirección. Intentando no reír al verla, hizo un movimiento rápido posando la mano sobre su cuello libre al llevar atado el cabello. Eileen bajó la mirada encontrándose con la de él y Kenneth apretó su agarre atrayéndola hacia su cuerpo sin darle tiempo a pensar en lo que iba a suceder.

La exclamación de sorpresa de ella solo duró un segundo hasta que sus labios se rozaron. Los ojos de Eileen parecían salírsele en ese instante y él no pudo evitar sonreír sin separar su boca de la de ella, sacando su lengua al encuentro de sus esponjosos y carnosos labios, recorriéndolos mientras empezó a hacerle pequeñas caricias en el cuello.

Se impregnó de su sabor, dulce y fresco y no pudo evitar que sus labios se apoderaran de los de ella mientras su miembro le daba una sacudida y le hacía soltar un gruñido que quedó amortiguado. Sin saber reaccionar, Eileen se quedó estática, sin moverse, dejando que los labios de Kenneth la acariciaran hasta que sintió que se hacía paso hacia su interior y por instinto abrió la boca.

Kenneth apretó su agarre y juntó sus piernas necesitando que sintiera lo duro que lo tenía. Oh, sí, lo sintió, lo supo al instante, cuando ella agrandó aún más los ojos y de sus labios se escapó un jadeo que lo volvió loco, introduciendo su lengua en la boca de ella, rozando y sintiendo su humedad.

Demonios que en ese momento necesitaba sentir otro tipo de humedad, volvió a gruñir cuando la lengua tímida de Eileen empezó a moverse contra la de él y sus labios imitaron sus movimientos. Esa fue su perdición, el sentir y notar que ella lo correspondía y tomaba la misma intensidad con necesidad.

Necesidad que por parte de él estaba intentando dominar para no asustarla porque la hubiera tumbado en la hierba, le hubiera subido el vestido y se hubiera perdido en su calor y humedad tomándose su tiempo en conocer su cuerpo. Apretando su agarre ante lo que necesitaba hacer, presionó el cuerpo de Eileen hacia abajo, frotándose contra ella. El tiempo pasó sin que ninguno de los dos se apartara del contacto del otro y cuando sucedió, sus manos se negaron a perder el contacto y el calor del otro.

Kenneth había tenido que hacer un esfuerzo demasiado grande acallando sus instintos más primarios, pero era su Eileen, y se merecía que cuando la tomara y se apropiara de su cuerpo sintiera lo especial que era para él. Cuando sus labios se separaron le costó demasiado no salir corriendo con ella en brazos y encerrarse en su estancia, demonios, una sensación que empezaba a conocer muy bien lo asaltó en cuanto su vista se fue a sus labios

enrojecidos, a su mirada vidriosa por el deseo, a su respiración agitada que salía en forma de suspiros…

—¿Por qué lo has hecho? Somos amigos, yo, yo… —se ruborizó Eileen después de un cierto tiempo en el que intentó recomponerse.

—Lo somos —sonrió él.

—Pero me has besado, no como amigo.

—Lo he hecho —confirmó Kenneth intentando no reír ante su desconcierto.

—Ah, pero… no como amigos.

—¿Cómo se besan los amigos? —levantó una ceja él como si no la comprendiera.

—Así —inclinándose hacia él dejó un tierno beso en su mejilla.

—Yo lo prefiero así —se inclinó él y atrapó otra vez sus labios en un beso corto pero intenso— ¿Tú no?

—Sí —susurró avergonzada—, pero…

—Y lo voy a volver a hacer cada vez que me apetezca, ten por seguro que así será, esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo 22



Esa noche, en el gran salón del clan Buchanan, se celebraba una gran cena en honor a los Sinclair, mientras los gritos de alegría se escuchaban por toda la estancia animando el ambiente. Estaban disfrutando de una suculenta cena y la mesa siempre estaba decorada con comida y bebida de la que todos daban buena cuenta. Tenían por delante una velada en la que la música sonaría hasta dar cierre a la noche.

Esa sí que la estaba disfrutando Eileen, sentada en la mesa principal ocupando el lugar que hacía varios días ocupó su hermana May en su nombre, junto a Kenneth, quien le había ordenado que no se separara de él.

Después de regresar al castillo no volvió a coincidir con él, y por una vez lo agradeció. Lo que había sucedido en el río le había removido demasiadas cosas y se sintió aturdida cuando entró a su estancia, analizando todos los cambios que había sufrido su cuerpo ante el contacto de Kenneth, haciendo que el rubor se apoderara de ella y sintiera vergüenza por cómo se había dejado llevar.

Eran demasiadas emociones juntas, el reencuentro por fin de ellos dos, los sentimientos que se habían intensificado tomando un camino totalmente diferente, el cual Eileen jamás imaginó. Le había costado recomponerse, bien lo sabía Dios, ni cerrando los ojos la imagen de Kenneth desaparecía de su mente.

Y allí, sentada a su lado en la mesa, la inquietud y la vergüenza del principio le habían resultado muy molestas. Pero él no había hecho alusión a

nada y lo había agradecido a la par de que la había dejado desconcertada pensando en que lo que para ella había sido algo importante, quizás, para él no lo hubiera sido.

Pero había puesto todo de ella para que esa noche saliera bien, y así estaba siendo, no podía estar más feliz mientras escuchaba la voz de Kenneth entretanto conversaba con sus amigos y Ramsey, y ella lo hacía con sus hermanas y Lorna.

—¿Estás disfrutando? —la voz de Kenneth la acarició calentando su interior cuando se inclinó hacia ella, sin poder evitar que su cuerpo se pusiera rígido ante su acercamiento.

—Sí —le respondió Eileen sonriendo—. Es una gran cena y todo es tan diferente a la última vez…

—Porque eres tú realmente la que está sentada a mi lado —levantó una ceja Kenneth.

—Bueno —carraspeó Eileen—, la vez anterior tampoco estaba muy lejos.

—Pero no a mi lado, donde debes estar y permanecer —habló Kenneth serio, concentrado en todas las expresiones de ella—. ¿Cómo tienes la pierna?

—Cicatriza bien —se ruborizó ante sus palabras y a Kenneth no le pudo gustar más que así fuera—, Bonnie me ha curado y vendado de nuevo.

—Esta noche la miraré yo.

—Oh, no hace falta —respondió rápido, avergonzada.

—No era una pregunta —levantó una ceja Kenneth—, era una confirmación.

—Y como eres el laird ¿tengo que obedecer? —se irguió Eileen.

—Exacto —confirmó Kenneth intentando no reír ante su rigidez—. Ah, muchacha que mal llevas que te den órdenes —soltó una carcajada.

—Y tú llevas demasiado bien darlas —lo encaró.

—Eso no lo dudes, pero solo a ti —le hizo un guiño y se giró para seguir la conversación que mantenían Graham y Gareth.

Eileen le estiró de la camisa de lino que Kenneth se había puesto para esa noche, captando su atención otra vez.

—Lo puedes intentar, pero no quiere decir que te vaya a obedecer —le sonrió de lado.

—Si ese es el caso… te daré el castigo que mereces, tantas y tantas veces como sean necesarias —le respondió divertido Kenneth al ver su expresión.

—Hasta que vuelva a mi hogar —se cruzó de brazos Eileen.

Varias arrugas aparecieron en la frente de Kenneth, su contestación no le agradó nada. ¿Tenía intención de irse? Que poco había entendido de lo que había sucedido esa misma tarde en el río, pensó, mientras él le correspondía el gesto y le estiraba de la manga del vestido como había hecho momentos antes ella, iniciando un juego en el que saldría vencedor.

—Esta noche te lo explicaré sin palabras… —le respondió serio obteniendo la reacción que quería en ella— y te puedo asegurar que lo que acabas de decir no es ninguna opción, ni lo que harás.

Satisfecho, se incorporó y se recostó en la silla mientras la veía debatiéndose con ella misma si seguir contestando o claudicar ante la evidencia. Por si acaso, esa noche como le había mencionado, se aseguraría de que sus dudas quedaran despejadas. Oh si, lo haría, estaba deseando que la noche llegara a su fin. Si no la había dado ya por finalizada había sido porque era en su honor y quería que disfrutara, verla sonreír.

En un punto de la noche, Kenneth inició una conversación queriendo aclarar un hecho, o más bien, queriendo que la misma Eileen se lo confirmara para saber qué sucedió…

—Graham —habló Kenneth llamando su atención. La mesa se había quedado en silencio disfrutando de los primeros minutos en que la música los envolvió—. ¿Hay novedades sobre los tres hombres que encontrasteis muertos?

En ese preciso instante Eileen le dio la respuesta que necesitaba a Kenneth, en cuando su cuerpo se tensó y se puso erguida en la silla, gestos que pudo comprobar porque la controlaba de reojo.

—No, no ha habido movimiento. El grupo que mande a la zona ha vuelto varias veces sin novedades.

Kenneth asintió conforme, hasta que volvió a hablar.

—Seguro que Eileen nos puede aclarar lo que sucedió —sus palabras captaron la atención de toda la mesa—. ¿No es así?

Al escucharlo, Eileen que estaba bebiendo un sorbo de vino porque la garganta se le había secado, se atragantó, mientras sus hermanas se callaron de golpe, enmudeciendo de repente.

—No sé a qué te refieres —respondió cuando se recuperó.

—Oh, yo creo que sí. Aun no me has explicado cómo una flecha acabó clavada en tu pierna —se giró Kenneth hacia ella.

—Muchacha ¿una flecha? —gruñó Ramsey.

—Mataste a los tres hombres que encontraron mis hombres en el límite de nuestras tierras ¿no es así? —preguntó Kenneth. Sabía la respuesta de ahí la herida de su pierna, pero necesitaba los detalles— No fue coincidencia de que sus cuerpos aparecieran el mismo día que vosotras ante mí.

—Ellos se lo buscaron —confirmó Eileen, no tenía escapatoria y optó por acabar cuanto antes. Si Kenneth había sido tan directo es porque no dudaba de ello.

Lorna dio un pequeño grito, más por preocupación que porque lo hubiera hecho.

—¿Qué pasó? Y sí, es una orden para que te expliques.

Ante la "petición" de Kenneth, Eileen soltó un suspiro y se decidió a hablar.

—Nos preparábamos para descansar y pasar la noche. Durante todo nuestro viaje no era la primera vez que lo hacíamos al aire libre. Esos tres hombres aparecieron y nos increparon, hice lo que me obligaron a hacer —se encogió de hombros.

Varios comentarios de aprobación se escucharon y Kenneth pidió silencio alzando una mano para seguir escuchando.

—Se burlaron de nosotras —habló May ayudando a su hermana en la explicación y todas las miradas recayeron en ella—. Uno llevaba una espada y otro un arco, querían hacernos daño. Antes de que aparecieran ante nosotras los muy cobardes lanzaron la flecha y Eileen resultó herida.

—Y después May le clavó una flecha a uno de ellos en un pie, las dos dominan el arco a la perfección —señaló a sus hermanas—, y Eileen mató a los tres hombres para protegernos —cerró su explicación susurrando, Maureen.

—Bendito sea Dios —se llevó una mano al pecho Lorna—, ¿os hicieron algo? —las miró preocupada.

—Eileen no lo permitió —dijo con orgullo May.

Todos en la mesa se sintieron orgullosos de las jóvenes, Eileen lo pudo comprobar al ver sus expresiones y, sus comentarios alabándolas, se lo confirmaron. Miró a Kenneth directamente, encontrándose con su mirada intensa, traspasándola a tan corta distancia. Cuando sintió que una de las manos de Kenneth se posaba encima de la pierna que no tenía herida, su cuerpo se puso en tensión al notar el calor de su contacto y el apretón que le dio conforme y orgulloso de ella.

Capítulo 23



Sola en su estancia sentada frente al fuego que habían encendido, con su vestimenta de dormir, Eileen repasaba todo lo ocurrido durante la cena. Sus labios se curvaron ante el recuerdo de la imagen de Kenneth, por lo atento que había estado con ella durante toda la velada y por las risas que habían compartido.

Tenía que hablar con él, pedirle ayuda para llevar a cabo lo que tenía en mente sin querer demorarlo mucho más. Con la decisión de hacerlo al día siguiente, se incorporó soltando un suspiro con intención de acomodarse en el lecho. Había sido un día demasiado largo de reencuentros y emociones, y muchas de ellas bien desconocidas para ella.

Se sentía agotada y sobrepasada por ese mismo motivo, intentado poner en orden sus pensamientos. Con la intención de dar el día por finalizado, se encaminó para tumbarse y cerrar los ojos. Esa fue su intención justo antes de sobresaltarse cuando la puerta de la estancia se abrió ante sus ojos, dejando ver el cuerpo de Kenneth que entró y cerró tras de él en completo silencio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó avergonzada, paralizada.

La vestimenta de dormir que llevaba sobre su cuerpo no era todo lo decorosa que necesitaba en ese momento y se sintió desnuda ante sus ojos, unos ojos que la recorrieron entera con una intensidad que hizo que las piernas le temblaran y su respiración se agitara. Que Dios la ayudara porque ni con un cuerpo a cuerpo en la lucha tenía ese tipo de reacciones, viéndose incapaz de dar un paso en ninguna dirección.

—Ya te dije en la cena… —gruñó Kenneth— que quería ver la pierna herida.

Demonios, había dado miles de vueltas antes de presentarse frente a ella para que reposara, pero ni con todo el tiempo del mundo hubiera estado preparado para la visión que encontró en su estancia. Su miembro dio buena cuenta, dándole una sacudida por el placer que sintió ante una Eileen ruborizada, mientras su cuerpo se mostraba ante él perfectamente claro, dejando ver su delicada silueta moldeada a la perfección, al quedar en la posición correcta por la iluminación de la lumbre. El trozo de tela que llevaba puesto parecía transparente y Kenneth se empapó del regalo de todos sus encantos.

—Pensé… pensé que ya descansabas, hace un buen rato que el ruido cesó.

—Quería que descansaras —dio varios pasos hacia ella.

Eileen dio un paso hacia atrás por instinto, haciendo que su cuerpo chocara con la repisa donde estaba la jofaina. Sus brazos rodearon su cuerpo, pero ¿qué tapaba? Buen Dios, le faltaban manos para tapar las zonas más importantes. Tragó saliva incómoda, removiéndose y mirando de reojo al lecho, contando los segundos que tardaría en llegar a él para lanzarse rápido y meterse bajo las sábanas.

—Mi pierna está perfecta —le susurró.

—¿Todo bien? —preguntó Kenneth intentando no reír al verla en ese estado. Estaba tan dulce, que la ansiedad por probar su dulzura interior lo apretó con una necesidad que le costó controlar— Quiero comprobarlo por mí mismo, túmbate.

Eileen agrandó los ojos al escuchar sus últimas palabras, sí, se las había repetido durante la cena, pero jamás hubiera imaginado que lo dijera en serio y, ni mucho menos, que lo llevara a cabo. Tragó saliva ¿cómo le decía que no podía ni moverse? Sus piernas estaban temblando y no le respondían para

hacer la tarea que le había ordenado. Solo encontró un camino para hacer frente a la situación, armarse de valor para enfrentarlo.

—No es bueno que estés aquí —se cubrió su zona íntima con una mano y con su otro brazo tapó sus pechos—, no pensaba, no pensaba… no estoy vestida adecuadamente —agrandó los ojos al darse cuenta de lo que escondía bajo las ropas Kenneth, aplacando su valor.

—Ah, muchacha, estás vestida perfectamente —le sonrió Kenneth haciendo que en su cara apareciera el hoyuelo que Eileen adoraba—. Créeme que lo estás —gruñó llegando a su lado y ante la sorpresa de Eileen la levantó entre sus brazos fuertes, transmitiéndole su calor al instante.

A Kenneth le hizo gracia que intentara cubrirse ante sus ojos y más lo excitó. Como si no hubiera podido apreciar desde el principio lo que se escondía debajo de su vestimenta... su miembro había tomado unas proporciones que eran bien visibles, de ahí la expresión de su cara de asombro, en cuanto Eileen fijó su mirada en esa parte de su cuerpo que estaba preparada para entrar al ataque.

Estaba deliciosamente sonrojada, con sus labios abiertos y la respiración alterada. Su cabello caía libre sobre uno de sus hombros dejando el otro al descubierto, mostrando la delicadeza de la curva de su cuello. Sus pechos, redondos y con las proporciones perfectas para sus manos, lo saludaron excitados con sus pezones erectos, los cuales no tardaría en probar. Su estómago definido y estrecho, sus caderas marcadas que daban paso al triángulo que en ese momento estaba intentado ocultar, pero de nada servía ya. En la mente de Kenneth había quedado bien grabado lo que se escondía bajo su mano y lo que disfrutarían su boca y su miembro en cuanto la tuviera como él quería. Sus piernas torneadas y definidas fueron el final de su recorrido.

Oh, sí, había dado buena cuenta de su feminidad, él y todo su cuerpo. Viéndola en el estado en el que estaba y siendo consciente de lo que esa situación debía suponer para ella, acortó la distancia que los separaba y la cogió entres sus brazos, sintiendo como temblaba, soltando un jadeo por la impresión.

Decidido a empezar con lo que estaba deseando hacer, la llevó hacia el lecho en completo silencio y la tumbó delicadamente, contraponiendo a sus instintos, porque en realidad lo que le hubiera gustado hacer hubiera sido lanzarla sobre él y poseerla sin demora. Llegaría, ese momento llegaría, haciéndola suya de cualquier forma en un corto espacio de tiempo, pero en ese momento necesitaba ser considerado con ella.

—Déjame ver —dijo Kenneth avisándola de sus intenciones cuando la tuvo como quería, mientras llevaba sus manos al filo de su vestimenta y la subía con cuidado por sus piernas.

Atento a todas sus reacciones, vio como agrandó aún más los ojos mirando hacia abajo, al encuentro de sus manos. Removiéndose inquieta. Sabía que quería darle un manotazo para apartarlas y presentar batalla, oh sí, conociéndola deseaba lanzarse sobre él, pero la incomodidad recorría todo su cuerpo haciéndose muy presente en la estancia. Estaba tan desconcertada ante la situación y las acciones de él mientras seguía tapando sus zonas íntimas, las que no tardaría en descubrir Kenneth, que solo pudo poner cara de sorpresa, ni siquiera la voz le salió para intentar evitar que siguiera en su empeño. Solo evitar, porque si algo tenía claro Kenneth esa noche es que Eileen, su amiga, sería suya.

Con cuidado y toda la delicadeza de sus callosas manos, le sujetó la pierna, elevándola de la cama, haciendo que su vestimenta se desplazara por la gravedad, dejando al descubierto un poco del tesoro que escondía sin que ella fuera consciente. Con un gruñido, que no pudo evitar, Kenneth se obligó a apartar la mirada y centrarla en la pierna.

Deshizo el nudo que sujetaba la venda y se la quitó, dejando al descubierto la herida. Estaba curando bien y cada vez estaba más cerrada; conforme, Kenneth volvió a taparla, dejándola como la tenía. Cuando acabó se incorporó ante los ojos atentos de ella que no perdían detalle de todos sus movimientos.

Eso precisamente era lo que quería para lo iba a hacer. Con calma sus manos sacaron la camisa de lino por encima de su cabeza, haciendo que sus

cabellos ondearan en el aire y Eileen se quedara embobada siguiendo su movimiento. Con el pecho descubierto, llevó sus manos hacia su plaid.

—Qué, ¿qué… haces? —tartamudeó al ver como se desprendía capa a capa de toda la ropa que lo cubría.

—¿Qué crees que hago? —levantó una ceja, divertido.

—No sé, sí lo sé… Ohhh.

Kenneth la ignoró y con la mano derecha se desprendió del plaid que cayó bajo sus pies. De pie, a pocos centímetros de ella, dejó que se recreara en su cuerpo y en su tensión, mientras su miembro se sacudía ante la mirada excitada de ella.

—No es la primera vez que lo veis ¿verdad? —sonrió de medio lado Kenneth ante el jadeo de Eileen.

Lo sabía, confirmó Eileen con un lamento interno queriendo desparecer en ese mismo instante. No tuvo ninguna duda al ver su expresión y la vergüenza la recorrió entera.

—No sé de qué hablas —irguió la barbilla en un intento de mostrarse ante él decidida, lo que no consiguió.

—El color de tu vestido te delató muchacha —sonrió Kenneth subiéndose al lecho, quedando de rodillas frente a ella—. Por tus mejillas encendidas y por cómo estás mordiéndote el labio, no me hace falta confirmación.

Eileen sintiéndose acorralada ante su presencia y descubierta por su acción, se arrastró sobre las sábanas queriendo escapar, pero no llegó muy lejos. Las manos de Kenneth la agarraron de los pies, arrastrándola hacia él, separando sus piernas y quedando en el centro de su placer.

—Míranos bien —gruñó Kenneth, agarrándola de las rodillas mientras hacía presión hacia los lados, dejándola más expuesta ante él.

Ante todos los movimientos en su intento de huida, la vestimenta se le había subido quedando arrugada en la cintura. Cuando Eileen notó la mirada de Kenneth encendida, bajando hacia abajo, siguió sus movimientos soltando una exclamación.

Sus manos bajaron corriendo hacia la tela para intentar taparse, pero él la agarró de las manos con fuerza, frenando sus movimientos mientras llevaba sus brazos a la altura de su cabeza, inclinándose hacia ella, haciendo que su miembro se clavaba en el estómago de Eileen que volvió a soltar otra exclamación al notar su calor y dureza.

—Ni se te ocurra taparte —ordenó él mientras hacía esfuerzos por no tirar por tierra todo su autocontrol—. ¿Aún no lo has entendido?

Eileen negó con la cabeza repetidas veces con fuerza, intentando centrarse. Lo que su gesto indicó nada tenía que ver con lo que sabía. Claro que lo estaba entendiendo, no era tonta. No se había visto en esa situación jamás, pero sabía lo que pasaba en la intimidad entre un hombre y una mujer, al menos la teoría, sin muchos detalles. Pero ¿qué pasaría con la amistad que los unía? ¿Qué pasaría si admitía lo que sentía y se dejaba llevar? Tenía miedo ante las respuestas, pero no sabía cuánto tiempo más podría aguantar. Verlo desnudo había sido demasiado, y a tan corta distancia sentirlo…

Su miembro grande e hinchado, levantado hacia arriba, completamente diferente a la imagen que quedó grabada en su memoria cuando lo espió en el río, hizo que el centro de su cuerpo palpitara fuerte, sintiendo una humedad no reconocida que la sorprendió. Si aquella vez quedó impresionada por lo que escondía debajo de la ropa, ahí, en la intimidad, tan cerca que pudo ver todos los detalles más insignificantes de él, se debatía entre la curiosidad, la necesidad y la vergüenza de su inexperiencia.

—No puedo esperar más —gruñó Kenneth—. Necesito probarte, recorrer con mi lengua cada parte de tu cuerpo, sentir tu sabor, tu humedad, notar tu calor y que tu interior me acoja aprisionándome —volvió a gruñir—. Estoy perdiendo la poca cordura que me queda desde que apareciste frente a mí.

—¿Qué pasará después? —los ojos de Eileen se humedecieron, reaccionado contrariamente a todas las sensaciones que su cuerpo estaba experimentando.

Kenneth se incorporó un poco al ver sus ojos, entendiendo el significado de sus palabras. Una sonrisa afable apareció en su cara ante la ternura que le produjo, al ser consciente de que estaba batallando internamente, debatiéndose entre lo que deseaba y su miedo a ser abandonada.

—Ah, muchacha —le apartó varios mechones de la cara—. No lo entiendes. No eres un capricho, jamás lo fuiste. Nunca jugaría con tu cuerpo si no pensara en hacerte mía hoy y siempre. No vas a ir a ningún lado a no ser que yo vaya junto a ti ¿lo entiendes ahora? Te quiero conmigo, en mi vida.

Varias lágrimas corrieron libres por la cara de Eileen, pero esa vez de felicidad y calma, la que le habían dado sus palabras. Sin tener opción a responder, Kenneth la aprisionó con su cuerpo y se apropió de sus labios en un beso tan intenso como el momento que estaban viviendo. Reaccionando más rápido que la vez anterior, los labios de Eileen se fusionaron con los de él, mientras sus lenguas se encontraban y sus salivas se unían, degustando sus sabores mientras Kenneth la agarraba del pelo y la apretaba contra él, queriendo devorar cada parte de ella con la que sus labios tuvieran contacto.

Sofocados y casi sin poder respirar, sus labios se separaron cuando Kenneth se movió hacia abajo, posicionando su miembro en el punto del placer de Eileen. De los labios de Eileen salió un jadeo de asombro, asustada ante las reacciones de su cuerpo, sonido que impulsó a Kenneth a querer devorar todo su cuerpo en sentido descendente, mientras frotaba su miembro contra ella.

Haciendo que se incorporara, la despojó de su vestimenta, quedando completamente desnuda ante él. Los ojos y los dedos de Kenneth se fueron hacia lo que colgaba de su cuello, acariciando la estrella de cinco puntas idéntica a la suya, sus ojos se encontraron.

—No la llevabas los primeros días —susurró Kenneth—, si la hubiera visto reposar sobre tu pecho…

—Jamás me la quité, menos cuando partí hacia aquí —se ruborizó Eileen —, es un símbolo de buena suerte y me unía a ti. Decidí quitármela para mantenerla a salvo, teniéndola siempre junto a mí, pero al pasarme lo de la pierna y después la pequeña mentira de la identidad… fueron tantas cosas que hasta que no se resolvió todo, no encontré el momento de volvérmela a poner, hasta esta noche. Es algo solo nuestro, nunca me he separado de ella, me aferraba cuando tenía miedo en las noches, cuando el susurro de la oscuridad se apoderaba de mí. Cerrando los ojos me hacía imaginar que estabas a mi lado, que podría con todo y todo saldría bien.

Desde la primera vez que supo que el hombre que tenía delante era su amigo, fue consciente de que en su cuello no colgaba la estrella que ella le regaló. No le quiso dar importancia, quizás, para él fue un juego de niños, pero para ella, esa estrella simbolizaba el amor que le profesaba desde pequeña.

Kenneth al ver que los ojos de ella bajaban hacia su cuello, entendió lo que estaba pensando.

—No puedo llevarla puesta, son muchas las situaciones en las que puedo perderla y no me lo perdonaría nunca…

—La conservas —dijo emocionada.

—Siempre ha ocupado un lugar importante en mi vida, hasta que no empecé a instruirme en el arte de la guerra no me separé de ella, créeme que como bien me dijiste, me dio suerte. Es mi talismán, pero lo que no sabía, es que ese objeto en sí, no lo era, solo lo representaba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sin saber a qué se refería.

—Que, para mí, la suerte equivale a tu nombre, a tu persona. Tú eres mi talismán de la buena suerte. Fuiste tú, la que me encontraste en el río llorando cuando mi padre moría, fuiste tú la que conseguiste ayuda para que se salvara, fue tu pensamiento el que me dio fuerzas para convertirme en un gran guerrero, para que te sintieras orgullosa de mí el día que nos

volviéramos a encontrar. Jamás me hubiera dado por vencido, jamás hubiera dejado de buscarte… y todo eso sin ser consciente del significado real. Ahora lo sé, ahora sé que no existe nada más importante que tú y que haría cualquier cosa por vivir a tu lado y compartir tu felicidad. Pequeña, tú eres la que me traes suerte, tú eres la que me motivaste hasta convertirme en el hombre que soy, y volviste a encontrarme después de mi desesperación al no encontrarte, haciéndome dichoso por la suerte de tenerte frente a mí. Mi cadena está a buen resguardo, protegida para no perderla, pero lo más importante es lo que dejaste en mi corazón. Mis palabras de que siempre te he necesitado son tan reales como que estamos aquí tú y yo.

Al ver los ojos de Eileen enrojecidos e inundados de lágrimas bajó lentamente su cabeza necesitando trasmitirle todo su amor no solo con palabras. El beso que inició, dulce y calmado queriendo reconfortarla, no tardó en tornarse apasionado y desesperado.

Kenneth besó y lamió cada parte del cuerpo de Eileen que fue encontrando: su cuello, su clavícula, parándose ante el manjar que le suponían los pechos que encontró a su paso. Sus pezones estaban erectos, la punta de ellos sobresalía provocándolo y ante eso solo pudo lanzarse a ellos, introduciéndoselos en la boca, succionando esos botones que sobresalían, agarrándolos entre sus dientes y tirando de ellos ante el jadeo fuerte de Eileen que se removió entre las sábanas al sentir las sensaciones que le provocaba, mientras su boca y su miembro que había vuelto a su posición hacían contacto con ella.

Desesperado, dio buena cuenta de sus senos, yendo de uno a otro mientras su miembro no dejaba de frotarse por toda su humedad. Toda ella era una tentación para Kenneth: su olor, su sabor, el sonido que salía de sus labios, su expresión… no había ninguna parte de ella que no lo llevara hasta la locura, así se sentía, y necesitaba ponerle remedio lo antes posible.

Con un último lametón, sus labios bajaron hacia su estómago dejando besos en su recorrido, hasta que llegó al triángulo que tenía entre las piernas y se perdió por completo en cuanto su lengua se impregnó de su sabor y excitación.

Eileen estaba perdida entre tantas sensaciones, siguiendo todos los movimientos y avances de Kenneth, pero cuando él se perdió entre sus piernas, un escalofrío la recorrió entera haciendo que se tensara, aferrándose con las manos a las sábanas con fuerza.

Cerró los ojos y de sus labios salió un jadeo intenso provocando un gruñido en Kenneth, que se afanó en sus movimientos, haciendo que para Eileen fuera imposible quedarse quieta, sin saber por qué su cuerpo estaba reaccionando así y cómo acabaría.

Cuando sintió los dedos de Kenneth en su zona íntima con su boca apresando todo lo que encontraba a su paso, se tensó al notar como resbalaban y uno de ellos se introducía en su interior. Era demasiado, pensó Eileen, mientras su espalda se curvaba e iba al encuentro de él, que la agarró de las caderas y la pegó más a su boca y a sus movimientos con necesidad.

Un orgasmo intenso la atravesó sin saber darle nombre, el cual la boca de Kenneth alargó sin querer dejar de lamer y apropiarse de toda su esencia, dejándola rendida sobre el lecho, intentando que sus ojos no se cerraran al verlo incorporarse frente a ella, quedando de rodillas.

Sin darle tiempo a pensar, Kenneth la agarró de las rodillas y posicionó sus piernas alrededor de su cintura, inclinándose hacia su cuerpo, uniendo sus labios a los de ella que lo recibió degustando su propio sabor. En la posición correcta, entró en ella despacio, resbalando en su interior mientras tensaba la mandíbula, intentando que sufriera el mínimo daño posible.

Demonios, el sudor le caía por la frente, sus músculos estaban contraídos por la fuerza que estaba haciendo para no entrar en ella de un solo movimiento, fuerte, hasta lo más profundo de su cuerpo. Una agonía que bien merecía la pena, sintiendo como lo apretaba en su interior, calentaba y humedecía más de lo que estaba en ese momento.

La expresión de Eileen, agrandando los ojos ante esa nueva intrusión, le hizo agarrarlo de los brazos y removerse en el lecho.

—No te muevas —le ordenó Kenneth, apretando los dientes—, necesito hacerlo despacio para que no sufras más de lo debido y si te mueves… demonios —cerró los ojos con fuerza ante la sacudida que sintió en ese momento.

—Lo siento —se ruborizó Eileen.

—Ah, muchacha, no lo hagas. Voy a querer que te muevas mucho y rápido, pero ahora mismo, no —respiró varias veces y continuó adentrándose despacio en su interior.

Eileen se sentía tan llena, sus instintos la llevaban a querer moverse. ¿Daño? Por el momento era todo lo contrario. ¿A qué se refería? Sus dudas se quedaron a un lado cuando Kenneth siguió resbalando, entrando en su interior, uniendo sus cuerpos, hasta que volvió a parar.

Los labios de Kenneth buscaron los suyos en el momento en el que de un empujón traspasó la barrera que los separaba, ante el jadeo de dolor de Eileen, mientras, él, con todo el amor que le procesaba, calmó en su boca.

—Se acabó —se incorporó acariciándole el pelo—, a partir de ahora ya no dolerá.

—Tampoco ha dolido tanto —fue la respuesta de Eileen y los labios de Kenneth mostraron una sonrisa.

Ella volvió a moverse debajo de él y la frenó, tragando saliva.

—Date tiempo para acostumbrarte —le pidió, cuando en realidad estaba al límite y necesitaba moverse desesperado.

—No me duele —respondió tímida.

Con un gruñido al volver a sentir el cuerpo de ella acomodarse debajo y ante su confirmación, Kenneth la poseyó, primero con una calma medida, hasta que se dejó llevar por las ansias y el placer que le proporcionaba,

entrando y saliendo de ella con fuerza, sin descanso ante la necesidad que sentía, hasta que se vació en su interior. Varias posiciones fueron las que esa noche disfrutaron los dos, descubriendo como sus cuerpos se acompasaban y encajaban a la perfección.

Kenneth no se quedaba saciado, Eileen según avanzaba el tiempo se volvía más atrevida y dejaba salir su dulzura y su genio, en unas batallas que se alargaron hasta el amanecer. El último recuerdo de Eileen entre la seminconsciencia del sueño fue tener a Kenneth entre sus piernas, en su interior.

Capítulo 24



Sentada en la hierba, disfrutaba viendo el entrenamiento de los guerreros Buchanan, atenta a todos sus movimientos y grabándoselos en la memoria. Era bien entrada la mañana, se le habían pegado las sábanas y por Ramsey supo que sus hermanas habían ido a refrescarse al río. Ella faena tuvo para salir del lecho por las pocas horas que había dormido después de la noche que habían pasado Kenneth y ella.

Cuando abrió los ojos se encontró sola y alargó el momento de levantarse, siendo muy consciente de todas las sensaciones que sintió nada más despertar. Un poco dolorida, pero feliz por los últimos acontecimientos. Sabía que esas molestias desaparecerían y como siguieran con el ritmo que habían tenido, sería más pronto que tarde.

Soltó un suspiro y no se dio cuenta de que sus labios se curvaban y sus mejillas se sonrojaban ante los pensamientos que la asaltaron. No se había parado a pensar mucho en cómo se había dado todo, pero ¿para qué? Lo importante era que había sucedido y todas las palabras que Kenneth le regaló la noche anterior, abrigándole el corazón.

Sus ojos se fueron al cuerpo de él, en medio del campo de entrenamiento luchaba con Graham sin darse cuenta de su presencia, hasta que los ojos de Kenneth hicieron contacto con los suyos, lo que provocó que se desconcentrara y recibiera un buen golpe que lo desestabilizó. Graham extrañado lo miró, hasta que siguió la dirección de su mirada y acabó soltando una carcajada entendiendo lo que le había pasado.

Con un gruñido Kenneth se levantó y se alejó, dirigiéndose hacia ella.

—¿Has almorzado? —le preguntó quedando frente a ella, cruzándose de brazos, dándole una perspectiva perfecta de sus fuertes músculos que latían por el esfuerzo de la lucha.

—Oh, sí, estaba hambrienta —sonrió.

—Suele suceder después de tanto esfuerzo físico —rio él, haciendo que ella se ruborizara—. Ah, me encanta ver cómo reaccionas —se agachó levantándola de los brazos y la pegó a su cuerpo, juntando sus labios con los de ella.

Cuando consiguieron separarse ante la atenta mirada de todos los guerreros Buchanan que seguían con la lucha que se traían entre manos, pero en la que más de uno recibió un duro golpe ante tanta curiosidad al no estar atentos al entrenamiento, Eileen reunió el valor de hablar.

—Quería hablar contigo.

—Tú dirás —volvió a cruzarse de brazos.

—¿Me ayudarás? Necesito que me acompañes para lo que tengo pensado hacer… —se irguió dejando salir su parte rebelde.

Ahí estaba, pensó Kenneth, no se podía aburrir con ella ante todos sus cambios.

—Acompañarte ¿a dónde? —levantó una ceja él.

—Llevo muchos años planeando mi venganza y el primer lugar al que decidí venir fue a estas tierras, buscando tu ayuda y el apoyo que necesitaba.

—Si no lo hubieras hecho… —rugió Kenneth, ante la posibilidad de ella enfrentándose a quien fuera, sola— Sigue.

—Necesito llegar hasta el clan Munro, según la información que tengo, un grupo de guerreros que hace mucho tiempo se sublevó contra el laird están cometiendo actos como el que viví yo —le pidió nerviosa, ante su respuesta.

—Estaba esperando a que te decidieras a pedírmelo —sonrió Kenneth de medio lado—. Demasiado has tardado.

—No sabía cómo te lo tomarías.

—¿A caso importa? —levantó otra vez la ceja— Lo ibas a hacer igualmente.

—Sí —levantó la barbilla.

—Lo haré, ten por seguro que si la información es correcta yo mismo llevaré a las tierras Sinclair a los responsables y pagarán con sus vidas sus actos. Pero hay algo que tenemos que hacer antes…

—Gracias —se emocionó— ¿Algo cómo qué?

—Mañana partimos hacia las tierras Sinclair.

Al escuchar sus palabras Eileen dio un paso hacia atrás, incómoda. Después de tanto tiempo no se veía capaz de pisar las tierras que le pertenecían por ley y saber que nadie estaría detrás de la puerta para recibirla… era demasiado para su dañado corazón.

—No quiero ir —bajó la cabeza, removiéndose inquieta—. No necesito ir.

—Lo harás —ordenó serio y cortante—. Eres la hija del laird Sinclair y aparecerás por las tierras, créeme que muchas cosas de las que piensas han cambiado. Es necesario tu presencia en ellas.

—No puedes obligarme —apretó los puños.

—Oh, si lo haré —sonrió de medio lado—. Aunque tenga que llevarte atada encima de tu caballo —levantó una ceja y, con sus siguientes palabras, sabía el genio que herviría dentro ella—. Soy el laird ¿recuerdas? El que tiene el poder absoluto en su mano y dicta las órdenes que todos tienen que acatar.

—Ah no, por ahí no —lo señaló dando un paso al frente, hasta que el dedo que lo señalaba rozó el pecho de Kenneth—. Puedes ser mucho laird, pero…

—Pero ¿qué? —la agarró de la mano y la atrajo contra su cuerpo, apoderándose de su boca mientras la levantaba en alto— No acepto discusión, o vamos a las tierras Sinclair primero o ya puedes olvidarte de que te ayude en tu venganza.

—Pues no lo hagas —gritó enfadada, pataleando hasta que la soltó. Giró dándole la espalda, empezando a alejarse de él.

Kenneth soltó una carcajada y salió corriendo en su dirección, la volvió a levantar y la cargó sobre su hombro, mientras ella volvía a patalear, dándole puñetazos en la espalda para que la soltara con una serie de insultos que más lo hicieron reír.

—Señores —gritó hacia los guerreros, que al final habían optado por la mejor decisión, parar el entrenamiento y prestar atención a la escena que tenían delante, divertidos—, continuad con el entrenamiento. Me voy, tengo mejores cosas que hacer.

Ante las carcajadas de todos, Kenneth les dio la espalda y se alejó con una Eileen que había gritado de rabia al escucharlo y más se removía encima de él.

—Veo que tienes faena, hijo —comentó divertido Ramsey junto a Lorna en el patio central.

—Nada que no vaya a solucionar ahora mismo —rio Kenneth contagiando a Ramsey ante la impotencia de Eileen que había dejado de moverse al ver

que no tenía nada que hacer.

Subió las escaleras corriendo y entró en su estancia, cerrando la puerta tras de sí. Con pasos largos llegó hasta el lecho y la soltó de golpe, haciendo que el cuerpo de Eileen rebotara y se quedara desmadejada con los cabellos cubriéndole la cara.

—Oh, te vas a enterar —reaccionó en cuanto se recompuso, levantándose y apartándose el pelo con rabia.

Kenneth soltó otra carcajada sin poderlo evitar, le encantaba verla así, fiera y sacando su carácter.

—¿Quién? ¿Yo? Muchacha creo que aún no te queda claro quién manda aquí —habló intentando ocultar una sonrisa, sabiendo lo que todas ellas provocaban en ella. Por ese motivo más se afanaba en alterarla.

Eileen se acercó a él en un intento de placarlo, pero la habilidad y fuerza de Kenneth la superaron, acabando los dos tumbados en la cama, con el cuerpo de él aprisionando el de ella.

—Muchacha, si supieras cómo me pones cuando sale tu genio —le clavó su miembro para que le quedara bien claro.

A Eileen la traicionó el deseo que sintió ante su contacto, mientras de sus labios salía un jadeo y sus partes se humedecían.

—No quiero ni una palabra más —habló él, mientras su mano levantaba su falda dejándola dispuesta para él—. Te dije que te castigaría cada vez que lo creyera conveniente —gruñó al comprobar lo húmeda que estaba al pasar sus dedos, resbalando uno en su interior, haciendo que la espalda de Eileen se curvara con necesidad.

—Eso no es justo… —se removió entre sus brazos con la voz entrecortada.

—Nadie habló de justicia en ningún momento —soltó una carcajada Kenneth.

Sin más palabras que añadir, se separó de ella arrastrando su cuerpo hacia el filo del lecho, juntando sus labios con los de ella se deshizo del estorbo de su ropa, entrando en su interior con un solo movimiento ante el gruñido de él y el jadeo intenso de ella.

El castigo que le proporcionó los dejó satisfechos a partes iguales, repitiéndolo una vez más porque por lo visto a Eileen no le quedó claro después del primer asalto.

—Está bien, iremos primero a las tierras Sinclair —aceptó soltando un suspiro Eileen, mientras permanecía entre los brazos de Kenneth.

Con los ojos cerrados, los labios de él se curvaron. Ya le podía presentar todas las batallas que quisiera porque los castigos iban a ser tan gratificantes que se encargaría de provocarla hasta hacerla saltar.

—No tienes nada que temer, no me separaré de ti en ningún momento. Entiendo tu incomodidad, pero es necesario hacerlo —le habló en tono bajo Kenneth, acariciándole la espalda—. Necesitas cerrar ese capítulo de tu vida para seguir avanzando.

Eileen asintió y escondió su cara en el hueco del brazo de él. Sabía que debía sentirse segura junto a él, y lo hacía, pero sus sentimientos en referencia a su clan, el Sinclair, conseguían alterarla sin poderlo remediar.

Capítulo 25



Subidos a sus caballos, con Kenneth a la cabeza, seguido por Graham, Bob, Gareth y Ramsey encabezaban el grupo de treinta guerreros con Eileen, May, Maureen y Lorna.

En las tierras Buchanan, William se había quedado al frente hasta que su laird regresara, junto al resto de guerreros.

Era el segundo día de recorrido. Habían descansado solo lo necesario, parando para reponer fuerzas y para que los caballos descansaran, bebieran y se alimentaran. Según los datos que les facilitó Kenneth, al amanecer del tercer día llegarían a las tierras Sinclair.

Eileen cada vez se sentía más nerviosa y lo que para ella siempre era un placer, cabalgar, en esa ocasión se estaba convirtiendo en todo lo contrario. La noche se les echó encima y pararon para descansar durante unas horas, hasta que volvieran a emprender la marcha.

—Si necesitáis asearos por detrás de esos árboles pasa un río —señaló Kenneth hacia esa dirección, hablando en alto. Hacía un rato que habían cenado sobre los caballos— ¿Cómo te encuentras? —se acercó a Eileen en el momento en el que desmontaba del caballo y se estiraba.

—Bien —le sonrió, pero fue evidente para los ojos de Kenneth que esa sonrisa era demasiado forzada.

—¿Necesitas acercarte al río? —ante su negación la agarró de la mano— Ven —la llevó hacia su caballo, del que sacó una manta y la extendió en el suelo. Volviéndola a agarrar la llevó al centro y se sentó con ella entre sus piernas, rodeándola por la cintura mientras el resto ocupaban otras zonas manteniendo las distancias para darles intimidad—. Todo irá bien —le susurró buscando con sus labios su oreja, haciendo que Eileen se estremeciera.

—No puedo evitarlo —soltó un suspiro—, demasiados recuerdos y los últimos…

—Lo sé, pero no te dejaré caer —afirmó acariciando con un dedo el colgante de su cuello—. Cuando tengas miedo, cuando te sientas insegura, agárrala fuerte con tu mano —cogió una de las manos de ella e hizo que agarrara la estrella de cinco puntas.

—Esas palabras… —se emocionó Eileen.

—Son las que tú me dijiste cuando me la regalaste —la besó en la cabeza —, y son las que siempre me he repetido. Tenías razón, hasta el guerrero más valiente en algún momento tiene miedo —dijo recordando sus palabras de niña—, lo he podido comprobar. ¿Sabes que sería lo que ahora mismo me daría miedo?

—No —respondió Eileen girando hacia él, enterrando la cabeza en su cuello mientras Kenneth apretaba su agarre.

—Perderte, que te sucediera algo y no poder protegerte. Eso me da pánico. Ahora que te he encontrado no puedo ni imaginar que eso suceda.

—No lo vas a hacer, no me vas a perder —levantó la cabeza de su protección y le acarició la cara, recorriendo su mandíbula.

Sus ojos se encontraron y sus labios se juntaron en un beso tranquilo y calmado.

—No sabes las veces que agarré entre mis manos la estrella. El día que mi padre me informó de lo que os había sucedido, me negué a soltarla durante cinco días seguidos, rezando, pidiendo para que todo fuera un mal sueño del que no conseguía despertar. No voy a dejar que te pase nunca nada, estaré contigo cuando las fuerzas flaqueen. Te quiero fuerte, sé que puedes.

—Kenneth —pronunció su nombre con un nudo en la garganta al sentir todos sus sentimientos.

—Todo va a cambiar —apoyó su frente contra la de ella—, confía en mí, todo, va a cambiar.

Con esas últimas palabras se tumbó en la manta y llevó el cuerpo de Eileen bajo sus brazos. Lorna se acercó hacia ellos y les ofreció otra manta con la que cubrirse de la humedad que cada vez calaba más. Agradeciéndoselo, Kenneth la abrió y la extendió sobre sus cuerpos.

Sus ojos se cerraron y consiguieron relajarse bajo el manto de la noche. Cuando los abrieron emprendieron la marcha con la primera claridad del amanecer. Quedaba poco, no tardarían en pisar el territorio Sinclair, aunque desde que lo hicieran hasta llegar al castillo dónde el padre de Kenneth se encontraría, quedaba un buen trecho. Según calculó Kenneth, llegarían al atardecer.

Los guerreros del clan Buchanan eran bien conocidos en esas tierras, por la unión que tenían con el clan, y todos los que se cruzaban en su camino les ofrecían bebidas y comida para terminar el recorrido en las mejores condiciones.

A pocos metros de la entrada principal, en lo alto de una colina, Kenneth habló en alto mientras detenía a su caballo.

—Graham, adelántate —ordenó a su comandante—, avisa de nuestra llegada, de todos —remarcó las palabras que a Graham le quedaron claras sin necesidad de intercambiar ninguna más—. Eileen, conmigo —le pidió.

Cuando estuvo a su lado asintió conforme, mientras todos observaban el caballo de Graham alejarse, hasta que desapareció en el interior de la muralla del castillo.

—¿Preparada? —se interesó mirándola con atención, Kenneth.

—Sí —irguió su espalda, haciéndolo sonreír.

—Es el momento, pase lo que pase estoy a tu lado —con sus últimas palabras espoleó a su caballo y acortó la distancia de su destino, con Eileen y el resto detrás, siguiéndolo de cerca.

La mirada de Eileen no podía frenar, admirando cada rincón. Sus ojos se nublaron ante todos los recuerdos que la asaltaron, intensos. Vio a su hermana y a ella correr por el patio que recorrían en ese momento, sonrió con nostalgia viéndose con una espada de madera con su padre, mientras jugaba a que era una gran guerrera y él se dejaba caer frente a ella como si lo hubiera vencido, la sonrisa de su madre llegó clara y nítida…

Tragó saliva y frenó su avance sin saber si podría seguir, si tendría las fuerzas suficientes para afrontarlo todo. Su mano apretó su colgante en el mismo momento en el que Kenneth giraba sobre su caballo, buscando encontrarse con su mirada.

Serio, asintió ante su gesto y retrocedió poniéndose a su lado. Sin decir nada, la cogió por la cintura y pasó su cuerpo a su caballo, poniéndola delante de él mientras sujetaba las riendas del caballo de ella, guiándolo.

Así llegaron a la puerta principal, mientras todos desmontaban. Ellos se tomaron su tiempo para hacerlo, llegados a ese punto Kenneth no tenía ninguna prisa hasta que le confirmara que se sentía con las fuerzas suficientes para seguir afrontando lo que estaba por llegar.

Eileen dirigió su mirada hacia Ramsey. Por su expresión y la tensión de su cuerpo, sabía todos los sentimientos que lo recorrían, la añoranza se reflejaba

en su cara. Soltando un suspiro giró la cabeza hacia atrás, encontrándose con los ojos de Kenneth.

—Estoy preparada —habló segura.

Como toda respuesta la besó en la frente y desmontó, ayudándola a bajar. Hasta el contacto con la tierra del patio le resultó familiar, y Eileen se reprendió a sí misma ante la tontería que suponía ese pensamiento mientras miraba hacia el suelo, pero estaba tan sensible, estaba…

El grito desgarrador que salió de la garganta de Eileen en cuanto levantó la cabeza retumbó entre la fortaleza, con otro grito ahogado por parte de Ramsey que se quedó paralizado. Delante de ellos, un cuerpo bien reconocido traspasó el umbral dando varios pasos a la claridad del día, seguido por el antiguo laird Buchanan.

—Mi pequeña, mi Eileen —pronunció tembloroso el laird James Sinclair, el padre de ella.

—No, no… —repitió sin parar Eileen, sintiendo que su cuerpo se desvanecía y perdía el control de él.

Kenneth que se había puesto a su espalda la sujetó con fuerza, manteniéndola erguida, siendo el pilar que necesitó en ese momento.

—¿Cómo? Estabas… ¡papá! —gritó en cuanto su mente se centró, apartándose de los brazos de Kenneth corriendo a los de su padre, que la esperaba con los suyos abiertos, mientras con lágrimas en los ojos se acercaba con paso rápido hacia ella.

—Papá —soltó un lamento aferrándose a él con todas sus fuerzas, temiendo que fuera todo producto de su imaginación, temiendo que se desvaneciera entre sus brazos.

Del reencuentro del laird con su hija, fue testigo gran parte del clan por el que había corrido la voz de que los Buchanan trasladaban un tesoro en

persona. Ante la curiosidad se habían acercado para ver de qué se trataba, sin saber que ese tesoro era la hija pequeña del laird.

—Señor —dio un paso al frente Ramsey, acortando las distancias con los ojos nublado por las lágrimas, parpadeando varias veces sin salir del asombro.

—Venid aquí —alargó un brazo el laird y lo aferró con fuerza junto a su hija, fundiéndose los tres en un fuerte abrazo.

Los gritos de júbilo se escucharon por todos los rincones, emociones con nuevas ilusiones, mientras padre e hija eran incapaces de soltarse ante la mirada emocionada de todos.

Capítulo 26



En el salón del hogar, abrigados por un gran fuego, Lorna, May y Maureen junto a todos los Buchanan, con padre e hijo a la cabeza estaban sentados alrededor de la gran mesa. Mientras al otro lado, los Sinclair ocupaban su lugar, con James junto a su hija, a la que no podía dejar de tocar, aferrando sus manos.

Después de la impresión y de que se recuperaran, James se dispuso a aclarar todas las dudas reflejadas en la cara de su hija, necesitando saber qué había sido de su vida.

—¿Cómo es posible? El rumor de que habías fallecido por unas fiebres recorrió todo el territorio, no sabía, si hubiera sabido… —habló Eileen con un nudo en la garganta mientras su padre le frotaba las manos intentando consolarla.

—Esa historia es mitad verdad y como puedes comprobar, mitad mentira. Es cierto que unas fiebres muy altas provocaron que estuviera al borde de la muerte, costó demasiado tiempo —soltó un suspiro—, pero mi cuerpo aguantó hasta que se recuperó. La mentira que campa a sus anchas no sé de qué fuente salió, fue imposible parar el rumor de la gente.

—¿Por qué no corrió otro rumor de que seguías vivo? —necesitaba saber Eileen.

—Después de eso —soltó un suspiro James—, no me dejé ver mucho, pequeña. Me encerré solo con la compañía del clan y de los Buchanan

cuando venían a pasar temporadas. Poca gente supo de mí y Arthur se encargó de todo lo que salía de nuestro territorio, en mi nombre.

—¿Dónde está? —agrandó los ojos emocionada al escuchar el nombre del comandante de su padre.

—Estará aquí en unos días —sonrió con afecto—. Está en las tierras de los MacLeod, cuando te vea… —negó con la cabeza imaginando ese momento.

—Señor, si lo hubiera podido intuir… —se reprendió Ramsey, sentado junto a Lorna que no se había separado de él.

—No podías y entiendo tu decisión de mantener a mi hija protegida y aislada ante esos rumores. Doy gracias a Dios porque te hicieras cargo de su protección. Te estaré eternamente agradecido.

—Señor, era mi deber —se irguió en la silla Ramsey, incómodo al ser alabado—, a parte, era mi pequeña, con su permiso.

—Dispones del permiso que quieras, mi corazón se llena de orgullo —le sonrió James—. Cuando mis hombres me informaron que habíais entrado en nuestras tierras —James miró a Kenneth—, en ningún momento imaginé el regalo al que hacían referencia, hasta que Graham entró por la puerta poniéndonos en aviso de que te traían de vuelta —se giró hacia su hija—. Si no hubiera sido por mi amigo —miró a Donald, el padre de Kenneth—, me hubiera caído desplomado de la impresión. Demonios que me temblaron hasta las piernas —dijo haciendo a sonreír a todos.

—Tanta insistencia… —habló Eileen fijando su mirada en Kenneth, que le sonrió con cariño.

—Lo sabía, la primera vez que escuché de tus labios que tu padre había fallecido fue en la reprimenda de Ramsey el día que apareció, cuando os enfrentasteis.

—¿Te enfrentaste a mi hija? —levantó una ceja James, divertido.

—Oh, sí, señor, muchas veces, pero tiene que temer por mi vida, no por la de su hija —aseguró riendo Ramsey, contagiando a todos.

—Lograste tu sueño —la miró con cariño James.

—No paró hasta conseguirlo, señor. A pesada tampoco la gana nadie —varias carcajadas retumbaron en el salón ante las palabras de Ramsey.

Al principio Eileen se cruzó de brazos ofendida, pero tuvo que callar y acabó riendo junto al resto dándoles la razón, recordando todas las veces que lo había perseguido hasta que claudicó a enseñarle el arte de la lucha.

—Como decía —carraspeó Kenneth—, después de escucharte no te rectifiqué, el momento fue demasiado emotivo y preferí esperar. Posterior, tuve otra oportunidad de aclararlo cuando Ramsey sentado frente a mí me explicaba por lo que tuvisteis que pasar dándome la misma información que salió de tus labios, pero la llegada de Lorna nos distrajo y lo que pasó después aún más —levantó una ceja dejándole bien claro el momento, cuando acortaron distancias en el río—. Y a partir de ahí, tomé una decisión, venir a las tierras Sinclair directamente para que tú misma comprobaras con tus ojos la verdad. James —miró al padre de Eileen—, dentro de unos días me caso con su hija.

Varias exclamaciones se escucharon fuertes en la sala, la de las mujeres, varias carcajadas retumbaron, la de los hombres a los que les era bien conocida la relación que tenían. El padre de Eileen miró a Kenneth levantando una ceja, Donald, el padre de él, lo miraba con atención.

—¿La amas?

—Más que a mi propia vida —respondió sin pensar Kenneth ante la mirada desconcertada de Eileen que se había quedado sin respiración y todavía no conseguía reaccionar.

—¿Estás dispuesto a soportar su carácter?

—Tengo mis métodos para aplacarlo —sonrió de lado Kenneth.

—¿Esos métodos los has llevado ya a cabo? —lo miró fulminándolo con la mirada James.

—Sí, y no me arrepiento. Con vuestra bendición o sin ella, será mi esposa.

El silencio se hizo presente en el salón, hasta que Eileen carraspeó captando la atención de todos.

—¿Yo no tengo nada que decir? —se levantó despacio.

La noticia la había impresionado, pero bien sabía Dios que lo estaba deseando y su corazón se llenó aún más de amor hacia el hombre que tenía enfrente, pero que no le hubiera dicho nada la enervó y que lo hiciera como una imposición aún más.

Kenneth no pudo evitar sonreír al verla tensa, reaccionando como esperaba.

—Sí —respondió al cabo de un tiempo Kenneth.

—Está bien, pues… —empezó a decir Eileen.

—Me refería —carraspeó Kenneth— a que lo único que tienes que decir es sí, ante la iglesia.

—Eres exasperante —gritó Eileen rodeando la mesa, yendo en su dirección.

—Pero soy el laird…

—Oh, con eso lo solucionas todo —levantó los brazos Eileen frente a él, sin poder estarse quieta.

—Sí —se incorporó despacio Kenneth—, con su permiso —se inclinó ante James—. Tengo que aclararle varios puntos a su hija hasta que entre en razón.

Sin más, se acercó hacia ella mientras intentaba esquivarlo y acabó cargándola otra vez sobre su hombro, saliendo del castillo con una única dirección, llegar hasta la orilla del río en la que se conocieron por primera vez. Ese sería el lugar idóneo en el que volver a dejarle claro quien mandaba allí.

Varias carcajadas retumbaron en el salón, James con los brazos cruzados tenía la mirada seria, hasta que su amigo Donald le dio varias palmadas en la espalda captando su atención.

—Han tardado menos de lo que esperábamos, amigo —dijo curvando sus labios.

—¿Te parece poco toda una vida? —levantó James una ceja.

Los dos soltaron una carcajada ante la situación de sus hijos, felices y deseando que llegara el momento del enlace. James adoraba a Kenneth, lo consideraba como un hijo formando parte de su familia junto a Donald. Los dos habían sido su soporte después de la tragedia que lo azotó. ¿Cómo no iba a querer que su hija se casara con él? Como si él mismo tuviera que llevarla de la mano para que eso sucediera.

Sonrió con nostalgia, se había perdido tantas cosas a lo largo de la vida de su hija, pero a partir de ese momento no estaba dispuesto a perder ni una más. Y bien sabía que el sentimiento de los jóvenes era fuerte y definido, inquebrantable, incluso antes de que ellos mismos lo supieran. Hacía mucho tiempo que apostó con su amigo Donald, apuesta que acababan de ganar los dos porque ambos imaginaron ese final.

Después de que Kenneth acallara las protestas de Eileen en el río y en la estancia que le asignaron hasta que se dio por satisfecho, ella acompañó a su padre, de la mano, hasta la tumba de su querida madre. Emocionados, James

se dirigió hacia la tumba de Margaret, haciéndole saber que Eileen, su pequeña, había regresado por fin a su hogar, del que no tardaría en marchar convertida en la esposa del laird de los Buchanan.

—Solo me falta encontrar a tu hermana para tener la felicidad completa — James abrazó a Eileen junto a la tumba.

—La encontraremos padre, me uniré a los Buchanan en su búsqueda —se aferró con fuerza al abrazo.

—¿Eres feliz?

—Como jamás imaginé —se emocionó Eileen.

—Tienes muchas cosas que contarme, pequeña.

Padre e hija giraron y se alejaron de la tumba, dirección al castillo. Kenneth en lo alto de una pequeña colina, de pie con los brazos cruzados, los observaba sin perderse detalle de todas las expresiones de ella. Cuando sus miradas se encontraron pudo ver la emoción que la embargaba. Asintió conforme y esperó hasta que llegaran a él.

—Muchacho, ¿quieres unirte mañana a la cacería? —llamó la atención de Kenneth— De vez en cuando nos reunimos, varios lairds de la zona están concentrados cerca de aquí, mi llegada la esperaban durante el día de hoy.

—Tenía pensado salir del límite de las tierras para inspeccionar los alrededores —le respondió Kenneth—, pero será un placer hacerlo cuando regrese al atardecer.

James asintió conforme, llegando al castillo.

—¿Y cuándo piensas tomar a mi hija como esposa? —se interesó James mirando de reojo a Eileen que esa vez sonrió tímida como respuesta.

—Pasado mañana estará aquí el hombre que oficiará la unión, lo he mandado a buscar.

—Ah, muchacha, que poco te queda para ser una Buchanan.

—Yo siempre seré una Sinclair —lo rectificó Eileen, levantando la barbilla.

—Buchanan-Sinclair —gruñó Kenneth ante sus palabras.

James soltó una carcajada. Ah, esos dos jóvenes, tendrían una vida feliz, no lo dudaba, pensó viendo a su hija empezar a correr, perseguida por Kenneth de cerca que no tardó en darle alcance y cogerla entre sus brazos, acallando con sus labios las protestas de la joven.

Capítulo 27



Un pequeño grupo del clan Sinclair avanzaba por un terreno rocoso que los separaba a poca distancia de su destino. El laird James a la cabeza, junto a su hija Eileen al lado, porque no había querido separarse de él, seguidos por Donald Buchanan, se dirigían hacia el lugar dónde darían encuentro a todos los que estaban disfrutando de unos días de cacería.

Entre muchos otros se hallaban los lairds de los clanes MacLeod, Mackenzie y Sutherland, con los cuales James y Donald tenían una gran amistad, consolidada a lo largo de los años. Eileen estaba dispuesta a disfrutar de ese día con su padre y los hombres a los que quería, con un Ramsey bien cerca de ella, quien no se separaría bajo la orden de Kenneth, que no había salido de la protección del castillo junto a ellos.

Los pensamientos de la boda la asaltaron. Le quedaba un día para convertirse en su esposa y no podía sentirse más dichosa. Ese pensamiento calentaba el pecho de Eileen mientras espoleaba a su caballo, volviendo a disfrutar de ese momento que en su llegada fue demasiado amargo. Durante las últimas horas había comprobado lo que le había costado a Kenneth alejarse de ella. No se había ido muy convencido con el grupo de guerreros que había elegido para comprobar los límites de las tierras Sinclair, teniendo la necesidad de acompañarla, pero sus obligaciones se habían impuesto y partió antes del amanecer.

No tardaría, esas fueron sus palabras de despedida, con él en su interior sobre el lecho, mientras la poseía sin descanso y ella se derretía ante su contacto.

—Hemos llegado —la sacó de su pensamiento su padre James, disminuyendo la marcha.

Sus ojos lo comprobaron al ver a varios metros de distancia a un grupo grande de hombres que estaban sentados conversando. El recibimiento a su padre fue afectuoso mientras se reunía con otro grupo más reducido.

—Me siento rara —habló Eileen, parada a bastante distancia, con Ramsey a su lado.

—Estáis nerviosa, son muchas emociones juntas —la miró de reojo Ramsey.

—¿Será eso? —dijo sin estar convencida.

Tenía un nudo en el estómago, el vello lo tenía erizado y no comprendía el motivo por el que su cuerpo estaba reaccionando de esa manera. Parte de las palabras de Ramsey eran ciertas, demasiadas emociones juntas, pero… no, no estaba nerviosa, antes de salir de su hogar estaba feliz y durante todo el recorrido así había seguido siendo, hasta que en un punto del camino una sensación extraña la asaltó sin que hubiera desaparecido.

Soltando un suspiro vio como su padre se acercaba a ella sonriendo, la cogió de la mano y la llevó frente a un grupo de tres hombres que los esperaban junto a Donald Buchanan.

—Amigos —habló su padre—, esta es mi pequeña Eileen —la presentó y todos presentaron sus respetos y palabras de alegría ante su retorno—. Les he explicado rápido tu aparición de ayer, de ahí nuestro retraso —la abrazó su padre.

—Es un placer conoceros —les devolvió el saludo Eileen, ante la sonrisa de dos de ellos y la seriedad de uno. Eileen no pudo evitar mirarlo más atentamente.

—Ah, ya te acostumbrarás —soltó una carcajada James—. Ewan, el laird de los Sutherland, tiene un carácter especial, pero siempre ha estado a mi lado —le aclaró su padre mientras no apartaba los ojos del hombre que se mantenía sin cambiar el gesto.

—Es adorable ¿no es así? —soltó una carcajada el laird MacLeod, Iain.

—Hombre, vas a asustar a la joven —le dio una palmada Cameron, el laird Mackenzie.

—Es un honor —gruñó el aludido, Ewan—. Dejadme tranquilo —rugió.

Ante sus palabras todos soltaron una carcajada, haciendo que Eileen se relajara un poco y acabara sonriendo. A pesar de la apariencia de ese hombre, se podía vislumbrar una parte de él que no dejaba ver, ante ese descubrimiento se calmó al instante. Se notaba el respeto y la amistad entre los cinco hombres.

Eran impactantes como pudo advertir Eileen al primer contacto y, si no se equivocaba, más o menos de la misma edad de Kenneth. Iain, el laird MacLeod, tenía un cabello dorado muy parecido al color de su hermana Maureen. Cameron, el laird de los Mackenzie, tenía el cabello de un castaño claro y Ewan, el laird de los Sutherland, lo tenía negro azabache remarcando aún más todas sus facciones contraídas.

Esos detalles eran los únicos que los diferenciaban, a parte de los colores de los clanes de cada uno, por lo demás, sus cuerpos estaban forjados en la batalla recubiertos de músculos, con los mismos pies de altura. Emanaban una fuerza que llegaba alta y clara hacia Eileen. No le cabía duda de que eran unos grandes lairds, como su padre y los Buchanan.

—¿Venís a disfrutar de un día de campo? —se interesó Iain.

—Sí, pero también a disfrutar de la cacería —confirmó Eileen ante la mirada interrogante de los hombres.

—No sé si es buena opción —comentó Cameron mirando a su amigo—. Podría salir lastimada.

Como respuesta el laird Sinclair y Donald Buchanan soltaron una carcajada que más intrigados dejó a los hombres.

—No creo que tenga ningún problema —respondió James cuando se recompuso—. No querríais estar frente a ella en una batalla ni verla enfadada —le dedicó una mirada de cariño a Eileen.

Por boca de ella, de Ramsey y de Kenneth sabía todo de lo que era capaz su hija y teniendo en cuenta su carácter que con los años se había afianzado, no pudo más que sentir orgullo ante la mujer en la que se había convertido. Había pasado horas hablando con todos, necesitando saber hasta el más mínimo detalle de su pequeña.

—No lo veo —gruñó Ewan.

—No tiene que verlo, señor, con solo que cada uno coja un camino es suficiente —le sonrió de lado Eileen ante otro gruñido de él.

Volviendo a reír todos emprendieron la marcha, dejando a muchos hombres en el campamento improvisado que habían montado para esos días.

Los cinco lairds, junto a Eileen y Ramsey se adentraron en el espesor del bosque, hasta llegar a un punto en el que se separaron.

—¿Han llegado todos? —quiso saber Donald antes de tomar su camino.

—Aún queda alguno por llegar, los Munro y los Gunn —respondió Iain.

Donald asintió y esperó a su amigo James mientras se despedía de su hija.

—No te alejes mucho —le pidió James a Eileen—. Ten cuidado.

—Sí, padre, no te preocupes —le sonrió Eileen para tranquilizarlo.

—No me separaré —habló Ramsey ante la sonrisa de James.

Con esas últimas palabras, cada uno se dirigió hacia una zona diferente montados en sus caballos. A Eileen la relajaba y hacia demasiado tiempo que no tenía un arco entre las manos.

Después de conseguir varias piezas de caza cada uno, bien entrado el mediodía, Ramsey y ella tomaron el camino de regreso hacia el campamento con calma, disfrutando de todo lo que los envolvía.

—¿Kenneth ya habrá llegado? —cortó el silencio Eileen.

—Si no es así, no tardará —confirmó Ramsey.

En la distancia, donde el bosque daba paso a una gran explanada, pudo reconocer a su padre junto a Donald Buchanan e Iain MacLeod, conversando. Espoleó a su caballo al encuentro de ellos.

—Vaya, muchacha, ha sido una buena cacería —la alabó Iain.

—No ha estado mal, la he disfrutado —le sonrió Eileen.

—¿Por qué no vienes a casa y lo celebramos? —le dio una palmada James a su amigo.

—Será un honor —asintió conforme Iain.

—Ahora lo comentaré con Cameron y Ewan.

—A Ewan como no lo lleves arrastrando no aparecerá —soltó una carcajada Donald.

—¿Eso por qué? —se metió en la conversación Eileen.

—Es muy reservado hija, ya has podido comprobar un poco su carácter —le aclaró su padre.

—Creéis que si se lo pido yo… —empezó a decir Eileen, provocando las risas de los tres lairds.

—Eso lo tengo que ver —fueron las últimas palabras de Iain antes de emprender la marcha.

Se reunieron todos para disfrutar de la comida de ese día, bajo los rayos del sol que los calentaba. Fue en ese momento en el que, para hacer más feliz a su padre, Eileen se giró hacia Ewan que estaba sentado a su lado derecho.

—¿Sería tan amable laird de honrarnos con su presencia esta noche en nuestro hogar? Mi padre le tiene un gran afecto y yo estaría feliz de compartir su felicidad con sus amigos.

Un gruñido retumbó perdiéndose entre los árboles que los rodeaban, con un Ewan con una expresión que si no hubiera tenido Eileen el coraje que tenía, se habría caído al suelo desplomada en ese mismo instante.

—¿Eso es un sí? —giró Eileen hacia el resto de los hombres que volvieron a reír.

—Sí —ante la sorpresa de sus amigos que se callaron al instante, Eileen sonrió ante la confirmación gruñendo de Ewan.

—No lo puedo creer —exclamó Cameron para pinchar más a Ewan.

—Callaros —gruñó fuerte, mirando de reojo a Eileen.

Contenta con el resultado, Eileen se lo agradeció ante la mirada sonriente y complacida de todos los hombres. Se levantó satisfecha, disculpándose con todos y fue a refrescarse al río que pasaba cerca de dónde se encontraban. Miró al cielo, era un día espléndido y para que lo fuera aún más, solo le faltaba la presencia Kenneth.

Con esos pensamientos, esperando su llegada, volvió al encuentro de los hombres. Conforme se acercaba pudo ver en la distancia el cuerpo de Kenneth de espaldas, compartiendo una conversación animada con los lairds, dándole a entender que los conocía muy bien. Ramsey, junto a los guerreros Sinclair y los que habían llegado junto a Kenneth, se mantenían al margen a poca distancia. En total una veintena de ellos, con los amigos y guardia más férrea de Kenneth terminaban de comer tranquilamente en ese instante.

Aceleró el paso queriendo encontrarse con él. Por lo que pudo apreciar, solo estaban ellos en la explanada del campamento, el resto de los hombres habían salido a disfrutar de las últimas horas del día de cacería. Cuando la separaban solo unos metros de distancia, pasando a la altura de su caballo, se frenó en su avance soltando una exclamación de la que ninguno fue consciente por la distancia.

Eileen se paralizó, su cuerpo tembló, algo dentro de ella la dejó sin poder moverse ante lo que tenía delante. Parpadeó varias veces intentando centrarse, para que la humedad de sus ojos no la traicionaran. ¿Estaba viendo bien? Agudizó la mirada.

Un hombre se acercaba a caballo hacia el centro de la explanada, seguido por una treintena de guerreros. Erguido, se paró a cierta distancia y saludó a los presentes. En el momento en el que la voz del hombre, alta y fuerte llegó hasta ella, todos sus sentidos se activaron en alerta, reclamando venganza.

Volviendo a tener el control de su cuerpo, caminó despacio hacia su caballo pasando desapercibida, desenfundando su espada y quedando a la espera de dar el siguiente paso. Sin darse cuenta, su mano libre se fue hacia el colgante que decoraba su cuello, agarrando con fuerza la estrella de cinco puntas.

Kenneth estaba metido en la conversación con todos los hombres, hacia poco tiempo que les había dado encuentro y lo estaban poniendo al día de cómo había ido la cacería. Nada más llegar buscó con la mirada a Eileen, hasta que James le comentó que había ido un momento al río.

Estaba ansioso por verla, ese tiempo que se había alejado no había podido quitársela de la cabeza. Y más ansioso estaba por el día siguiente en el que se convertiría en su esposa. Por instinto miró hacia atrás, como si sintiera una presencia a su espalda.

La imagen que encontró de Eileen le hizo sonreír, los primeros segundos, hasta que arrugó la frente y su cara se cubrió de seriedad y preocupación, poniéndose rígido al instante al ver como una de sus manos apretaba el colgante y la otra sujetaba su espada con fuerza, sin verlo a él directamente. ¿Hacia dónde miraba? Se dijo Kenneth haciendo un recorrido por las caras de todos los hombres que tenía delante, hasta que dio con la imagen de la que no apartaba los ojos.

Ramsey al ver el movimiento de Kenneth y hacia dónde miraba, siguió la dirección encontrándose con la joven. La conocía tan bien que no le hizo falta preguntarle, su expresión corporal, sus facciones, le dejaron claro que algo grave iba a suceder. Sin pensarlo llevó su mano hacia la empuñadura de su espada y la apretó con fuerza preparado para lo que estuviera por venir.

Kenneth vio de reojo el movimiento de Ramsey y sus miradas se encontraron entendiéndose. Asintió y giró dirigiéndose hacia Eileen, necesitaba saber que le estaba pasando, el motivo de su reacción.

—¿Qué sucede? —preguntó a su lado lo más calmado que pudo, mientras le agarraba la mano que sujetaba la espada e intentaba quitársela, pero no aflojó el agarre, al contrario, apretó con más fuerza.

Al ver en el estado en el que estaba se puso a su espalda, rodeándola con un brazo por la cintura mientras con su mano libre llevaba el brazo de ella hacia atrás, quedando oculta la espada ante los ojos que los miraran. Si eso sucedía, la imagen que daban era la de una pareja enamorada abrazada, reencontrándose, algo totalmente erróneo ante la tensión que flotaba alrededor de los dos.

—Háblame —le ordenó Kenneth.

Pasó un tiempo en el que él no insistió viendo que no era capaz de pronunciar ninguna palabra. Se inclinó hacia ella y pudo ver sus ojos húmedos, pero con una expresión con la que se negaba a dejar salir las lágrimas que estaba reteniendo.

—Es él… —dijo en susurro.

—¿Él quién? —la apretó contra él— Estoy aquí.

—El que mató a mi madre, a mi familia aquella noche… quien destruyó a mi clan —con cada palabra pronunciada su voz fue tomando fuerza y rabia.

—¿De qué hablas? —se sorprendió Kenneth.

—Lo vi, escuché su voz —dijo impotente mientras varias lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Explícate —gruñó Kenneth fijando la mirada hacia delante sin perder detalle y pidiéndole a Ramsey que se acercara con un gesto.

Cuando Eileen empezó a hablar, mientras Kenneth retrocedía unos pasos hacia atrás quedando al amparo del caballo de ella, escondidos de los demás, Ramsey llegó hasta ellos con gesto preocupado sin saber cuál era la razón.

—¿Qué pasa muchacha? ¿Qué tienes? —habló Ramsey.

Eileen levantó los ojos vidriosos hacia él y la determinación de su mirada le dio la respuesta que necesitaba. Kenneth era el único que necesitaba una explicación mientras veía a Ramsey que desenfundaba su espada y giraba quedando frente a todo el grupo de hombres que acababan de llegar.

—La noche que nos atacaron… —empezó a explicar Eileen— cuando Moira nos sacó a Kirsty a mí del castillo, atravesamos el lateral del patio central. En ese momento, algo llamó mi atención, y me quedé atrás mientras ellas avanzaban al encuentro de Ramsey, Alec y Raymond que nos esperaban para sacarnos de allí. Un hombre entró a lomos de su caballo seguido por

muchos más, se paró en el centro del patio dando órdenes y momentos después el castillo se iluminó de naranja.

—¿Estás segura? Estamos en territorio neutral, esta reunión entre clanes se repite a menudo y si damos un paso en falso…

—Jamás podría olvidarme de la cara y la voz del hombre que mató a mi familia —le cortó Eileen, mientras temblaba entre sus brazos.

Ramsey soltó un gruñido y Kenneth se preparó para lo que venía a continuación.

—Te quiero lejos, apartada, es más que una orden, si me desobedeces no respondo de mí —le pidió cortante Kenneth.

—No puedes pedirme eso —se giró entre sus brazos con gesto de rabia.

—Sí puedo y lo hago —gruñó Kenneth, la sola posibilidad de que saliera lastimada…

—Muchacho, sabes que no lo hará. Has podido comprobar una mínima parte de lo que es capaz, necesita hacerlo —susurró Ramsey a favor de Eileen—, ni tú, ni yo dejaremos que le pase nada.

Kenneth valoró la situación y se maldijo por lo que salió de sus labios.

—Está bien —acabó gruñendo—, cerca de nosotros —le pidió a Eileen.

Ella asintió y salieron de la protección del caballo, dirigiéndose hacia el grupo de hombres. Durante ese tiempo habían desmontado y se habían reunido con los demás. Graham desvió la mirada hacia su amigo y al ver su expresión y la posición de su cuerpo al caminar entrecerró los ojos, poniendo en alerta al resto de los Buchanan con un simple gesto, dirigiéndose todos con una aparente calma que no sentían hacia Kenneth.

—Hija —le habló su padre al llegar hasta él—, el laird Munro —señaló al hombre que Eileen no había podido dejar de mirar, fulminándolo con la mirada—. Acaban de lleg… —no acabó la frase al mirar con atención a su hija— ¿Todo está bien?

—Sí padre, todo está mejor que bien —sonrió de medio lado Eileen—. Hoy es un gran día.

Los lairds McLeod, Mackenzie y Sutherland habían cambiado su pose al identificar que algo estaba pasando y se les estaba escapando. La expresión de la joven era muy diferente a la que les había mostrado y la protección de los guerreros que tenía a sus lados, con Kenneth a su espalda, los puso en tensión.

Ante una mirada de Kenneth, que supieron interpretar muy bien ya que hacía muchos años que eran amigos y se conocían a la perfección, los lairds retrocedieron un paso hacia atrás, alejándose para tener más margen de maniobra.

—¿Es vuestra hija? —preguntó con voz sorprendida el laird Munro— Vaya —recorrió el cuerpo de Eileen de arriba abajo con una mirada lasciva, provocando un rugido fuerte en Kenneth que cambió la posición y se puso delante de ella, ocultándola a su espalda.

—Cuidado con lo que hacéis y decís si no queréis perder la cabeza en este instante —gruñó Kenneth.

—Tranquilo muchacho, tenéis una mujer digna de ver —soltó como respuesta con una carcajada.

Kenneth desenfundó su espada y todos sus guerreros siguieron sus movimientos con sus espadas en la mano. La tensión se cortaba en el aire. El grupo de los Munro reaccionó al instante presentando batalla, dejando dos bandos claramente identificados.

—¿Qué significa esto? —gruño James con Donald al lado, preparado, en tensión.

—¿Sorprendido? —ladeó la cabeza Eileen ante la sorpresa de ese hombre porque fuera la hija del laird Sinclair, saliendo de la protección de Kenneth que se puso en tensión y en guardia— Que pena para usted que no me reconozca…

—¿Qué quieres decir? —se irguió el laird Munro.

—Si hubiera mirado bien aquella noche negra hacia mi dirección y hubiera prestado atención… hubiera sabido en este momento al ver mi reacción, siendo quién soy, que yo jamás lo he podido olvidar. Su cara y su voz se quedaron grabadas en mi memoria. Jamás desaparecerá de mi mente el hombre que dio la orden de quemar mi hogar y de matar a mi madre, a mi gente… —gruñó Eileen— ¿Por qué?

Contrariado por sus palabras desenfundó su espada, mientras daba un paso hacia atrás ante la amenaza de varios guerreros Sinclair adelantándose. Miró a todos los que tenía enfrente y como no tenía escapatoria, se decidió a hablar con una sonrisa de orgullo, dejando su vista fija en el laird James que había seguido todos sus movimientos y estaba a la espera de saltar sobre él.

—Simplemente —hizo una pausa de silencio— porque tenía y disfrutaba de todo lo que me pertenecía. Margaret murió entre mis manos al no poder ser mía —escupió cada palabra con desprecio.

El rugido que salió de la garganta de James Sinclair fue el inicio de una batalla sangrienta en las que los Munro nada tuvieron que hacer frente a la fuerza de sus adversarios, a pesar de estar en superioridad.

Kenneth, Graham y Ramsey situados junto a Eileen, formando un círculo a sus espaldas, lucharon y protegieron de los ataques constantes a la hija del laird Sinclair, ante la desesperación del adversario que caía sin piedad en la batalla.

Todos los amigos leales a ellos, Iain, Cameron y Ewan, estuvieron en primera fila destrozando al adversario.

El laird Munro murió a manos del laird Sinclair que no paró hasta dejar a su enemigo destrozado ante la desesperación que sintió, con Donald Buchanan a su lado en todo momento en la lucha y soportando el peso de su dolor.

Una venganza fue saldada, unos corazones encontraron un poco de paz entre tanto dolor…

El regreso del clan Sinclair no fue el esperado. El laird James se reunió junto a su esposa en su tumba y lloró en la intimidad, cerrando un capítulo de su vida amargo, que lo había llevado casi a la locura a lo largo de los años. Todos respetaron el dolor del laird Sinclair, sabiendo que al día siguiente aparecería con fuerzas renovadas y con más paz en su interior.

Eileen llegó agotada de tantas emociones y se apresuró a entrar a su estancia para descansar, seguida por Kenneth que la subió en brazos el último tramo sin haberse separado de ella en ningún momento.

Después de que él le preparara un baño, se acercó al lecho dónde estaba tumbada y la desvistió dejándola desnuda y expuesta ante él. De la garganta de Kenneth salió un rugido que aventuró lo que les esperaba esa noche, teniendo un adelanto, mientras, introducidos los dos dentro del agua, sus labios se unían, sus manos rozaban y se aventuraban por cada parte de sus cuerpos y la excitación de ambos fue bien degustada.

A pesar de no haber celebración esa noche, los lairds, McLeod, Mackenzie y Sutherland acompañaron a los Sinclair en su dolor y disfrutaron de una velada relajada en el gran salón. En vista de los acontecimientos, habían dado su palabra de estar presentes en el enlace de Kenneth y Eileen, partiendo hacia sus tierras al día siguiente de la unión.

El día llegó, se dijo Eileen nerviosa antes de salir de su estancia. Mirando hacia abajo se recreó en el bonito vestido que Lorna le había retocado,

dejándolo totalmente diferente a como recordaba Eileen.

—¿Estás nerviosa? —preguntó emocionada Maureen.

—Se va a convertir en la mujer del laird, no va a la horca —respondió May riendo.

—No seas bruta, no vas a encontrar a nadie si continúas así —resopló Maureen.

—Estoy nerviosa, sí —se giró Eileen sonriendo ante ellas—. Hoy empieza una nueva vida para mí y estoy emocionada.

—Oh, hermana —se le humedecieron los ojos a Maureen.

Eileen soltó una carcajada, necesitaba salir de allí o acabaría tirándose de los pelos, ya tenía suficiente con sus nervios como para agregar los de sus hermanas, porque por mucho que May quisiera disimularlo, estaba igual de emocionada.

La ceremonia fue corta, cuando el hombre de Dios les hizo varias preguntas a las que respondieron los dos, Eileen se dio cuenta de que era la esposa de Kenneth en cuanto escuchó las palabras “así sea”, con la reacción de él que la cogió entre sus brazos apropiándose de sus labios, sellando el amor que se tenían.

Ante la sorpresa de todos, Ramsey dio un paso al frente con una Lorna avergonzada que no sabía a dónde huir. ¿El motivo? Ramsey la llevó hacia la pareja recién casada y les informó de que se iba a casar en ese mismo momento, ante la exclamación de Lorna que quedó amortiguada con el beso que Ramsey le dio.

La celebración de esas dos nuevas uniones duró varios días, en los que todos los invitados no tuvieron prisa por marchar. Era un momento de felicidad y, como bien dijo Donald Buchanan, ya era hora de que la alegría

inundara esas paredes, haciendo que los lairds McLeod, Mackenzie y Sutherland los acompañaran hasta el final.

Y ese fue solo otro paso más hacia delante, aún faltaba algo que estaba por llegar…

La mañana que partían los lairds invitados, todos se reunieron en el patio central para despedirlos.

—Ha sido un placer compartir vuestra felicidad —sonrió Iain MacLeod a todos.

—El placer ha sido nuestro por vuestra compañía —habló Eileen.

—Tenemos un largo recorrido por delante amigo —le dio una palmada Cameron Mackenzie en la espalda.

Antes de la despedida final, Arthur, el comandante del laird Sinclair, entró a gran velocidad sobre su caballo seguido por varios guerreros más, encontrándose la escena. Sus ojos no supieron descifrar en ese instante quienes eran las personas que tenía delante y no reconocía, mientras desmontaba de su caballo y acortaba las distancias presentando sus respetos ante los Buchanan.

—Señor —se dirigió a su laird—, un grupo reducido del clan Buchanan se acerca a gran velocidad hacia aquí —dirigió su mirada hacia Kenneth y Donald—, pensé que se trataba de alguno de vosotros, pero al estar aquí…

—No tenía conocimiento de ello —se extrañó Kenneth mirando a su padre que negó con la cabeza, ante la pregunta no dicha entre ellos.

—Esperaremos a tenerlos enfrente para saber —asintió James sin darle importancia siendo quienes eran, parte de su familia.

Todos miraron a Arthur que no entendió todos los ojos puestos en él. Parpadeó varias veces hasta que escuchó una palabra que le hizo ponerse

rígido, girando lentamente en esa dirección.

—Arti —pronunció Eileen emocionada por tenerlo delante.

Esa palabra… el guerrero tragó saliva recorriendo todas las facciones de la joven. Solo una pequeña lo llamaba así hacía muchos años ya, motivo de muchas risas al no saber pronunciar bien su nombre y con él se quedó con el pasar del tiempo . Giró mirando a su laird y al asentir emocionado, con una sonrisa en los labios, le confirmó todo lo que necesitaba saber.

—¡Muchacha! —ante la reacción de Arthur emocionado, Eileen corrió hacia él y se colgó de su cuello, mientras él se quedó por un tiempo sin saber reaccionar. Hasta que la cogió entre sus brazos con un grito de alegría empezando a girar con ella entre sus brazos.

Después de varios intercambios de palabras entre todos, el sonido de los cascos de los caballos resonó en el patio central haciendo que prestaran atención al grupo que entraba con Gordon Buchanan a la cabeza, seguido por Hugh, amigos íntimos de Kenneth.

Kenneth dio un paso al frente sabiendo que la presencia de ellos allí solo podía tener un significado. Con la mirada respondieron a su pregunta urgente.

—Señor —se giró Kenneth hacia el laird James— ¿le he dicho alguna vez que su hija es un talismán de la buena suerte? —sonrió mirando de reojo a Eileen que no entendía a qué se refería en ese momento, ruborizada con todas las miradas puestas en ella.

—No, muchacho, ¿a qué viene eso? —lo miró atentamente James.

Kenneth no respondió, como toda respuesta silbó fuerte, ese fue el único sonido que Steven Buchanan necesitó para traspasar la protección del castillo Sinclair, con lo que él portaba.

El grito ahogado de Eileen y el rugido de su padre James, se escucharon al unísono en cuanto vieron a Alec Sinclair entrando al lado de Steven

Buchanan, junto a una joven que no tuvieron problema en identificar al estar acompañada del guerrero.

—¿Kirsty? —se acercó con pasos dudosos Eileen a la que creía era su hermana, ante la atenta mirada de Kenneth.

La muchacha subida a su caballo que se mantenía con la cabeza agachada levantó la mirada hacia la joven que se había puesto a su lado. Eileen pudo ver sus ojos enrojecidos, nublados por las lágrimas, con sus mejillas salpicadas de varias pecas que habían cobrado más intensidad por el llanto.

Alec desmontó y con pasos firmes se presentó ante su laird, presentando sus respetos, emocionado con el reencuentro.

A James le temblaron las piernas de tantas emociones contenidas y se acercó a él fundiéndose en un abrazo fuerte mientras no perdía de vista a la joven que se mantenía encogida sobre su caballo.

—Es…

—Sí señor —le sonrió Alec—, su hija Kirsty.

Con un jadeo caminó rápido hacia ella viéndola desmontar en ese momento, nerviosa ante la situación.

—Soy yo, Eileen —dijo mientras varias lágrimas corrían por su cara.

—Hermana —solo una palabra fue necesaria, aunque no hacía falta más confirmación que la presencia de Alec, el que había sido para su hermana como Ramsey para Eileen.

Se fundieron en un abrazo, primero comedido por la vergüenza, hasta que dejaron salir todo el sufrimiento que habían vivido al separarse aquella noche en la que Eileen recordó de los labios de su hermana sus últimas palabras silenciadas.

James Sinclair llegó hasta sus hijas y con un grito de júbilo las abrazó a las dos, aferrándose fuerte, mirando hacia el cielo y cerrando los ojos, dando gracias a Dios y a su esposa Margaret por hacer ese milagro posible.

Emocionados, todos, presenciaban la escena, pero unos ojos en concreto no se pudieron apartar de la imagen de la joven desde que la vio aparecer ante él. El laird MacLeod, Iain, sintió como algo en su interior le daba una sacudida poniéndolo en tensión, calentándolo con una sensación desconocida ante la visión de la hija mayor del laird Sinclair.

La sentencia del Highlander



Capítulo 1



Escocia a finales del año 1608

Iain MacLeod caminaba de un lado a otro mostrando el nerviosismo que se había apoderado de él. Por su mente pasaban todo tipo de suposiciones que lo estaban volviendo loco, ¿el motivo? Había sido llamado a la corte del rey Jacobo VI de Escocia.

Desde el día en el que recibió la misiva se estaba preguntando el motivo por el cual su rey quería que compareciera frente a él, aprovechando su viaje a las tierras ya que también reinaba en Inglaterra como Jacobo I. ¿Qué tan importante podía ser el tema por tratar al ser llamado urgentemente ante él? Esa y miles de preguntas sin respuesta lo habían acompañado durante largos días crispando cada vez más sus nervios.

—Deja de dar vueltas, pareces enjaulado —le habló su amigo Cameron, *laird* del clan MacKenzie.

—Se ha propuesto dejar el suelo brillante, más de lo que está —comentó su otro amigo Kenneth, *laird* del clan Buchanan.

Los cuatro eran amigos desde muy temprana edad, por la amistad que unía a los antiguos *lairds*, sus padres. Crecieron forjando un vínculo, que con el pasar de los años, se había fortificado con una lealtad entre los jóvenes que nadie podía quebrantar. Cuatro, porque, aunque en esa sala en la que esperaban Ewan no estuviera, el *laird* Sutherland esperaba a las afueras de palacio impaciente a sus amigos.

Habían acompañado a Iain sin dudarlo, dándole su apoyo, intrigados y un poco reacios. A ninguno les gustaba estar en un lugar tan ostentoso como era el palacio del rey, demasiado para sus sentidos, pero el que peor lo llevaba era Ewan, que siempre que podía negarse para no traspasar las puertas de un lugar como aquel, lo hacía.

A pesar de haber ido todos a regañadientes, el *laird* MacLeod no pudo oponerse y no tuvo otra opción que presentarse en la corte. Después de un largo recorrido llegaron al alba siendo recibidos con unos honores que les dieron urticaria. Y es que, para ellos, guerreros, tanto cortesano y florituras les ponían los vellos de punta.

No era la primera vez que pisaban ese lugar, habían tenido que acudir a varias reuniones con todos los clanes tratando asuntos que, o nunca llegaban a buen fin o en los que más de uno tenía que tragar con un veredicto por parte del rey queriendo traer la paz a las tierras, lo que en sus cabezas no entraba ya que se tomaban la justicia por su cuenta siempre que el conflicto fuera contra ellos personalmente.

—Dejad de decirme lo que tengo que hacer —rugió Iain desesperado—, no sois vosotros a los que ha llamado ante su presencia el rey.

—No vas a conseguir nada de esa manera. —Intentó tranquilizarlo Kenneth—. Hasta que no sepas de qué se trata, mejor mantener la calma. Estamos aquí para apoyarte, sabes que el rey tiene en gran estima a mi padre.

—Lo sé —soltó un suspiro Iain llevando sus manos a su cabello dorado.

—Caballeros. —Escucharon una voz a sus espaldas—. *Laird* MacLeod, su majestad requiere su presencia ahora mismo.

Un hombre de pequeña estatura, comparado con ellos, acababa de abrir la puerta de la sala en la que estaban, esperando a que Iain se moviera ante su petición. El aludido no dio un paso hacia delante ni mostró tener intención de hacerlo, serio, marcando aún más la distancia con su apariencia.

—Si no es en presencia de los *lairds* Buchanan y MacKenzie no me moveré de esta sala. —Cruzó los brazos Iain, intimidante.

—Señor, su majestad ha pedido solo su presencia —insistió dudoso el hombre.

—Pues ya sabe qué tiene que hacer, aquí esperamos —dijo con voz alta y clara Iain, sin dar su brazo a torcer.

Unos brazos en los que quedó patente su tensión, forzándolos al máximo y dejando clara evidencia de la fuerza que escondían.

El hombre tragó saliva al no estar acostumbrado a estar frente a hombres de esa envergadura y asintió girando, desapareciendo por la puerta. Después de un buen rato en silencio y de espera, Iain pensó si no había sido mala idea exigir y no presentarse frente a su rey solo. No es que no se atreviera a solucionar sus asuntos por su cuenta, bien lo sabían quienes lo conocían, pero ante la insistencia de sus amigos por acompañarlo, no pensaba dejarlos fuera y en ese momento no podía negar que necesitaba la presencia de todos.

Pero ya estaba hecho solo esperaba que no fuera en su contra dicha acción. No pensaba dar marcha atrás en su decisión, teniendo la esperanza de que el nombre Buchanan le allanara un poco el camino y suavizara lo que fuera a lo que se iba a enfrentar.

Como bien había dicho su amigo Kenneth, su clan, el Buchanan, era muy bien mirado por el rey, teniéndole una alta estima. Todos eran conscientes del afecto que tenía el monarca por el antiguo *laird* Donald Buchanan, el que una vez le abrió las puertas de su hogar en una incursión del monarca por todo el territorio, en la cual cayó enfermo siendo atendido hasta su curación en las tierras Buchanan.

—Caballeros —carraspeó el mismo hombre desde la puerta abierta—, síganme.

Iain soltó el aire que estaba reteniendo y caminó dirección a él, seguido por sus amigos Cameron y Kenneth bien de cerca. Recorrieron pasillos interminables hasta que el hombre que los guiaba se paró frente a una gran puerta, la abrió y les dio paso quedando los tres en el centro de la sala. Eso es lo que era ese lugar, una sala de reuniones de gran dimensión en la que ellos se veían minúsculos en el centro de esta, con varios sillones que decoraban rincones y una mesa enorme ovalada con sillas a su alrededor.

—Esperen aquí, enseguida su majestad hará acto de presencia. —Fueron las últimas palabras del hombre, cerrando la puerta tras él.

Los tres *lairds* se quedaron inmóviles con la misma pose. Con los brazos cruzados y las piernas un poco abiertas, rígidos ante la situación, como si estuvieran esperando entrar en batalla en cualquier momento, lo que no sucedería dado en el lugar en el que se encontraban, bien lo sabían, pero fue una reacción instintiva que no pudieron evitar sin querer moverse hasta que la puerta volviera a abrirse, lo que no tardó en suceder dando paso al rey Jacobo VI.

Los tres se inclinaron haciendo la reverencia que correspondía ante él, que quedó a poca distancia de ellos sin pronunciar ninguna palabra, hasta que la puerta volvió a cerrarse.

—Podéis incorporaros —les pidió el rey asintiendo ante el gesto de los tres *lairds*, dirigiéndose hacia un sillón que quedaba un poco más elevado que el resto, seguido por la mirada de todos—, ocupad los asientos. —Les ofreció alargando una mano, señalando varias butacas que estaban situadas frente a la de él—. Ha sido toda una sorpresa, caballeros. —Remarcó cada palabra mientras los miraba sonriendo, sonrisa que no supieron identificar y es que el monarca era bien conocido por su ironía, la que a veces costaba identificar, lo que ocasionaba que no supieran a qué atenerse hasta que explotaba dejando clara su verdadera reacción y estado de ánimo. Eso mismo estaban intentando descifrar mientras ocupaban sus puestos, si lo habían ofendido y hasta qué punto—. No esperaba el atrevimiento de exigirme nada, antes siquiera de hablar del motivo por el que estáis aquí. —Miró directamente a Iain.

—Mis disculpas su majestad. —Inclinó la cabeza Iain—. Mis amigos han hecho un largo camino hasta aquí para acompañarme y…

—Al igual que el *laird* que se ha quedado a las puertas de palacio. —Levantó una ceja el rey.

—Bueno —carraspeó Cameron—, con su permiso señor, es un honor estar ante su presencia, pero nuestro otro amigo prefiere permanecer al aire libre siempre que pueda elegir. Estaría encantado de estar ante su presencia si…

—¿De verdad pensáis que creo en la posibilidad de esas últimas palabras? —Levantó una ceja el rey mientras daba pequeños golpes con su mano en el reposabrazos de la butaca, haciendo que los tres amigos se pusieran en tensión mientras los miraba con atención—. Relajaros —soltó una carcajada —, conozco como es el *laird* Sutherland y no me sorprende nada, no me siento ofendido. Sé que si ahora mismo lo hiciera llamar vendría ante mi presencia, a regañadientes, pero aquí estaría junto a vosotros sin dudar.

—Señor, el motivo por el que he sido llamado… —Empezó a decir Iain para salir de una vez por todas de dudas.

—Ya veo lo impaciente que estáis —le sonrió el monarca—, pero dejadme primero dirigirme al *laird* Buchanan ya que lo tengo ante mi presencia. —Dirigió su mirada hacia él—. No suelo ceder ante peticiones ni mucho menos ante exigencias —levantó una ceja—, pero al escuchar el nombre Buchanan lo he dejado pasar por el cariño que le tengo a vuestro padre, también os confieso que me viene bien que estéis aquí los tres, estáis implicados de una manera u otra.

—Se lo agradecemos señor —asintió Kenneth mientras analizaba todas las palabras dichas.

—Me alegra volver a verlo *laird* —le sonrió a Kenneth—, hágale llegar mis saludos a su padre, no espero que venga ante mi presencia porque eso le supondría un calvario como el vuestro —soltó otra carcajada siendo muy consciente de lo incómodos que estaban los tres.

—Discúlpenos señor, no es por asistir ante usted —carraspeó Cameron, insistiendo en ese hecho.

—Sé muy bien el motivo por el cual os sentís fuera de lugar en mi hogar. —Le quitó importancia el monarca, haciendo un gesto con una mano—. Bueno, vamos a lo importante. —Se recostó en su butaca centrándose en Iain —. Te he hecho llamar ante mi presencia porque hay un asunto importante que requiere ser tratado para ponerle solución…

—No sé a qué se refiere señor. —Lo miró arrugando el gesto Iain.

—Muchacho no me interrumpas —le ordenó, pero sin sonar molesto, fue como si fuera un padre reprendiendo a su hijo. La realidad era que los consideraba unos grandes hombres y sabía de la nobleza que desprendían sus actos, sin inmiscuirse en nada que no les perteneciera.

»Como decía… vamos a dejar solucionado un asunto que por lo que ha llegado a mis oídos cada vez está teniendo más repercusiones y se está descontrolando. Tiene que ser hoy, ya que mañana parto hacia Inglaterra y tardaré en regresar. Como bien sabéis mis obligaciones de rey me llevan a pasar largas temporadas allí también, sin descuidar lo perteneciente a estas tierras. —Los miró a los tres sabiendo que conocían todos los detalles de su doble reinado.

»Sé lo sucedido con el clan Munro. —Al escuchar ese nombre Kenneth no pudo retener el gruñido que salió de su garganta, captando la atención del monarca—. Eres digno hijo de tu padre —sonrió sin molestarle la salida de tono ante él, a nadie más se lo permitiría.

»Soy conocedor de toda la historia y del dolor provocado. La venganza fue justa ante mis ojos, pero, no tuvisteis en cuenta la hospitalidad de las Highlands, siendo sagrada sea cual sea la situación y quien se encuentre dentro de ese territorio en el momento dado. Por ese motivo… —levantó una mano al ver que querían hablar los tres— tengo que solucionarlo para que los conflictos y los constantes ataques que sufrís cesen. Me es bien sabido que desde que sucedió no han cesado en querer atacaros a lo largo del territorio. Sabéis que siempre busco conseguir la paz y este caso no será diferente…

La historia a la que se refería el rey era bien antigua. Muchos años atrás, cuando los jóvenes guerreros eran unos críos y sus padres lideraban, un clan amigo, el Sinclair, fue atacado sin piedad la noche negra, nombre que recibió por todo lo acontecido. En ese ataque gran parte del clan Sinclair perdió la vida defendiendo lo que era suyo, y entre las personas que perecieron aquella noche se encontraba la esposa del *laird* Sinclair.

La desesperación por todas las muertes y por la pérdida de su querida esposa se acrecentó para James Sinclair con la desaparición de sus dos hijas menores esa misma noche, de las que nada se supo hasta que la vida los volvió a reunir hacía poco tiempo atrás.

Desaparición por la cual el clan Buchanan dedicó muchos años a intentar encontrar a las hijas del que consideraban familia. Los clanes Sinclair y Buchanan eran leales entre sí y se prometieron que cada uno tomaría una parte en lo referente al trágico suceso. Los Buchanan no descansarían hasta llevar ante James a sus hijas y por parte de los Sinclair, se tomarían la venganza cuando les fuera dada por la desolación que tuvieron que vivir.

De una manera inesperada todo se precipitó cuando los Buchanan cumplieron con su parte de la promesa dada, hacía poco tiempo atrás, llevando ante el *laird* Sinclair en primer lugar a su hija menor, Eileen, gran amiga de la infancia de Kenneth por la cual sentía devoción, y actual esposa. Y a la hija mayor, Kirsty, en un pequeño intervalo de tiempo diferente.

En un encuentro pacífico entre clanes, a lo que había hecho alusión el rey siendo en territorio neutral, la situación se descontroló al ser destapada la mentira del clan Munro ante los ojos de los dos clanes implicados. Este hecho fue propiciado por la hija menor del *laird* Sinclair, Eileen, quien a su corta edad por aquel entonces fue testigo aquella noche trágica de quien fue el responsable de llevar a cabo la masacre que vivieron y por la que ella tuvo que huir de su hogar, siendo escondida, separándose de su familia.

La verdad fue revelada en esa reunión entre clanes en la que se encontraban sus más férreos amigos, los MacLeod, los MacKenzie y los Sutherland, los que apoyaron sin dudar a sus amigos, siendo partícipes de la venganza que llevaron a cabo cuando la maldad del antiguo *laird* Munro salió

a la luz, muriendo este a manos del *laird* Sinclair quien no tuvo piedad para él.

Los cinco clanes eran amigos y leales entre sí, los que no dudarían en actuar de la misma manera como hicieron en el pasado. Demasiada desolación, demasiado dolor… sentimientos que fueron reemplazados, en parte, por el reencuentro de James Sinclair con sus hijas y con el enlace de Kenneth Buchanan y Eileen Sinclair, los cuales tenían una larga historia a sus espaldas siendo bendecidos desde bien pequeños por su unión.

De ahí la situación en la que se hallaban en ese momento, ya que con el pasar del tiempo, los ataques hacia todos se habían intensificado por parte del clan Munro, ataques que lideraba el hijo del antiguo *laird* muerto por traición, siendo cada vez más agresivos y constantes. Hasta la fecha no les había servido de nada a los Munro, la fuerza y unión de sus adversarios los superaban, siendo infranqueables.

—Sabemos que obramos mal dado el lugar en el que nos encontrábamos señor, pero… —quiso explicarse Kenneth, en tensión por todos los recuerdos.

—Lo sé muchacho, vuestra sangre caliente se caldeó por un acto que tenía que ser castigado y vengado. Pero hay muchos clanes que se ven implicados sin quererlo, saliendo perjudicados porque gozáis del apoyo de la mayoría. Tengo que frenarlo de alguna manera porque los Munro al final traerán más desgracias. En un principio había pensado en que la hija mayor del *laird* Sinclair contrajera matrimonio con el *laird* actual de los Munro, hijo de su difunto padre asesinado por vuestras manos.

—No —gruñó Iain, ante la tensión de sus dos amigos al escuchar esas palabras, haciendo que todas las miradas recayeran en él.

—No, no será el caso. —Cruzó las piernas el rey, mirando atentamente su reacción—. Después de meditar todas las opciones, el *laird* Munro se presentó ante mí dándome la opción más viable.

—¿A qué opción se refiere, señor? —Quiso saber Kenneth soltando el aire que había retenido al saber que la mira del rey se había desviado de la hermana de su esposa, Kirsty, pero no pudo evitar arrugar el gesto preocupado por cual sería la opción más viable según los ojos de ese traidor que su rey había aceptado.

La mirada de Cameron iba de unos a otros sin salir de su asombro, sabiendo que las siguientes palabras del monarca los desestabilizarían aún más.

—He llegado a un acuerdo con Akir, el *laird* del clan Munro. En cierto modo me creó una gran ilusión su propuesta porque tengo un gran afecto hacia esa muchacha y a ti en gran estima, sé lo honorable que sois y la lealtad que procesáis a todo lo que es justo. —Miró directamente a Iain.

»Ese afecto hacia la joven lo atesoramos desde que compartió en la corte largos años con nosotros, antes de que partiéramos hacia Inglaterra. Fue una de las damas de compañía de mi esposa desde muy jovencita y con ella compartí mi pasión por los libros, me complace que caiga en tan buenas manos. —Ante la mirada interrogante de los tres hombres terminó aclarando de lo que hablaba.

»No es una sugerencia, es una decisión tomada y a llevar a cabo… el clan Munro firmará la paz con vosotros cuando el *laird* MacLeod acepte contraer matrimonio con su hermana, Blaire, uniendo los clanes, forjando una nueva alianza que se verá reforzada por las posibilidades comerciales que tus tierras ofrecen. —Se dirigió hacia Iain ante la cara desconcertada de los tres.

Capítulo 2



El rugido que soltó Iain cuando se hubo alejado bastante, retumbo en gran parte del territorio. En cuanto salió de palacio todo lo rápido que pudo sobrepasado por la situación, se arrancó la camisa de lino que se había puesto para la ocasión, dejando su pecho al descubierto, subiéndose a su caballo ante la atenta mirada de Ewan que los esperaba a todos junto a los animales, mirada que se tornó preocupada al ver en el estado en el que salió su amigo y cómo montó en su caballo alejándose a gran velocidad.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Ewan o más bien rugió a sus amigos que no tardaron en aparecer, ante la situación que acababa de ver.

—No hay tiempo que perder ahora —le contestó Cameron subiendo a lomos de su caballo, saliendo detrás de Iain junto al resto de los guerreros de los tres clanes que los habían acompañado, tomando la delantera los del clan MacLeod al haber visto el estado de su *laird*.

—Vamos —habló Kenneth haciendo lo mismo, seguido por Ewan—, no tardarás en saberlo.

El recorrido hasta que Iain consiguió calmar su temperamento no fue corto, no aminoró la marcha hasta llegado a un punto a mitad del camino que los separaba de las tierras de todos. En ese mismo punto se tenían que despedir ya que Kenneth tenía que ir en dirección contraria al resto, las tierras de los demás colindaban unas con otras y harían gran parte del recorrido que les quedaba juntos.

—¿Vais a hablar o voy a tener que romperos algo para que lo hagáis? —soltó Ewan furioso, mostrando los nervios que lo habían acompañado durante todo el recorrido.

Todos desmontaron, rodeados ante las caras de incertidumbre del resto de los guerreros. Si algo caracterizaba al *laird* MacLeod era la calma ante situaciones límite y por cómo había reaccionado se temían lo peor, sobre todo su guardia personal.

—Señor —habló Broc cortando el silencio. Era su comandante y amigo íntimo y estaba demasiado preocupado por él.

Iain soltó varios suspiros y se llenó los pulmones con gran cantidad de aire, sin ser suficiente. Notaba que por mucho que lo hiciera, seguía faltándole; en la vida se había sentido de esa manera, acorralado y sin salida, ni siquiera en el campo de batalla. Su mente se había nublado y no era capaz de encontrar una salida a la situación que le habían impuesto.

—El rey ha sentenciado mi destino —gruñó Iain, apretando la mandíbula.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó indeciso Caillen, parte de la guardia más férrea de Iain, junto a Donel, Irvin y Murray que estaban en la misma situación a la espera de saber a lo que atenerse.

En ese instante Broc se mantuvo sin pronunciarse, observándolo atentamente sin querer presionarlo al ser consciente del estado de su amigo, por su comportamiento y palabras. Ya tendría tiempo de obtener todas las respuestas cuando estuvieran en su hogar y pudieran conversar tranquilamente, pensó, pero las siguientes palabras que escuchó lo desestabilizaron.

—Lo han prometido a una muchacha del clan Munro, nuestro enemigo, más concretamente a la hija del difunto *laird*, hermana del actual —explicó Cameron.

Varios fueron los gritos, rugidos de sorpresa y de rabia por parte de todos los guerreros que no salían de su asombro ante lo que su rey había impuesto y ordenado. Porque si algo les quedaba claro es que tendrían que llevarlo a cabo.

—No puede ser verdad… —dijo Broc, acortando la distancia con su *laird* que no dejaba de caminar de un lado al otro apretándose la cabeza, mostrando lo al límite y sobrepasado que se encontraba ante la situación.

—Tan real como que en un mes la muchacha traspasará la puerta de vuestro hogar —aclaró Kenneth sin poder dejar de mirar a su amigo.

—¡Tiene que ser una broma! —rugió Ewan.

—¿Tengo cara de bromista ahora mismo? —Lo encaró Iain gritando, girando hacia él.

—Es lo que quieres, lo necesitas… —fue la respuesta de Ewan desenfundado su espada, sabiendo la necesidad de su amigo por sacar toda la rabia que lo consumía.

—Aquí nadie va a luchar. —Se interpuso Cameron entre ellos—. La situación os tiene sobrepasados y solo faltaría que alguno saliera lastimado. —Los frenó.

Sabían que Ewan no le provocaría ningún daño intencionadamente porque su amistad y lealtad no se lo permitiría, pero de igual manera eran conscientes del estado en el que se encontraba Iain, buscando como fuera que lo hiciera siendo muy capaz de llevarlo al límite. No, ante su presencia sus amigos no levantarían las armas con ese fin, otra cosa era que lo hicieran calmados como entrenamiento, como les gustaba hacerlo entre todos muchas veces, pero dada la situación no podía consentirlo.

—Calmaros. —Se acercó Kenneth a ellos, alzando la voz—. Cameron tiene razón. —Los miró haciendo que Ewan asintiera comprendiéndolo, analizando la situación. Más calmado volvió a enfundar su espada—. Se

delatarán solos. —Se dirigió hacia Iain, agarrándolo del cuello y acercándolo a él—. Cometerán algún error, ninguno nos creemos su buena fe y que vayan a estar en paz con ese pacto, me temo que poco les importa su propia familia, solo buscan de una manera u otra venganza, y ahí estaremos todos, sin excepción, junto a ti para enfrentar lo que sea. —Remarcó.

—Kenneth tiene razón —reafirmó sus palabras Cameron uniéndose a ellos, seguido por Ewan—, en algún momento dejaran ver sus intenciones, el rey no tendrá más remedio que echarse hacia atrás en su decisión impuesta. Tenemos la ventaja en nuestras manos, recuerda las palabras dichas, a esa muchacha le tienen un gran afecto y no consentirán que le hagan daño alguno de la manera que sea y si Donald, el padre de Kenneth, se presenta ante él, saldremos victoriosos —asintió Cameron al ver a Iain más calmado.

—Haré guardia con mis guerreros en la puerta de tu hogar el tiempo que sea necesario —gruñó Ewan, haciendo que todos lo miraran con una sonrisa agradecida.

Por primera vez desde que sabía la noticia, la cara de Iain cambió mientras sus labios se curvaban mirando a sus tres amigos. Sabía que no lo dejarían solo y que las palabras dichas tenían más sentido que la unión que le habían impuesto. Le había costado centrarse, pero el aire empezaba a llenar sus pulmones con normalidad, una normalidad que no sería completa hasta obtener el resultado deseado.

Se despidieron de Kenneth sabiendo que pronto se verían y siguieron su marcha. Les quedaba un largo camino por recorrer todavía, pero sin el pensamiento de frenar en su avance hasta que todos llegaran a su hogar.

Nada más traspasar las puertas de la fortaleza de su castillo, bien entrada la mañana dos días después, el pequeño Sloan corrió al encuentro de Iain con una sonrisa cuando aún no había desmontado de su caballo.

—Pa —gritó emocionado.

No era su padre, pero de esa manera lo sentía, habiéndolo acogido y criado desde que nació cuando quedó huérfano al poco de nacer. Su madre falleció en el parto y poco después lo hizo su padre en una batalla que el clan MacLeod ganó, pero en la cual varios de sus guerreros corrieron la misma suerte que el padre del pequeño, amigo personal de él y leal hasta su muerte.

Con el cuerpo sin fuerzas de Aryn entre sus brazos, así se llamaba el padre de Sloan, le prometió dando su palabra a su amigo que a su hijo nunca le faltaría de nada, pasando a estar bajo su protección como si de su propio hijo se tratara, teniendo los mismos privilegios ante el clan y su gente.

Para el pequeño era la única figura paterna que había conocido, e Iain lo adoraba y era su pequeño tesoro, demostrándole el amor que le procesaba desde que lo tuvo por primera vez entre sus brazos siendo un recién nacido.

A pesar de la situación, siempre le había hablado de sus padres, queriendo que fuera consciente y estuviera orgulloso de ellos. No mostraba ninguna nostalgia, su pequeña cabeza con cinco años no podía darle el valor que tenían todas las palabras que Iain le decía al no haberlos conocido, pero para tranquilidad del *laird* estaba creciendo, atesorando todo, con unos recuerdos que en algún momento de su vida serían de importancia para Sloan, siendo conocedor de la verdad.

—Pero bueno muchacho ¿dónde te has metido? —Quiso saber Broc al desmontar de su caballo, acercándose a Sloan y cogiéndole en brazos mientras le revolvía el pelo ante la atenta mirada de Iain, que no tardó en cogerlo entre los suyos.

—Me he caído en el fango —asintió decidido y emocionado, como si hubiera sido una proeza por su parte.

—No lo parece. —Levantó una ceja Iain, provocando que el pequeño riera flojito, sin importarle que lo manchara de fango.

—Estaba cogiendo ranas. —Levantó un pequeño bote dejándolo expuesto ante la mirada de todos los guerreros que se habían acercado sonrientes hacia

ellos.

—Ya veo, has conseguido cuatro, cada vez eres más hábil. —Lo apretó en un abrazo Iain.

Emocionado por el elogio del que consideraba su padre, le devolvió el abrazo con fuerza sin darse cuenta de que su mano soltó el bote que impactó sobre el terreno arenoso, rompiéndose al instante dejando en libertad a las ranas.

—No —gritó el pequeño removiéndose entre los brazos de Iain, provocando varias carcajadas.

—Ya tienes otra tarea que realizar. —Lo dejó en el suelo—. Cuando acabes ve en busca de Lainie para que te quite todo ese fango y te prepare para la hora de la comida.

—Sí pa —gritó el pequeño mientras corría detrás de las ranas.

—Esto le llevará un largo tiempo —rio Broc seguido por el resto.

—Déjalo —sonrió Iain, viendo cómo iba de un lado a otro concentrado y todas las ranas se le escapaban.

Soltando un suspiro giró y caminó hacia la entrada de su hogar, saludando a todos los que se encontró a su paso. Entró en el salón principal y pidió que le trajeran una jarra de vino, necesitaba calmar más el temple. La noticia que daría esa noche ante su clan sabía la repercusión que tendría y su estado de ánimo cada vez había ido decayendo más. A pesar de las palabras acertadas de sus amigos era muy consciente de lo que se le vendría encima a falta de solo treinta días, al menos hasta nueva orden.

Nadie le había impuesto una fecha para el enlace. Cuando la muchacha llegara a sus tierras se tomaría su tiempo, alargándolo todo lo que pudiera e intentando conseguir el fin que deseaba, solo esperaba que no fuera tanto que se tuviera que ver en una encrucijada con su rey.

Se acercó al fuego que calentaba la estancia, dejando la mirada fija en las grandes llamas que consiguieron calentarlo en ese momento, pero no fue lo único que lo calentó, no. La imagen de una joven llegó a su mente clara y nítida, una imagen que le hizo apretar los puños porque todos sus planes se habían truncado.

¿Aunque a quién quería engañar? Diablos, no tenía un plan al respecto. Había dejado pasar demasiado tiempo y al contrario de lo que pensó en un principio, todas las sensaciones que sintió tiempo atrás no habían hecho más que incrementarse. Nadie sabía lo que ocultaba, solo Broc que supo identificar algo diferente en él cuando regresó de las tierras Sinclair.

Se conocían demasiado bien y no tuvo que indagar mucho hasta que Iain se sinceró con él, dejándole ver lo que en cuestión de segundos había sentido, unos sentimientos que no había tenido más remedio que reconocerse a sí mismo. Ese era uno de los dos motivos principales, siendo el que más le pesaba y por el que se sentía asfixiado con lo que tenía encima, no queriendo llevar a cabo la orden de su rey.

Si su corazón no albergara sentimientos y si no hubiera tenido nada que ver con su enemigo, los Munro, hubiera aceptado la decisión del monarca sin oponerse, como era lo habitual en muchos enlaces por intereses, pero por todo lo que llevaba en su interior y dadas las circunstancias, todo se le vino encima, de ahí la reacción desesperada que había tenido hasta que la realidad que le habían hecho ver sus amigos, había conseguido tranquilizarlo de alguna manera.

Capítulo 3



—¿Estás más calmado? —Escuchó a su espalda la voz de su comandante y amigo íntimo, Broc.

No se giró, ni falta que hizo para saber que se había acercado a él. El tintineo de las copas que escuchó y el sonido del vino vertiéndose en ellas le indicaron que estaba a su espalda a la espera de que cogiera una y así lo hizo.

—Algo —dijo con un susurro, bebiéndose de un trago el líquido rojo que le supo a poco.

—¿Qué vas a hacer? —Quiso saber Broc, poniéndose a su lado, quedando frente al fuego.

—Por el momento comportarme como un buen niño —sonrió de medio lado—. Hasta que pueda dar la estocada final, porque la daré, no te quepa duda —gruñó.

—Lo sé. —Asintió más relajado Broc, viendo como su amigo por fin estaba centrado—. En una semana nos reuniremos todos… —carraspeó.

A lo que sus últimas palabras hacían referencia es que, en ese intervalo de tiempo, los clanes Buchanan, MacKenzie y Sutherland se reunirían, con sus *lairds* a la cabeza y una pequeña parte de sus guerreros, en el clan Sinclair. Eso hubiera sido motivo de alegría para Iain por lo que atesoraba en su interior. Hubiera, porque en ese momento le creó más ansiedad no pudiendo

actuar como realmente quería, y es que desde hacía tiempo esa fecha estaba marcada por todos y para él suponía un claro objetivo.

Llevaba bastante tiempo sin pisar las tierras Sinclair, imponiéndose esa distancia. Pero cada vez estaba más próxima la fecha y algo en su interior se calentaba ante esa posibilidad y a la vez lo alteraba dadas las últimas novedades.

—Así será… —contestó Iain, decidido.

—¿Estás seguro…? —carraspeó Broc al sentir la mirada de reojo de Iain— Quiero decir, puedes poner alguna excusa, nadie dudará de su veracidad. Ya sé que estás deseando asistir porque es un encuentro que te crea ilusión, pero…

—No voy a mentir —gruñó Iain—. Mi vida va a seguir igual —aseguró sin querer perder la oportunidad de ver, aunque fuera desde la distancia, a la única mujer que calentaba su corazón, la hija mayor del *laird* Sinclair, Kirsty —. Esta vez llevaré a Sloan, le vendrá bien empezar a salir del castillo.

—Sabes el porqué de mis palabras… todo estará bien si tú lo estás — asintió Broc, no muy seguro de que eso fuera posible y su amigo pudiera contener sus impulsos.

—Lo sé, no tienes que preocuparte por mí. —Giró para rellenar su copa y volvió a bebérsela de una sola vez—. Haz saber que esta noche quiero que asistan todos a la cena, sin excepción. Que no falten Murray, Irvin, Donel y Caillen. —Caminó dirección hacia la puerta con el pensamiento de ir al río a quitarse con un baño la carga que había acumulado las últimas horas, al menos en lo que se refería simbólicamente.

—Aquí estarán. —Fueron las últimas palabras de Broc antes de que cada uno tomara un camino diferente.

Después de asearse, con los ojos cerrados, dejándose envolver por la tranquilidad que le proporcionaba a esas horas del mediodía la soledad del

lugar, mientras los rayos del sol calentaban su cuerpo, Iain encontró la paz que había perdido. No sabía cómo demonios lo haría, pero si algo tenía claro era que acabaría poniéndolo todo a su favor, fuera como fuera.

El sonido de una risa femenina lo sacó de sus pensamientos, provocando que se incorporara en el agua dejando al descubierto la parte alta de su cuerpo, ante una mirada que Iain conocía muy bien.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó serio, en ese momento no estaba para tonterías, y el recorrido que hizo la muchacha por cada detalle de su anatomía lo puso más en tensión.

Quien tenía delante era Connie, una joven con la que tuvo una vez un encuentro íntimo, pero, de eso ya había pasado demasiado tiempo en el que él cortó todo lazo con ella referente al encuentro sexual consentido que compartieron en el pasado. Diablos, habían pasado cuatro años de lo sucedido y todavía insistía, pensó martilleándole la cabeza.

—Me preguntaba… —se tocó el pelo— si necesitabais ayuda mi señor.

—Esa pregunta está fuera de lugar y vuestra presencia también —gruñó Iain.

No era su intención ser descortés, pero no era la primera vez que tenía que frenar sus intentos por meterse en su lecho de nuevo, detalle que no volvería a suceder. En vista de que a la muchacha no le quedaba claro, hacía tiempo que optó por no ser agradable con ella en lo referente a sus proposiciones, en lo demás la trataba como al resto de su clan.

—Pensé que… —dijo entre avergonzada y molesta— Me complacería darle las atenciones que necesita, hace demasiado tiempo que…

—¿Y qué os hace pensar que necesito de esas atenciones? —Levantó una ceja Iain.

—Por eso mismo no salís del agua y os presentáis ante mí como estáis. —Intentó disimular una sonrisa pícara—. Seguro que si lo hicierais yo tendría razón.

—No seáis tan atrevida Connie. —Empezó a caminar a través del agua ante la mirada de deseo de la joven, pero no le dio lo que quería parándose en el punto exacto donde el agua dejaba ocultas sus partes íntimas, con las que la muchacha se decepcionaría.

El motivo de su decepción no sería otro que, si en algún momento de su soledad su miembro se había excitado y puesto erecto, justo en el instante de la aparición de la muchacha se le había bajado todo de golpe, por los sentimientos de rechazo que sentía hacia ella. No quería ilusionarla, pero parecía que todas sus negativas y palabras no servían de nada ante su insistencia y la paciencia de Iain ya se había agotado.

—Señor, yo solo quiero satisfacer sus necesidades. —Frotó sus manos en la falda del vestido.

—No eres la indicada para ello. —Levantó una ceja Iain—. Estoy prometido, y a partir de este momento quiero que te quites esos pensamientos de la cabeza ¿he sido claro? —Optó por decirle una medio verdad, a ver si de esa manera empezaba a pensar en sus acciones, aunque la palabra prometido le produjera urticaria al saber quién era la elegida.

—No, eso no es posible. —Apretó los puños la muchacha con rabia, alzando la voz—. Yo, yo…

—Connie, déjalo ya, lo que sucedió fue hace demasiado tiempo, en solo una ocasión. Ya hemos hablado de ello y cuando sucedió tú estuviste de acuerdo con todo lo que te dije, no hay más que hablar. Te tengo cariño y esta situación no me gusta nada, recuerda que de tu boca salió que solo sería una vez y así fue por tu insistencia, no hay más —negó con la cabeza Iain, a mala hora se dejó llevar por aquel entonces, pensó.

La contestación de la muchacha quedó interrumpida por la aparición del pequeño Sloan que llegó corriendo hasta la orilla del río, con una rana en cada una de sus manos.

—Pa, solo he podido coger a dos —dijo desilusionado, sin prestar atención a la situación de los adultos.

—Mocoso, ¡eres un entrometido sin modales! —Lo agarró Connie de malas maneras de un brazo con la intención de alejarlo de allí, al igual que sus palabras sonaron bruscas ante la sorpresa de Sloan al que se le aguaron los ojos.

—Me haces daño —se quejó Sloan.

—No se te ocurra tocarlo —rugió Iain—, suéltalo ahora mismo. ¡Qué sea la última vez que le hablas así a mi hijo! —Su voz sonó fuerte y dura, dando un paso hacia afuera amenazante, con el semblante cambiado y con sus facciones duras marcadas.

Connie no lo había visto de esa manera nunca, su reacción la hizo soltar al pequeño de golpe y dar varios pasos hacia atrás siendo consciente de que había sobrepasado los límites, de los que no se arrepentía. Hubiera hecho desaparecer a ese niño de allí en ese mismo instante, Iain lo tuvo claro cuando la joven se recompuso y en su cara se reflejó una maldad que hasta ese momento no había conocido ni mostrado.

—¡No es vuestro hijo! —gritó ella una vez recompuesta de la impresión.

—Vuelve a actuar de esa manera, vuelve a contradecir mis palabras… y serás desterrada al instante. Desaparece de mi vista, no te quiero ver más y no me refiero a este momento, no quiero coincidir contigo en lo que me queda de vida —rugió otra vez—. Sloan, ven aquí —ordenó.

El pequeño al sentirse liberado corrió en dirección a él con los ojos húmedos, con ropa incluida, soltando sus tesoros en el agua mientras avanzaba hasta que estuvo al cobijo de los brazos de Iain, el que lo acogió

abrazándolo. La mirada amenazante de Iain en ningún momento se apartó de la muchacha. la que después de unos minutos sin saber reaccionar se giró y desapareció del lugar.

—Es mala. —Se aferró a su cuello Sloan.

—Hay personas que esconden muy bien como son en realidad pequeño. —Le frotó la espalda sin dejar de mirar el camino por el que había desaparecido Connie—. No te preocupes, no se acercará más a ti y si eso ocurre házmelo saber rápido. ¡Pero bueno! ¿Aún no te has dado un baño? —Lo miró viendo que tenía hasta los mofletes cubiertos de fango.

—Estaba en misión de rescate pa —dijo decidido, provocando una amplia sonrisa en Iain.

—Serás un buen guerrero hijo. —Le frotó la cabeza haciendo que con sus palabras los ojos del pequeño se iluminaran—. Vamos a ponerle solución ahora mismo —afirmó saliendo hacia la orilla con él en brazos.

Lo dejó en el suelo y lo despojó de su ropa. Los dos volvieron a entrar en el río, en el que el pequeño disfrutó jugando un buen rato ante la atenta mirada de Iain que consiguió relajarse y volver a sonreír por toda la cantidad de agua que tragó el pequeño.

Capítulo 4



En el clan Buchanan…

Kenneth galopaba recorriendo la poca distancia que lo separaba de su hogar. Hacía seis días que había partido al encuentro de sus amigos y la necesidad por el reencuentro con su esposa Eileen le apretó fuerte, con ansiedad, viéndose cada vez más próximo a ella.

En cuanto traspasó la entrada principal de la fortaleza, llegando al gran patio central, todos los que estaban en él se acercaron a darle la bienvenida a su *laird*. Su mirada buscó a Eileen sin encontrarla, a los que sí localizó rápido fue a sus hombres de confianza que había dejado a cargo del clan y a Bonnie, la mujer que no se separaba de su esposa con la que había forjado unos lazos de unión fuertes desde que tuvo que cuidar de ella, cuando por aquel entonces su amiga, apareció por sus tierras herida. Arrugó el gesto en cuanto analizó desde la distancia a la mujer, la que se había convertido en una segunda madre para Eileen. La inquietud que mostraba y la mirada con la que lo recibió le hicieron saber que algo sucedía.

Desmontó del caballo seguido por Graham, Gordon y Hugh, llegando a dónde William estaba junto a Bob, Steven y Gareth. Estos cuatro últimos se habían hecho cargo en su ausencia de su hogar y de sus tierras.

—¿Todo bien? —exigió saber al ver en las caras de sus hombres algo que no le gustó nada, sin poder evitar que su mirada recorriera cada rincón que quedaba a su vista.

—Sí, solo que, bueno… —carraspeó William haciendo que Kenneth se centrara en él, elevando una ceja.

—Demonios William. —Acabó perdiendo los nervios Kenneth ante su silencio—. Habla —gruñó— ¿Dónde está Eileen? —Quiso saber el porqué de que no hubiera salido a recibirlo.

—La señora no está —respondió dudoso Bob.

—¿Cómo que no está? —Dio varios pasos hacia él, tenso.

—Ha partido de aquí —continuó Gareth.

—Sí, lo ha hecho —asintió Steven.

—¡Queréis darme una buena explicación! —rugió Kenneth— ¿Qué diablos quieren decir vuestras palabras? Y si eso es así… ¿qué demonios hacéis aquí y no estáis junto a ella? ¡¡Bonnie!! —gritó llamando la atención de la mujer que esperaba apartada a un lado, nerviosa, para poder hablar con su *laird*.

—Señor. —Se apresuró a acercarse presentando sus respetos en cuanto llegó a su lado.

Kenneth hizo un gesto para que lo siguiera al interior del castillo, para que nadie fuera testigo de la conversación que necesitaba tener en ese mismo instante. Bonnie siguió sus pasos con todos los guerreros de su guardia a los lados.

Los que habían llegado junto a Kenneth se preguntaban dónde demonios estaba su señora, los que se habían quedado a cargo de las tierras, tenían cara de resignación sabiendo que su *laird* reaccionaria mal en cuanto supiera dónde se encontraba y la decisión que había tomado. No habían podido impedirlo, menuda era la joven cuando tomaba una decisión.

—Habla —le ordenó Kenneth a Bonnie en medio del gran salón.

—Señor, su esposa partió hace dos días a las tierras Sinclair para encontrarse con su familia. Esperó un tiempo prudencial por si usted regresaba, pero quería notificarles algo y decidió partir sabiendo que si usted llegaba no tardaría en ir a su encuentro.

El rugido que salió de la garganta de Kenneth retumbó entre todas las paredes del castillo, haciendo que Bonnie se encogiera y sus guerreros aguantaran el tipo ante su arranque.

—Insensata, irresponsable… —empezó a decir con voz elevada sin dejar de moverse por todo el salón, nervioso ante la posibilidad de que pudiera sucederle algo.

—No sabíamos cuánto tiempo os retrasaríais y la ansiedad pudo más con ella. —Se justificó Gareth.

—El que va a poder con ella soy yo en cuanto la tenga delante —gruñó Kenneth—. ¿Y vosotros? ¿No fuisteis capaces de impedirlo? —Encaró a Bob, Gareth, Steven, pero sobre todo a William al que había dejado el mando principal.

—¿En serio piensas que eso es posible? —respondió William levantando una ceja— Sabes cómo es, nos lo hubiera impedido ella, de hecho, lo hizo —negó con la cabeza—. No quería que dejáramos desprotegido al clan.

—No tienes de que preocuparte, ha partido con tu padre, con Michael y Ramsey, junto a pequeño grupo de guerreros que eligió William a conciencia, con sus hermanas, May, Maureen y con Lorna. —Quiso tranquilizarlo Bob.

—No me digas de lo que tengo que preocuparme. —Sus palabras sonaron cortantes sin dar opción a que ninguno se pronunciara más—. En una hora partimos —ordenó—. William, encárgate de poner al mando del clan a Athol, os quiero a todos conmigo —volvió a ordenar teniendo plena confianza en el guerrero que nombró—. Cabeza de piedra, que es una cabeza de piedra, cuando la coja… —Salió del salón gruñendo y repitiendo esas palabras sin

cesar, dejando a todos en el salón con una sonrisa de oreja a oreja por sus últimas palabras.

Oh sí, sabían lo que sucedería en cuanto la encontrara, la batalla estaba servida y no saldrían de la estancia hasta que no dejaran claras sus posturas en las que los dos saldrían vencedores al final, de eso daban buena cuenta. Ante esos pensamientos salieron todos del gran salón a seguir con sus quehaceres para prepararlo todo para la inminente partida, con varias carcajadas provocadas por las últimas palabras de William.

—Pues no ha ido tan mal ¿no?

Kenneth entró en su estancia, se acercó a la jofaina y se aseó del largo viaje. En cuanto acabó se dejó caer en el lecho que compartía con su esposa donde más rabia le entró, al no haberla encontrado para recibirlo. Esa muchacha no sabía todavía quién mandaba ahí, se lo haría entender una y otra vez en cuanto le diera alcance. Demonios, con las ganas y necesidad que había vuelto de tenerla entre sus brazos y perderse entre la humedad de su entrepierna como había necesitado durante todo el tiempo que había estado fuera.

Al menos podía estar tranquilo por la compañía y protección de su padre, de Michael, de Ramsey y de los guerreros que había elegido William para que la acompañaran, sabiendo que estaba bien protegida, pero aun así… necesitaba ser él el que estuviera a su lado, gruñó removiéndose entre las sábanas.

Ideando la reprimenda que le daría no pudo evitar que una sonrisa apareciera un su rostro, sonrisa que se amplió con nostalgia ante la necesidad de tener su contacto otra vez. Se conformaba en ese instante con rodearla entre sus brazos, escuchar su voz y conversar sobre el lecho abrazados, explicándole las novedades que se avecinaban y con las que ella pondría el grito en el cielo.

Tenía que meditar bien la forma en la que se lo notificaría, si a él le había costado digerirlo se hacía una idea de cómo reaccionaría su esposa. Al menos

se quedaría tranquila con respecto a su hermana y la casi decisión que había querido tomar su rey, siendo fallida al final.

Eso ya era motivo de alivio sabiendo que no hubiera tenido consuelo ni nada la hubiera frenado para evitar un enlace de esa envergadura. Pensando en todo, pero sobre todo atrayendo a su mente a Eileen, cerró los ojos y dejó que la semiinconsciencia del sueño lo atrapara por lo cansado que se sentía al haber hecho un largo recorrido casi sin descanso. Al menos durante un breve espacio de tiempo pudo relajarse, el justo hasta emprender la marcha de nuevo con destino a las tierras Sinclair, con un objetivo claro, su mujer.

Capítulo 5



Eileen no pudo evitar que sus labios se curvaran y sus ojos se iluminaran en cuanto entraron en el territorio Sinclair, el que fue su hogar desde que nació a pesar de permanecer apartada de él durante un largo periodo de tiempo forzado, el que seguía guardando en su corazón. Con las ganas y la ilusión de un nuevo encuentro con su padre, hermana y de toda la gente que añoraba, espoleó a su caballo hasta llevarlo al límite.

—Muchacha dadle tregua a vuestra yegua —le pidió Ramsey siguiéndola de cerca.

—¿Por qué habría de hacerlo? A ella le divierte tanto como a mí —rio Eileen mientras daba varias caricias a Hera, nombre que le puso a su yegua en cuanto la vio por primera vez pasando desapercibida en los establos de su esposo y con la que había creado un vínculo especial.

El animal como si supiera lo que quería su dueña apretó la carrera ante las carcajadas de Eileen y las protestas de Ramsey, tomando cada vez más distancia del resto del grupo con Donald Buchanan al frente, al que en un momento dado Eileen miró desde la lejanía y comprobó la sonrisa que cubría su rostro ante la situación.

Llegado a un punto, en lo alto de una colina, aminoró la velocidad hasta frenar su avance a la espera del resto, para entrar por las puertas del castillo Sinclair todos juntos, el que sus ojos observaban desde la distancia con añoranza y con un sentimiento doloroso por el pasado que tuvo la desgracia de vivir.

—Sabes que Kenneth si ha vuelto al hogar habrá puesto el grito en el cielo ¿no es así? —La miró de reojo Ramsey.

—¿En serio? —Se giró hacia él Eileen—. Yo no he escuchado nada si así ha sido, a mis oídos no ha llegado —soltó una risilla.

—Ah muchacha, no tienes remedio —negó con la cabeza, divertido.

—No sabemos si eso ha sucedido, puede que su regreso se demore en el tiempo y yo tenía ganas y necesidad de estar con mi familia —le sonrió Eileen dejando ver su parte inocente, solo dejándola ver porque Ramsey sabía lo que quería conseguir con ello.

—Pequeña, tendrás un serio problema cuando Kenneth se presente aquí. —Levantó una ceja—. Y nosotros con él, por no frenarte. No te va a servir de nada esa cara de inocente.

—¿Cuándo habéis podido frenarme? —sonrió Eileen con cariño—. No te preocupes más, me encanta cuando mi esposo intenta hacerme ver quién manda, solo intenta porque sabemos quién manda realmente —dijo acercándose a él a modo de confidencia.

La carcajada de Ramsey resonó fuerte provocando una gran sonrisa en Eileen. Momento en el que el resto del grupo llegó hasta ellos dispuestos a recorrer la última distancia que los separaba de la fortaleza.

—Muchacha, conspirando contra mi hijo —comentó Donald divertido.

—¿Yo? Amo a su hijo desde… —Empezó a excusarse Eileen.

—Desde que erais unos mocosos, no hace falta que lo utilices para justificarte —rio Donald—. Estoy deseando la aparición de él en estas tierras.

—¿Por algún motivo en especial? —Quiso saber Eileen divertida.

—Porque es el *laird* y… —comenzó su explicación Donald, sabiendo lo que el significado de las pocas palabras que empezó a decir provocaría en ella, y así fue, al no dejarlo terminar.

—¿Todavía se creen esas palabras? —preguntó Eileen a Ramsey, arrugando el gesto.

—Por lo visto sí —respondió él intentando no reír.

—Será un gran espectáculo —rio Michael sin poder contenerse como el resto.

La mirada de Eileen cambió, sus labios se curvaron en una sonrisa que contagió a sus hermanas que se acercaron en ese mismo momento, hasta que soltó una carcajada provocando la alegría en todos mientras espoleaba a su yegua, acortando la distancia que la separaba de su familia.

En cuanto traspasaron la puerta principal, el *laird* James Sinclair esperaba impaciente la llegada de su hija pequeña, al haber sido avisado de que se aproximaban, junto a su hija mayor Kirsty, impacientes los dos en el patio central.

Todos desmontaron ante el grito de alegría de Eileen que se acercó corriendo hacia su familia, fundiéndose en un fuerte abrazo con ellos, ante la mirada sonriente de Arthur, el comandante del *laird* Sinclair, al que no tardó en acercarse Eileen mostrando el cariño mutuo que se tenían. De igual manera hizo con el inseparable Alec de su hermana, que la seguía protegiendo al igual que Ramsey a ella.

—¡Qué alegría hija! —le sonrió su padre.

—Hermana, tenía tantas ganas de verte. —La cogió de las manos una emocionada Kirsty—. Se me estaba haciendo muy larga la espera hasta la reunión de los clanes. —La abrazó.

—Yo también estoy feliz y tenía las mismas ganas —dijo Eileen con los ojos humedecidos.

A pesar de haber pasado un tiempo, a Eileen todavía le costaba contener sus emociones, emociones que se acrecentaban al estar en sus tierras, junto a su padre y hermana a los que creyó no volver a ver en el pasado.

—¿Y Kenneth? —preguntó su padre, James, mirando extrañado a todos los que habían llegado junto a su hija, mientras se acercaba a su gran amigo Donald y se fundían en un fuerte abrazo.

—Mi hijo está de viaje —respondió Donald—, su llegada no se hará esperar. —Miró de reojo a Eileen—. Estaremos más días con vosotros.

—¡Qué bien! —se emocionó Kirsty— Podremos disfrutar de más tiempo juntas, no solo de los días que dure el encuentro con el resto de los clanes, y para ello aún falta.

—Esa era la intención —le sonrió Eileen abrazándola.

—No creo que mi hijo sea de la misma opinión — carraspeó Donald captando la atención de todos.

—No lo sabe —confirmó James seguro de estar en lo cierto.

—No amigo, no lo sabe, será toda una sorpresa cuando cruce las puertas de su hogar y no encontrar a su esposa para recibirlo —explicó intentando no reír.

—Ya veo. —Levantó una ceja James mirando a su hija.

—No pasará nada. —Cruzó las manos por encima de la falda de su vestido Eileen, inocentemente—. Seguro que se alegra de la decisión que he tomado. —Los miró a todos.

—Claro. —Tosió Ramsey—. Estará feliz con tu partida.

—Hija, tendrías que haber tenido paciencia con la espera —negó sonriente James, sabiendo lo que su acto supondría en breve.

—Padre, no sabíamos cuando volvería, ¿qué mejor que disfrutar rodeada por vosotros hasta su regreso?

—Mi hermana tiene razón —dijo Kirsty apretando el agarre en su hermana, mostrándole el único apoyo que parecía tener—. Su esposo la adora, estáis dándole demasiada importancia.

Sus palabras tuvieron que sonar tranquilizadoras para Eileen, pero fue todo lo contrario haciendo que ella frunciera el gesto de su cara.

—Yo no estaría tan segura —soltó varias risillas May.

—Tú deberías estar de mi parte. —La señaló Eileen mirando de reojo a Lorna, viendo como también tenía algo que decir al respecto.

—Y lo estoy —rio May—. Siempre, pero la realidad no tardará en llegar.

—No habrá problema en ello, estáis exagerando —habló Maureen quitándole importancia, pero su actitud dudosa tampoco correspondía con sus palabras mostrando la inseguridad que sentía.

—Dejadlo ya —exigió Eileen cruzándose de brazos, empezando a enfadarse ante la actitud de todos—. Hermana —dijo mirando a Kirsty—, vamos, tengo muchas cosas que contarte. —Se le iluminó la mirada, emocionada.

—Sí, no perdamos tiempo, no sabemos de cuanto dispondremos antes de que aparezca tu esposo y te secuestre —soltó una carcajada Kirsty, haciendo ver la realidad por primera vez, contagiando al resto.

—Corred, se os acaba el tiempo —dijo divertido Arthur.

—Estáis haciendo que mis nervios se alteren —reprendió señalándolos a todos con cara seria Eileen—, pensé que os alegraría mi decisión.

—Y nos alegra hija, claro que lo hace. Pero el *laird* es… —Las palabras de James quedaron interrumpidas.

—Ah no, padre, Kenneth es *laird* de su clan no mío. Yo soy su esposa —aclaró decidida ante la mirada divertida de todos.

Su hermana Kirsty tiró de ella hacia el interior del castillo sin poder dejar de reír, seguidas por May y Maureen, las otras dos hermanas de Eileen, desapareciendo las cuatro en el interior del hogar.

—No tardará en llegar ¿verdad? —Quiso saber James dirigiéndose a su amigo.

—Oh, no, volará hasta aquí —soltó una carcajada Donald contagiándolo.

La llegada del resto del clan Buchanan con Kenneth a la cabeza se daría más pronto de lo que se imaginaban. Un encuentro que sería divertido al ver a la pareja en acción.

James Sinclair añoraba no poder presenciar más a menudo esos momentos entre ellos, esos que ninguno de los dos podía evitar por sus caracteres. Sí, sería divertido, pensó sonriente, emocionado por la llegada de su pequeña y feliz ante lo que presenciaría en breve, detalle que a ninguno preocupaba. Su hija no cambiaría nunca y no dudaba de que, con su genio, sus acciones y sus decisiones tendría siempre entretenido a su esposo.

Benditos fueran y mantuvieran ese amor que se procesaban tan candente como siempre, fue lo último que pasó por la cabeza de James antes de entrar en el gran salón con los recién llegados para que descansaran y pudieran saciar la sed a falta de poco tiempo para la comida, una comida que sería una reunión especial ese día, llena de alegría.

Capítulo 6



Kirsty disfrutaba de los últimos rayos del sol del día. Sentada en la hierba se dejaba envolver por ellos y por el aroma que desprendía la verde pradera que había elegido para alejarse un poco en soledad. Quería aprovechar todo el tiempo posible junto a su hermana, pero siempre le sucedía, se sentía un poco sobrepasada al menos las primeras horas. No podía evitar que sus encuentros trajeran a su mente todo por lo que tuvieron que pasar.

—¿Todo está bien? —Escuchó la voz de Alec, su protector.

La figura de él apareció ante sus ojos, rodeándola. A ese gran guerrero de su padre no podía definirlo de esa manera como la mayoría hacía. Él era más que su protector, era su familia, el hombre que la mantuvo con vida, la crio y por el que sentía devoción, siendo mutuo el cariño que se procesaban y los sentimientos que atesoraban.

—Sí —susurró Kirsty, sonriendo y girándose hacia él—. No tienes que preocuparte, he aprovechado ahora que mi hermana descansa, no tardaré en ir a buscarla.

—Llevo un largo tiempo observándote desde la distancia… solo quería asegurarme, demasiadas emociones.

Kirsty amplió su sonrisa con cariño, desde la noche que tuvieron que abandonar su hogar precipitadamente siendo ella una niña, escapando de la masacre a su clan, Alec no se había separado de ella en ningún momento creando un vínculo fuerte de unión entre ellos. Solo necesitaba observarla un

poco para saber sus cambios de ánimo, como había sucedido en ese momento que había esperado para acercarse hasta ella, dándole su momento de soledad.

—Sabes que siempre me sucede, pero en breve pasará y disfrutaré como requiere la ocasión —asintió convencida haciendo que Alec imitara su gesto, sentándose a su lado.

—También serán unos días alegres con la llegada en breve de los clanes MacLeod, MacKenzie y Sutherland, no me cabe duda.

A Kirsty no le pasó desapercibido el tono diferente que utilizó para referirse al clan MacLeod, destacándolo del resto y poniéndolo a la cabeza. Motivo por el que lo miró de reojo durante unos segundos para centrar rápido su vista al frente. Fue un gesto inconsciente, nervioso, que Alec esperaba y sonrió por ese motivo.

—Lo serán, sí —respondió distraída, queriendo dejar la conversación.

—A mí no me engañas —carraspeó él.

—No sé a qué te refieres. —Siguió disimulando mientras su mano acariciaba la hierba que tenía al lado.

—Pequeña —dijo haciendo que lo mirara, encontrándose con una sonrisa por parte de Alec—, te conozco mejor que nadie, de hecho, soy el único que se dio cuenta en un breve espacio de tiempo de lo que sucedió. —Levantó una ceja.

—Oh, no sabes lo que dices, déjalo ya ¿Qué sucedió? —Se cruzó de brazos Kirsty.

—Para no saberlo, tú has entendido demasiado rápido el significado de mis palabras. —Amplió la sonrisa Alec—. ¿Cuándo vas a admitir que sentiste algo cuando tus ojos vieron por primera vez al *laird* MacLeod? —Se giró hacia ella elevando una ceja, prestando atención a todos los cambios de su

expresión—. Sé que te temblaron las piernas en cuanto vuestras miradas se cruzaron, por la intensidad que sentiste por parte de él y lo que se formó en tu interior.

—¡Qué dices! —Pegó un pequeño grito la joven, tapándole la boca, mirando alrededor.

—Estamos solos. —Su voz quedó amortiguada por la mano de ella, gesto que le provocó una carcajada al ver su expresión de agobio.

—No vuelvas a decir algo así, mi experiencia en la vida no ha sido buena en ese aspecto y no quiero ni pensar… —negó con la cabeza Kirsty, separándose de él— Mi mala decisión casi nos cuesta la vida.

Su mirada se cubrió de tristeza, una tristeza provocada por los recuerdos de un pasado que había hecho todo lo posible por olvidar, sin conseguirlo. No, no podía sentir nada por nadie, no podía dejar siquiera que su corazón albergara ningún tipo de sentimiento ya que se prometió que así sería por el miedo que sintió.

—A lo que haces referencia no tiene nada que ver… son dos casos y situaciones totalmente diferentes. Iain jamás actuaría con malas intenciones, pequeña. Acepta lo que es y todo seguirá su curso bien. —La agarró de una mano, apretándola, mostrándole sin palabras lo que Kirsty ya sabía, que nunca la dejaría sola, ni se separaría de ella.

—Sé que no puedo compararlo… de hecho, no conozco al *laird* MacLeod personalmente más que los pocos ratos compartidos desde la distancia, pero solo con escuchar las palabras de mi padre cada vez que lo nombra por algún motivo y la de todos nuestros seres queridos sobre él, sé que es un hombre honorable. —Se sonrojó.

—Confía en la gente que te quiere, no podemos estar todos equivocados. Me consta el gran hombre que es Iain MacLeod, créeme que si no fuera así no estaría teniendo esta conversación contigo, yo mismo me encargaría de

llevarte bien lejos de él si se diera el caso, no sin antes arrebatar la vida de quien osara hacerte daño, como ya hice en una ocasión…

La mirada de Kirsty se nubló por las palabras serias y ciertas de Alec, por su determinación sabiendo que no dudaría en llevar a cabo lo que había dicho, cada vez que fuera necesario. Al verla en ese estado tiró de la mano de ella atrayéndola a sus brazos, consolándola ante las emociones que la asaltaron en ese instante por los recuerdos.

—No lo sabe nadie más ¿verdad? —susurró él, dándole un beso en la cabeza.

Ante el gesto de negación de Kirsty, Alec permaneció en silencio, un silencio necesario entre los dos que los llevó a unos recuerdos que les pesaban. Apretó su agarre y Kirsty se dejó consolar, necesitando en ese momento el cariño del que consideraba como un segundo padre, a pesar de que su edad no correspondía para serlo respecto a ella.

Fue inevitable que sus mentes viajaran a través del tiempo, tres años atrás, con una Kirsty llena de ilusión e inocente cuando conoció a un joven con aparentes intenciones nobles. Aparentes, porque lo que en un principio fue idílico ante sus ojos, acabó convirtiéndose en una pesadilla para ella.

Había llevado una vida tranquila y apacible junto a Alec, así había conseguido él que fuera siempre en los hogares que consiguieron formar entre los dos. A pesar de ir de un lado a otro los primeros años, a Kirsty nunca le faltó esa sensación en el lugar en el que estuvieran, donde el cariño y el amor eran los pilares fundamentales que nunca les faltó.

Hasta que consiguieron asentarse en unas tierras que les dieron el cobijo y la protección que necesitaban, alejados de miradas y pasando todo lo desapercibidos que la ocasión requería. No había sido fácil para ella al ser muy consciente de las habladurías que su situación provocaba, siendo señalada e incluso increpada al ser una joven sin un vínculo de unión con Alec, pero consiguió superar su reticencia a dejarse ver cuando él se sentó frente a ella dejándole claro que nada tenía que temer, ni mucho menos tenía

que hacer caso de personas que no conocían la realidad. Ellos la sabían, no hacía falta más.

Pero poco les duró la tranquilidad cuando una noche tuvieron que volver a huir del que había sido su hogar durante un largo periodo de tiempo de siete años. El motivo fue, que un mes antes de esa noche en la que tuvieron que desaparecer, en los pocos días que Kirsty se dejaba ver entre la gente del lugar, mientras se hacía con unas provisiones, coincidió con un joven de mirada sonriente. Ese fue el principio de lo que sucedería después, destapando las verdaderas intenciones de ese hombre que se presentó ante ella intencionadamente, detalle que no supo hasta que fue demasiado tarde.

Al no conocer a la gente del lugar, nada la hizo desconfiar de la situación cuando al cargarse demasiado, sus manos no pudieron soportar el peso de lo que portaba con ella y acabó todo sobre sus pies. Duff, que así fue como se presentó el joven, se acercó hacia ella prestándole ayuda, iniciando una mentira que le pesaría tiempo después.

En ningún momento el muchacho se mostró reticente por entablar conversación con ella como solía sucederle, a pesar de que todos hablaban de la joven que vivía junto a un hombre a las afueras. Kirsty se sintió bien ante su presencia y la aceptación que le dio, sin embargo, Alec se mantuvo vigilante y distante sin confiar, algo en ese joven lo hacía estar en alerta constante, una alerta que disimuló sin bajar la guardia al ver la ilusión en la mirada de Kirsty.

Un periodo breve de tiempo transcurrió en el que el joven se acercaba al hogar de ellos para disfrutar de tiempo juntos, ante los ojos de un Alec que no perdía el contacto en la distancia. Las emociones se fueron acrecentando para Kirsty, unos sentimientos que a Alec le pesaron como una losa al no estar tranquilo con la situación.

Kirsty cerró los ojos con fuerza en el presente, por el vivo recuerdo de la imagen de ese hombre, como si lo estuviera reviviendo en ese mismo instante bajo los brazos protectores de Alec. Un escalofrío la recorrió entera al volver a sentir como se vio, sin previo aviso, desmadejada sobre la hierba, recreando

en su mente unas palabras que quedaron grabadas para siempre en su memoria.

El sonido de esa voz que le provocaba escalofríos llegó a ella alta y clara, oyendo sin cesar en su cabeza lo que escuchó salir de sus labios aquel atardecer en el que todo cambió… «*ya va siendo hora de que me des los servicios que proporcionas, bastante lo he alargado y desperdiciado mi tiempo, no ha estado mal pensando en que te ofrecerías tú misma, pero hasta aquí he llegado, es hora de la verdad»*. Por aquel entonces se quedó tan paralizada sin comprender el cambio de tono de su voz y el significado de lo dicho, que no supo reaccionar quedando a la merced de ese joven que se lanzó sobre ella.

A cierta distancia de su hogar, resguardados entre los árboles, nada le hizo presagiar esa posibilidad mientras los dos compartían una conversación animada, sorprendiéndola cuando el verdadero interés del joven hacia ella salió a la luz. Sintiéndose sobrepasada por la situación, su cuerpo quedó tumbado e inmovilizado ante unas risas que no supo identificar al mantenerse escondidas entre la vegetación, como bien escuchó procedente de varias voces.

Pánico fue lo que sintió cuando las manos de Duff la despojaron de la falda de su vestido, arrastrándola hacia arriba, preguntándose una y otra vez cómo había podido equivocarse en su intuición con ese hombre y bajar sus defensas, rezando, llamando a gritos mentalmente a Alec, viendo cómo varios hombres salían de su escondite rodeándolos ante el espectáculo.

Con la mirada nublada en lágrimas reaccionó presentando batalla, sin conseguir nada dada la diferencia de fuerza con su enemigo. Después de varios golpes recibidos que la dejaron sin fuerzas para poder defenderse, pensó que la vida le daría otro duro golpe, lo que no sucedió ante el rugido de Alec que provocó más lágrimas en ella, pero esa vez por un sentimiento totalmente diferente, de alivio.

Cuando Alec apareció, con su espada en la mano, fue librándose de los que consideraba enemigos en un duro combate al estar en inferioridad de condiciones, del cual salió vencedor pero muy malherido. Detalle que no

evitó que, cuando se hubo deshecho de todos, se lanzara sobre el cuerpo de Duff al haberse quedado inmovilizado por la impresión, apartándolo de Kirsty.

La rabia y el asco que sintió Alec quedaron reflejados en todos los golpes que sus puños fueron incapaces de frenar y en la estocada final que puso fin a ese momento. Kirsty solo pudo gritar por el miedo que sintió por Alec, un miedo que terminó en cuanto él la levantó del suelo entre sus brazos a pesar de su oposición por las heridas que sufría y corrió por última vez al que dejaría de ser su hogar.

Fue una vivencia que le costó mucho tiempo superar a Kirsty, si antes era reacia a mostrarse y salir de la protección de Alec, a partir de ese instante le costó recomponerse de todas las emociones que había vivido, con un Alec malherido que consiguió recuperarse con la ayuda de una pareja que los acogió sin hacer preguntas hasta que estuvo recuperado, ayudando en su curación.

Sabía que aquello que sintió no fue amor, y aunque hubiera nacido al principio algo nuevo y desconocido dentro de ella, fuera lo que fuese sus ilusiones acabaron muriendo en el mismo momento en el que ese hombre mostró su verdadera cara. Con ese recuerdo tan doloroso, jamás pensó que su cuerpo reaccionaría de la manera en la que lo hizo cuando una sensación cálida nació en su interior, en cuanto sus ojos se encontraron con los de Iain MacLeod el día en el que ella y Alec regresaron a su verdadero hogar, las tierras Sinclair.

Se sintió tan reconfortada ante su presencia, tan nerviosa, detalle que ocultó ante la mirada de todos… menos para la de Alec. No sabía lo que había significado, lo único que tenía claro es que con solo escuchar mencionar su nombre o el de su clan, algo dentro de ella se alteraba.

—Eres una joven preciosa, es normal que el *laird* MacLeod posara los ojos sobre ti. —Le acarició la espalda Alec, haciéndolos volver de los recuerdos.

—No quiero ser vista de esa manera, no lo soy… tampoco sabes si estás en lo correcto —dijo soltando un suspiro mientras se incorporaba sentada,

provocándole una sonrisa ante las ganas escondidas de que ese dato fuera real —. Alec…

—¿Sí?

—Crees que alguna vez… —Bajó la mirada cabizbaja.

—No tienes de qué preocuparte, ya lo hemos hablado muchas veces. —Se levantó ofreciéndole la mano, quedando los dos de pie.

—Sabes lo que escuchamos mientras te recuperabas… ese hombre no murió, consiguió salvarse inexplicablemente y si algún día quiere venganza…

—Si la quiere que venga a por ella —sonrió con ironía Alec—. Pequeña, ese hombre no tiene nada que hacer y créeme que, si alguna vez se me da la oportunidad de volver a tener frente a mí a ese miserable, no tendré piedad y me aseguraré de que no vuelvas a tener que preocuparte por ello. Ahora estás bajo la protección de tu padre y de todo tu clan…

—Y la tuya.

—Esa nunca te faltó ni te faltará, pase lo que pase, siempre estaré a tu lado.

Ante la rigidez y gesto serio de Alec, Kirsty no pudo evitar sonreír con cariño, sabiendo lo ciertas que eran sus palabras.

—Vamos a prepararnos para la cena. —Se agarró de su brazo ella, sonriendo—. No falta mucho y quiero disfrutar un tiempo con mis hermanas.

—Esa sí que es una buena opción —le devolvió la sonrisa él.

Los dos recorrieron con calma el camino que los llevó de vuelta al interior del castillo, en el que en cuanto Kirsty entró subió corriendo las escaleras al encuentro de sus hermanas. Al igual que Eileen, su hermana de sangre, ella

había acogido a May y Maureen de la misma manera, convirtiéndose las cuatro en hermanas de corazón.

Alec siguió todos sus pasos hasta que su figura se perdió en la planta superior. Soltando un suspiro giró con la intención de salir para prepararse para la cena, cuando una voz lo frenó.

—Gracias por devolverle la tranquilidad y la sonrisa a mi hija.

La voz de su *laird*, James Sinclair, sonó desde la derecha, refugiado por la oscuridad. Alec miró en esa dirección sonriendo agradecido, siendo consciente sin que Kirsty se hubiera dado cuenta, que durante un tiempo su padre había sido testigo desde la distancia de como él la reconfortaba. Asintió y le quitó importancia con un gesto con el cual se despidió saliendo de allí.

La mirada del *laird* Sinclair se dirigió hacia las escaleras, sabía que había algo que perturbaba a su hija, la había observado a conciencia y el único que conseguía devolverla a él, una y otra vez cuando los miedos florecían en ella, era Alec, al que consideraba más que uno de sus guerreros de confianza, al igual que le sucedía con Ramsey, los dos que se hicieron cargo de la protección y la vida de sus hijas.

Capítulo 7



En un lateral de castillo, apartados y resguardados por la privacidad que el lugar les proporcionaba, Eileen y Ramsey hacían sonar sus espadas con el contacto de ambas sin descanso, cortando el silencio. Mientras entrenaban o se divertían, como le gustaba decir a Eileen, sus hermanas conversaban tranquilamente próximas a ellos. A pesar de ser media mañana, el día estaba oscurecido presagiando la tormenta inminente que no tardaría en desatarse.

—Será mejor que lo dejemos por hoy —comentó Ramsey con la respiración desacompasada, después del último ataque de Eileen, elevando su mirada hacia el cielo.

—¿Haciendo retirada antes de tiempo? —sonrió Eileen en posición de ataque.

—Muchacha, no llames al mal tiempo —gruñó él.

—Ese ya lo tenemos encima —rio Eileen.

La respuesta de él quedó silenciada ante el sonido que llegó a sus oídos. Un grupo se aproximaba hacia ellos y por el retumbar de los cascos de los caballos supo quién no tardaría en aparecer.

—¿Para qué hablas? —Levantó una ceja Ramsey—. Kenneth acaba de llegar —sonrió divertido.

Eileen soltó un grito de alegría y salió corriendo hacia el centro del patio, dónde en ese instante una docena de guerreros Buchanan entraban con Kenneth a la cabeza. Sus hermanas la siguieron al escucharla y ver su reacción, con un Ramsey que no pudo evitar que sus labios cada vez se curvaran más viendo desde la distancia como Kenneth hacía un recorrido con la mirada buscando a su objetivo.

Eileen frenó en su intento de acercarse a pocos metros de Kenneth, en cuanto sus ojos se encontraron con los de su esposo. Ladeó la cabeza intentando descifrar el grado de enfado de él, mientras sentía su mirada fulminándola, con gesto serio, mostrando el ánimo que lo acompañaba.

De pie, sin moverse, con su espada en la mano hacia abajo, siguió todos los movimientos de él mientras desmontaba de su caballo sin dejar de mirarla. No se movió cuando empezó a caminar hacia ella, no se inmutó cuando el brazo de él se elevó señalándola, y mucho menos mostró ningún cambio en su expresión al escuchar el gruñido que salió de su garganta.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer lo que has hecho? — Se dirigió a ella con voz cortante, parándose a poca distancia, reteniendo el impulso de cogerla entre sus brazos y juntar sus labios con los de su esposa, como le pedía todo su cuerpo.

—¿Qué se supone que he hecho? —Elevó una ceja Eileen, provocando que Kenneth volviera a gruñir—. Que yo sepa —replicó—, ha sido un viaje para reunirme con mi familia y esperaba el encuentro con mi esposo feliz.

Todos habían salido para recibir a los recién llegados y presenciaban la escena a cierta distancia, dándoles su espacio mientras sus miradas iban de uno a otro.

—No se te ocurra ir por ahí. —Dio un paso más acercándose hacia ella—. No tenías que haber abandonado nuestro hogar antes de mi llegada, tenías que haberme esperado.

—Eso lo dices tú. —Se cruzó de brazos Eileen sin soltar su espada, balanceándola con el movimiento—. No tengo que dar explicaciones de algo que no ha significado nada.

—¿Aún no lo entiendes? —Su tono de voz no admitía discusión, menos para Eileen que en esos casos sacaba aún más su genio, quedando a la altura de él—. Yo tengo…

—El que parece no entender eres tú. —Entrecerró los ojos ella, cortando que acabara de hablar—. Yo decido lo que hago y cuando lo hago. —Levantó su espada dejándola recta directamente hacia él, al ver como tenía intención de acortar la distancia que los separaba con furia—. Puedo pedirte opinión, pero como no te encontrabas en el momento de mi decisión tomé la que consideré mejor.

Varias exclamaciones de sorpresa se oyeron a su alrededor al ver el movimiento de Eileen y otros ni se inmutaron divertidos. La punta de su espada reposaba en el pecho de Kenneth, gesto que provocó que los labios de él se curvaran al verla sacar su genio.

—Hija. —Dio un paso al frente James sin mostrar preocupación, pero queriendo calmar un poco la situación.

—Todo está bien padre —sonrió ella para quitarle importancia, sin apartar la mirada de Kenneth— ¿A qué sí esposo?

—Mejor que bien —confirmó él, acompañando con un gruñido su respuesta, haciendo que ella ampliara la sonrisa.

—Dejemos a los jóvenes arreglar sus asuntos —habló Donald, acercándose a su amigo James—, les llevará un buen tiempo —soltó una carcajada dándole varias palmadas en la espalda.

Ante esas palabras James se giró con su amigo, no sin antes dedicarle una mirada a su hija que ella supo identificar perfectamente, pero por la que no

dio un paso hacia atrás, haciendo que su padre soltara un suspiro y negara con la cabeza con una sonrisa, sabiendo que no retrocedería.

El resto de los espectadores siguieron su ejemplo y se dispersaron, dejándolos solos, menos Ramsey que siguió a cierta distancia de ellos junto a la guardia personal de guerreros que habían llegado junto a Kenneth y las hermanas de Eileen que se mantenían expectantes ante el reencuentro.

—Dame tu espada muchacha. —Se acercó hacia ellos Ramsey—. Llegaréis a las manos de igual manera —intentó no sonreír.

—Oh eso no lo dudes, lo estoy deseando. —La desafió cortante Kenneth.

—Es lo más bonito que ha salido de tus labios desde que has aparecido ante mí. —Movió su mano Eileen acompañando a sus palabras, bajando la espada hasta la cintura de Kenneth, rozando su vestimenta de un lado al otro.

Él siguió su movimiento, viendo como acariciaba esa parte de su cuerpo, excitándolo más de lo que estaba al ver su reacción. En cuanto levantó su mirada encontrándose con la de su esposa, sus ojos se intensificaron y un fuego que la traspasó salió de ellos dejándola sin aliento.

—No hará falta que te de la espada. —Las palabras de Kenneth fueron rápidas al igual que sus movimientos ágiles, con los que se la quitó de las manos lanzándosela a Ramsey, pillándola de sorpresa al haberse quedado embobada por la intensidad que sintió de él.

Ramsey la cogió al vuelo y se giró soltando una carcajada.

—Muchachas el espectáculo ha acabado. —Se dirigió hacia Kirsty, Maureen y May.

—Si ahora viene la mejor parte —se quejó May.

—No seas entrometida —la reprendió su hermana Maureen, dándole un codazo en el costado.

Kirsty sonrió acercándose hacia Ramsey que las esperaba sin moverse.

—Creo que será mejor que hagáis caso a vuestra hermana —carraspeó Graham, atrayendo la atención de May.

Feliz porque la mirada del comandante y amigo íntimo de Kenneth se hubiera dirigido hacia ella, May pegó un pequeño grito y se dirigió hacia él con pasos rápidos, ante la atenta mirada de todos, con varias sonrisas apareciendo en sus rostros.

Graham arrugó el gesto al ver su reacción y giró tan rápido como ella se dirigía hacia él. De nada le sirvió ante las carcajadas de Ramsey y de sus amigos guerreros, cuando May se remangó la falda de su vestido y empezó a correr detrás de él, sin intención de perder una oportunidad de estar más cerca del hombre que alteraba su corazón.

—No lo sabía. —Se sorprendió Kirsty mirando la escena.

—No hace mucho —soltó un suspiro Maureen—. Está enamorada de él.

—Eso es lo que te ha dicho ella. —Se escuchó la voz de Eileen, que no se había movido de su posición ni desviado la mirada de Kenneth, que se mantenía como ella.

—¿Qué quieres decir? —Dio un pequeño grito Maureen.

—Muchacha, tu hermana lleva enamorada de Graham desde poco tiempo después de convivir con los Buchanan —negó Ramsey—. Tengo un serio problema si yo me he dado cuenta y vosotras no. —Elevó los ojos haciendo soltar una risilla a Eileen.

—Por lo visto todos éramos conscientes menos tu hermana Maureen —habló calmado Kenneth.

—¿Te diriges a mí? ¿Se te ha olvidado el enfado? —preguntó ilusionada Eileen por el cambio de su voz y la relajación de su cuerpo.

Kenneth sonrió interiormente al ver la emoción salir de sus palabras y de su mirada. Faena le estaba costando no cargarla sobre su hombro para desaparecer en el interior del castillo, lo que no tardaría en suceder.

—No muchacha, solo ha sido una tregua. —Elevó una ceja él ante el gesto resignado de Eileen.

—¿Y Graham lo sabe? —Miró a todos Maureen, intentando salir de su asombro.

—¿Por qué os pensáis que huye cada vez que aparece ella? —habló William divertido.

—Pero ¿tiene algún sentimiento hacia mi hermana? —Caminó hacia él.

—Ah, no muchacha, esos temas no voy a hablarlos. —Levantó las manos William haciendo retirada, girando y desapareciendo, seguido por todos.

Kenneth y Eileen siguieron en la misma posición cuando las últimas risas de sus amigos y familia se perdieron en el interior del castillo. Varias gotas de agua empezaron a caer sobre sus cuerpos cuando Kenneth acortó la distancia con ella.

—¿Sabes el miedo que he pasado? —habló tranquilo.

—No había motivo, todo estaba bien. —Agachó la mirada Eileen.

—Mírame —exigió él.

No pudo evitar sonreír al ver como no obedecía a su orden, haciendo solo el movimiento de elevar los ojos para ver su reacción, negándose a complacerlo. Con la cabeza agachada y los ojos mirando hacia arriba todo lo que la situación la dejaba, Eileen esperó a que volviera a hablar.

—Nada está bien, puede haber calma y podéis haber tenido suerte en no encontraros dificultades en el camino, pero eres consciente de todos los

ataques que sufrimos en nuestras propias tierras y algunos fuera de nuestro territorio. Los enemigos están al acecho ¿Qué hubiera pasado si eso hubiera sucedido? —Apretó la mandíbula Kenneth.

—Sé luchar, no tienes que preocuparte, lo sabes — contestó levantando la cabeza e irguiendo la barbilla—, y llevaba la mejor protección.

—No es suficiente —gruñó él—, no estaba yo.

—No lo estarás muchas veces, tus obligaciones te mantendrán ocupado y …

—Por eso mismo no volverás a salir de nuestras tierras.

—Si piensas que voy a aceptar eso es que no me conoces.

—Lo hago, por eso te lo voy a dejar claro todas las veces que sean necesarias hasta que entres en razón, para que no vuelva a suceder. —La atrajo hacia él, rodeándole la cintura con un brazo.

Eileen arrugó el gesto, mirándolo fijamente, atenta a todos sus movimientos. Tenía tantas ganas de mostrarle las ganas que había acumulado por tenerlo al lado, pero a la vez no pensaba darle la razón en algo que consideraba que era decisión de ella. Entendía su preocupación y se lamentaba por ello, pero toda su vida había vivido bajo una amenaza y nunca la había frenado, y no lo haría fuera cual fuera la situación.

—Suéltame —le pidió viendo sus intenciones—, no hemos terminado de hablar. —Se removió entre sus brazos y logró zafarse, gesto que él permitió, por el momento.

—Oh, sí, lo hemos hecho —respondió Kenneth dando la conversación por terminada.

Eileen dio un pequeño grito de impotencia y giró corriendo, alejándose de su esposo ante la carcajada que soltó él. No fue muy lejos cuando él le dio

alcance y la cogió, elevándola sobre su hombro ante las protestas de ella.

—¿Por qué tienes que hacer siempre lo mismo? —se quejó Eileen, dándole golpes en la espalda.

—Hago lo que quiero, cuando lo quiero, recuerda… soy el *laird* —le respondió él divertido ante el grito de rabia que soltó ella.

—Eres un tozudo, siempre solucionas todo de la misma manera —le recriminó mientras él avanzaba hacia el castillo bajo la lluvia que se había intensificado, entrando ante la atenta mirada de los padres de los dos.

—Y tú una cabeza de piedra y no sabes lo que me gustan las soluciones que pongo, estoy deseándolo. Señores —les habló en alto Kenneth a sus padres, sin parar su avance hacia las escaleras—, nos veremos para la cena.

Dos carcajadas se escucharon desde el salón, las de James y Donald, siendo conscientes del tiempo que los llevaría llegar a un acuerdo a los jóvenes ya que solo era media mañana, aunque dudaban que alguno de los dos cediera.

Kenneth se dirigió hacia la estancia que era de Eileen desde pequeña y abrió la puerta cerrándola tras de sí, acercándose al lecho dejó caer de golpe a su esposa que refunfuñó al saber que no podía hacer nada ante la fuerza y habilidad de él, y como le pesaba no salir vencedora.

—Tengo algo que decirte —soltó un pequeño grito cuando Kenneth la arrastró por el lecho, acercándola a él.

—Puede esperar —gruñó él—, yo también, pero ahora no será.

—Es importante. —Tragó saliva Eileen viendo cómo se desprendía de su vestimenta, quedando desnudo frente a ella—. Quiero decir que… ¿qué tienes que decirme?

—¿Distraída? —sonrió viendo como su mirada recorría todo su cuerpo, evitando responder a su pregunta en ese instante.

—Eh, sí, no… —comentó indecisa, haciéndolo sonreír— tengo algo que decirte, ese ha sido el motivo por el que no pudiera esperar para venir aquí, pero aun habiéndolo hecho, al final no he hablado con mi familia. Quería que fueras el primero en saberlo, bueno el segundo —explicó nerviosa.

—¿De qué se trata? —Quiso saber soltando un suspiro, sentándose en el lecho y atrayéndola hacia él, dejándola sentada sobre sus piernas— ¿Quién ha sido el primero? —preguntó ladeando la cabeza.

—Bonnie. Te he echado mucho de menos. —Se abrazó a él, dejando salir las ganas que tenía de su contacto, por fin.

—Y yo a ti pequeña. —La apretó entre sus brazos—. ¿Qué te inquieta?

Eileen se separó dirigiendo sus labios hacia los de él, pero se sorprendió ante la respuesta que obtuvo cuando frenó su avance. Sin comprender el motivo se sintió avergonzada.

—Si lo haces no voy a poder parar —le aclaró acariciando su pelo con una de sus manos, mirándola con cariño—. Si rozo tus labios no querré hablar hasta que consiga lo que estoy deseando, y no será rápido. —Elevó una ceja sonriendo al ver su gesto, dándole un beso en la punta de la nariz.

—Oh —se sonrojó al comprenderlo, haciendo que él ampliara la sonrisa.

—Empieza —le pidió Kenneth.

—¿El qué? —preguntó ida Eileen.

—Oh, muchacha, a hablar —gruñó intentando controlar las ganas que tenía de volver a tumbarla en el lecho y las ganas que estaba intentando reprimir hasta que le dijera lo que la preocupaba.

—Ah, eso, sí… —Desvió la mirada por unos segundos hasta que buscó otra vez los ojos de él—. El primer día que me sucedió ya no estabas, no quise darle importancia, hasta que fue continuo y en una de esas mañanas Bonnie apareció por nuestra estancia viendo la evidencia de que me pasaba algo.

—¿A qué te refieres? ¿Estás enferma? —La agarró de los brazos Kenneth, nervioso.

—Estoy en cinta. —Se le iluminaron los ojos a la joven, emocionada.

La expresión de Kenneth pasó por varias fases, del desconcierto hasta que asumió el significado de lo dicho, por la sorpresa al ser lo último que pensaba escuchar de sus labios y por la ilusión que se reflejó en su mirada emocionada, como la de ella.

Soltó entre un gruñido y un grito que Eileen no supo identificar, mientras pegaba su cuerpo al de él y se apoderaba de sus labios, juntándolos en un beso intenso que tenía intención de confirmar sin palabras lo feliz que lo había hecho. Se separaron con las respiraciones desacompasadas, juntando sus frentes.

—¿Te crea ilusión? —preguntó indecisa, viendo que no decía nada al respecto.

—¿No ha quedado claro? No sabes lo feliz que me has hecho, el regalo tan grande que acabas de hacerme, aparte de ti —susurró él acariciando sus labios, rozándolos y abriéndolos sin poder apartar la mirada de su boca.

—Siento haberme ido de nuestro hogar, pero al hablar con Bonnie y saber lo que me sucedía no pude retener el impulso de estar con mi familia y gritarlo feliz, estaba nerviosa. —Le acarició el rostro con amor.

—No me lo recuerdes —gruñó él—, y más sabiendo lo que sé ahora. ¿Cómo se te ocurre coger la espada en tu estado? —Agrandó los ojos, viendo como una imprudencia cómo la había encontrado.

—No hay problema en ello —sonrió Eileen—, sabes que en mi entrenamiento con Ramsey no saldré nunca lastimada.

—Pero él no lo sabe todavía ¿no? —negó Eileen como respuesta— podría haber sido muy fácil recibir un mal golpe, no piensas, si es que no piensas… —gruñó.

—No voy a dejar de hacerlo —aseveró separándose un poco, reacia a lo que sabía que estaba pensando él—, al menos al principio. Los golpes los ha recibido él —confirmó con una sonrisa traviesa—. Necesito ejercitarme y con quién mejor que con Ramsey.

—Conmigo —rugió él— y te lo voy a demostrar ahora mismo.

Kenneth se abalanzó sobre ella, dejándola tumbada y expuesta para él. Ese fue el inicio de que la ropa de ella desapareciera, fue la muestra de lo felices que se sentían ante la sorpresa recibida, y fue la mejor celebración que la ocasión merecía.

Durante varias largas horas sus cuerpos se fusionaron, sus jadeos y respiraciones descontroladas fueron música celestial para cada uno. El tiempo pasó entre esas paredes sin que ninguno tuviera la intención de separarse y dejar pasar ni una mínima capa de aire entre los dos, mientras el sueño les vencía por el agotamiento con Kenneth en su interior, negándose a perder el contacto con su Eileen, su esposa.

Nuevos cambios se avecinaban, nuevas emociones y experiencias llenas de alegría venían en camino en la vida de los jóvenes y de todos sus seres queridos, una felicidad que se enturbiaba un poco por el temor e incertidumbre de que todo saliera bien y tuviera el final deseado.

Capítulo 8



En las tierras MacLeod…

El pequeño Sloan estaba emocionado ante la partida inminente con su padre y un pequeño grupo de guerreros. Era la primera vez que salía de la protección del castillo y se sentía importante, la emoción lo había tenido sin poder parar quieto de un lado a otro, crispando los nervios de más de uno durante los últimos días. No dejó de decir a todo el que se encontraba la hazaña que iba a llevar a cabo. Era imposible que, a pesar de esa crispación, no acabaran sonriendo con él ante la emoción del pequeño.

El momento cada vez estaba más cerca e Iain lo tenía todo preparado para salir al alba, hora que cada vez se le echaba más encima. Sentado en el gran salón de su hogar frente al fuego, miraba como las llamas consumían el leño que ardía iluminando gran parte de la estancia, metido en sus pensamientos.

No había hecho el intento de encerrarse esa noche en su estancia, sabiendo que los nervios que se habían apoderado de él no lo dejarían descansar, todo lo contrario, se sentiría enjaulado y para evitar que su estado empeorara había optado por permanecer despierto, dejando bien escondido su nerviosismo ante los ojos de todos los miembros del clan, de todos menos para los que lo conocían a la perfección.

Como era el caso de Broc que traspasó a altas horas de la noche la puerta del gran salón dirigiéndose directamente hacia su amigo Iain, sabiendo dónde lo encontraría.

—Yo tengo varios motivos para estar inquieto, ¿cuáles son los tuyos? —le preguntó Iain una vez se situó a su lado.

—Tus nervios son los míos, ¿te parece poco? —contestó arrastrando una silla, sentándose al lado de su *laird* para pasar el tiempo de espera en compañía— Y no he aparecido antes porque sabía que necesitabas tu espacio.

—No deberías sentirte así. —Le dio un sorbo a la copa que sujetaba entre sus manos, Iain.

—¿Ha llegado a tus oídos los nuevos altercados que ha provocado Connie? —comentó Broc intentado distraerlo.

—Caillen me ha puesto al tanto, sí. —Apretó con fuerza la taza Iain—. En sí no ha sido para tanto, solo se le ha ido la lengua. En algún momento se calmará.

—¿Estás seguro? Algo me inquieta de esa mujer. La gente está rumoreando, ha corrido la voz de que está intentado poner en contra de ti a miembros del clan —gruñó Broc.

—Tranquilo, no lo conseguirá —sonrió con ironía Iain—. Esas personas han venido ante mi presencia para confiarme lo sucedido y han salido de aquí fortalecidos, no tiene nada que hacer. Pero estoy de acuerdo, tengo la misma sensación que tú, no le quitaré la mirada de encima, de hecho, he dejado a cargo a Kerr en mi ausencia para que no la pierda de vista hasta nuestro regreso. Al menos me tranquiliza llevarme a Sloan conmigo.

Iain soltó un suspiro incorporándose y se acercó a la mesa donde reposaba una jarra de vino, rellenó su copa e hizo lo mismo con otra que reposaba al lado para su amigo. Volvió sobre sus pasos, se la ofreció y volvió a sentarse.

No podía negar que era un hecho la inquietud que sentía referente a esa mujer, con el pensamiento de que en cuanto volviera de las tierras Sinclair tomaría las medidas necesarias hacia a ella. Por mucho que le pesara, tendría que ofrecerle una salida digna de su hogar y de sus tierras, no pensaba

soportar más salidas de tono y si no estaba a gusto bajo su protección, la puerta la tenía más que abierta para su partida. Había llevado demasiado al límite su obsesión y tenía que evitar como fuera que el mal fuera peor.

—Menudos días lleva el pequeño —negó con la cabeza Broc, divertido.

—Está emocionado, para él es una aventura —dijo Iain dejando la copa en el suelo de piedra, apoyando los codos sobre sus piernas.

—¿Y para ti? —Quiso saber Broc, intentando que fuera una pregunta sin doble sentido, lo que no consiguió.

—¿Para mí qué? —Lo miró de reojo Iain.

—¿Qué si estás emocionado y preparado para esta gran aventura? Porque no me cabe duda de que lo será también para ti. Vas a tener que controlarte mucho.

—Tus palabras no tienen sentido, no es la primera vez que piso las tierras Sinclair. —Volvió a fijar la mirada en el fuego.

—Dime algo que no sepa —carraspeó Broc—, reconoce de una vez que vas a tener que retener tus impulsos, que no sé si lo conseguirás…

—Diablos Broc, sé controlarme, tampoco es para tanto —gruñó Iain.

Su cuerpo cada vez estaba más en tensión con esa conversación y hacia donde la quería dirigir su comandante. No estaba preparado para responder a preguntas que ni él mismo sabia. ¿Qué si podía retener sus impulsos? Demonios, no era un animal, claro que lo haría… ¿o no?

Hasta sudores empezaron a recorrer el cuerpo el *laird* ante la ansiedad que le entró, y el calor del fuego que tenía a tan solo unos metros de distancia no le facilitó la faena de intentar controlar el nerviosismo que se apoderó de él. Las manos se le humedecieron y tuvo que retener el impulso de frotárselas

para no llamar más la atención de Broc y acabar escuchando de su boca que él tenía razón en sus dudas.

—Empieza a amanecer —confirmó Broc después de bastante tiempo en silencio.

Tiempo en el que ninguno había vuelto a hablar dejando pasar los minutos mientras bebían calmados ante el silencio que reinaba en todo el hogar. Poco tiempo después de sus palabras empezaron a escuchar el movimiento de las primeras personas encargadas del castillo, motivo por el que se pusieron en pie.

—Nos vemos en el patio, voy a despertar a Sloan y a prepararlo —comentó Iain dirigiéndose hacia la puerta el salón, perdiéndose en la oscuridad.

En cuanto abrió la puerta de la estancia de su hijo, no pudo evitar que una sonrisa apareciera en su rostro al verlo encima del lecho destapado y con toda la ropa del lecho por el suelo, como si hubiera librado una batalla durante la noche y hubiera salido vencedor apropiándose de él. Eso sí que era una hazaña y un combate, permanecer una noche entera con él.

Se acercó a él zarandeándolo con cuidado para que abriera los ojos, lo que hizo en cuanto escuchó la voz de su padre.

—Tenemos que partir ya. —Lo miró con cariño al verlo incorporarse, frotándose los ojos sin poder enfocar bien, a pesar de la poca claridad que entraba a través de la ventana que había cerca de él.

—No quería quedarme dormido. —Bostezó.

—Tenías que descansar, nos queda un largo camino. —Le frotó la cabeza.

—Pero no quería quedarme aquí y que partierais sin mí. —Se acercó a Iain.

—Pequeño, eso no hubiera pasado —negó con la cabeza sonriente, cogiéndolo entre sus brazos—. Te prometí que te llevaría conmigo, y ya sabes lo que significa una promesa.

—Sí, siempre me lo dices —asintió con convicción—. Son unas palabras dichas que se tienen que llevar a cabo cueste lo que cueste, con honor y lealtad.

—Eso mismo, siempre que des tu palabra, siempre que prometas algo… llévalo a cabo, hijo. —Le dio un beso en la cabeza—. Vamos, arriba; a prepararte para la ocasión.

—Yo puedo pa, soy mayor. —Pegó un salto del lecho haciéndolo reír, viendo cómo se movía de un lado a otro.

Una veintena de guerreros MacLeod salieron de la fortaleza del castillo con Iain a la cabeza llevando con él a Sloan, emprendiendo la marcha.

—Pa, yo quiero llevar mi propio caballo —dijo Sloan emocionado.

—Ya lo llevas, pero controlado en nuestro hogar. Llegará el día en el que vayas a mi lado con el tuyo propio, no tengas prisa por crecer pequeño. —Lo apretó contra él Iain.

—Quiero crecer ya, quiero convertirme en un gran guerrero como tú y manejar la espada como te he visto hacerlo. —Los ojos de Sloan se iluminaron ante la admiración que sentía por su padre.

—Para eso aún te queda, chico —rio Irvin que los seguía de cerca, junto a Broc. El resto estaba dividido, unos haciendo de avanzadilla para corroborar que el camino era seguro, otros en la retaguardia asegurando los pasos de su *laird*.

—No me queda tanto, ya manejo la espada de madera muy bien. —Quiso aclarar el pequeño.

—Sigue así y serás un honorable guerrero, hijo —sonrió Iain.

Sloan emocionado siguió hablando, sin poder frenar sus palabras por la emoción que le creaba el futuro que había formado en su cabeza, mientras miraba alrededor conforme avanzaban, viendo por primera vez otros paisajes diferentes a los que estaba acostumbrado.

Un día y medio les costaría llegar a las tierras Sinclair, tiempo en el que apenas se detendrían, solo lo justo para las pequeñas necesidades, mientras Sloan dormitaría y descansaría en los brazos de su padre.

Iain en ningún momento tuvo la intención de retrasar su avance, lo último que quería es que surgiera algún problema teniendo a su hijo junto a él y que pudiera verse envuelto en algún peligro.

En alerta sin aparentarlo, hicieron todo el recorrido sin incidentes hasta que pisaron en el tiempo calculado las tierras Sinclair.

El *laird* MacLeod frenó en lo alto de una colina, visualizando la fortaleza de sus amigos. Ya estaba allí y eso suponía demasiadas cosas para él que ya empezaban a pesarle. No fue indecisión el seguir avanzando, fue más una preparación para revestir su interior de indiferencia ante el reencuentro que se daría más pronto que tarde.

Broc se situó a su lado mientras Iain despertaba a Sloan que se había quedado dormido en el último tramo el camino. En cuanto notó la mirada de su amigo dirigió sus ojos al encuentro de los de él. Asintió decidido, sin necesidad de pronunciar ninguna palabra, y espoleó a su caballo cuando le notificó al pequeño que habían llegado, ante el nerviosismo de él y la expectación, contagiándolo con todas esas emociones, haciendo que su corazón cada vez bombeara con más fuerza según recortaba la distancia de la entrada principal.

Capítulo 9



—Bienvenido amigo —sonrió James Sinclair acercándose hacia el grupo MacLeod que acababa de traspasar las puertas de su hogar.

—Como siempre, un placer —respondió sonriente Iain, desmontando de su caballo con Sloan entre sus brazos.

—Bueno, muchacho ¡qué sorpresa! —Se ilusionó James al ver al pequeño.

Lo conocía de sobra dado que era habitual que visitara las tierras MacLeod por varios negocios que competían a los dos clanes, y por la amistad que los unía, de hecho, todos eran conocedores del pequeño y le tenían un gran afecto. Lo habían visto crecer sabiendo la historia que llevó a Iain a acogerlo bajo su protección, como su hijo.

—Señor, es un placer —repitió las palabras de su padre, serio y recto, mostrando sus respetos.

Varias risas amortiguadas se escucharon ante la respuesta de Sloan, provocando una gran sonrisa en Iain que intentó disimular.

—Así se habla hijo. —Posó una de sus manos en su pequeño hombro, haciéndole saber que estaba orgulloso de él.

—¿Lo he hecho bien pa? —Subió la mirada hacia él.

—Perfecto. —Le revolvió el pelo—. Vaya, veo que no soy el primero en llegar —dijo al ver a poca distancia a los Buchanan y a los MacKenzie.

—Kenneth llegó hace unos días y Cameron al anochecer de ayer —asintió James—. Pasad a refrescaros, tomaremos algo con calma mientras esperamos la llegada de Ewan. Me han notificado que ya está en nuestras tierras, no tardará en aparecer.

Iain asintió mientras sus guerreros se hacían cargo de los caballos, los que les darían encuentro en cuanto finalizaran su labor, todos menos Broc que los acompañó. Caminó siguiendo al *laird* Sinclair, con Sloan de la mano, acercándose al resto de sus amigos y fundiéndose en un abrazo con todos ellos, mientras el pequeño les explicaba emocionado todo lo que habían visto sus ojos, sin poder dejar de mirar hacia todos los lados prestando atención al castillo que para él suponía otra novedad.

El *laird* MacLeod no pudo evitar que su mirada hiciera un repaso por todos los que se encontraban en el patio antes de entrar en el interior del castillo, disimulando todo lo que pudo mientras buscaba a una persona en concreto, la que no consiguió localizar, motivo por el que soltó el aire que había retenido sin ser consciente de ello.

—Ha salido a dar un paseo, no sabía en qué momento apareceríais —dijo divertido James, captando la atención de Iain, desconcertándolo.

—¿Quién? —Cambió el gesto, sin entender a qué se refería su amigo.

James Sinclair soltó una carcajada no queriendo seguir por ese camino, al menos todavía. Iain sintió la mirada sorprendida de Broc a su lado, una mirada que solo él pudo identificar indicándole que estaba en el mismo estado que él. ¿Su amigo James era conocedor de lo que lo perturbaba? No, no podía ser… imposible ya que no había dado muestras de ello.

—Mis hijas, todas ellas, junto a Alec, Ramsey y Arthur. —Le dio una palmada James, cambiando el tono de voz para que se tranquilizara—. No han ido muy lejos, no tardarán en llegar.

—No hay problema, hay muchos días y momentos por delante —asintió Iain más tranquilo.

—No lo dudo muchacho, más de los que imaginas —rio contagiando a su amigo Donald Buchanan, ante la mirada sonriente de Kenneth y Cameron.

Iain arrugó el gesto ¿es que se había delatado en algún momento? Volvió a mirar a Broc que negó con la cabeza dándole con los ojos la respuesta opuesta a su gesto. Demonios, ¿cómo podía ser? Sin inmutarse y pasando por alto todo como si no supiera lo que habían dado a entender, entró en el interior del castillo. Necesitaba beber, diablos que necesitaba una jarra entera para él solo, para empezar.

La conversación en el salón se dirigió a como habían hecho el camino, poniéndose al día entre todos del tiempo que hacía que no se veían, ya que con sus amigos cuando estuvieron en la corte, poco pudieron hacerlo dándose encuentro el tiempo justo y necesario. Kenneth y Cameron se mantuvieron callados y al margen ante las preguntas de James y Donald, cuando quisieron saber cuál había sido el motivo por el que el rey había mandado a llamar a Iain ante él.

Por su parte, Iain, esquivó la pregunta después de varias copas de vino que habían conseguido calmar su interior. Prefería dejar ese asunto para hablarlo en la cena de esa noche, cuando Ewan, el *laird* Sutherland se encontrara presente.

—Señor. —Apareció en la entrada del salón Archie, uno de los guerreros Sinclair que controlaban la zona exterior—. El clan Sutherland se aproxima.

—Perfecto —asintió James incorporándose—. Señores, enseguida continuaremos con la conversación y vuestro descanso.

Caminó hacia el exterior seguido por todos para recibir a los últimos invitados que no tardaron en traspasar las puertas y hacer su aparición en el patio. En cuanto Ewan desmontó, Sloan salió corriendo hacia él, repitiendo

su nombre varias veces para captar la atención del *laird* que se giró al escuchar su inconfundible voz.

—Muchacho, qué mayor estás. —Lo cogió al vuelo Ewan.

Rara vez se le podía ver de esa manera, su estado habitual era de gruñón y pocas palabras, con el único que hacía una excepción era con el joven que conseguía sacar de él una parte a la que nadie estaba acostumbrado.

—Estoy creciendo muy rápido —asintió conforme.

—Ya lo ven mis ojos. —Caminó al encuentro de sus amigos.

—Bienvenido. —Le dio varias palmadas en el hombro James.

—Ya pensábamos que no aparecerías —comentó Cameron divertido.

—He llegado cuando acordamos —gruñó Ewan.

—Has sido el último —siguió Kenneth.

—Mi pa siempre dice que no importa el tiempo que se tarde en conseguir algo, lo importante es realizarlo con un firme propósito—comentó Sloan.

—Este muchacho me encanta —rio Donald al ver como intentaba proteger a Ewan.

Entre risas los jóvenes *lairds* se quedaron apartados hablando de sus cosas, mientras el resto se mantenía alrededor del *laird* Sinclair con varios de sus hombres comentándole unos asuntos, con el pequeño Sloan investigando cada rincón, corriendo de un lado al otro.

Todo estuvo en calma, una calma que se vio perturbada por las voces inconfundibles de las mujeres que se escucharon en la lejanía, al menos para Iain. Sus figuras no tardaron en aparecer ante los ojos de todos llevando con

ellas sus caballos. En cuanto traspasaron las puertas del castillo caminando, apresuraron sus pasos para dar encuentro a quienes vieron en el patio central.

Reacio a mostrar ningún cambio en su actitud o expresión, Iain se mantuvo tranquilo, mostrando un semblante que nada tenía que ver cómo se sentía en realidad. Una sensación conocida para él, ya que era la segunda vez que la experimentaba, le calentó por dentro, apoderándose de cada centímetro de su cuerpo en cuanto sus ojos se fijaron en la figura de una joven en concreto, Kirsty, la hija mayor de James Sinclair.

Demonios, estaba preciosa, tragó saliva. Su cabello dorado muy parecido al de él se balanceaba a su paso, el vestido que portaba acariciaba cada curva de su cuerpo, como si de la envoltura de un regalo se tratara dejando ver superficialmente el tesoro que escondía. ¿Cómo diablos iba a poder controlarse si solo con verla desde la distancia su cuerpo reaccionaba así? Iain apretó la mandíbula, intentó respirar profundo y poniendo todos sus sentidos para que su mente se dirigiera hacia otros pensamientos que no lo alteraran, cualquier pequeño detalle era bueno para calmar su temple, hasta que la voz de sus amigos atrajo su atención.

—Piensa en que ya mismo va a volver a llover —le susurró Kenneth inclinándose hacia él, señalando al cielo que se mantenía oscuro.

—¿Qué? —Entrecerró los ojos Iain, fuera de juego.

—O en las amapolas, sí, esa es otra buena opción. Las muchachas no dejan de repetir que en esta época del año están florecidas y desprenden un olor irresistible —siguió Cameron divertido.

—¡De qué demonios estáis hablando! —Los miró a los dos, girándose hacia ellos.

—Parece que lo hemos conseguido —asintió conforme Kenneth.

—Siempre logramos lo que nos proponemos —rio Cameron.

—No sé qué diablos estáis haciendo ni qué decís, pero me estáis enfadando —dijo cortante Iain.

—Eso mismo me gustaría saber a mí —gruñó Ewan mirándolos a todos con atención, sin comprender esa conversación.

—Esto es más grave de lo que pensábamos —habló Cameron dirigiéndose a Kenneth, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Amigo, veo que no eres conocedor, enseguida te pondremos al tanto —se dirigió a Ewan.

—Es tan grave como ya sabía. —Se encogió de hombros Kenneth.

—Si queréis os dejo solos siguiendo con vuestras palabras sin sentido, de todas formas, sois los únicos que sabéis de lo que habláis. Al menos no soy el único que no se entera. —Se cruzó de brazos Iain mirando de reojo a Ewan, intentando tener el control.

—Ahora te darás cuenta de lo que hablamos. —Le dio una palmada en la espalda Cameron a un Ewan que no dejaba de fruncir el ceño.

Las siguientes palabras que se dispuso a pronunciar Iain quedaron interrumpidas ante el sonido de una dulce voz. De espaldas, su vello se erizó y sintió un escalofrío, como si esa melodía lo acariciara. Miró a sus amigos que quedaban frente a él y en ese instante les hubiera borrado la sonrisa que había aparecido en sus caras, dejando salir toda su tensión a través de sus puños, todos menos Ewan, que seguía intentando descifrar que estaba sucediendo allí.

Giró despacio, como si al otro lado estuviera su enemigo, hasta quedar frente al pequeño grupo de cuatro mujeres que se habían acercado a ellos después de presentar sus saludos al resto, dándoles la bienvenida.

Kirsty, Eileen, May y Maureen se quedaron mirándolos con atención al verlos de pie frente a ellas sin intención de hablar y con una postura que las dejó sin saber si habían interrumpido algo importante, dudando.

—Señores, es un placer volveros a ver. —Dio un paso hacia delante Eileen, elevando una ceja sin comprender sus actitudes, fijando su mirada en Kenneth que le correspondió agarrándola de la mano y acercándola hacia su cuerpo.

El motivo de los gestos de Eileen, que no dejaba de mirarlos a todos, no era otro que, en el tiempo que llevaba conociéndolos, lo había hecho en muchas situaciones diferentes y lo que tenía frente a ella no correspondía a como se solían comportar. Había asentado una buena relación de amistad con todos desde la primera vez que los conoció, incluido Ewan, al cual había sabido manejar ante la sorpresa de Cameron e Iain. Era la que más los conocía debido a que su esposo Kenneth la había llevado con él a varios encuentros, fortaleciendo su unión desde la primera vez que su padre los presentó.

—¿Por qué están tan raros? —Se escuchó la voz de Maureen cortando la tensión que notaban. Pregunta que tuvo como respuesta que todas las jóvenes se miraran entre sí y se encogieran de hombros.

Esa voz captó la atención de Ewan, haciendo que su cuello girara en su dirección más rápido de lo habitual y una pequeña expresión diferente apareciera en su rostro.

Todos sus amigos siguieron sus movimientos, lo que provocó un gruñido del aludido cuando se dio cuenta de que era el centro de atención de sus amigos. Sorprendidos, así se quedaron ante ese pequeño detalle que habían pasado por alto en otras ocasiones.

—¿Qué? No he dicho nada —dijo cortante mirándolos a todos—. Estáis raros.

—Nada hombre, solo ha sido… interesante —respondió Cameron curvando sus labios.

Con otro gruñido se alejó de todos en el momento en el que el *laird* Sinclair daba por terminada la conversación con sus hombres, dirigiéndose al

encuentro de ellos.

—Vayamos adentro, tenéis que descansar, esta noche habrá una gran celebración.

Por fin, fue el pensamiento de Iain sintiendo como su cuerpo volvía a relajarse lentamente, cuando la mayoría siguió al anfitrión hacia el interior del castillo. Lo que no le duró mucho tiempo, por el simple detalle de que Kirsty pasó por su lado mirándolo de reojo, dejando el aroma que desprendía impregnado en él, haciendo que la mirada del *laird* MacLeod no se pudiera apartar de ella, libre de ser observada una vez que lo dejó atrás.

Capítulo 10



La mirada de Iain estaba perdida en el horizonte, mientras una de sus manos movía de un lado al otro un trozo de rama que le había servido de distracción. Allí, en soledad, por fin pudo encontrar una paz muy necesaria para él.

En cuanto saciaron la sed y llenaron sus estómagos con una suculenta comida que habían preparado expresamente para los recién llegados, ya que lo habían hecho pasada la hora, sin dudar, había salido por la puerta del castillo después de dejar a Sloan descansando. Se escabulló de todos, a pesar de que en el salón donde dieron buena cuenta del manjar, el tema de conversación principal se había dirigido hacia los negocios que competían a todos los clanes y comentando los últimos altercados que habían sufrido, donde solo los guerreros de cada clan con sus *lairds* habían estado presentes.

El sol hacía tiempo que se había escondido, sabía que tenía que ponerse en marcha porque el salón del castillo no tardaría en llenarse para la cena de bienvenida, pero algo dentro de él se negaba a abandonar la paz que había conseguido. Miró al frente, donde la oscuridad le impedía ver más allá, centrando sus ojos en algún punto invisible para él en ese instante.

No se reconocía y eso le producía una gran inquietud. Se sentía prisionero de sus sentimientos al no poder actuar como necesitaba hacerlo y se había propuesto tiempo atrás, cuando tomó la decisión de llevar a cabo lo que su cuerpo le exigía y su corazón anhelaba. Con la que tenía encima, todos sus planes se habían ido al traste y no podía dar un paso en falso, ni decidirse a probar algo que le era prohibido en ese momento.

Ese era el motivo por el que no parecía ser él ante miradas desconcertadas que no entendían su comportamiento ni lo reconocían, menos sus amigos más íntimos, que habían hecho bromas al respecto. Le había dado tantas vueltas ante la sorpresa que se llevó, pero no había sido capaz de descifrar el momento en el que se había delatado.

Parecían saber el secreto que guardaba dentro de él y su cabeza no dejaba de recrear cada encuentro, cada conversación… imposible, había sido tan neutral que le era imposible llegar al punto que necesitaba. ¿Quizás se había excedido en permanecer más apartado de lo habitual? ¿Su carácter había denotado más seriedad y cambiado con ciertos temas?

Soltando un suspiro se puso en pie, decidido a cortar sus pensamientos y terminar la noche lo antes posible. Diablos, pensó, tenía tantas cosas por las que preocuparse, tantos frentes abiertos que al final tendría que darle la razón a su comandante y amigo Broc. Hubiera sido mejor evitar esa situación, pero no pudo, por mucho que se sintiera desbordado había tenido más peso volver a reencontrarse con Kirsty, aunque tuviera que mantener una distancia forzada.

¿Qué pasaría si ella se le acercara a conversar? ¿Y si fuera él quien diera un paso hacia ella? Sacudió la cabeza, un gesto que indicaba que si se diera cualquiera de las dos posibilidades no sabía si su fuego interno buscaría la manera de calmarse de la manera que fuera.

Apretó la mandíbula ante su recuerdo… la sedosidad de su cabello, sus labios carnosos y rosados que le incitaban a apropiarse de ellos, sus ojos de un color tan claro como el cielo y su cuerpo… con un pequeño gruñido se obligó a neutralizar una vez más todos sus pensamientos cuando su miembro se endureció al dejar volar a la imaginación. Impotente con la situación, cerró los ojos, perturbado por su imagen tan nítida.

Unos ruidos fuertes hicieron que los abriera de golpe haciendo un recorrido visual, poniéndose en tensión mientras se incorporaba de la roca en la que había estado sentado. Imposible distinguir algo, maldijo en ese instante, centrándose, borrando todo de la mente mientras desenvainaba su espada

lentamente, espada de la que nunca se separaba. Incluso cuando yacía sobre el lecho la dejaba bien próxima a su mano por si tenía que hacer uso de ella.

A esa hora nadie tenía que estar en el exterior ni por alrededores, y menos en el lugar en el que se encontraba, apartado a bastante distancia de las cabañas y de la zona más habitada del clan. Algo en sus sentidos le hizo ponerse en alerta, sabiendo que si fuera alguien perteneciente a esas tierras hubiera hecho notar su presencia ante él.

Sin moverse, agudizando sus oídos porque de la vista no podía fiarse en la oscuridad de la noche, se quedó expectante, apretando la empuñadura con su mano, intentando descifrar la dirección de la que provenían los sonidos al volverlos a oír.

Su respiración se ralentizó, una calma fría que precedía al ataque lo recorrió, sus pies se empezaron a mover hacia un punto a su izquierda por instinto. Ágil y pasando todo lo desapercibido que pudo, caminó a través de la oscuridad de la noche, otorgándole ventaja por la zona del bosque en la que se encontraba, sorteando árboles que le dieron refugio en su avance para no ser visto por la poca iluminación de la luna que se filtraba a través del espesor de la copa de los árboles.

Recorrió un buen tramo sintiendo que su presa hacía lo mismo, escapándosele de las manos antes incluso de poder fijar los ojos en quien fuera. ¿Se habrían atrevido los Munro a pisar el territorio? Esa era la pregunta que se repetía en su cabeza una y otra vez. Era bien conocido para muchos clanes el encuentro que se habían dado en las tierras Sinclair.

¿Qué mejor opción que llevar a cabo una venganza dónde todos los implicados estaban reunidos? Ese sería el pensamiento de su enemigo que no tenía mucha experiencia en el arte de la guerra y en la estrategia, porque Akir, el nuevo *laird* del clan Munro, era joven e imprudente; dejándose llevar por su ambición, por la sed de sangre y la venganza, a pesar de que el desenlace que tuvo su padre se lo buscó él solo cuando actuó sentenciando su vida en el pasado, con la masacre que llevó a cabo a los Sinclair.

Si habían decidido actuar así, esa acción sería un error que les costaría la vida a todos los Munro que osaran atacarlos, con los que no tendrían piedad. Los Buchanan, los MacKenzie, los Sutherland, los Sinclair y los suyos, los MacLeod, eran clanes muy poderosos y temidos, sin importar que se vieran desprovistos sin la mayoría de sus guerreros.

Por unos instantes deseó con todas sus fuerzas que ese fuera el caso, que esa posibilidad le cayera del cielo apareciendo ante él Akir. Todos sus problemas se difuminarían en ese preciso instante. Apretó el agarre de su espada y se frenó sintiéndose observado, mirando cada rama, cada árbol, cada roca… cualquier cosa que pudiera ocultar un cuerpo.

Nada, la oscuridad le daba desventaja a él también, para bien y para mal. Salió corriendo hacia su derecha en el instante en el que sintió varios movimientos haciendo lo mismo. No era uno solo, eso lo tuvo claro en cuanto empezó su carrera sin descanso, escuchando varios sonidos característicos de huida.

Justo antes de llegar a un claro donde la luna iluminaba más al no tener ningún obstáculo, se frenó en su avance, observando toda la zona desde la distancia y a resguardo. Apretó la mandíbula al ver pasar el tiempo y no captar nada, como si se hubieran disipado en la nada.

El sonido silbante de una flecha se dirigió hacia su cuerpo, la que cortó con su espada antes si quiera de rozarlo. Con un rugido, siendo consciente de que quien fuera sabía dónde se encontraba, esperó a que alguno tuviera el coraje de ponerse frente a él, pero eso no sucedió, lo único que sus oídos captaron fue el sonido de varios cascos de caballos alejándose cada vez más de él.

Salió corriendo con su espada en la mano, en esa misma dirección, pero le fue imposible siquiera ver algún mínimo detalle dado la distancia que lo había separado de ellos, teniendo la suficiente ventaja de antemano para escapar y no ser vistos.

De mal humor volvió sobre sus pasos, hacia dónde había cortado la flecha de su enemigo. Cuando la localizó, se agachó cogiéndola, mirándola con atención. La mayoría de los clanes tenían una marca identificativa en las

armas que utilizaban para la guerra y esa flecha tendría que haber portado alguna insignia que identificara a sus agresores.

No fue caso, motivo por el que frunció el ceño sin poder dejar de mirar los dos trozos cortados, con la punta intacta. Con la seguridad de que ya se encontraba realmente solo, envainó su espada y se internó en el bosque con la intención de traspasar las puertas del castillo Sinclair y poner en aviso a todos de lo sucedido.

Sin falta, al día siguiente tendrían que hacer una batida recorriendo todo el territorio, si había alguien y había optado por quedarse resguardado en esas tierras, lo encontrarían y les haría pagar el agravio que habían cometido hacia él, queriendo arrebatarle la vida.

El murmullo que salía del gran salón le indicó que la mayoría de las personas ya se encontraban allí reunidas. Cuando llegó a la puerta, sin traspasarla, localizó a sus amigos junto a varios de los guerreros más íntimos de cada uno, incluidos los de él. Formando un círculo, estaban inmersos en una charla animada de pie junto al fuego. Con un silbido que supieron identificar ya que el *laird* de cada clan se caracterizaba por uno en concreto, todos se giraron en su dirección.

En cuanto vieron su semblante y la posición de su cuerpo supieron que algo no andaba bien, y lo acabaron de corroborar cuando con una mano, Iain les pidió silencioso que salieran a su encuentro. No pensaba tratar ese tema rodeado de personas, requería la máxima cautela al no saber quién era el traidor, pudiendo encontrarse allí pasando desapercibido.

Mientras todos avanzaban hacia él extrañados, hizo un repaso por todo el salón, prestando atención a todas las caras y expresiones corporales, como si esperara ver algún cambio de actitud por su aparición. Si el culpable se encontraba bajo ese techo, lo primero que haría al verlo sería modificar su comportamiento.

Nada le llamó la atención, todos continuaron con sus conversaciones, animados y felices por la inminente cena de festejo que se llevaría a cabo esa noche, sin percatarse del movimiento de todos los *lairds*. Las mujeres no se

encontraban todavía allí, señal de que aún tenían tiempo para que esa reunión entre todos se alargara antes de la aparición de ellas.

Capítulo 11



—¿Qué ha sucedido? —preguntó James en cuanto traspasó la puerta de la estancia que utilizaba para poner al día las cuentas.

A puerta cerrada, todos se posicionaron alrededor de Iain, mirándolo con atención e intentando identificar cuanto de grave era lo que había sucedido.

—¿Qué es esa flecha? —preguntó Ewan.

Todos la habían visto, solo esperaban a que se decidiera a hablar, lo que aceleró el *laird* Sutherland con su pregunta directa.

—Esto… —Levantó las dos partes de la flecha Iain, con un trozo en cada mano—. Es un regalo que me han hecho, mala suerte para ellos que no ha impactado en mi pecho, como era la intención.

—¡Qué demonios estás diciendo! —habló Kenneth dando un paso hacia él, quitándole la parte con la punta afilada mientras Cameron hacia lo mismo con lo restante de ella.

—Me han atacado en el bosque. —Los miró a todos Iain.

—¿Quién? —exigió saber James Sinclair.

—Quienes, no era uno solo. Eso me gustaría saber… no he podido llegar hasta ellos, me llevaban bastante ventaja y han huido en sus caballos —

explicó.

—Desapareciste después de la comida —habló cortante Ewan—, estábamos preocupados.

—No tenéis motivos para estarlo… solo necesitaba un poco de tiempo para aclarar unos asuntos.

—¿Lo has conseguido muchacho? —Levantó una ceja Donald—. No me respondas, sé de sobra la respuesta, de nada te servirá huir.

—Yo no huyo. —Dio un paso al frente, caldeándose más de lo que estaba.

—La flecha no nos indica quién ha podido ser —comentó Kenneth desviando la conversación a propósito.

—Podemos salir ahora —propuso Broc—, aún no han podido salir de las tierras.

—Nos llevan mucha delantera, no conseguiríamos localizarlos por mucho que saliéramos ahora mismo —contestó Cameron.

—Nadie va a salir —ordenó James—, voy a poner en aviso a los guardias que controlan los accesos para que estén en alerta ante el mínimo movimiento. Esta noche estamos de celebración. —Los miró a todos.

—James tiene razón, si hubieran querido atacarte más de cerca qué sentido tendría que hubieran huido si se sentían en superioridad hacia ti —habló Donald.

—No estaban en superioridad —gruñó Iain.

—No hace falta que nos aclares de lo que eres capaz, amigo. —Se puso a su lado Kenneth, apretándole el hombre con la mano—. Pero hubiera sido una buena oportunidad para ellos, estabas solo.

—¿Puede existir la posibilidad de que solo quisieran ahuyentarte al verse casi descubiertos por algo que estuvieran haciendo? —comentó Arthur, el comandante del *laird* Sinclair.

—Esa sería una posibilidad —habló pensativo Michael, el amigo y antiguo comandante de Donald cuando era *laird* de los Buchanan.

—¿Quién querría ahuyentarme y con qué motivación? No lo veo claro, quien lanzó esta flecha —dijo señalándola—, tenía un claro objetivo, yo, o más bien hacer diana en mi pecho. Si los hubiera sorprendido en algo no me hubieran atacado, no los vi. Y si hubiera sido ese el motivo, ¿qué diablos estaban haciendo?

—Puede tratarse de los Munro —gruñó Ewan.

—A esa conclusión hemos llegado todos, pero tampoco es el comportamiento habitual de ellos —comentó Graham, el comandante de Kenneth.

—Correcto, por eso nos desconcierta tanto… —Miró la flecha Kenneth.

—Si se hubiera tratado de los Munro no hubieran huido, les puede el regocijarse de los que consideran sus enemigos. Hubieran atacado —aclaró Donald.

—También pueden haber sido ellos y actuar con la intención de hacernos dudar, para que nos relajemos —comentó Ramsey.

Alec durante todo el tiempo se mantuvo en silencio, escuchando la versión de Iain y todas las hipótesis que decían los demás. Desvió la mirada, pensativo, intentando descifrar quién había osado atacar contra uno de los que consideraban familia en su propio hogar. Si tuviera que decantarse por una opción solo le venía una a la cabeza, los Munro.

—¿Cuántos eran? —quiso saber Alec.

—No lo sé. —Apretó la mandíbula Iain—. La oscuridad me impidió ver en la distancia, lo único que me quedé de ellos es esa flecha partida. Lo que sí os puedo asegurar es que eran más de tres, el rastro de sonidos mientras los perseguía así me lo indicó. Tampoco he visto ninguna reacción fuera de lugar al presentarme en el salón.

—No tenemos nada a lo que agarrarnos —comentó Cameron.

—Muchacho ¿piensas que puede ser alguien de mi hogar? —Arrugó el gesto James.

—Si soy sincero no lo sé —contestó encogiéndose de hombros Iain—, pero no pensaba dejar pasar la oportunidad de analizar a los que nos acompañarían esta noche en la cena. Puedes estar tranquilo, al menos dentro del salón no he percibido nada raro.

—Lo entiendo —asintió James pensativo.

—Nada es seguro —comentó Kenneth—, si los responsables se encuentran en el salón pueden haber controlado su reacción.

—Algo los hubiera delatado —gruñó Iain—, alguna mirada, alguna expresión de rabia…

—Dejemos el tema apartado hasta mañana —sugirió Donald, captando la atención de todos—. Esta noche no va a suceder nada más, mañana saldremos al alba para hacer un reconocimiento de las tierras.

—Estoy de acuerdo —apoyó la sugerencia James—. Mañana nos dedicaremos a ese tema, a partir de ahora intentar desconectar. —Miró a todos, pero sobre todo a Iain.

—No te preocupes amigo, todo está bien —asintió Iain.

—Con este tema apartado por el momento… me gustaría saber aquí y ahora que os llevó a la corte. —Se cruzó de brazos James, apoyándose en la

mesa que quedaba a su espalda.

Los cuatro amigos se miraron entre sí, los guerreros de confianza de cada uno no hicieron ningún movimiento, mientras Donald, James, Arthur, Michael, Ramsey y Alec los miraban a todos con atención.

Soltando un suspiro Iain dio un paso al frente decidido a hablar, siendo consciente de que sus amigos no lo harían porque era un tema que le pertenecía a él explicar.

—El rey es consciente de todos los altercados que estamos sufriendo a lo largo del territorio, como también sabe el motivo que los ha provocado —hizo una pausa—. Tenemos su apoyo, pero me ha hecho pagar un elevado precio para traer un poco de paz a los clanes —carraspeó.

—Por cierto, padre, el rey te manda saludos —intervino Kenneth dirigiéndose a Donald, para destensar el ambiente que se había creado y darle un poco de tiempo a Iain con su explicación.

Donald elevó una ceja sabiendo la jugada de su hijo que sonrió de medio lado ante su expresión.

—¿Qué precio has tenido que pagar por todos? —preguntó tenso James.

—Habla muchacho —insistió Ramsey.

—El rey ha concertado mi compromiso con la hermana de Akir, el *laird* Munro, queriendo unir los dos clanes para traer la paz. Es conocedor de que de esa manera todos vosotros no moveréis ni un dedo en su contra al estar vinculado directamente conmigo. Estoy prometido.

Las caras de quienes no lo sabían fueron de sorpresa ante la noticia que les acababa de dar. James Sinclair se incorporó de la mesa gruñendo, no pudiendo permitir que ese acto se llevara a cabo; dado que el rencor que seguía sintiendo por todo el clan Munro era palpable al haberle arrebatado la

vida de su esposa, la de parte de su clan y haber destrozado su hogar propiciando la separación de sus hijas, no, no iba a permitirlo.

Donald al ver el estado de los presentes se posicionó.

—No lo permitiré. Iré personalmente a la corte para hablar con el rey, da igual si es en nuestras tierras o si tengo que viajar hasta Inglaterra.

—No —respondió rotundo Iain ante sus caras desconcertadas—. La otra solución por la que optaría no es viable amigo.

—¿Qué quieres decir muchacho? ¿De qué otra opción hablas? —preguntó Arthur.

—El rey sentenció mi futuro después de descartar la opción de comprometer al *laird* Munro con Kirsty. —Fijó su mirada ante la cara descompuesta de James—. Lo que no voy a permitir bajo ningún concepto —gruñó Iain.

Varios fueron los gruñidos que acompañaron al suyo ante la mínima posibilidad de que ese dato se hiciera realidad. En ese momento entendieron la firmeza de Ian para llevar a cabo el dictamen del rey.

—Por suerte y muy a mi pesar, que eso no suceda tenemos que agradecérselo al *laird* Munro que rechazó la propuesta, anteponiendo la suya que afecta a Iain. Si hubiera sido el caso, nos hubiera destrozado —dijo Kenneth mirando intensamente a James—. Eileen nunca lo hubiera consentido.

No hacía falta que hiciera esa aclaración, todos eran conscientes de que así hubiera sido. Eileen, sin importarle las consecuencias de lo que tuviera que hacer, no hubiera permitido que su hermana se esposara con su mayor enemigo y pondría su vida en peligro por la causa.

—Lo siento hijo —se dirigió James a Iain, afectado por todo lo que acababa de oír—. Te agradezco…

—No lo hagas, es impensable que exista esa posibilidad, tenga que hacer lo tenga que hacer… —asintió Iain.

—Seguro que podremos buscar alguna salida… —comentó Donald.

—Estaréis conmigo en que no será ahora. —Miró a los presentes Michael —. Creo que todos necesitamos en este momento una buena jarra de vino.

—Es lo único bueno que he escuchado desde que la puerta se ha cerrado —gruñó Ewan—. Vayamos a calmarnos.

—Ve tranquilo si necesitas pasar por tu estancia —le sugirió James.

—No hará falta, estoy bien —le sonrió Iain.

Todos asintieron, necesitaban destensarse de todo lo sucedido, unos más que otros. Aunque para Iain traspasar la puerta del salón le supondría una vez más que su tensión se intensificara en cuanto Kirsty hiciera su aparición. Al menos respiró profundo en cuanto lo hizo él, comprobando que aún disponía de un poco más de tiempo para hacerse a la idea de lo que estaba por llegar, al no ver todavía a ninguna de las mujeres.

—Tranquilo amigo, he hecho que notifiquen a Eileen que nos retrasaríamos teniendo que tratar un tema importante. No bajará con sus hermanas hasta que yo mismo vaya a buscarla —le comentó Kenneth al ver su estado.

Sin importarle verse otra vez descubierto, asintió agradeciéndoselo.

—Pues tómate una copa, dame un poco más de margen que menudo día el de hoy —le pidió Iain caminando hacia la mesa que ocuparían, llenando varias copas de vino ante la carcajada de Kenneth que lo siguió.

Capítulo 12



Después de varias copas de vino la calma regresó, una calma impuesta para esa noche, sabiendo que todos al día siguiente tomarían las medidas necesarias ante lo sucedido y hablarían más sobre el tema del compromiso de Iain, intentando encontrar una solución para lo que se le venía encima, con la sabiduría de los más mayores.

Iain, junto a Broc y Ewan permanecían apartados en un rincón, observando en silencio todo alrededor. El salón estaba al completo, la alegría de la gente se notaba en el ambiente mientras las jarras de vino desaparecían al poco de estar en las mesas. Un olor exquisito a comida llegaba hasta ellos provocando que sus estómagos rugieran ante el apetito que les provocaba.

—¿Y Kenneth? —Se acercó Cameron.

—Ha ido en busca de su esposa y sus hermanas —confirmó Broc.

—Entiendo. —Cameron se puso al lado de Iain, mirándolo de reojo.

—Deja de hacer eso —advirtió serio.

—¿Hacer qué? —preguntó divertido Cameron.

—Borra esa expresión de tu cara si no quieres que la haga desaparecer yo —contestó Iain con una calma fría.

—Amigo, relájate. —Le dio varias palmadas Cameron—. Mañana tendremos una conversación sobre el tema.

—No hay nada que conversar. —Iain giró la cabeza hacia él.

—Yo no lo haría —carraspeó Broc captando la atención de los presentes.

—Dejad de hablar con misterios —gruñó Ewan.

—Tranquilo, contigo también tenemos algo pendiente —rio Cameron haciendo que Ewan frunciera el ceño—. Ni tú mismo te has dado cuenta todavía —negó con la cabeza.

—Yo no hablo —respondió Ewan con su característico gruñido que acompañaba la mayoría de las veces a sus contestaciones.

—Oh, sí, lo harás, para bien o para mal —le aclaró divertido Iain—. Tampoco me ha pasado desapercibido amigo y con lo pesados que estos se ponen… —Señaló a Cameron.

—¿Qué diablos queréis decir? —Se giró Ewan mirándolos directamente ya que todos habían tomado la posición de mirar hacia el frente, en línea.

Cameron soltó una carcajada y los labios de Iain se curvaron. No tenían duda de que tendrían un momento divertido cuando lo hicieran. La situación se había dado la vuelta y en ese instante el que estaba en tensión y con una cara que asustaría a cualquiera que no lo conociera era Ewan, mientras Iain se relajaba.

—¿Y Sloan? —Desvió la conversación Cameron, para templar los ánimos.

—Ha podido más el cansancio que las ganas de asistir esta noche —explicó Iain—. Está descansando, en cuanto se calmó después del baño se quedó dormido.

—Ese muchacho no ha parado en todo el día, sigue igual de emocionado corriendo de un lado al otro —comentó Broc provocando una sonrisa en todos.

Kenneth se dirigió hacia las escaleras que lo llevaron a la planta superior, directo hacia la estancia que compartía con su esposa Eileen, en la que esperaban todas las jóvenes. Cuando abrió la puerta las encontró sentadas en el lecho de los dos, conversando animadamente.

—Muchachas —les sonrió, dando varios pasos al interior—, todos os esperan en el salón.

—A buenas horas, ya ni sé si tengo estómago, estoy hambrienta —se quejó May, incorporándose.

—¿Puedes hablar bien? —la reprendió Maureen— Así no habla una señorita —negó con la cabeza.

—¿Y quién ha dicho que lo sea? —soltó una carcajada May.

—Estás preciosa. —Kenneth se dirigió hacia su esposa, quien lo miró a los ojos al acercase a ella desviando la atención de sus hermanas.

—Gracias. —Se sonrojó provocando que los labios de él se curvaran—. No voy muy diferente a lo habitual. —Bajó la mirada hacia su vestido.

—Es que —le contestó pasando un brazo por su cintura, acercándola a él —, para mí siempre lo estás. —Besó sus labios delicadamente mientras la mano que tenía libre le hacía una leve caricia en la barriga, de la que ninguna joven supo el significado.

—¿Qué intentas? —Elevó una ceja Eileen sin apartar sus ojos de él cuando tomó distancia.

—¿Debo tener un motivo para acercarme a mi esposa y decirle lo preciosa que es? —rio Kenneth.

—Hay algo. —Entrecerró los ojos ella—. Estás demasiado…

—Nunca se está demasiado enamorado. —Le acarició el pelo divertido.

A pesar de la cautela que le generaron sus gestos, la mirada de Eileen se iluminó dejando salir la emoción que le provocaron sus palabras, colgándose de su cuello y esa vez siendo ella quien juntara sus labios a los de él, beso que Kenneth acogió con ganas e intensidad mientras las hermanas de ella salían de la estancia en silencio, dándoles privacidad.

—Nos hemos quedado solos —susurró Kenneth apretándola contra su cuerpo—. Mañana gran parte del día tengo que ausentarme, sería una buena oportunidad cerrar la puerta ahora y… —Volvió a besarla.

—De eso nada, yo también estoy hambrienta —soltó una risilla Eileen ante la mirada intensa de él, sin apartarse de sus brazos—. ¿Tiene algo que ver con la reunión que has mantenido con mi padre? ¿Ha sucedido algo?

—No se te escapa detalle —respondió divertido Kenneth—. Nos hemos reunido todos, ha habido un imprevisto… por ese motivo tendré que ausentarme mañana al alba. Lo haremos todos. —Recorrió con la mirada su expresión extrañada—. A mi regreso te pondré al corriente —le explicó, para a continuación besarla en la nariz—. Además… tenemos otra conversación pendiente sobre lo que me llevó a la corte, aún no he encontrado el momento y no quiero alargarlo más, el tiempo va pasando. Quiero que lo sepas por mí —le explicó Kenneth.

—¿De qué se trata? —Ladeó la cabeza por el tono diferente en su voz— ¿También tiene algo que ver con esta demora?

—Impaciente —sonrió Kenneth girándose, agarrándola de la mano y tirando de ella hacia la puerta—. Sí, no tardarás en conocer los detalles y créeme que la calma que tienes ahora se verá un poco perturbada.

—Oh, sabía que había algo —refunfuñó haciéndolo soltar una carcajada.

Se reunieron con las jóvenes que los esperaban en el pasillo, sin decir nada todas lo siguieron sonrientes, una sonrisa que escondía demasiadas emociones.

Tranquila, repetía Kirsty en su cabeza mientras descendía las escaleras. De esa manera había pasado la tarde, tranquila y relajada, dejando la inquietud apartada mientras descansaba y pasaba tiempo con sus hermanas, paseando por las cabañas de las personas que vivían cerca del castillo y entablando conversación con ellas el tiempo que la lluvia las había dejado.

Por eso y porque después del primer encuentro de la llegada de los MacLeod y Sutherland no había vuelto a coincidir con el primer *laird*, Iain. Se frotó las manos cuando llegaran a la puerta del salón sabiendo que eso iba a cambiar de inmediato, nerviosa.

En cuanto Eileen se despidió de Kenneth que entró primero, sus ojos se dirigieron hacia ese gesto por parte de su hermana, viendo la incomodidad que sentía reflejada en su cara.

—¿Todo bien? —Se acercó a ella, mirándola atentamente.

—Por supuesto, solo que también estoy hambrienta —le sonrió Kirsty, pero en ese instante le mostró una sonrisa demasiado forzada que Eileen supo identificar.

Bajó la mirada hacia sus manos una vez más. Kirsty no se había dado cuenta de que seguía moviéndolas, sin poder evitarlo con la mirada fija en la entrada al salón. Eileen queriendo que lo que la perturbaba a su hermana disminuyera, la agarró de una de sus manos atrayéndola hacia ella, apretándosela para reconfortarla.

—Lo hablaremos.

—No hay nada de lo que hablar. —Bajó la mirada Kirsty.

—Yo creo que sí —sonrió sin que la viera—. También tengo algo importante que contarte —dijo emocionada Eileen, haciendo que volviera a levantar la cabeza.

—Vamos niñas. —Apareció Lorna, la madre de May y Maureen y que acogió desde pequeña a Eileen.

—¿Dónde estabas madre? Pensábamos que éramos las últimas. —La miró May.

—No seas entrometida muchacha. —Pasó Ramsey adelantándolas, girando hacia ellas antes de entrar mientras les hacía un guiño.

—Oh, entra ya hombre. —Se quejó Lorna poniendo sus manos en la cadera, haciendo reír a Ramsey con las risillas de las jóvenes.

—Madre, ahora sois esposos, no tienes que ocultarnos nada —negó con la cabeza Maureen.

—Nunca nos ha podido ocultar nada, diferente es que lo pensara —rio May dando un salto hacia atrás ante el movimiento de la mano de su madre.

—Entrad ya. —Se resignó Lorna.

—Todas juntas —dijo Eileen divertida, haciendo presión en la mano de su hermana que asintió sonriendo, esa vez sí fue una sonrisa relajada y a la que estaba acostumbrada Eileen.

En cuanto las mujeres dieron un paso al interior del salón, todas las cabezas giraron hacia ellas. La gracia, elegancia y belleza fue palpable ante los ojos de todos los presentes que se quedaron en silencio ante la visión de las jóvenes. Eileen había elegido un vestido en color azul claro, color que a su esposo Kenneth le encantaba ya que fue con un vestido parecido cuando la vio por primera vez de adultos. Kirsty llevaba un vestido en color beige con bordados azules que realzaban la tonalidad de sus ojos y le daba luminosidad, combinando a la perfección con el tono de su cabello dorado. Maureen se

había decidido por un vestido en color rosa pálido para la ocasión, color que le encantaba porque realzaba el tono de su piel y May en color verde pálido, elección con la que por primera vez había dudado. No era lo habitual porque normalmente no prestaba atención a esos detalles, pero algo había cambiado.

Lorna dejó que fueran el centro de atención, pasando desapercibida a sus espaldas mientras acortaba la distancia hacia Ramsey que se había reunido con todos los *lairds* y los guerreros que formaban la guardia de cada uno de ellos. Su llegada fue recompensada con un beso intenso por parte de Ramsey. Cuando se separaron, después de los saludos cordiales y elogios por parte de todos, volvieron su atención hacia las jóvenes que avanzaban hacia ellos.

—¿Cómo os acostumbráis a estas cosas? Yo no lo consigo. —Soltó un bufido May cuando solo habían recorrido unos pasos, sin dejar de caminar.

—Yo estoy en mi hogar y conozco a mi clan, no puedo decir cómo sería fuera de él… —contestó Kirsty encogiéndose de hombros.

Eileen miró a May sabiendo lo nerviosa que se ponía ante la mirada de tantas personas puestas en ella.

—Camina recta no vaya a ser que tropieces y… —le respondió divertida.

—Eso, altera más mis nervios. ¡Como tú controlas todas tus emociones! —se quejó May.

—Anda más rápido —negó con la cabeza Maureen, sin desviar la mirada de lo que tenía enfrente, gesto del que se arrepintió en cuanto sus ojos localizaron a un hombre en concreto, haciendo que la desviara rápido para centrarse.

—Creo que vais a tener que decidme muchas cosas. —Las miró a todas con atención Eileen. Allí había demasiadas emociones que iba analizando según veía el comportamiento de sus hermanas.

—No sabes de lo que hablas —contestó Maureen, queriendo quitarle importancia.

Era consciente de lo observadora que era su hermana y lo que menos necesitaba en ese momento es que se iniciara alguna conversación al respecto. Tragó saliva, gesto que captó al momento Eileen, por el que sus labios se curvaron poniendo más nerviosa a Maureen.

—No sé de lo que hablo, claro —dijo divertida—, por eso todas estáis temblando.

—Yo estoy bien —dijo en voz baja Kirsty, pero la duda en su voz la delató.

—Hermana…

—¿Sí? —La miro Kirsty.

—Era como un toque de atención, no porque fuera a decir algo más —negó con la cabeza Eileen—. Contestadme… Se os está haciendo el camino muy largo ¿verdad?

Todas asintieron como respuesta.

—¿Cómo lo sabes? —se interesó May.

—Porque de esa manera me encontraba yo en la primera cena que compartí con Kenneth, sabiendo los dos quienes éramos, con mis sentimientos desbordados. —Se paró captando la atención de todas.

—Por lo que más quieras hermana, ayúdanos —le rogó con la cara descompuesta Maureen, olvidando el no hablar sobre el tema—. No sé qué supondrá para las demás —dijo mientras se frotaba las manos—, bueno para May sí, a pesar de que nos lo ha ocultado —balbuceó entrecerrando los ojos mirándola—, pero que más ahora mismo, estoy tan nerviosa que…

Eileen no pudo evitar soltar una carcajada al escucharla, recorriendo las caras de sus hermanas acabó sonriendo con cariño, sabiendo lo que alteraba un momento así.

—Esto se pone muy interesante. —Empezó a caminar Eileen, seguida por todas, mientras correspondían los saludos que les daban a su paso—. Que empiece la celebración.

Con esas últimas palabras llegaron a donde se encontraban los hombres. El cariño, el interés, el deseo, la admiración y la reticencia fueron palpables en las expresiones de los *lairds* en cuanto lo hicieron, según pudo comprobar Eileen mientras observaba la situación con una nueva visión, la que le habían dado sus hermanas sin saberlo.

La reticencia por parte de Ewan, el *laird* Sutherland la hizo sonreír, gesto con el que escondió cualquier otro tipo de emoción. El cariño, el deseo y la admiración por parte de su esposo hacia ella la calentó. El interés, deseo, admiración y algo más a lo que no supo ponerle nombre fueron destinados para Iain, el *laird* MacLeod, con un claro objetivo, lo que provocó que Eileen ampliara la sonrisa al ver como intentaba contenerse y disimular en sus reacciones. El único de los tres *lairds* que se mostró como siempre fue Cameron, el *laird* MacKenzie, el que solo mostró admiración y cariño por todas, estando relajado y tranquilo viendo el comportamiento de sus amigos, como hacía ella junto a Kenneth que estaba en la misma posición.

—Buenas noches, caballeros —se dirigió hacia todos Eileen con una sonrisa traviesa de medio lado.

Capítulo 13



Después de que la situación se destensara con el primer saludo por parte de Eileen, todos los demás no tardaron en llegar. Se creó un ambiente de normalidad, al menos así lo apreciaría cualquiera que mirara hacia ellos, porque interiormente más de uno de los presentes sabían que era una calma disfrazada.

—Muchachas, estáis preciosas —las alabó James Sinclair, mirando con cariño a todas, pero sin poder evitar su emoción al centrarse en sus hijas.

—Gracias padre —le sonrió Kirsty, agradecimiento al que todas se unieron.

—Comencemos con la velada —asintió dirigiéndose hacia la mesa principal, la que ocuparían todos con él en el centro de la misma, presidiéndola.

—Dejad a las mujeres en el centro —ordenó Donald con toda la intención cuando vio a las jóvenes dirigirse hacia un lateral, mirando de reojo a su amigo James que entendió enseguida el motivo de sus palabras, ganándose una mirada divertida.

—Oh, no hace falta —se excusó Maureen nerviosa ante los posibles cambios—. Podemos ocupar el lugar de siempre.

Al lugar al que se refería no era otro que el lateral de la gran mesa. Los hombres siempre se situaban desde el centro hacia la esquina derecha,

cuando las mujeres lo hacían de igual manera hacia el lado opuesto, quedando divididos por grupos. Con las hijas del *laird* sentadas al lado de su padre.

—No te inquietes muchacha, así estaremos más repartidos esta noche —sonrió Arthur.

Ante la ansiedad que intentaron ocultar las jóvenes, el *laird* Sinclair organizó la mesa para que quedaran sentadas entre los hombres, alternativamente, dando los lugares en una estrategia con la que acabó satisfecho por las expresiones de todos.

Eileen quedó al lado de Kenneth y Graham, seguida de este último se sentó May. Maureen quedó entre Ewan e Iain y al lado de él Kirsty ocupó su lugar temblando al tenerlo a tan corta distancia, con Broc al otro. Lorna se situó junto a Ramsey.

Cameron miró a todos sus amigos intentando no reír, era el único de los cuatro junto a Kenneth que disfrutaría de esa cena que empezó en cuanto todos hubieron ocupado su lugar. Por parte de Cameron lo hizo junto al *laird* James Sinclair y Donald Buchanan, seguido por los demás guerreros.

La tensión para seis de los ocupantes de la mesa era palpable mientras sirvieron los primeros platos con un aroma exquisito que no tardaron en degustar. El murmullo de todos los que se encontraban en el salón, con conversaciones, risas y carcajadas era el único sonido que se escuchaba en la zona principal del *laird* Sinclair, con intensidad.

—¿Me pasáis un trozo de pan? —Se escuchó la voz de Maureen cortando el silencio, dirigiéndose a Ewan que era quien lo tenía más cerca de ella.

Decidirse le había costado más tiempo del que podía confesar y cuando lo hizo, todos dirigieron su atención hacia ella. Los nervios que le generó que todos los ojos estuvieran puestos en ella por esas simples palabras, hizo que sus manos se cubrieran de una fina capa de sudor y le empezaran a temblar. Con un movimiento disimulado las ocultó debajo de la mesa.

Ewan sin hacer ningún gesto ni pronunciar ninguna palabra agarró un trozo de pan y lo puso al lado del plato de Maureen, sin controlar la fuerza.

—¿Eso son modales? —Agrandó los ojos sorprendida sin poder retener su reacción.

—Queríais pan, tenéis pan —gruñó él.

—Muchacha, vas a tener que enseñarle mucho —rio Cameron.

—Sé todo lo que necesito saber. —Lo fulminó con la mirada Ewan.

—El saber no ocupa lugar, deberíais saberlo —dijo con convicción Maureen, con un tono de voz alto, sin saber de dónde le salió la fuerza necesaria para hacerlo.

Ewan que hasta ese momento no había movido ningún músculo, giró la cabeza lentamente hacia ella. Abrió la boca para sus siguientes palabras, pero la volvió a cerrar sin saber qué decir en un instante como aquel.

Demonios, pensó, ¿desde cuando alguien lo callaba? Que no era muy hablador todos lo sabían, y que cada vez que lo hacía parecía como si perdonara la vida a quien se dirigiera, también. Pero tenía las palabras justas para los momentos que lo requirieran, como sería ese caso.

En cambio, estaba siendo todo lo contrario. Ese simple hecho hizo que frunciera el ceño pasando sus ojos por todas las facciones de una Maureen que se quedó rígida ante su observación. Sus mejillas se cubrieron de un rubor encantador al sentir su atención, su garganta se secó y tragó saliva.

La mirada de Ewan observó al detalle todos sus cambios, siguiendo el movimiento de su garganta moverse sin poder apartar los ojos de esa zona que se le aventuró demasiado apetecible para pasar su lengua y posar sus labios sobre la suavidad que se apreciaba de su piel. Su último pensamiento fue que olía demasiado bien para sus sentidos, todo en ella le hacía… ¿qué demonios le hacía?

Gruñó sin poderlo evitar ante las sensaciones que sintió y la reacción que tuvo su cuerpo, cuando su miembro tomó consciencia de todo lo que pasó por su cabeza sin darse cuenta. Eso es lo que él quería pensar y a lo que se aferraba, la realidad era que sabía demasiado bien el motivo, sorprendiéndolo, sin querer aceptar esa posibilidad.

—Ewan —llamó su atención Eileen—, ¿serías tan amable de hacerle saber a mi hermana que todo está bien? —le pidió mirando de reojo a Kenneth que intentaba no reír—. Ella aprecia mucho los modales.

Le costó, al *laird* Sutherland le costó apartar los ojos de Maureen que casi ni respiraba ante la intensidad que sintió de él. Pasado un tiempo giró en la dirección de Eileen, la única que había conseguido que él cambiara en su comportamiento y actitud cuando estaba delante de ella, inexplicablemente desde la primera vez que se conocieron. Frunció el ceño sin responderle hasta que Eileen insistió.

—¿Por favor? —le sonrió ella con cariño, gesto que era la perdición de Ewan al no poderse negar ante lo que le pidiera.

Con un gruñido ante esa expresión que conseguía lo que se proponía de él, miró hacia su plato y pronunció las palabras.

—Lamento mis modales. Ha sido un placer —gruñó dirigiendo sus palabras hacia Maureen obligándose a no mirarla.

Varias risas se escucharon en tono bajo. Ewan ignoró todo mientras se llevaba a la boca un trozo de carne. Alguna mirada echó a sus amigos sin levantar la cabeza del todo, mirada que dejaba claras sus intenciones de que quizás dejarían de serlo al alba, provocando más risas en ellos que no pudieron contener.

James y Donald, recostados en sus sillas, disfrutaban del momento y de la incomodidad que se palpaba. No era lo único evidente, por ese motivo la intención de los dos fue mover las fichas necesarias para que en esa cena más de uno fuera consciente alentándolos a actuar, asumiendo la realidad.

James fijó su mirada en Iain sin que él se diera cuenta. Serio, tenso, incómodo, nostálgico, ansioso, cabizbajo por instantes… eran tantas las sensaciones que exteriorizaba sin ser consciente de ello. Tenía que idear algún plan pensó, mientras dirigía sus ojos hacia su hija mayor, Kirsty.

Mostraba un comportamiento que nada tenía que ver con el habitual. James, acostumbrado a sus reacciones y a su alegría, la mayoría de las veces, con unos ojos que denotaban tristeza no tuvo problema en identificar el estado de su hija. Era demasiado evidente para quien la conociera, los sentimientos la desbordaban mostrando una timidez que la hacía retraerse.

Viendo los esfuerzos que hacía Kirsty por mantenerse en su lugar, sonrió con cariño, desviando su atención hacia su otra hija, Eileen, que no había perdido detalle de la jugada y de la observación de su padre. Los dos se sonrieron entendiéndose sin hablar. Sus gestos le indicaron a James que esa situación cambiaría y cuando a su hija pequeña se le metía algo en la cabeza… que Dios los ayudara a todos.

—Tranquilo amigo, saldrá bien. —Lo sacó de sus pensamientos Donald.

—Eso espero, nunca me perdonaría que por mis actos fuera de otra manera… —asintió James, cubriendo su rostro por unos instantes de seriedad.

La cena continuó, donde una conversación distendida ocupó gran parte de la velada, relajando a todos mientras se enfrascaban en temas referentes a los clanes. Todo parecía ir bien hasta que las manos de May y Graham se rozaron por encima de la mesa, cuando coincidieron queriendo rellenar sus copas en un intento de agarrar la jarra de vino.

Ese simple roce hizo que a ella se le iluminaran los ojos, girando hacia él. Por su parte, Graham carraspeó y siguió como si nada, cogiendo la jarra ya que May había retrocedido. Llenó la copa de la joven primero, y después lo hizo con la suya ante la atenta mirada de May.

—Gracias —dijo ilusionada ella.

—No hay de qué muchacha. —La miró de reojo él.

—Si no soy agradecida, más de uno se llevará las manos a la cabeza en esta mesa. —Se atrevió a posar una de sus manos en el antebrazo de él, provocando que se pusiera rígido.

Varias miradas se centraron en ellos, a pesar de seguir con las conversaciones que tenían, prestando atención a lo que ocurría entre esos dos jóvenes.

—Conmigo no tiene que ser agradecida —respondió con voz ronca Graham—. Vivís en mi clan, el Buchanan. Sois la hermana de la esposa de mi *laird*, familia. Yo soy su comandante y es mi lealtad la que me hace actuar ante todo lo que es importante para él y nuestras tierras.

—Y amigo —lo interrumpió Kenneth.

—¿Cómo? —Giró Graham hacia él.

—Que se te ha olvidado decir que eres mi amigo —explicó divertido.

—Creo que eso está claro para cualquiera —gruñó Graham entrecerrando los ojos ante la diversión de su *laird*.

—Como has dejado tantos puntos claros… quería matizar ese detalle también —rio Kenneth.

—Todo lo que me habéis dicho lo sé, pero igualmente os agradezco el detalle —llamó su atención May con varias palmadas en su antebrazo.

No había apartado en ningún momento su contacto. Graham bajó la mirada hacia ese lugar. Su pequeña y delicada mano le trasmitía un calor que hizo que maldijera por todo lo que tenía que retener en ese mismo instante.

—Graham —volvió a hablar Eileen mirando la situación—, no está bien que lleves la contraria a una señorita —le sonrió de medio lado.

—No le he llevado la contraria, simplemente he aclarado que…

—Nos ha quedado claro a todos, muchacho. —Se metió en la conversación Donald—. Dato que en esta mesa y creo que en casi en gran parte del territorio es bien sabido. —Levantó una ceja.

—No pasa nada. —Le quitó importancia May—. ¡Me ha hablado! —dijo con un chillido agudo de emoción provocando que muchos retuvieran la carcajada que les produjo la situación.

—¿Qué queréis decir? —gruñó Graham girando hacia ella— Siempre os hablo.

—Yo no diría que un sí, no, tal vez, quizás… sea conversar —rio William desde la otra punta de la mesa.

—Tú te callas o cuando volvamos tendrás trabajo sin descanso —lo amenazó Graham.

—Hombre, confiesa que huyes de la muchacha. —Se encogió de hombros Bob.

Todos los guerreros que él dirigía de la guardia personal de Kenneth, con William y Bob a la cabeza, empezaron una discusión entre bromas sobre el tema, provocando que Graham cada vez se enervara más, apretando sus puños encima de la mesa.

May se sintió avergonzada, detalle que intentó ocultar, solo lo intentó. Graham la miró de reojo siendo consciente de cómo debía de sentirse. Eileen miró con ternura a su hermana viendo como luchaba para que no le afectara porque la realidad era que, Graham siempre la huía en cuanto se acercaba a él.

—Callaos ya —gruñó Graham—. ¿Es que sois zoquetes o qué? —Alzó la voz— ¿No sabéis distinguir la incomodidad?

—Caballeros —carraspeó Eileen—, si no queréis que os desafíe y os enfrentéis a mí os recomendaría que frenéis y penséis antes de hablar —sonrió traviesa hacia ellos, dando varios golpes en la mesa con sus dedos.

La mirada de todos fue en la dirección de Kenneth que en ese instante cruzó sus brazos, tensándolos mientras sus cejas se elevaban en una reprimenda hacia sus hombres sin palabras que supieron identificar a la perfección.

Todo lo que se hablaba entre ellos quedaba en la privacidad que les otorgaba el murmullo que había en el salón, impidiendo que alguien se enterara de lo que sucedía allí. Se callaron de golpe y miraron a la joven al comprender lo que habían provocado las palabras dichas, arrepentidos al ver su expresión.

—Gracias —susurró May llevándose un trozo de carne a la boca, queriendo olvidarse de todo en ese instante.

—Lo lamento, tomaré medidas. —La miró Graham directamente, por fin.

—No hace falta, yo…

—Sí, sí que es necesario. —Apretó la mandíbula—. Miradme —exigió.

May indecisa levantó la mirada para encontrarse con la de él. Sus ojos de un color oscuro intenso se clavaron en los de ella, haciendo que un escalofrío la recorriera. Lo que ella no sabía, es que esa misma reacción tuvo el cuerpo de él, siendo el motivo por el que evitaba alargar el tiempo a su lado. Sus impulsos eran fuertes hacia la joven, los que había evitado a toda costa. Solo encontró una opción, alejarse de ella y tomar distancia para conseguirlo.

Graham repasó todas sus facciones, las que conocía de memoria para su desgracia. Sus ojos brillaban demasiado y en ese instante no era de emoción. Una rabia inesperada se apoderó de él cuando distinguió lágrimas contenidas. Bajó su mirada al encuentro su boca, recreándose en ella, viendo como una

fina capa de grasa de la carne que acaba de comer había cubierto sus labios, haciendo que brillaran y fueran para Graham lo más apetecible de esa noche.

—Amigo —habló Kenneth—, somos familia.

Sus palabras le hicieron volver a la realidad y girar hacia él sin comprenderlo.

—Me refiero —carraspeó Kenneth divertido—, a que siempre hemos sido familia desde nuestra amistad desde niños, no tendrías ningún problema en…

—May ¿quieres más vino? —Cortó sus palabras Eileen, sonriendo a su hermana que la miró agradecida—. Acércame tu copa.

Asintió e hizo lo que su hermana le pidió. Lo que no sabía es que fue con una intención clara esa petición, ya que para acercarle la copa tenía que incorporarse un poco sobre la mesa y casi rozar a Graham. Eso mismo fue lo que sucedió poniéndolo tenso en cuanto el cuerpo de la joven pasó a milímetros de sus ojos, alargando el brazo.

Su olor, la suavidad de su piel que volvió a comprobar en un sutil roce, su busto que quedó a la altura perfecta de sus ojos, sobresaliendo más de lo debido por la posición que tuvo que hacer. Diablos, tragó saliva Graham aguantando el tipo, viendo como ella no fue consciente de ninguno de los movimientos que hizo, por primera vez sin buscar nada de él.

Ese dato le hizo fruncir el ceño, no quería tener contacto con ella por las consecuencias. Su lealtad y su honor superaban a su deseo y atracción, pero que lo ignorara en ese instante se le atravesó como una espada, provocándole un sentimiento que no le gustó nada.

Eileen le hizo un guiño a su hermana cuando terminó de rellenarle la copa, ya le explicaría lo sucedido al día siguiente porque le quedó claro a Eileen que en ese momento su hermana no supo lo que provocó al sentirse sobrepasada por todo. Miró de reojo a Graham mientras May volvía a su

asiento y tuvo que disimular una sonrisa al ver la expresión de él, bien, se dijo Eileen.

—Pequeña, mueves las fichas demasiado bien. —Se inclinó hacia ella Kenneth.

—¡Qué puedo decir esposo! La que vale, vale —le susurró como hizo él, con otro guiño que provocó una carcajada en Kenneth mientras la acercaba a su cuerpo y se apoderaba de sus labios con deseo.

Kirsty ante lo acontecido se mantuvo al margen todo lo que pudo, pasando desapercibida ante el nerviosismo que sentía. Centrada en su cena y en las conversaciones que se intercalaban en la mesa, intentó dejar la mente en blanco, pero la presencia de Iain a tan corta distancia no ayudó en su propósito.

La fragancia que desprendía él, sus brazos fuertes que se movían sobre la mesa cada vez que hacía el gesto de coger comida o bebida tensando sus músculos, e incluso cuando cruzaba sus manos rodeando su plato cuando hablaba concentrado; no, era inevitable para ella no sentir la necesidad de que esos mismos brazos la rodearan.

Había notado en varias ocasiones las miradas de su padre y hermana, no queriendo cruzarse con ellas para no venirse abajo. Se notaba más sensible de lo habitual, demasiados sentimientos que se negaba a sentir, pero que su interior y su cuerpo manifestaban por libre, haciendo que su corazón latiera a más velocidad.

Se irá, se repitió varias veces Kirsty. Iain MacLeod se iría de su hogar y al paso que iban, sin dirigirse ni una palabra. Ella no era importante para él y todo seguiría como siempre. Tenía su vida lejos de allí y ella no sabía lo que le esperaba en sus tierras, quizás alguna joven o más de una… ese pensamiento la hizo mover la cabeza de un lado a otro casi imperceptiblemente, con una emoción a la que no estaba acostumbrada, poniéndola más melancólica.

Alec no había dejado de observarla, sintiendo como suya su incomodidad. Sus instintos lo impulsaban a incorporarse de la mesa y llevársela lejos de allí, sabiendo que una conversación conseguiría calmarla. Eso o levantarse y noquear a Iain MacLeod por ser tan tonto de retener sus impulsos.

Kirsty miró en su dirección y sonrió haciéndole saber que no pasaba nada, él le correspondió elevando una ceja dejándole claro que sabía perfectamente como se encontraba. No podía evitarlo, había sido su prioridad desde bien temprana edad, protegiéndola ante todo y todos, y así seguiría siendo hasta su último aliento.

Con la cena finalizada, lo único que permanecía sobre las mesas era la bebida que seguía corriendo de unos a otros, dando más euforia a la celebración. Uno de los integrantes del clan se acercó al *laird* Sinclair, solicitando su permiso para recitar varios poemas que había compuesto. Ante la conformidad de James, el hombre se situó en el centro del salón captando la atención de todos como tantas otras veces.

Los que quedaban de espaldas en la mesa principal, se incorporaron para hacerlo en sentido contrario, para estar frente al hombre haciendo un alto en sus conversaciones.

Alec esperó a que Kirsty se acomodara para hacerlo él. La joven se incorporó girando sin poder prevenir que la falda de su vestido quedaría enganchada y la haría desestabilizarse. Con un pequeño grito sintiendo como su cuerpo caía hacia delante, cerró los ojos dándole tiempo a alargar los brazos para el impacto con el suelo. El problema es que no lo haría directamente ya que el banco del que se había incorporado quedaba por delante de ella, a media altura de sus piernas.

Iain con un movimiento rápido se incorporó posicionándose a su espalda, frenando su avance con sus brazos. Con un gran suspiro Kirsty agradeció interiormente su intervención. A la velocidad que se dio todo, no fueron conscientes de la manera en la que se encontraron en ese instante.

Iain la agarraba con un brazo de la cintura y con el otro un poco más hacia arriba, zona que estaba demasiado al límite de los senos de la joven. Ella,

inclinada hacia delante, pegada al cuerpo de Iain por la fuerza de sus brazos para evitar el impacto, se ruborizó incorporándose rápido, rozándolo y obligándolo a seguir sus movimientos. Intentó que no le saliera una sonrisa forzada hacia las personas del clan que miraban hacia ellos preocupados, hasta que apartaron su atención al ver que la hija del *laird* se encontraba bien y todo había quedado en un sobresalto.

—Os lo agradezco —dijo casi sin voz Kirsty—. Ya estoy bien, podéis soltarme.

El calor que sintió llegó hasta sus mejillas, intensificando las pecas que decoraban su cara cuando el rubor se apoderaba de ella. Una fina capa de sudor cubrió su cuerpo debido a los nervios, provocándole ansiedad al ver que los segundos pasaban y él no aflojaba su agarre ni se separaba. Miró hacia abajo, pero ni falta que hacía porque notaba exactamente todas las partes de su cuerpo con las que hacía contacto.

Una de las manos de Iain reposaba justo debajo de sus senos, abierta, extendida al completo mientras los dedos que quedaban hacia arriba rozaban esa zona, haciendo que tragara saliva. Su otro brazo la rodeaba por completo con la suficiente fuerza para mantenerla pegada a él. Nada ayudaba en esa situación y el sentir su respiración en la nuca acabó de alterarla sin saber si se caería en cuanto se sintiera libre por el temblor de sus piernas.

—No —respondió él con un pequeño gruñido que pasó desapercibido para los demás.

La reacción de Kirsty fue girar la cabeza hacia atrás desconcertada, encontrándose con la de él que miraba hacia abajo por la diferencia de estatura entre los dos. Los ojos de Iain recorrieron cada detalle de su expresión y del rubor que se había apoderado de la joven.

—Os late el corazón demasiado rápido. —Se inclinó hacia ella, susurrándole cada palabra en el oído—. Me pregunto si el motivo es por el tropiezo o por algo diferente... —Sus palabras fueron acompañadas con más presión en su agarre—. Hasta que no paséis al otro lado y os sentéis no os voy a soltar —aclaró obligándose a incorporándose, quedando recto

apretando la mandíbula, con toda la atención centrada en su control o intentando encontrarlo.

Kirsty ruborizada y casi sin respiración miró hacia el frente evitando responderle. Se remangó un poco la falda del vestido con manos temblorosas y pasó con cuidado cada una de sus piernas por encima del banco. En cuanto lo hizo se alisó el vestido soltando un suspiro y se sentó. Lo realizó todo sin que él la hubiera soltado, adaptando su posición a la de ella en todo momento, inclinado sobre su cuerpo.

Iain libraba una batalla interna de grandes proporciones sin que nadie se diera cuenta cuando se obligó a separarse de la joven. Despacio, alejándose de su cuerpo con leves caricias consiguió por fin tomar distancia. Una vez hecho, respiró profundo.

Sentía todos los ojos puestos en él, pero no se movió ni dejó de mirar al frente. En ese instante no estaba para miraditas ni sonrisas o caras de sorpresa, no. Lo que le pedía el cuerpo y todos sus instintos era cargar a Kirsty y sacarla de allí sin demora para acabar con esa situación de una vez por todas. Contraponiendo lo que sentía, luchó con todas sus fuerzas para evitar dar rienda suelta a lo que necesitaba.

Había sido demasiado, se reprendió por su comportamiento intentando que la reacción de su cuerpo pasara desapercibida. Demonios que se sentía tan caliente que era capaz de incendiar todo el salón. Centrado en su autocontrol pasó al otro lado del banco sabiendo que el hombre que esperaba para recitar sus poemas no lo haría hasta que todos estuvieran sentados.

Capítulo 14



Después de una noche intensa que fue el detonante por el que a más de uno le fue imposible conciliar el sueño ni encontrar descanso al sentirse sobrepasados por las emociones acumuladas, el castillo amaneció en calma y en silencio ante la partida de los hombres.

—¿Tú crees que es buena idea? —preguntó indecisa Maureen.

—¿Por qué no tendría que serlo? —Levantó una ceja Eileen mientras ensillaba a su yegua.

—No tengas tanto miedo a las represalias de los hombres. —Puso los ojos en blanco May, haciendo lo mismo que su hermana Eileen.

—No pasará nada por un paseo a caballo —sonrió Kirsty montando en el suyo.

—Ya, pero los hombres han salido, todos los hombres lo han hecho —insistió Maureen remarcando las palabras—. Ramsey y Alec se enfadarán porque salgáis sin su protección. —Miró a Kirsty y Eileen—. Por no decir que los demás enloquecerán.

—No sufras, yo no lo hago —sonrió Eileen de medio lado— No necesito a nadie para disfrutar de un paseo y tiempo con mis hermanas. May, ¿llevas el arco? —Giró hacia ella que acababa de montar.

—Siempre. —Dio varios golpes sobre él.

—¿Ves? — insistió dirigiéndose hacia Maureen— Mi espada va conmigo a dónde vaya y tenemos la mejor sanadora del territorio con nosotras —dijo mirando con cariño a Kirsty—, pero si quieres pasar la mañana esperándonos en el castillo no pasa nada, es tu elección.

Kirsty había heredado la habilidad de su fallecida madre en el arte de la sanación, por la que todos se sentían orgullosos de que así fuera. En cuanto estuvo de regreso junto a su padre, en las tierras que pertenecían a los Sinclair, dejó ver de lo que era capaz. La primera vez que ayudó y se interesó fue cuando tiempo atrás Alec resultó gravemente herido por culpa de ella, captando su atención cuando la mujer que lo curó le solicitó ayuda. Tuvo una habilidad innata e interiorizó todos los conocimientos necesarios y otros le eran dados por instinto. No eran pocos a los que había ayudado y así seguiría siendo independientemente de la gravedad que tuviera entre manos.

—No, que será muy aburrido. —Hizo un puchero Maureen haciéndolas reír.

—No creo que cuando vuelvan y se enteren sea peor que la noche que pasamos ayer —soltó un suspiro resignado Kirsty.

—Tenemos ojeras. —Las miró sonriendo Eileen—. ¿Qué habéis estado haciendo durante la noche vosotras? —sonrió pícara— Quiero explicaciones de todo y hoy he amanecido con poca paciencia, os lo advierto. —Espoleó suave a su yegua para emprender la marcha.

—Si tú no tienes paciencia entonces la mía ni existe —rio May frenando el avance de Eileen, dejando claro que ella era la que más controlaba todo—. Calma hermana, por mi parte necesito desahogarme de una vez por todas. — Se encogió de hombros.

Todas se miraron entre sí teniendo la necesidad de exteriorizar sus sentimientos. Por sus caras pasaron todo tipo de emociones recordando los

momentos vividos que no las habían dejado descansar durante la noche, al menos a dos de las cuatro jóvenes.

Por parte de Kirsty en cuanto tuvo la oportunidad desapareció del salón. Sí, huyó, pero no se arrepintió porque en la soledad de su estancia pudo calmar un poco sus nervios, lo que no impidió que se crearan nuevos cuando su mente recreó todas las palabras dichas por Iain y su acercamiento obligado por su torpeza. El recuerdo del calor de su cuerpo, su fuerza y la fragancia de él la acompañaron mientras abrazaba a su almohada haciendo esfuerzos por no prestar atención a las reacciones de su cuerpo. De esa manera pasó el tiempo con los ojos cerrados, pero con la mente tan abierta que no pudo conciliar el sueño.

Maureen se sintió sobrepasada por todos los sentimientos que había intentado ocultar, con agobio porque durante la cena hubiera podido mostrar más de lo que debía. No se había sincerado con nadie y había sabido llevar en secreto los sentimientos que nacieron dentro de ella, siendo la primera sorprendida. No tenía nada que hacer porque ese hombre tan testarudo y gruñón jamás se fijaría en ella como mujer, ese fue el pensamiento que la perturbó y no la dejó cerrar los ojos en la oscuridad de su estancia, mientras varias lágrimas furtivas resbalaban por su cara.

La situación de May fue todo lo contrario, a pesar del bochorno que sintió en la cena por comentarios y miradas, consiguió quedarse dormida al poco tiempo de que su cuerpo hiciera contacto con el lecho. El problema fue que lo que no pensó dejando libre a su imaginación despierta, lo recreó en sueños provocando que se despertara sobresaltada al alba debido a la reacción de su cuerpo que la hizo sobresaltarse al no ser conocedora del significado de ella. A pesar de que su corazón se resentía cada vez más y de no poder controlar sus reacciones, sí lo hacía con su mente ya que estaba acostumbrada a los desplantes continuos por parte de Graham. Ese fue el motivo por el que una vez en su estancia se evadió de todo.

Eileen tampoco durmió a penas esa noche y no por los mismos motivos de varias de sus hermanas. En cuanto Kenneth traspasó la puerta de la estancia que compartían, ya que había alargado la velada dónde solo los hombres se quedaron en el salón concretando los detalles de la inspección que llevarían a

cabo al día siguiente, le hizo saber lo que la deseaba y la amaba. Tuvieron poco tiempo repartido durante la noche de descanso, disfrutando de sus cuerpos y saciando la necesidad que sentían. Solo cuando Kenneth vio el cansancio en el rostro de su esposa reposaron relajados sobre el lecho dando paso a las caricias furtivas y a los abrazos antes de que el alba los sorprendiera teniéndose que despedir.

—Pues no perdamos tiempo, hoy hace un día espléndido para disfrutarlo y tenemos mucho de lo que hablar —sonrió Eileen dándole la orden a su yegua de que continuara en su avance, con sus hermanas a poca distancia de ella.

El sol resplandecía sobre sus cabezas cada vez que pasaban por las zonas en las que los árboles no les daban cobijo. Bien recibido era después del día anterior frío y lluvioso. La hierba aún permanecía húmeda, humedad que los cascos de los caballos levantaban haciendo un efecto brillante envolviendo sus pasos.

Cerca de un río pararon el paseo y desmontaron para dejar a los animales beber y descansar, lo mismo que hicieron ellas cuando May extendió una gran manta sobre la verde hierba para que la ocuparan todas.

Eileen se acercó a la orilla, se agachó y se refrescó la cara con un poco de agua. Lo fría que estaba le produjo un pequeño escalofrío. Miró alrededor, todo estaba en calma y con la misma volvió sobre sus pasos al encuentro de sus hermanas que conversaban sentadas. Antes de imitarlas echó una última mirada a los caballos viéndolos beber y alguno comer de la hierba fresca, pero algo en su yegua Hera la hizo ir en su dirección.

—Buena chica —la elogió haciéndole varias caricias en el lomo mientras bebía tranquila—. Pórtate bien, no te muevas de aquí.

Como respuesta la yegua relinchó haciéndola sonreír. Sus manos pasaron cerca de su espada, volvió a mirar alrededor durante un instante fijándose en los árboles que las rodeaban. Estaban a bastante distancia del castillo, al final el paseo que se habían propuesto de que fuera corto se había alargado y habían recorrido bastante territorio saliendo de la zona que estaban acostumbradas a ver.

Su yegua movió la cabeza de un lado al otro captando su atención, como la había visto hacer antes de acercarse. Caminó hacia su cuello y le acarició las orejas para tranquilizarla, gesto que lo conseguía al instante. Para su sorpresa, esa vez no sucedió y no recordaba que esa reacción se hubiera dado desde que estaba con ella. Frunció el gesto.

—¿Qué pasa chica? ¿Qué sientes? —le habló en voz baja sin dejar de acariciarla.

Solo obtuvo el mismo gesto sin que Hera frenara en sus movimientos, levantando una de sus patas mientras removía la tierra bajo sus pies ya que en la linde del río la hierba era sustituida por pequeñas rocas y tierra, la que levantó un polvo que la hizo agarrar las riendas y desplazarla unos pasos hacia atrás.

Eileen miró a sus hermanas que seguían conversando tranquilamente sentadas sobre la manta. Hizo un repaso más exhaustivo de toda la zona sin conseguir ver algo diferente que la vez anterior. Llevó su vista hacia los demás caballos, dos de ellos más inquietos de lo habitual, sin llegar al nerviosismo de su yegua.

¿Qué se le estaba escapando? Pensó mirando a los ojos a Hera. O mejor aún ¿había algo oculto de lo que preocuparse? Sin dudar fue directa a desenvainar su espada de la montura y se alejó de su yegua después de varias caricias más.

Caminó despacio, agudizando sus oídos, pero no consiguió nada en su propósito. Soltando un suspiro le quitó importancia, pero no pudo evitar mirar hacia atrás a una Hera que se seguía mostrando inquieta.

—May —dijo con la vista fija en su yegua.

—¿Sí? —escuchó a su espalda.

—Coge el arco —ordenó.

No sabía si tenían sentido sus palabras, pero no estaba de más ser precavida. La situación la estaba poniendo en tensión y Eileen no era de dejar pasar las reacciones de su cuerpo ni los detalles que había comprobado.

—¿Pasa algo hermana? —Se sorprendió Kirsty poniéndose en pie.

—Nada —dijo, pero en su mente la respuesta fue, no lo sé—. Mejor ser precavidas. —Se giró hacia ellas haciéndoles un guiño para quitarle importancia y que no se preocuparan.

Kirsty la miró indecisa sabiendo las habilidades de su hermana. Echó una ojeada alrededor y al no ver nada volvió la vista a Eileen que la miraba fijamente.

May ante sus palabras se incorporó sin dejar de observar a Eileen y se dirigió hacia su caballo prestando atención al comportamiento que tenía. Con el arco en la mano, sin alejarse del caballo, fijó su mirada en Eileen la que la esperaba desde la distancia.

No hicieron falta palabras entre las dos al ser conocedoras de que algo había, ¿el qué? No lo sabían. Si la posibilidad que pensaba Eileen se diera no tardarían en saberlo.

May regresó lo más tranquila que pudo por la petición no dicha de Eileen y se sentó en la manta dejando el arco en la falda de su vestido. Eileen hizo lo mismo dejando a su lado, a la altura de su mano, la empuñadura de su espada.

—¿No sería mejor irnos? —Tragó saliva Maureen viendo la situación.

—¿Por qué? —Quiso saber Eileen mostrando una sonrisa relajada.

—No sé, yo… —Miró preocupada Maureen—. Si está pasando algo mejor partir de aquí.

—Si está pasando algo de nada nos servirá alejarnos de aquí —dijo segura Kirsty en tono bajo—, delante de nosotras tenemos mucha distancia a campo abierto, solo nos separan unos metros a cubierto por estos árboles. Estaríamos en desventaja. —Las miró a todas.

—Exacto —confirmó Eileen—. No preocuparos, esto —aseguró señalando su espada—, es por precaución, nada más. Vamos a conversar y se nos olvidará esta tensión, seguro que se tratará de algún animal.

—Estoy enamorada de Ewan, el *laird* Sutherland —soltó de carrerilla Maureen nerviosa, más por la situación que por el significado de sus palabras.

—¿Cuándo pensabas decírnoslo? —Pegó un pequeño grito May.

—¿Y tú? —Elevó una ceja Maureen—. Porque creo que lo tuyo viene de más tiempo y no has hablado con nosotras en ningún momento.

—Haya calma —pidió divertida Eileen, sin dejar de prestar atención a su alrededor—. Lo de May lo sabía y no —remarcó cortando a Maureen—, no por ella precisamente. Ha sido demasiado evidente. —Levantó una ceja—. Y lo tuyo —puntualizó señalando a Maureen que se ruborizó—, nos quedó claro anoche.

—Dios nos ayude. —Lloriqueó May provocando que todas rieran.

—¿Hermana? —Miró fijamente Eileen a Kirsty— En la celebración de anoche me llevé dos grandes sorpresas, una protagonizada por Maureen, la segunda… por ti.

Las cabezas de May y Maureen giraron en la dirección de Kirsty que nerviosa frotó sus manos en la falda de su vestido. Con un suspiro resignado habló.

—No sé cómo ha sucedido —explicó bajando la cabeza—, pero es algo que tengo que olvidar, con que ignore lo que siento bastará con el pasar del

tiempo.

—Que yo me entere. —Levantó las manos May—. Maureen se muere por los huesos del gruñón Ewan, yo he perdido la cabeza por Graham, el comandante e íntimo amigo de Kenneth y Kirsty… está perdidamente enamorada de Iain y se niega a que así sea. —Agrandó los ojos.

—Buen resumen —sonrió divertida Eileen—. ¿Por qué? —Se dirigió hacia su hermana.

—Porqué ¿qué? —Frunció el gesto Kirsty.

—Que por qué te niegas a sentir algo que puede traerte felicidad. —Ladeó la cabeza Eileen.

—Es que… —Acarició la manta Kirsty—. Es complicado, además, no sé nada de la vida de Iain MacLeod, ni siquiera sé si pudiera interesarle, yo…

Eileen soltó una carcajada sin poder contenerla, en cuanto se recompuso miró con cariño a su hermana. Analizó sus palabras necesitando indagar más en ese «es complicado» que había dejado caer sin querer entrar en detalles.

—Conozco a Iain MacLeod bastante bien —hizo una pausa Eileen— y te puedo asegurar que desde que ha pisado las tierras Sinclair no lo hago —sonrió—. Al igual que sé perfectamente qué significa el comportamiento de los otros dos. —Miró a Maureen y a May.

—¿Qué quieres dec…? —Las palabras de Kirsty quedaron interrumpidas al ver a Eileen levantar la cabeza de golpe y pedirles silencio con una mano.

Todas se tensaron esperando, viendo como su hermana movía los ojos de un lado al otro sin moverse.

—Vayámonos, es el momento —sugirió, o más bien ordenó incorporándose despacio Eileen.

—¿Estás segura? —preguntó asustada Maureen.

—Sí, no os separéis. Maureen cabalga junto a mí todo el tiempo, no te separes. —Bajó la mirada hacia ella que tragó saliva mientras se incorporaba.

Era la única que no sabía defenderse junto a Kristy, aunque esta última se defendía un poco gracias a las nociones que Eileen le había enseñado. Básico, pero lo suficiente para saber manejar un cuchillo a la perfección. Con el arco no hubo manera, porque curando heridas tenía mucha precisión, pero lo que era en puntería tuvo que desistir en su intento de que aprendiera. Y una espada era demasiado para ella como le hizo saber en su momento.

—Kirsty llévalo contigo. —Se agachó disimulando sus movimientos y sacó de debajo de la falda de su vestido un cuchillo afilado, ofreciéndoselo —. Recuerda, a corta distancia, sin que parezca que lo tengas, espera el momento oportuno. —La miró a los ojos ante el asentimiento de Kirsty que cogió el cuchillo con manos temblorosas—. En mi yegua tengo otro más grande que quiero que escondas en tu vestido.

Una cosa era la práctica con su hermana, que por cierto siempre que se había dado el caso había sido en la intimidad las dos, ni siquiera Alec era conocedor de ese detalle, y otra era esa situación real de amenaza.

May recogió rápido la manta con ayuda de Kirsty y cuando hubieron terminado todas montaron sobre sus caballos, inquietas, pero manteniendo una calma disfrazada para los ojos de cualquiera.

Capítulo 15



Kirsty se sentía observada, pero no sabía si era producto de su imaginación y la ansiedad que la recorría, o porque realmente lo estaba siendo. No estaba acostumbrada a esas sensaciones como su hermana que cabalgaba a su lado aparentemente tranquila.

Se habían alejado del río, llevaban un buen tramo recorrido sin ningún percance. Quizás todo quedara en una anécdota, rezó Kirsty para que así fuera apretando la carrera de su caballo junto al resto de las jóvenes. En cuanto entraron en la protección de una arboleda espesa se relajaron aminorando la marcha.

—Eileen —llamó su atención—, quizás hemos exagerado.

—Quizás. —Se giró sonriendo hacia ella, sin perder su temple.

Parecía que era la única que lo conservaba porque las caras descompuestas de Maureen y May le daban a entender que se encontraban como ella.

—Prefiero ser exagerada —dijo Eileen sin dejar de mirar al frente— y más, teniéndoos conmigo. Si estoy en lo cierto y Kenneth se entera —soltó un bufido.

—Déjame decirte que tendrás otra batalla si llega ese momento —habló Maureen.

—Eso no me preocupa —sonrió de lado Eileen.

—¿Entonces qué te preocupa? —se interesó May.

—El bebé —respondió por ella Kirsty sorprendiendo a todas, con una Eileen con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cómo…? —quiso preguntar.

—He escuchado esta mañana lo mal que te encontrabas, desde que llegaste se ha repetido en cada despertar —le sonrió con cariño—. He estado a punto de entrar en tu estancia en más de una ocasión, pero he respetado tu tiempo para cuando quisieras contarlo, porque eso es lo que tenías que decirme ¿verdad?

—Oh, señor, ¿es cierto? —se emocionó Maureen.

—Sí, es cierto. —Miró a todas sus hermanas emocionada—. Kenneth y yo vamos a ser papás.

—No me lo puedo creer, voy a ser tía, no puedo con la emoción. —Lloriqueó May haciéndolas reír.

—Estoy de acuerdo —asintió Kirsty.

—¿Sobre qué? —Giró hacia ella Eileen.

—En que tendrás un serio problema si sucede algo —negó con la cabeza —. Ahora estoy más intranquila al confirmarlo, démonos prisa.

Comprendiendo sus palabras volvieron al galope sorteando los árboles que se encontraron a su paso. A mitad del recorrido la situación se tornó complicada cuando una flecha cortó el aire pasando a muy corta distancia de Maureen, impactando en la parte rígida de su montura, quedando clavada sin tener que lamentar ningún accidente.

Ante lo sucedido Maureen se sobresaltó y su caballo con ella, descoordinando los movimientos ante los nervios del animal al sentir el impacto, aunque no lo hubiera herido.

A punto estuvo de caer al suelo si no hubiera sido por la intervención de Kirsty que galopaba a su lado y se hizo con las riendas para controlar al animal y evitar un mal mayor.

—Avanzad, no os paréis —gritó Kirsty cuando Maureen hubo recuperado su posición y el control de su caballo.

No hicieron falta esas palabras para que las jóvenes comprendieran la situación ya que todas habían visto con claridad lo sucedido. Eileen iba en la retaguardia pensando que la amenaza podía venir de sus espaldas, con lo que no contaba era con la dirección que había tomado esa flecha.

Maureen iba casi a la cabeza y para que hubiera impactado dónde lo hizo, quien fuera quien disparó su arco tenía que haberlo hecho desde su derecha a bastante más distancia avanzada que la de ellas.

Apretaron a sus caballos en la carrera mientras Eileen se posicionaba en la delantera, por el lado de la flecha. Sin dejar de avanzar giró hacia todos los lados para comprobar si las seguían. Inexplicablemente no vio a nadie, ni un ruido, ni un movimiento… motivo por el cual frunció el gesto, intranquila mirando al frente.

—Ya estamos a salvo —soltó un suspiro Kirsty.

Sus palabras fueron provocadas al reconocer las tierras próximas a su hogar, viendo a lo lejos la silueta del castillo que se le antojó lo más maravilloso que pudieron ver sus ojos en ese momento.

La mirada de Eileen se concentró en la colina en la que siempre se paraba cuando llegaba a las tierras de su padre, antes de recorrer la última distancia hacia el castillo.

—No, no frenéis —animó a su yegua a galopar más rápido el último tramo Eileen—. Hasta que no estemos en el interior seguid avanzando.

Todas asintieron sin hacer ningún comentario, imitándola. Recorrieron los pocos metros hasta la puerta principal y entraron ante la petición de Eileen que se quedó atrás a la espera de que así fuera.

Montada en su caballo, miró alrededor. Durante todo el recorrido a pesar de que no habían tenido ningún sobresalto más, había sentido la tensión de su cuerpo ante alguna presencia oculta que no la dejó bajar en su concentración.

—Hermana. —Se asomó Kirsty por la gran entrada del castillo—. Ahora sí, ya estamos a salvo.

—Sí —respondió Eileen, pero su voz no correspondía a esa seguridad.

—Entra, vayamos a ponernos cómodas y a descansar. Es la hora de la comida y lo haremos con calma para relajarnos, después tienes que descansar.

—Está bien —soltó un suspiro Eileen girando y desapareciendo en el interior, dirigiendo a Hera hacia la cuadra donde se encontraban sus hermanas con Kirsty siguiéndola, caminando a su lado.

—¿Estáis bien? —preguntó Kirsty.

La cara de Maureen aún no había conseguido recomponerse, estaba más pálida de lo habitual. May a pesar de los nervios tenía más temple que su hermana. Eileen había acumulado una rabia que estaba sacando conforme hacía la labor de desensillar a Hera, con movimientos bruscos.

Sus ojos se dirigieron a la montura de Maureen, se acercó decidida y arrancó con fuerza la flecha clavada, mirándola con atención.

—Yo estoy bien, creo —contestó May.

—Yo no sé cómo estoy. —Tragó saliva Maureen—. Tengo el estómago revuelto.

—Una sopa asentará tu estómago. —La agarró de la mano Kirsty, con una expresión de cariño—. Después os prepararé unas hierbas que os harán descansar y reponeros. Ahora lo mejor es sentarnos en el salón saciando un poco el hambre.

—Yo no tengo —habló Eileen sin dejar de mirar la flecha.

—¿Qué piensas hacer con ella? —le preguntó Kirsty.

—Mostrársela a Kenneth y a los demás. —Apretó con fuerza el agarre en ella.

—Pero entonces sabrán lo sucedido. —Tragó saliva May.

—No voy a mentir ni ocultar la verdad de lo sucedido. —Las miró a todas Eileen—. Ahí fuera hay una amenaza —dijo mientras paraba de caminar por unos instantes, pensando—. Estoy segura de que la partida de todos al alba está relacionada con ello.

—Pues sugiero que hagamos lo que he dicho porque nos espera un momento de tensión al anochecer —comentó Kirsty mientras se alejaban de la cuadra dirección al castillo—. Necesito un descanso de tantos nervios. —. Lloriqueó haciendo una broma que surtió efecto.

Las jóvenes entraron a la protección del castillo riendo. Cuando llegaron al salón se encontraron con el pequeño Sloan que saciaba su estómago. Ante la alegría de sentirse acompañado se levantó emocionado, corriendo hacia ellas para recibirlas mientras Eileen escondía la flecha ante sus ojos.

Solo fueron capaces de tomarse una sopa caliente, algunas repitieron, pero siendo lo único que les entró ya que tenían cerrados sus estómagos, mientras, Sloan daba buena cuenta de la suya hasta dejar vacío su plato. Hasta Eileen

que siempre mantenía su temple fuera la situación que fuera, en esa ocasión no pudo hacer más que dejar pasar ese líquido por su garganta.

—La próxima vez quiero ir —habló Sloan mirándolas a todas, al saber que habían salido del castillo.

—Claro que sí —sonrió Kirsty—. Mañana haremos algo divertido ¿qué te parece?

—Sí. —Aplaudió ante la noticia haciéndolas sonreír.

—Ahora es hora de descansar —le advirtió Kirsty provocando un puchero en su cara—. Si lo haces —dijo en un susurro como si fuera un secreto—, esta noche en la cena tendrás sesión doble de postre.

—Voy ya. —Se levantó de golpe Sloan haciéndolas reír—. ¿Necesitáis que os acompañe a vuestras estancias? —preguntó nervioso queriendo salir corriendo hacia su lecho, sin poder dejar de mover sus piernas, pero sin olvidarse de los modales que le había enseñado su padre.

—Creo que no tendremos problema en llegar a ellas, te lo agradecemos —respondió intentando retener una carcajada Kirsty al verlo concentrado en su misión.

Después de sus palabras asintió despidiéndose y salió corriendo del salón provocando varias sonrisas de cariño.

—Es adorable —dijo Kirsty volviendo la vista hacia sus hermanas.

—Lo es —sonrió de medio lado Eileen, dándole un nuevo significado a la expresión de nostalgia reflejada en la cara su hermana.

Todas se despidieron en la planta superior donde descansarían en sus estancias, después de tomarse la bebida que les había preparado Kirsty. May y Maureen entraron primero ya que las suyas quedaban más apartadas de las

de Kirsty y Eileen. Ellas dos continuaron recorriendo el pasillo hasta que Kirsty paró en la puerta de la suya, la de Eileen era la siguiente.

—Has pasado miedo por tu estado —afirmó Kirsty mirándola con cariño.

—¿Puedes venir a mi estancia? —le sonrió Eileen—, como cuando éramos pequeñas —dijo con nostalgia.

—Por supuesto, vamos. —La agarró de la mano Kirsty, tirando de ella.

En cuanto entraron, Eileen dejó la flecha apoyada en la pared de piedra y se despojaron de lo que les estorbaba, tumbándose en el lecho las dos, quedando boca arriba con sus ojos mirando hacia el techo.

—Es una sensación a la que no estoy acostumbrada —habló en voz baja Eileen.

—Es normal tu reacción, no es agradable ver flechas volando si van en contra de una. —Giró la cabeza Kirsty hacia ella.

—No me refiero a eso. —Tragó saliva Eileen—. Ese dato no me preocupa, puedo con ello —asintió, gesto que hizo que Kirsty sonriera orgullosa de ella, su guerrera personal desde que eran pequeñas—. Me refiero a que sabiendo en el estado en el que estoy —dijo mientras se llevaba una mano a la barriga, dejándola allí para reconfortarse—, he sentido por momentos pánico de que algo pudiera pasarle.

—Hermana, es comprensible. —La agarró de su otra mano que reposaba sobre el lecho—. Ahora no eres solo tú y desde el momento en el que fuiste consciente de tu estado la vida te cambia para siempre. Ese miedo que dices seguirá, más calmado, pero nunca desaparecerá por el temor a que a tu hijo pueda sucederle algo.

—Kenneth se va a enfadar —dijo contenida Eileen.

—Lo sé. —Intentó no reír Kirsty.

—Mucho. —Giró la cabeza haciendo un puchero.

—Soy consciente. —Acabó riendo, contagiando a Eileen provocando que se relajara.

Soltaron a la vez un suspiro y giraron sus cuerpos quedando de lado y de frente.

—¿Tienes alguna molestia más durante el día? Puedo hacerte unas infusiones diferentes a las de hoy que van bien para ello —se preocupó Kirsty.

—No, solo por las mañanas al abrir los ojos. Después de ese momento mi estómago se asienta. —La miró con cariño por su preocupación—. Te he echado de menos —dijo mientras sus ojos hacían el intento de no cerrarse.

—Yo también. —Le acarició el pelo Kirsty, protectora—. Descansa, lo necesitas más que ninguna —susurró.

Eileen asintió casi imperceptiblemente y Kirsty se quedó durante un largo rato velando su sueño sin dejar de observarla. La quería tanto, pensó justo antes de que sus ojos la vencieran y la llevaran a un sueño reparador.

Tuvieran que enfrentar lo que fuera, siempre lo harían juntas. Nunca más se separarían la una de la otra. Las dos hermanas permanecieron descansando durante gran parte de la tarde y cuando se despertaron se negaron a abandonar el lecho con una conversación que se alargó, hasta que la oscuridad de la noche, que se dejaba ver a través de la pequeña ventana de la estancia, las hizo separarse para asearse y vestirse para la cena que estaba próxima, al igual que la llegada de los hombres.

Capítulo 16



La incursión de los *lairds* con sus guerreros por todo el territorio no tuvo los resultados deseados. Desde que la iniciaron al alba apenas habían descansado, queriendo hacer todas las comprobaciones necesarias para la tranquilidad de todos. Lo que no sabían es que la amenaza estuvo más próxima de lo que se podían imaginar.

Ellos no tuvieron ningún percance ni a nadie a quien enfrentar. Cuando salieron del castillo lo hicieron por el lado opuesto a donde las jóvenes fueron atacadas, regresando a media tarde por el mismo punto que ellas, tramo por el que pasaron con calma sin ninguna amenaza.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que ibas a descansar un rato —preguntó Iain al encontrarse sentado en el lateral del castillo a Kenneth, descansando apartado, pero sin asearse.

—Esa era la intención, pero al entrar en la estancia Eileen y Kirsty dormían plácidamente y he salido no queriendo despertarlas. —Se encogió de hombros Kenneth.

—Puedes ir a mi estancia a asearte. —Le ofreció Iain después de asentir por su respuesta—. Sloan dormitaba, pero yo lo he hecho sin problema. Una vez que coge el sueño para despertarlo después es una hazaña.

—No te preocupes, lo haré dentro de un rato, aún es temprano. Tampoco creo que tarden mucho en despertar por las horas que son. —Se lo agradeció Kenneth sentándose a su lado.

—No sé cómo después de tanto descanso vuelven a dormir durante la noche —negó con la cabeza Iain.

—Bueno, yo solo puedo hablar por Eileen y descansar no lo hace mucho —sonrió de medio lado haciendo reír a Iain—, pero ahora eso va a cambiar.

—¿Por algún motivo en especial? —Levantó la ceja Iain.

—Vamos a ser padres —sonrió emocionado.

Ante la exclamación de sorpresa y alegría por parte de Iain, dándole la enhorabuena, los dos se fundieron en un abrazo por la buena noticia.

—Nadie es conocedor de la noticia.

—Tranquilo amigo, mi boca está sellada —asintió Iain.

—No hemos tenido oportunidad de hablar de lo que te atormenta. No pongas esa cara que sé hasta qué punto lo hace.

—No te lo tomes a mal, pero no quiero hacerlo. —Miró al frente Iain—. No todavía. Ya sabes lo que hay sin necesidad de habértelo dicho y lo que tengo encima, hasta que no consiga salir vencedor quiero seguir con este bloqueo impuesto.

—Te entiendo, pero te vendría bien hablarlo. Aunque respeto tu decisión y la comprendo.

—Estoy sobrepasado por momentos, yo…

—Demasiados sentimientos retenidos y una imposición que pesa demasiado… —lo cortó Kenneth— Todo saldrá bien, tengo un presentimiento y sabes que pocas veces acaba en error.

—¿De qué se trata? —Llamó su atención lo referente al presentimiento.

—No te lo sé decir, es algo que siento, pero no tengo explicación para ello. Hasta que llega el momento y todo cobra sentido. —Se encogió de hombros.

—Estoy pensando en la opción de partir mañana —dijo pensativo Iain.

—Espera un poco más, sé lo complicado que es luchar contigo mismo, créeme que así me sentí cuando Eileen se presentó ante mí sin reconocerla por quién era. Solo hizo falta que mis ojos la encontraran para desmontar toda mi vida en un solo segundo y tuve una batalla interna a la que acabé sucumbiendo —negó con la cabeza Kenneth.

—Y me alegro de que lo hicieras, no hay mujer mejor para ti que Eileen —sonrió Iain.

—Ni la quiero, ella es todo lo que siempre necesité. —Dejó la vista ida Kenneth—. Nunca imaginé que nuestro encuentro de pequeños marcaría nuestro destino.

—Ya ves amigo. —Le apretó un hombro Iain—. Todo es incierto hasta que sucede.

—¿En qué momento te pasó a ti? —Giró hacia él.

—Desde la primera vez que la vi —soltó un suspiro—. El día que tus hombres la trajeron de vuelta a su hogar, junto a James. Si te digo la verdad no sé cómo sucedió, simplemente mis ojos fueron incapaces de apartarse de su visión y algo dentro de mí, más fuerte que yo, creció. Demonios, ya estamos con las confidencias.

Ante la expresión que puso de resignación Iain acabaron los dos riendo. Así los encontraron Cameron y Ewan que se reunieron con ellos. Con una charla distendida que duró bastante tiempo ya que durante el día habían estado concentrados en su cometido y pocas palabras habían sido dichas, la oscuridad de la noche se cernió sobre ellos mientras conversaban en una posible estrategia sobre lo que perturbaba a Iain, sin entrar en detalles de lo sucedido la noche anterior, encontrando una calma bien recibida por parte de

todos. Kenneth en un momento dado les dio la misma noticia que a Iain, con la que todo fueron bromas sobre el futuro papá e ilusión con felicitaciones por parte de todos.

—Mantened silencio sobre el tema, seguramente demos la noticia esta noche en la cena —les pidió Kenneth.

—Tranquilo, sabes que no hablaremos si no lo has hecho tú antes —respondió Cameron.

—No hace falta que diga nada —gruñó Ewan haciéndolos reír.

—No amigo, ya nos lo has dicho todo. —Le dio una palmada en la espalda Iain sabiendo que jamás daría voz a algo que traicionara la confianza de alguno de sus amigos.

—Muchachos, ya se está preparando todo para la cena, aunque tenéis tiempo para tomároslo con calma. —Pasó Ramsey cerca, avisándolos para que se prepararan.

Ante la afirmación de los *lairds* de que no tardarían en ponerse en camino, Ramsey se alejó conforme, despareciendo en la oscuridad. Dieron esa reunión entre amigos por terminada pasado un tiempo corto, levantándose y dirigiéndose hacia el castillo. El murmullo del ir y venir por la preparación de la velada los saludó en cuanto traspasaron la puerta. Los *lairds* MacLeod, MacKenzie y Sutherland entraron en el salón al estar ya preparados, Kenneth subió a su estancia para adecentarse rápido, encontrándosela vacía.

Diablos, pensó, su esposa había tomado la costumbre de nunca estar ni darle encuentro cuando se alejaba de su lado. Con una sonrisa, mientras se aseaba y se vestía con ropa limpia, pensó en el pequeño castigo que recibiría esa noche, solo pequeño, porque la haría descansar todo lo que pudiera debido a su estado.

En el salón todo estaba preparado para que los *lairds* y más allegados cenaran en la intimidad. Sentados en la mesa principal conversaban

animadamente mientras el vino pasaba de unos a otros saciando la sed. Solo faltaban las mujeres, con Lorna incluida, para dar comienzo lo que no tardaría en suceder.

—Vayamos, la noche se caldeará y mejor no tensar más el ambiente —sugirió Kirsty.

Llevaban un tiempo en la estancia de ella. Se habían vestido y preparado todas juntas, ante risas por las conversaciones que tenía May con su futuro sobrino y por las bromas de quién de las tres sería la mejor tía. Bien sabían todas que lo serían por igual, esa criatura que venía en camino sería muy querida por todos.

—¿Nerviosa? —sonrió Eileen a Kirsty.

—La verdad, un poco. Hace rato que los nervios se han vuelto a apoderar de mí. Lo que no entiendo es como tú puedes estar tan tranquila. —Bajó la mirada Kirsty hacia su mano, donde reposaba la flecha.

—¿Para qué ponerme nerviosa antes de que llegue el momento? —Se encogió de hombros Eileen.

—Ni después, tampoco lo haces después —rio May.

—Y en este momento, en mi estado, menos. —Les hizo un guiño.

—Esta noche os quiero cerca —les advirtió Maureen—. No tengo intención de obedecer a vuestro padre. —Miró con convicción a Kirsty y Eileen—. Me da igual si obtengo un castigo o una reprimenda.

—Yo lo agradecería la verdad. —Se llevó una mano al pecho Kirsty—. Si hace falta hablaremos con nuestro padre.

—Por mi parte estoy conforme —asintió May desviando la mirada.

—¿Estás bien? —Se dirigió a ella Kirsty, agarrándola de una mano.

—No es agradable que te ignoren y huyan de ti —le sonrió triste—, más bien es desolador y triste. —Se encogió de hombros.

Las tres se quedaron pensativas, metidas en la situación de cada una que no pintaba bien. Eileen al verlas en ese estado habló.

—Escuchadme bien. —Pasó la mirada por todas—. Esta noche va a ser diferente y si no lo es… más de uno se lo pierde. No quiero esas caras tristes. Quedaros a mi lado.

—Niñas, ¡qué hacéis aquí todavía! —Se sorprendió Lorna al abrir la puerta —. Bajad ya.

Había escuchado el murmullo de varias voces y decidida entró para hacerlas saber que todos las esperaban. En cuanto terminó de hablar y las jóvenes se decidieron a salir de la estancia, algo captó su atención. Con la vista puesta en la mano de Eileen que sujetaba una flecha la miró a la cara pidiéndole explicaciones.

—¿Dónde vas con esa flecha? —preguntó Lorna sin poderse contener— Dime que no tendremos una noche movidita, ya tuve bastante con la de ayer. La de disgustos que me llevo. —Puso cara contraída.

—Madre no te preocupes, no creo que sea peor que la anterior. —Pasó por su lado Maureen soltando un suspiro.

—Cariño —dijo frenándola para acariciarle el pelo —, todo irá bien. ¿Me escucháis? —Las miró a todas—. Esos hombres van a caer a vuestros pies como que me llamo Lorna. —Se puso en tensión sacando una sonrisa de cariño en todas las jóvenes.

—Tarea bien difícil —soltó una risilla Kirsty, negando con la cabeza, más desanimada de lo que aparentaba su expresión.

—¿Eileen? —la llamó Lorna cuando quedó la última en la estancia.

—¿Sí? —sonrió inocentemente.

—Oh, muchacha conozco esa expresión. —La señaló—. Tú no tienes el mismo problema que tus hermanas, y algo intuyo por dónde puede ir todo. —Volvió a mirar la mano de Eileen que jugaba con la flecha, moviéndola.

Eileen rio sin querer seguir con esa conversación y se acercó a ella. Cuando pasó por su lado la abrazó, abrazo que Lorna correspondió a pesar de la inseguridad que sentía.

—Tengo algo importante que contarte —le susurró Eileen sin separarse.

—¿De qué se trata? No hagas que me preocupe —pidió Lorna cuando se separaron unos centímetros, sin soltarse.

Algo captó la atención de las dos. En la puerta Kirsty, May y Maureen asomaban sus cabezas expectantes ante la conversación. Eileen soltó una carcajada al ver solo sus cabezas, Lorna después de mirarlas a todas varias veces acabó de la misma manera con temor por lo que tramaran las jóvenes.

—Voy a tener un bebé —le contó emocionada Eileen.

Lorna parpadeó varias veces sin mostrar ninguna reacción, hasta que asimiló las palabras de la que consideraba otra hija y soltó un grito emocionado de alegría contagiando a todas, que entraron y se unieron al abrazo que se dieron, dando varios saltos celebrándolo.

Con todas siendo conocedoras de la gran noticia se decidieron a bajar las escaleras que las separaba de la entrada del salón.

—¿Preparadas? —dijo en voz alta Kirsty, irguiendo su espalda, decidida a que nada le afectara esa noche.

—Así me gusta —sonrió Eileen haciéndole un guiño.

—Esa pregunta no me ha gustado nada. —Las miró Lorna—. Tengo que preocuparme ¿verdad?

—Madre, todo está bien —respondió Maureen tomando la misma posición que Kirsty.

—Con cada palabra que decís más tiemblo —negó con la cabeza—. No gano para disgustos, no gano. —Levantó las manos moviéndolas en el aire—. Pero sea lo que sea, vamos a ello. —Se irguió también provocando risas en las jóvenes, haciendo saber a los que se encontraban en el salón que estaban a punto de entrar.

Con Lorna a la cabeza, protectora, traspasaron la entrada ante la atenta mirada de los hombres que se incorporaron de sus asientos para recibirlas.

Ahí estaba, pensó Kirsty mientras avanzaba decidida. Con su media melena dorada echada hacia atrás, increíblemente atractivo y con un aroma que no quería volver a oler y no porque le fuera desagradable, no. Era todo lo contrario provocándole demasiado en su interior, no le hacía falta tenerlo al lado para saber exactamente el olor que desprendería.

Capítulo 17



Iain se quedó embobado ante la visión de Kirsty. Con su cabello libre moviéndose con cada paso que daba, con un vestido que moldeaba su silueta y… sintió un cambio en ella, como un autocontrol diferente al que le había mostrado hasta el momento que hacía realzar aún más su belleza.

Cuando llegó a la mesa y frenó con todas sus hermanas al lado y con Lorna, se fijó en sus facciones. Sus pequeñas pecas se le antojaron deliciosas queriendo descubrir si eran las únicas que adornaban su cuerpo, sus ojos que aún no lo habían mirado mostraban decisión, su nariz pequeña decoraba a la perfección su cara y sus labios…

Iain tragó saliva al ver como se los humedecía. Siguió el movimiento de su lengua acariciando el contorno de su carnosa boca, como si lo hiciera por reflejo y sin ser consciente de ello. Lo que provocó en él ese pequeño gesto, se reflejó en una respuesta de su cuerpo que faena tuvo para controlar. Con la necesidad de acortar la distancia y probar por él mismo la suavidad y esponjosidad que dejaban ver sus labios, deseando ser él quien los acariciara de esa manera, se reprendió por esos pensamientos imponiéndose a centrarse, porque solo habían pasado unos segundos y ya se sentía desbordado.

—Como siempre, preciosas —les sonrió James Sinclair.

Las jóvenes mostraron su agradecimiento como si estuvieran coordinadas. Cuando terminaron se dirigieron al lugar que solían ocupar siempre, sin esperar a que nadie hablara de una posible reorganización otra vez.

Todos siguieron la dirección que tomaron, algunos sin mostrar ninguna reacción, otros, intentando no reír ante la jugada pensada por todas ellas. James Sinclair ocupó su lugar divertido con la situación, sin tener intención de que volvieran a pasar un mal rato durante esa noche, entendiendo la indirecta muy directa de sus hijas cuando lo miraron desafiantes.

El resto ocuparon sus lugares excepto Kenneth, que se dirigió hacia su esposa diciéndole algunas palabras al oído y besándola como había estado deseando desde que llegó. Con todo en orden y con el *laird* Buchanan conforme, le dio el gusto a su esposa de permanecer junto a sus hermanas. Esas fueron las palabras susurradas con la correspondiente respuesta de Eileen elevando una ceja desafiante que quedó olvidada por un corto espacio de tiempo en cuanto Kenneth la besó divertido, recibiéndolo con las mismas ganas acumuladas.

James se sorprendió al ver la decisión y el carisma que desprendía Kirsty esa noche, tan diferente. Miró a Eileen siendo consciente de quién había propiciado ese cambio. Su hija pequeña esperaba el encuentro de su mirada sonriendo de medio lado, confirmándole sin palabras que esas reacciones iban respaldadas por ella. Negó con la cabeza sonriendo, gesto que amplió más la de Eileen.

—¿Cómo ha ido el día? —Se interesó Kirsty mirando a todos.

—Bien muchacha, nada diferente a lo habitual —le respondió Donald.

Kirsty asintió ante sus palabras. Miró a Alec que le correspondió con una sonrisa al verla tranquila y se sentó mientras observaba de reojo a su hermana Eileen que se mantuvo de pie. Ella había mantenido la flecha discretamente oculta detrás de su vestido. Ninguna de las jóvenes sabía en qué momento sacaría el tema, lo que les quedó claro que sería en ese mismo instante al verla hacer un movimiento con el brazo, no queriendo alargarlo más.

—Nosotras no podemos decir lo mismo. —Se escuchó la voz de Eileen alta y clara, mientras dejaba la flecha encima de la mesa.

—¿Qué significa eso? —gruñó Kenneth dando varios pasos hacia ella.

Esa fue solo la primera pregunta pronunciada, seguida por el interés de todos que se mantuvieron a la espera de que alguna de ellas les aclarara el significado que tenían sus palabras y esa flecha a la que todos miraron con caras de preocupación.

—Hoy hemos disfrutado todas de un paseo durante gran parte de la mañana —explicó Kirsty, respaldando a su hermana ante la tensión de los hombres—. No creímos conveniente necesitar salir acompañadas por nadie. Todo iba bien, hacía un día esplendido y nos apeteció disfrutar de él, hasta que hemos hecho un alto en el camino a la vera de un río para descansar y conversar.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó inquieto Alec, reprendiéndola con la mirada por haber salido de la protección del castillo sin ningún guerrero.

—Allí no ha sucedido nada —prosiguió Eileen.

—Bueno nada no hermana —habló Maureen—. Has sentido algo.

—Como siempre —sonrió May—, ella es la que siempre da la voz de alarma.

—¡Hablad de una vez! —dijo alzando la voz Kenneth, remarcando cada palabra y perdiendo el control de su reacción al sentir la amenaza.

—Al notar algo diferente… —Hizo una pausa mirando a todos Eileen, pero centrándose en Kenneth—. Nos hemos alejado de esa zona, emprendiendo la marcha para regresar. A mitad del camino, esta flecha —explicó mientras la señalaba— ha impactado en la montura de Maureen.

Un gruñido fuerte retumbó entre las paredes de piedra del salón. Ewan fue el responsable de él mientras los músculos de su cuerpo se tensaban.

—Dios mío. —Se llevó una mano al pecho Lorna, preocupada.

—¿Sólo eso vas a decir mujer? —Encaró Ramsey a Lorna tenso—. Siempre las reprendes y en este momento no lo crees oportuno.

—Lo mismo les podía haber sucedido con la presencia de un guardia junto a ellas, zoquete. —Lo señaló—. No me digas cuando tengo que reprenderlas o no. A ver si te entra en esa cabeza de alcornoque que tienes que no intuían ningún peligro en su hogar y solo querían disfrutar de un paseo.

—Todo está bien —aclaró Maureen ante caras preocupadas, intentando calmar a su madre y la reacción por parte de Ramsey, sintiendo la mirada intensa de Ewan en ella—. Ni me ha rozado.

—Hijas, ¿cómo se os ocurre salir solas? Sabéis las amenazas contantes que tenemos —las reprendió James—. Está bien que disfrutéis de esos momentos, pero siempre acompañadas.

—Eso mismo iba a decir yo. —Se cruzó de brazos Ramsey, fulminando con la mirada a las jóvenes, pero sobre todo a Eileen.

—Nunca han sido tan próximas a nuestro hogar —se justificó Kirsty haciendo referencia a las amenazas.

—A cada paso que doy no tengo que pedir compañía siempre. —Elevó una ceja Eileen provocando varios gruñidos de reprimenda por sus palabras—. No imaginé que esa situación pudiera darse, estábamos en nuestras tierras y…

—¡Ese es tu problema! —La señaló enfadado Kenneth—. Que no piensas, nunca lo haces.

—No me alces la voz. —Se puso a su altura sacando su genio—. Ni se te ocurra hablarme en ese tono.

—Mi hermana sí piensa —intervino Kirsty captando toda la atención—. Si no hubiera sido por ella quizás no estaríamos tan tranquilas y bien ahora mismo.

—Íbamos con nuestras armas —habló May situándose al lado de Eileen.

—¿Vuestras armas? ¿Un arco y una espada? —dijo sacando su enfado Graham.

—Una flecha de mi arco puede atravesarte en un segundo —sonrió de medio lado May—. Yo de ti me pensaría lo que pones en duda.

Graham dio un paso hacia delante, acortando la distancia sin dejar de mirarla fijamente, hasta que el brazo de Kenneth lo frenó.

—Y si gustas puedes probar mi espada cuando quieras, en este momento sería perfecto. —Se dirigió Eileen a Graham, sonriendo de medio lado.

—Eileen me ha enseñado a dominar los cuchillos en un cuerpo a cuerpo —aclaró Kirsty sorprendiendo a todos—. Yo llevaba dos a parte de sus armas.

—¿De quién fue la brillante idea de salir y alejarse tanto? —Apretó la mandíbula Iain que hasta ese momento había estado intentando controlar el enfado y la ansiedad que le había provocado la información, sin querer pensar demasiado en las últimas palabas por parte de Kirsty. Solo de imaginársela ante la amenaza de un cuerpo a cuerpo…

—Mía —habló rápido Kirsty asumiendo la culpa, cortando la respuesta afirmativa que iba a dar Eileen, ante su sorpresa—. ¿Algún problema? —preguntó desafiante desconcertándolos aún más.

—No soy el indicado para daros vuestro castigo, pero creedme que lo haría —gruñó Iain descompuesto ante la posibilidad de que les hubiera pasado algo, de que le hubiera sucedido algo.

—Ni tú ni nadie. —Se cruzó de brazos Kirsty desafiante.

—Calma —pidió Donald viendo que la tensión subía de nivel—. No ha sucedido nada que lamentar. Tampoco las advertimos de una posible amenaza. Tenemos todos parte de culpa. Ellas sin saber han optado por una

decisión de lo más normal, aunque sin escolta. —Las miró reprendiéndolas —. Y nosotros ocultamos información para no preocuparlas.

—Donald tiene razón. —James respaldó a su amigo—. Lo único importante son dos cosas. —Miró a todos—: que las muchachas están sanas y salvas aquí y que fuera del límite de este castillo hay un enemigo, en mis tierras —acabó rugiendo por la rabia que ese dato le ocasionaba.

—Contad exactamente lo sucedido, concretando la zona por la que pasasteis —pidió Arthur.

Ante esa petición, entre todas las jóvenes relataron al detalle los lugares en los que estuvieron y el camino que tomaron, dejándoles claro el punto exacto en el que las atacaron, con el regreso tenso sin más incidentes. Ante la petición de todas, los hombres hicieron lo correspondiente con el ataque que sufrió Iain, motivo por el que salieron a rastrear el territorio. Con toda la información sabida y los nervios un poco más calmados todos se sentaron.

—¿Solo fue una flecha? —preguntó Kenneth a su esposa, mientras se llevaba la copa de vino a los labios.

—Sí —confirmó Eileen.

—Pero hay algo más ¿verdad muchacha? —Quiso saber Ramsey, analizando su expresión. La que conocía a la perfección y coincidió en la observación con Kenneth.

—Bueno… —dijo fijando su mirada en la flecha.

—Estuvo inquieta durante todo el camino, presentía algo que no veíamos —aclaró por ella Kirsty, ganándose una sonrisa de agradecimiento por parte de Eileen.

—¿El qué? —gruñó Ewan.

—Como si las observaran —respondió convencido Kenneth mirando con atención a Eileen que asintió confirmándolo.

Ewan que era el hombre que quedaba más próximo a la flecha, la cogió de encima de la mesa, la partió en dos con rabia y la dejó caer al suelo para no verla más, porque cada vez que lo hacía la rabia se apoderaba de él imaginándola clavada en la montura de Maureen, a corta distancia de una de sus piernas.

—¿Estás bien cariño? —se preocupó Lorna al ver reflejada por unos segundos en la cara de Eileen una expresión de malestar.

—Sí. —La tranquilizó ella con una sonrisa forzada.

—Toma un poco de agua. —Le ofreció Kirsty—. Voy a prepararte unas hierbas.

—No hace falta, estoy bien. —La frenó Eileen en su intento de levantarse, cogiendo la copa que le acercó y bebiendo para asentar un poco su estómago.

Kenneth se reprendió por su salida de tono y por no haber sido consciente del estado en el que estaba su esposa. La miró preocupado al ver la misma expresión que había sabido distinguir Lorna. Eileen buscó su mirada para tranquilizarlo, haciéndole un gesto para que notificara la buena noticia, la que conseguiría calmar del todo los ánimos.

—Hija, si te encuentras indispuesta puedes descansar en tu estancia. Te subirán la comida cuando lo creas conveniente —comentó James desconcertado al verla así ya que no estaba acostumbrado a esa expresión, como si se sintiera mareada o sobre pasada, no sabía identificar bien el mal que sintió.

—Estoy bien, padre —le sonrió.

—Todo está bien —intervino Kenneth incorporándose y caminando hacia ella, captando toda la atención—. El único mal que tiene son las

consecuencias de tener a nuestro hijo en su vientre —sonrió mientras le apretaba los hombros.

Eileen llevó sus manos por encima de las de él, elevando la cabeza buscando su mirada feliz. Esa vez lo que retumbó entre las paredes de piedra fueron los gritos de alegría por parte de todos a los que consideraban familia, emocionados mientras felicitaban a los futuros padres.

Los guerreros Buchanan fieles a su *laird* y a su clan, con Graham a la cabeza, se acercaron a ellos emocionados para presentarles sus respetos. Arrodillados y jurando por sus vidas que protegerían con las suyas propias al hijo de sus señores, los felicitaron en un gran abrazo.

—Dime que estás realmente bien —le susurró Kenneth inclinado hacia ella cuando todos volvieron a tomar sus puestos en la mesa.

—Lo estoy —le sonrió ella apoyando su mejilla contra la de él.

—No alargaremos la velada —confirmó girándole la cabeza y besando suavemente sus labios.

A partir de ese instante nada se habló sobre lo que les había provocado tanta tensión, dejando a un lado el malestar sustituyéndolo por la felicidad de la buena noticia. Los brindis deseando felicidad al clan Buchanan fueron los protagonistas, las risas y las conversaciones desenfadadas los acompañaron durante toda la cena que no tardaron en servir.

James no podía dejar de mirar a su hija emocionado, por el regalo tan grande que iba a hacerle. Donald estaba en la misma situación. Los futuros abuelos no dejaban de mostrar el júbilo que les había proporcionado la noticia, entre bromas de los dos.

Esa noche se cerró totalmente diferente a como se había iniciado. La calma reinó en el salón de los Sinclair. Todo volvió a la calma en un ambiente que al final se alargó hasta altas horas de la madrugada.

Capítulo 18



Un día antes de la partida de las tierras Sinclair, los cuatro *lairds* estaban concentrados mirando como transcurría el entrenamiento desde la altura que les proporcionaba una pequeña elevación del terreno. El sonido de las espadas retumbaba marcando un ritmo que no pararía hasta que Arthur diera el alto.

Con los brazos cruzados y cubiertos por una capa de sudor ya que hacía poco tiempo que habían estado ellos en esa misma situación, observaban todos los movimientos coordinados y estrategias de sus guerreros junto a los Sinclair.

Durante los días que habían pasado, después de la última cena en la que se supo el estado de Eileen, todo se mantuvo en calma. Varias fueron las salidas de los cuatro para seguir rastreando la zona, pero sin resultados que pudieran indicar que persistía la amenaza.

Cuando se dieron por satisfechos se dirigieron sin hablar hacia el patio central, dispuestos a recorrerlo para llegar a una zona del río que pasaba cerca del castillo donde había más profundidad para darse un merecido baño.

Esa fue la intención de los cuatro hasta que pasó a un segundo plano cuando se cruzaron con las cuatro muchachas corriendo, cada una portando una cesta y sin prestar atención a su alrededor. Las siguieron con la mirada extrañados, pensando que tenían planeado hacer alguna de las suyas.

—¿Por qué corren? —gruñó Ewan arrugando el gesto.

—Sabemos lo mismo que tú —respondió Cameron encogiéndose de hombros.

En el recorrido, antes de salir por la puerta principal del castillo, de la cesta de Maureen cayeron dos objetos que llamaron la atención de ellos. La joven apurada, ante la insistencia de sus hermanas que no pararon en su carrera, lo recogió todo y las siguió.

—¡Qué demonios! —exclamó Iain.

—Vayamos a ver. —Empezó a caminar Kenneth en la misma dirección.

Aceleraron el paso para no perderlas de vista, dejando pospuesta la idea del río para más adelante. Llegaron al inicio de las cabañas que habitaba la gente del clan y miraron alrededor al no verlas por ningún lado.

—¿Dónde están? —preguntó Iain— No deben andar muy lejos, no nos llevaban tanta ventaja.

Unos gritos dieron la respuesta a esa pregunta. Con pasos rápidos se acercaron hacia allí queriendo saber lo que sucedía, pero May salió de ella sobresaltándolos, con cara descompuesta y doblándose.

—Muchacha ¿qué sucede? —habló Cameron intentando mirar hacia el interior ya que la puerta no se había cerrado detrás de la joven.

—No puedo, voy a vomitar. —Se tapó la boca May.

—No entres más si te encuentras indispuesta, esto solo es el principio. —Se asomó Eileen para comprobar como estaba su hermana.

—Pequeña ¿qué sucede? —Se acercó hacia ella Kenneth.

—Kirsty está asistiendo un parto. —Se llevó la mano al pecho—. No sé si puedo…

—¿A qué te refieres? Si es mucho para ti espera fuera con tu hermana. —La miró preocupado Kenneth al notarla más blanca de lo habitual.

—No, eso lo puedo superar, lo que no sé si puedo es pasar por lo mismo. —Hizo un puchero.

Kenneth la miró sin comprender a qué se refería por unos instantes, hasta que sus labios se curvaron entendiendo la situación ante la mirada divertida de sus amigos.

—Claro que podrás. —La acercó a él—. Eres una guerrera ¿recuerdas? Y las guerreras pueden enfrentar cualquier cosa.

—Que no, que no… —insistió— tú no has visto eso. —Señaló hacia la cabaña—. Y no ha hecho más que empezar. No se puede comparar a tener una espada en la mano ni a luchar.

—Vayámonos. —Tiró de su mano para alejarla de allí.

—No —respondió rotunda.

—Te encuentras indispuesta —justificó Ewan.

—Pero eso no quiere decir que no lo vaya a enfrentar. No puedo dejar a Kirsty y a Maureen solas. —Fueron sus últimas palabras antes de volver a entrar corriendo a la cabaña.

—¿Tú la entiendes? —preguntó Cameron.

—Ese es mi don —soltó Kenneth riendo, contagiando al resto.

La mirada de todos fue hacia May que estaba pálida, mucho más que Eileen. Había conseguido sentarse en la tarima con ayuda de Iain porque las piernas le temblaban. Controlando la respiración retuvo la angustia que la había hecho salir corriendo.

—Hermana, a mí me avisas cuando ya pueda ver a mi sobrino en el futuro, me niego a presenciar algo así otra vez. —Lloriqueó medio gritando May.

Sus palabras provocaron nuevas risas por parte de los *lairds* que se quedaron un tiempo a la espera por si podían ayudar en cualquier tarea que necesitaran. Iain se acercó hacia la puerta, abriéndola un poco. La imagen de Kirsty, apurada mientras retiraba el sudor de la frente de la mujer que reposaba en el lecho y le apretaba una mano, le produjo un sentimiento de admiración al verla como lo preparaba todo para el nacimiento que cada vez estaba más próximo dado los gritos de la futura madre. Serena, sabiendo muy bien los pasos que daba.

Apartó los ojos de su imagen cuando Kirsty se arrodilló entre las piernas de la mujer, para darles privacidad. No pasó mucho tiempo en que una Maureen apurada salió corriendo. Sin esperar encontrar a nadie fuera no pudo frenar a tiempo y chocó con un pecho duro como una piedra que la desestabilizó perdiendo el equilibrio.

Después del sobresalto y de que se le cayera un recipiente de las manos por el impacto, miró hacia arriba encontrándose con la mirada intensa de Ewan, siendo consciente por primera vez que se encontraba entre sus brazos y había impedido que se fuera al suelo. La situación no le provocó los nervios que le hubieran salido en un momento como aquel en cualquier otro instante dado los nervios que acumulaba.

Parpadeo varias veces sintiendo la fuerza con la que le rodeaba la cintura, hasta que él reaccionó con un gruñido obligándose a apartarse de la joven. Se agacharon a la vez para recoger el recipiente, metiendo dentro varios trapos cubiertos de sangre.

—Gracias —susurró Maureen, esquivándolo.

—¿A dónde vais? —gruñó él.

—Al río —contestó levantando el recipiente—. Kirsty me ha pedido que lave estos trapos con agua fría primero, después en la cabaña los meteremos

en el agua caliente que está preparada para ello.

—Dejadme a mí. —Le quitó el recipiente de las manos.

Antes de que pudiera decir ninguna palabra, ni siquiera de agradecimiento, Ewan ya se había alejado con pasos rápidos. Soltando un suspiro, Maureen volvió a dirigirse hacia la puerta quedándose a la espera de que él volviera a aparecer, impaciente e inquieta ante los sonidos que salían del interior de la cabaña, mirando a su hermana May que ya tenía más color en la cara.

—¿Cómo estás? —le preguntó Kirsty a su hermana mirándola de reojo.

—Mejor —suspiró Eileen— ¿Esto es normal? —Se interesó al ver la expresión de Kirsty.

La joven se incorporó ante su pregunta, mirando a la mujer que por un momento en el que había encontrado un poco de calma se había quedado adormecida. Se apartó hacia un lateral de la cabaña seguida por Eileen que esperaba su contestación.

—Algo no va bien —confirmó nerviosa Kirsty.

—¿Qué quieres decir? —Agrandó los ojos Eileen.

—Algo está impidiendo que el bebé se posicione bien —susurró con tristeza—, tengo miedo de que el cordón esté enrollado en él y obstruya su paso.

—¿Has asistido más partos? —La agarró de una mano Eileen, notando lo temblorosa que estaba.

—Sí. —Intentó sonreír—. Muchos, y más de los que quiero recordar, complicados.

Las dos hermanas miraron hacia el lecho, viendo como la mujer volvía a retorcerse de dolor. Eileen tragó saliva por el miedo que le ocasionó la

situación, viéndose en la misma. Kirsty al ser consciente de lo que pensaba su hermana le apretó la mano que todavía tenía sujeta, haciendo que la mirara.

—Todo irá bien —le sonrió—. Cada nacimiento es diferente, he traído al mundo a muchos recién nacidos sanos junto a madres felices. No pienses en algo incierto. Cuando empuñas tu espada no lo haces pensando en que el enemigo pueda matarte ¿verdad? —Eileen asintió con los ojos húmedos— Esto es lo mismo, no puedes tener miedo ni dar nada por sabido. Yo misma traeré a la vida a mi sobrino y estaré con vosotros hasta el final.

Ante las palabras de su hermana, Eileen tragó saliva emocionada, abrazándola. Un grito fuerte de la mujer las hizo separarse y correr junto a ella en el momento en el que Maureen entraba con los trapos limpios dentro del recipiente.

—Metedlos en el agua hirviendo —les pidió Kirsty mientras se posicionaba—. Esto va a doler —avisó a la mujer que apretaba en ese momento las sábanas con mirada nerviosa—. Maureen, sujétale la mano, hazle compañía.

La joven corrió para hacer lo que le pidió, arrodillándose al lado del lecho mientras Eileen se encargaba de los trapos. Cuando los tuvo preparados se dirigió hacia ellas, parando a mitad del camino ante los gritos desesperados de la mujer que se retorcía en el lecho.

Apretó el recipiente que llevaba en las manos e ignoró los sonidos y la situación, llevándolo al lado de Kirsty que trabajaba en la zona por la que tenía que salir el bebé. El tiempo pasó, un tiempo que se les antojó desesperante al ver la cabeza asomar después de que Kirsty lo posicionara con sus manos, pero sin avanzar.

La mujer perdió el conocimiento ante la desesperación de Kirsty que gritó para que la reanimaran. Sus hermanas hicieron todo lo que pudieron sin que les diera resultado ante las lágrimas contenidas de las jóvenes.

Los cuatro amigos permanecían inquietos fuera, con una May mirando desde la puerta sin atreverse a entrar para no caer desplomada. Los gritos desesperados de Kirsty fueron el detonante para que Iain entrara sin importarle nada, quedando ante una imagen que lo puso en tensión.

—¿Qué sucede? —preguntó quedando al lado del lecho.

—No podemos despertarla, el bebé no sale —respondió Kirsty con mirada vidriosa, lo que provocó un sentimiento en Iain totalmente desconocido hasta el momento.

—Sé con lo que despertará, ahora vuelvo —dijo antes de salir corriendo de la cabaña ante la mirada de todas.

Iain se alejó lo suficiente hasta que encontró lo que buscaba. Sin tiempo que perder arrancó varias hierbas de un olor muy intenso y volvió sobre sus pasos sin tiempo que perder.

—Ponedle esto debajo de la nariz. —Le ofreció el ramillete de hierbas a Eileen que corrió a hacerlo.

—Gracias —susurro Kirsty.

Iain la miró serio, pero no por ser descortés. Simplemente en ese momento, viendo la situación y el estado tan frágil de Kirsty, la rabia lo consumió porque estuviera viviendo esa situación. Sentía su impotencia, su rabia, su desolación, su preocupación… lo notaba absolutamente todo en ella, como si estuvieran conectados de alguna manera.

—Levántate —le ordenó Iain.

—No puedo, no ahora. —Lo miró desconcertada Kirsty.

—Levántate —insistió—, hasta que no despierte no puedes hacer nada —dijo con voz rotunda que no admitía replica.

Kirsty lo hizo temblorosa, cogiendo un trapo se limpió acercándose a él. Ante su sorpresa la agarró de una mano y la llevó a una esquina de la cabaña.

—¿Viene con problemas? —preguntó Iain pasando sus ojos por todos los detalles de su cara.

—Se está complicando, no sé… —Miró hacia abajo Kirsty. No se veía capaz de mantenerle la mirada.

Iain le quitó el trapo de las manos y lo pasó por su frente ante el asombro de ella al sentirlo tan cercano mientras le retiraba las gotas de sudor que la cubrían, haciendo lo mismo por todo el contorno de su cara, concentrado en la tarea con movimientos suaves que desprendían cariño.

—Eres una de las mejores sanadoras, por no decir la mejor en gran parte del territorio. Todos hablan maravillas de tus manos y habilidades, lo has heredado de tu madre. —Sus palabras hicieron que lo mirara a los ojos—. No son pocos los que has sanado. Si las cosas van mal sabes que no tienes culpa en ello, no puedes venirte abajo ni dudar. Lleva la tarea hasta el final como siempre, tenga el resultado que tenga.

—Siempre mantengo la calma, no sé qué me sucede. Nunca me había sentido así. —Tragó saliva Kirsty.

—Yo sí. —Agrandó los ojos ella ante su afirmación—. Estás viendo a tu hermana Eileen en ese lecho, como si fueran ella y su bebé los que estuvieran sufriendo y con problemas.

—Yo…

—Puedes con ello, borra de tu mente todo pensamiento que te aturda e impida que actúes como siempre lo haces. Recuerda, lo que suceda y las complicaciones que surjan no están al alcance de tus manos poder evitarlas. Siempre harás lo correcto hasta el final, aférrate a ello.

Sus palabras fueron acompañadas con pequeñas caricias en su cara, sustituyendo al trapo que instantes antes había utilizado. Sus ojos se quedaron enganchados, sus respiraciones se acompasaron consiguiendo que Kirsty se calmara y el aire pudiera entrar libremente en sus pulmones.

Iain vio el cambio en ella, sintiéndose orgulloso de ello. Sus dedos se dirigieron hacia sus labios sin darse cuenta del movimiento. Acariciándolos con los dedos como tantas veces había deseado, sintiendo su suavidad, No dejó de mirarla a los ojos transmitiéndole las fuerzas que necesitaba.

—Gracias —susurró Kirsty emocionada, irguiéndose, con una energía renovada.

—Casi me muerdes —dijo Iain divertido, bromeando.

—Eso no es verdad, apenas he abierto los labios. —Agrandó los ojos ella.

—Una lástima —sonrió de medio lado él provocando una mirada desconcertada en ella—. Algún día te lo explicaré. Ve.

A Kirsty le costó un tiempo salir del aturdimiento que le provocaba, no queriendo separarse de él después de haber acortado distancias. Pero el deber la hizo correr hacia el lecho en cuanto escuchó el llanto de la mujer que había despertado.

Sin tiempo que perder volvió a su tarea. No fue fácil, la situación se complicó por momentos con una Kirsty que no se dejó amedrantar. Sus ojos se cubrieron de lágrimas cuando tuvo al bebé entre sus manos, después de mucho esfuerzo por parte de su madre que se sentía desfallecer por el tiempo transcurrido.

Pero esas lágrimas no fueron de felicidad, esas gotas saladas que salieron de sus ojos fueron provocadas por el cuerpo sin vida del bebé que había salido amoratado y con el cordón que lo unía a su madre rodeando su cuello. Con manos temblorosas lo acarició cerrando los ojos mientras lo cubría en un trozo de tela.

—Maureen —la llamó con voz temblorosa captando también la atención de Eileen por su tono de voz—. Ven.

Maureen hizo lo que le pidió rápido. En cuanto llegó hasta ella y vio la escena retuvo el grito que apretaba en su garganta por salir, mirando a Eileen de reojo sin que se diera cuenta.

—Necesito apretar más —gritó la mujer sorprendiéndolas a las tres—. Mi bebé.

—Viene otro en camino. —Se apresuró Kirsty a seguir con su labor, rezando porque el resultado fuera diferente al anterior.

Maureen con el cuerpo del bebé salió con pasos indecisos de la cabaña, encontrándose con los *lairds* y May que esperaban pacientes a saber los resultados. El primer impulso de ellos fue de felicidad y de acercarse corriendo al ver que portaba con ella un bebé, pero todo cambió cuando vieron la expresión de la joven, entendiendo el significado.

—No sé… no sé qué hacer —dijo mientras May se tapaba la boca para no emitir ningún sonido.

—Dádmelo. —Se acercó Ewan, ante la mirada de agradecimiento de ella.

—¿Ha acabado? —Se interesó Iain preocupado.

—No, Kirsty acaba de decir que viene otro en camino. —Tragó saliva Maureen.

Iain asintió y se acercó a la puerta por la que volvió a entrar Maureen, viendo la misma situación de bastante tiempo atrás, pero con evidentes síntomas de cansancio y agotamiento en las caras de todas.

Rozando el mediodía, el sonido del llanto de otro bebé provocó una felicidad que no acabó de ser del todo completa por el desenlace del primero,

pero que los hizo respirar a todos tranquilos al saber que el segundo había nacido sano y salvo, el que sería el consuelo de sus padres.

—¿Dónde está el esposo? —preguntó Cameron.

—La mujer nos ha dicho al principio que ha salido en grupo para hacer un reconocimiento del terreno. Aún le quedaban unas semanas para el parto y no pensaron en que se pudiera adelantar. No sé cuánto tardará —respondió May.

Todos asintieron. James Sinclair así lo había dispuesto cada día para vigilar que todo siguiera en calma, en varios turnos durante el día y el anochecer para controlar un posible ataque después de lo sucedido.

Capítulo 19



Kirsty llevaba tiempo sentada en una roca al lado del río. Desde que le dio la noticia a Amy, que así se llamaba la mujer que había dado a luz, poniéndole a su bebé vivo entre sus brazos y explicándole lo sucedido, consolándola, un sentimiento de impotencia había podido con ella sin saber gestionarlo. Solo necesitaba un rato más, se dijo mientras su mirada estaba fija en la corriente del río viendo como la tarde caía con los últimos rayos del sol.

Ni siquiera había entrado al castillo para asearse, lo había hecho con el agua fría que corría delante de ella, pero las manchas de su vestido la hacían recordar lo sucedido. Y ni mucho menos había querido compartir la comida con el resto, no se veía con las ganas de hacerlo y había preferido mantener la distancia hasta que todo estuviera en su lugar en su interior.

Porque lo estaría, no era la primera vez que alguien moría entre sus manos, muy a su pesar. A veces las heridas, enfermedades o en los partos como había sucedido esa vez, por mucho que echara mano de sus habilidades y de lo que tuviera a su alcance, como había comentado Iain, era imposible prever como evolucionarían. Cuando eso sucedía le llevaba un par de días reponerse, coger fuerzas y dejar el sentimiento de tristeza que se apoderaba de ella.

Iain la observaba oculto entre los árboles. Desde que salió de la cabaña no le había quitado los ojos de encima viendo las horas pasar. Tampoco había comido siguiéndola a su remanso de paz, el que necesitó para desconectar de todo.

—Puedes irte —habló en voz alta.

Por la distancia que lo separaba de Kirsty lo hizo tranquilamente sabiendo que su voz no llegaría hasta ella. A quien se había dirigido no era otro que Alec, el que también se había mantenido oculto viendo la situación desde su posición. A pesar de ser consciente de la presencia del *laird* MacLeod, no había querido irse de allí por si en algún momento veía a Kirsty desfallecer, teniendo que intervenir.

Alec con una sonrisa se acercó hacia él despacio.

—Sé que puedo irme, no quería hacerlo —contestó al llegar a su lado.

—Estará bien. —Apretó la mandíbula Iain.

—Siempre lo consigue —asintió Alec—. No es la primera vez que pierde una vida.

Iain lo miró por unos segundos, volviendo su vista hacia Kirsty que llevaba tiempo sin moverse.

—¿Por qué no dais el paso? —Se interesó Alec.

—Sabes lo que tengo encima —gruñó Iain.

—Pero no será durante mucho tiempo. Sé que haréis lo que sea necesario para evitar ese enlace. Son demasiado evidentes vuestros sentimientos.

—¿Evidentes? —Lo miró con semblante serio.

—Para mí sí —señaló encogiéndose de hombros—, al igual que para alguno más —sonrió de medio lado—. Se merece ser feliz —remarcó Alec fijando su mirada en Kirsty.

—Lo será —aseguró sin margen de error—. No sé cómo lo haré, no sé cómo se dará todo… solo necesito tiempo.

—Quedo a la espera. —Le dio una palmada en el hombro, satisfecho con su determinación—. Ahora sí que puedo alejarme, ya tengo lo que necesitaba y en mejores manos no la puedo dejar —sonrió cuando el *laird* levantó una ceja.

Alec se alejó silbando, relajado, ante la mirada de Iain que negó con la cabeza, pero satisfecho con la protección de ese guerrero hacia la muchacha. Sabía lo importante que eran el uno para el otro, y el vínculo que tenían.

Unos ruidos captaron su atención provocando que sus ojos se dirigieran otra vez hacia el río. Kirsty con varios gritos lanzaba piedras a él. Al percibir su rabia y el desahogo que necesitaba se decidió a salir de su escondite y dirigirse hacia ella. Si necesitaba soltar los sentimientos que la perturbaban, lo haría, pensó conforme avanzaba.

—¿Mejor? —habló Iain para hacerse notar porque estaba tan concentrada lanzando piedras que no había escuchado movimiento a su espalda.

—Quiero estar sola. —Giró hacia él sorprendida por su presencia.

—Me hago una idea —contestó arqueando la ceja—, por las horas que lleváis haciéndolo.

—Hay otros lugares en los que podéis estar. —Volvió a girar para no mirarlo.

En ese instante lo único que le provocaba a Kirsty su presencia eran más sentimientos de tristeza e impotencia, y era lo último que necesitaba. Decidió que cuando volviera al castillo se mantendría encerrada en su estancia.

—Lo lamento, ya estoy aquí. —Se cruzó de brazos él.

—¡Pues marcharos! —elevó la voz siendo ella la primera sorprendida.

Iain no se inmutó. Sabía a qué se debía su comportamiento y si la ayudaba ser su adversario en ese momento, lo sería. Cualquier cosa para no alejarse de ella y dejarla en ese estado en el que se encontraba.

—No me apetece —respondió.

—Os agradezco lo que intentáis hacer —respondió volviendo a girarse hacia él, con los puños apretados—, pero no es necesario.

—No sé de qué habláis. —Elevó una ceja.

—Oh, dejadlo ya.

—No he iniciado nada, todavía. —Sus labios se curvaron y la mirada de Kirsty se dirigió a su boca.

¿Eran pecado los pensamientos que tenía en ese momento? Se preguntó Kirsty sin poder apartar la mirada de sus labios. Él había acariciado los suyos y ella tuvo la necesidad de hacer lo mismo. Tragó saliva intentando apartar de su mente esa necesidad que la asaltó inesperadamente, pero la imagen de su pecho descubierto y sus brazos cruzados marcando todos sus músculos no se lo pusieron fácil.

Sí, estaba segura de que tenía que ser pecado. Iain no dejó de observar el recorrido que hicieron sus ojos entre divertido y en tensión. Sin dejar de mirarla se agachó sacando algo de una de sus botas.

—¿Qué es esto? —Se sorprendió Kirsty al coger casi al vuelo el cuchillo que le lanzó a corta distancia, sin que pudiera hacerle daño al agarrarlo, con el mango en su dirección.

—Pensaba que dijisteis que dominái los cuchillos en un cuerpo a cuerpo. —Elevó una ceja— ¿O no era verdad?

—Por supuesto que lo hago. —Elevó la barbilla.

—Pues ya sabéis lo que es, ahora quiero ver hasta qué punto lo dominái s.

—¿Cómo? —Agrandó los ojos ella—. No pienso enfrentarme a ti — respondió, y con los nervios no se dio cuenta que cambió la forma de dirigirse hacia él, más cómoda y cercana, lo que provocó que los labios de Iain se curvaran más.

—No lo estaba preguntando, lo estaba afirmando.

—Me da igual cómo lo hayas dicho —negó con la cabeza—, yo…

—Quiero saber hasta qué punto puedo irme mañana tranquilo. —Dio un paso hacia ella, quedando solo a unos pasos de distancia.

—Puedes hacerlo. —Bajó la mirada mirando el cuchillo entre sus manos, intentado disimular el pesar por su partida inminente.

—Sé de buena mano las cualidades de Eileen en el arte de la guerra. No dudo que sus lecciones habrán sido las mejores, pero no sé qué tipo de alumna eres tú. Lo mismo lo que para ti es correcto en realidad no lo es —se dirigió hacia ella de la misma manera, dejando a un lado el formalismo.

—Aprendo rápido. —Apretó el agarre en el cuchillo, molesta por su insinuación y sus palabras—. Mi hermana es una buena maestra como dices y mejor guerrera, aunque… aún me queda mucho por aprender. No hemos practicado todas las técnicas.

—Demuéstramelo —la animó picándola, sintiendo como, poco a poco, su cuerpo se había ido poniendo en tensión—. Si salgo vencedor me llevaré un premio, si lo haces tú me retiraré.

—¿Qué premio? —preguntó con voz apurada.

—Ya he dado demasiados datos. —Descruzó los brazos—. Atácame con la misma rabia con la que lanzabas las piedras.

—No es lo mismo —negó con la cabeza varias veces.

—Imagínate que soy tu peor enemigo, alguien que te haya hecho daño, realmente daño.

Kirsty dejó sus nudillos blancos de la presión que hizo en el mango del cuchillo. Detalle que captó la atención de Iain, preguntándose en quién estaría pesando para tener esa reacción. Sus palabras fueron motivadas para hacer referencia a los Munro, los que le arrebataron muchas cosas desde niña, pero había algo más… con un pequeño grito ella se lanzó a él quien la esquivó sin dificultad.

—Así —la animó.

—¿No vas a sacar otro para ti? Igualdad de condiciones. —Se sorprendió Kirsty.

—No lo necesito —sonrió de medio lado él—, tengo mis manos. —Las levantó.

En el momento en el que lo hizo se acercó a ella cogiéndola por sorpresa, girándola y dejándola apoyada de espalda sobre su pecho, apretado el agarre en una llave que provocó que Kirsty soltara con rabia otro pequeño grito.

—Me has despistado hablando —se quejó.

—Es lo primero que tienes que aprender cuando estás frente a un enemigo —le susurró al oído, respirando profundo su fragancia. De ese gesto los dos salieron alterados necesitando dejar pasar unos minutos para recomponerse.

»Jamás pierdas de vista los movimientos, jamás te desconcentres por lo que pueda salir de la boca de quien sea. Un enemigo te hará ponerte nerviosa, te hará dudar con sus palabras… a mí no me sucede. Con los hombres es diferente porque no tardamos en darle buen uso a nuestras espadas —apretó su cuerpo contra el de ella, haciéndola notar una parte de su anatomía que se

había excitado ante su contacto. Ante la exclamación de sorpresa de ella agrandando los ojos, él sonrió aflojando un poco su agarre.

»Sabemos lo que ponemos en juego cuando eso sucede, no perdemos la concentración por el peligro que puede suponer el adversario, aunque sea inferior a nosotros en fuerza y destreza. Cuando te crees superior y te relajas sin dar la importancia que tiene una batalla, es cuando antes de empezar has perdido. Nunca se puede dar nada por ganado hasta que sucede. Con las mujeres es diferente… no es habitual que sepáis enfrentaros en un cuerpo a cuerpo o con algún arma, e intentarán jactarse de haceros daño de la manera que sea para provocaros miedo y sentirse superiores, sin que piensen que sois una amenaza. Esa es tu ventaja, la sorpresa ante el adversario en tu primer ataque.

Cuando terminó con su explicación la soltó empujándola suavemente para que se alejara de él lo suficiente para continuar. Kirsty desconcertada por su cercanía y por todo lo que había supuesto su olor y su contacto, intentó centrarse e interiorizar lo dicho.

En otro intento de ataque por parte de ella se frustró más, volviendo a quedar entre los brazos de él.

—Para hacer ese movimiento tienes que trabajar la rapidez y la coordinación. Tienes que encontrar el momento justo para atacar con el cuchillo porque si no, tendrás este resultado —dijo levantando el cuchillo que le había quitado de las manos, ante varios bufidos por parte de ella que le hicieron sonreír.

»Necesitas sentir la rabia, el miedo y la impotencia de una posible amenaza. —Caminó alrededor de ella devolviéndole el cuchillo—. Tienes que sentir que soy un enemigo real para enseñarme de lo que eres capaz. No se actúa de la misma manera pensando que tu vida depende de tus habilidades que frente a mí, que sabes que no corres ningún peligro. No soy yo, soy tu enemigo, recuerda, y puedo lastimarte hasta llevarte a la muerte.

Cuando pronunció la última palabra Iain se lanzó hacia ella en un ataque que no pudo contener Kirsty, provocando que se cayera y diera una vuelta

sobre la tierra. Él no mostró ninguna preocupación, si lo hacía todo lo que estaba intentando conseguir no serviría de nada.

Soltando ella un grito de rabia se incorporó, apartándose varias gotas de sudor de la frente.

—¿Has sentido alguna vez miedo? ¿Realmente miedo? ¿Cuándo atacaron tu hogar siendo una niña? ¿Cuándo te apartaron de todo lo que conocías? —Miró con atención su expresión— ¿Por algo que tuvieras que pasar durante los años que permaneciste oculta y bajo la protección de Alec? ¿Qué es? —indagó analizando su expresión.

Una imagen clara y nítida apareció en la mente de Kirsty nublándole el sentido. Se lanzó hacia Iain con fuerza, con habilidad, provocando que él no lo tuviera fácil para esquivar varios de sus ataques a pesar de la diferencia de fuerzas. Durante un tiempo los choques fueron continuos donde Iain no aflojó respetando sus habilidades, dejando que descargara la ira de todo lo acumulado.

Pero lo que tenían entre manos no era debido solo a lo que había sucedido en la cabaña y muy a su pesar, ni por los Munro. Eso lo tuvo claro desde la primera vez que le dijo que se imaginara que era su enemigo, que pensara en alguien que la había hecho daño… esa mirada encendida, esa respiración desacompasada ante algún recuerdo, ese odio mal gestionado que se reflejó en sus ojos… todo en ella la delató e Iain tuvo que controlar las ganas y la rabia por ese dato que lo pilló de sorpresa. Se enteraría, demonios si lo haría, pensó apretando la mandíbula en el último ataque por parte de ella en el que consiguió mandarla otra vez al suelo, detalle que hacía demasiado tiempo que no lograba llenándolo de orgullo.

A cierta distancia, James Sinclair junto a Donald Buchanan y su hijo Kenneth, observaban sin perderse detalle desde hacía rato lo que sucedía en el borde del río.

—La está ayudando —confirmó Donald haciendo referencia a cómo se sentía la hija de su amigo.

—Lo hace —sonrió James.

—¿Ya estáis conformes? Dejémoslos —sugirió Kenneth mirándolos de reojo divertido.

—¿Tienes prisa, muchacho? —Se interesó James—. ¿Piensas que puede suceder algo entre ellos que nuestros inocentes y viejos ojos no puedan ver?

Su última pregunta provocó que los tres acabaran riendo, sin levantar mucho el tono para no ser descubiertos.

—No seáis cotillas —negó con la cabeza Kenneth.

—¿A tu padre le dices cotilla? —Lo miró entrecerrando los ojos Donald.

—No solo a ti amigo —comentó divertido James.

—Digo la realidad —rio Kenneth—. Vayamos para que nadie más se acerque aquí y estén tranquilos.

Los tres volvieron a mirar la escena satisfechos y giraron alejándose, sabiendo que todo estaba controlado y felices por el acercamiento que por fin se había dado entre los jóvenes.

Kirsty se sentía agotada por el esfuerzo, pero se negaba a cesar. Nunca había estado durante tanto tiempo luchando, lo que había provocado que se relajara y soltara gran parte de la tensión interior que llevaba. Iain había conseguido su propósito. Un sentimiento de agradecimiento la invadió hasta que se asustó y preocupó al prestar atención al cuerpo de él.

—Oh, Dios mío —exclamó—. ¡Te he hecho daño! —Soltó el cuchillo de golpe, dejándolo caer sobre la tierra.

—¿Esto? —Señaló Iain dos cortes que tenía, en el pecho y en un brazo—. No es nada —sonrió—, pequeños rasguños de los que debes sentirte

orgullosa. Si no hubiera sido yo realmente, no me cabe duda de que en vez de pasar de refilón cortando, lo hubieras clavado dañando a tu enemigo.

—Pero no lo eres, no lo eres. —Se llevó las manos a la cabeza—. Tú… —se calló a tiempo ante la expresión de él queriendo que continuara, necesitando que lo hiciera—. Vayamos al castillo, te curaré. —Lo miró a los ojos.

—No es necesario, mañana ya estarán cerrados, no habrá ni marca —negó con la cabeza—. Es insignificante.

—Pueden infectarse y no me perdonaría…

Iain sintió su preocupación e incomodidad y optó por darle el gusto de curarlo, sabiendo que si no lo hacía esas sensaciones no desaparecerían. Llevaba en la sangre ser sanadora y era más fuerte que ella ver una herida y no atenderla hasta su curación.

—De acuerdo —aceptó ante un suspiro de ella que lo hizo sonreír—, pero después de que os quitéis ese vestido. —Hizo un gesto con la cabeza señalándolo.

Necesitaba que ningún rastro de lo sucedido la volviera a perturbar y en él había claros indicios con restos de sangre. Cuando estuviera recompuesta la esperaría impaciente, hasta ese momento no dejaría que le curara.

—¿Quitarme el vestido antes? —se asustó Kirsty dejando salir su voz más aguda de lo habitual.

Iain retuvo la carcajada que apretó por salir de su garganta, mirándola divertido. Se había puesto tan nerviosa que sus manos no dejaban de frotarse entre sí y el rubor se había adueñado de todo su cuerpo. Hasta el perfil del contorno de sus senos que dejaba ver el escote de su vestido, tomó un color rojo vivo. Lugar en el que Iain se recreó sin poder apartar los ojos, viendo como varias gotas húmedas de sudor resbalaban por él mientras su

respiración se alteraba, provocando que esa parte en concreto de su cuerpo subiera y bajara nublando sus sentidos.

—Me refería —carraspeó intentando ocultar el deseo en su voz— a que primero quiero que vayas a tu estancia, te asees y cambies de vestimenta para estar cómoda, solo así aceptaré que me cures. —Elevó una ceja— ¿Qué ha pasado por tu mente al hacerme esa pregunta? Tu reacción ha sido…

—En nada. —Se apresuró a decir ella, avergonzada.

—Ya veo. —Los labios de él se curvaron más—. Vayamos. —Le hizo un gesto con un mano.

Kirsty caminó rápida intentado alejarse de él ante la incomodidad que sentía, tarea difícil porque dos pasos de ella equivalían a uno de él. Durante todo el camino no dejó de reprocharse el haber dejado a su lengua hablar antes de que pudiera pensar en lo que iba a decir. Iain la siguió de cerca con una sonrisa que no se borró hasta que llegaron al castillo y se internaron en él.

Capítulo 20



Kirsty hizo lo que le exigió Iain, aceptando que era lo que más necesitaba para que de alguna manera pudiese olvidar lo sucedido tomándose un descanso. Nada más entrar al castillo pidió que le prepararan un baño, el que se dio con tranquilidad en su estancia. Una vez sola en ella, se despojó de su vestido y se metió dentro de la bañera soltando un suspiro de satisfacción recostándose en ella, cerrando los ojos mientras el agua la calentara.

Su intención no era alargar mucho el momento, solo lo suficiente se dijo. Pero la relajación fue tanta que sus ojos cerrados no volvieron a abrirse hasta que unas voces en el pasillo la hicieron sobresaltarse. Desorientada miró hacia la pequeña ventana de su estancia, sorprendiéndose al comprobar que era bien entrada la noche y la oscuridad marcaba el final de otro día más.

El último, tragó saliva incorporándose, quedando sentada en la bañera. Pocas horas faltaban para que todos abandonaran sus tierras hacia sus hogares. Su mirada se cubrió de tristeza ante ese hecho, mientras se frotaba las manos arrugadas recordaba el acercamiento que había tenido con el *laird* MacLeod, más del que su mente podría haber imaginado. Desde que llegó pocos habían sido los ratos compartidos, y siempre acompañados de más personas.

Las gotas de agua resbalaron por su cuerpo cuando se incorporó. Una vez fuera, se acercó al arcón donde tenía preparada la vestimenta que se pondría para esa noche. Preparada, se cepilló el cabello sin esperar a que se secara con la ayuda del fuego que calentaba su estancia como hacía habitualmente, sin intención de demorarse más. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero

lo bastante para que Iain se desesperara esperando su llegada, se reprendió por haberse quedado dormida.

Cogió lo necesario para hacerle la cura, metiéndolo todo en una cesta. Preparada para salir abrió la puerta despacio, comprobando que no había nadie al otro lado a lo largo del pasillo. Caminó a través de él, iluminada por las antorchas que decoraban las paredes, llegando al lado opuesto en el que se encontraba su estancia. Justo enfrente de la puerta del *laird* MacLeod se paró.

Desanimada y soltando un suspiro vio que no había nadie en el interior ya que la puerta permanecía abierta. Demasiado tarde, se dijo. Acababa de perder la última oportunidad de compartir tiempo con él en soledad, aunque solo fuera por poco tiempo, el que le llevaría curarlo. Una sensación de tristeza la invadió mientras giraba para volver a su estancia.

—Pensaba que no vendrías. —Escuchó una voz salir de la oscuridad que la hizo frenar, soltando un grito por el sobresalto, llevándose una mano al pecho.

—¿Qué haces ahí oculto? —Giró hacia él, viéndolo apoyado en la pared de enfrente mientras la observaba fijamente.

—No estoy oculto —sonrió—, hace un tiempo que estoy aquí bajo la luz. —Elevó una ceja señalando dos antorchas que tenía por encima de él—. Has venido tan metida en tus pensamientos que no te has fijado.

—Lamento la tardanza, me quedé dormida —se excusó avergonzada.

—Lo imaginé. —Se impulsó de la pared dando varios pasos hacia ella—. Después de prepararme esperé un tiempo, pero al ver el retraso y que no aparecías di por hecho que te había atrapado el sueño. No tienes que lamentar nada, me alegro de que hayas descansado.

—Gracias, pero de igual manera…

—¿Entramos? —La cortó haciéndolo él primero, esperando mientras sujetaba la puerta para que entrara ella.

—¿Y Sloan?

—Aprovechando el poco tiempo que le queda, me ha hecho prometerle que lo dejaría más tiempo por ser la última noche —negó con la cabeza, sonriendo con cariño—. Por algún lugar del castillo andará.

—Le dará tristeza irse, estaba tan feliz. —Pasó por su lado.

—La misma que a mí.

Su voz sonó grave, intensa y ella no supo descifrar a qué fue debido. En cuanto entró, él cerró, quedando solos en la intimidad de la estancia. Las paredes que los envolvían se le antojaron a Kirsty demasiado pequeñas en ese momento, produciéndole ansiedad por la cercanía y privacidad que les otorgaba.

—No tendrías que haber salido con el pelo mojado —la reprendió—. Podría haber esperado un poco más, incluso podríamos haberlo dejado para mañana antes de partir. —Arrugó el gesto él.

—No pasa nada, se me secará durante la noche. —Le quitó importancia ella.

—No, lo hará ahora —aseguró dirigiéndose hacia la chimenea que calentaba la estancia, cogiendo una silla y situándola enfrente—. Siéntate.

—Eres tú el que tiene que sentarse —dijo inquieta—. No tardaré mucho en la cura y después puedo volver a mi estancia para que se seque, aún hay tiempo hasta que dé comienzo la cena.

—Siéntate —insistió calmado—. Yo lo haré cuando tú lo hagas. —Dio varios golpes en la silla—. Y ya hace bastante tiempo que la cena acabó— sonrió.

—¿Tanto he dormido? —Se sorprendió—. Yo quería estar presente, era la última noche… —dijo con tristeza.

—Has descansado lo que necesitabas. Todos han entendido la situación. En cuanto vuelvas a tu estancia yo mismo te llevaré la cena allí —explicó para que se quedara tranquila mientras esperaba paciente a que ella se acercara.

—No hará falta, tampoco tengo apetito —sonrió avergonzada.

Soltando un suspiro hizo lo que le pidió. No iba a engañarse a sí misma, deseaba disfrutar de ese tiempo con él, sin nadie alrededor, y si podía alargarlo un poco lo haría de buena gana. Sus nervios eran evidentes por mucho que intentara ocultarlos. Toda la estancia olía a él, había quedado impregnada de su olor. Decidió en ese instante que prohibiría que entraran en ella durante un tiempo, al menos los primeros días. Era a lo único que podía aspirar, lo único que le quedaría de él cuando se fuera al día siguiente.

Las llamas vivas que desprendía la chimenea la calentaron mientras dejaba a sus pies la cesta. Su cuerpo agradeció esa sensación envolvente de calor, sintiendo alivio ya que la temperatura a esas horas era muy fresca y las grandes paredes de piedra aún la potenciaban más, haciéndola estremecer.

Con ella sentada, mientras el reflejo del fuego acariciaba su cuerpo otorgándole un brillo especial, Iain acercó otra silla y se sentó, quedando frente a ella. Kirsty se agachó, un gesto totalmente inocente y simple, si no hubiera sido porque el escote de su vestido desde la perspectiva de Iain se movió sobre su piel, dándole una visión que provocó que él apretara la mandíbula mirando hacia esos senos que parecían desbordarse por el contorno del vestido al estar tan inclinada.

Demonios, tragó saliva, si lograba tener autocontrol en esa situación lo lograría en todos los frentes abiertos que tuviera que enfrentar a lo largo de su vida. Ella estaba tan entretenida en su labor buscando en la cesta lo necesario para curarlo, que no se paró a pensar en la corta distancia que los separaba y la perspectiva que le estaba dando. Con cada movimiento de sus brazos mientras su cabello caía hacia los lados, húmedo, sus senos acompañaban el ritmo, haciendo que él no pudiera apartar la vista del

espectáculo que le regalaba sin ser consciente, del que no diría nada para no avergonzarla.

—Ya está. —Se incorporó levantándose—. Tengo que preparar una pasta de hierbas.

—Perfecto. —Se incorporó él.

Se quitó la camisa de lino que llevaba ante su atenta mirada, una mirada que le indicó a Iain demasiadas cosas no pronunciadas. Sonrió de medio lado al ver que se quedó con la vista fija en su pecho, sin reaccionar, solo moviendo los ojos recorriendo cada rincón de esa parte de su cuerpo que quedó a la altura de su cara.

Iain dejó la camisa encima de un arcón que tenía detrás y se pasó las manos por la melena sin ninguna intención de provocarla, era un gesto que solía hacer sin darse cuenta. Pero ese gesto acabó de alterar a Kirsty que siguió todos sus movimientos concentrada en ellos.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó divertido.

—¿Cómo? —Reaccionó pasado un tiempo, extrañada.

—¿Qué si necesitas que te ayude a preparar la mezcla?

—Oh, eso… no, ahora mismo lo hago —respondió apurada al verse tan descubierta.

Se alejó unos pasos de él, dándole la espalda mientras se acercaba al lado de la jofaina que estaba en alto y dispuso todo encima de la balda que la sujetaba para hacer el preparado. Agradeció que sus movimientos quedaran ocultos ante su vista porque sus manos temblaban y le estaba costando demasiado estabilizarse para la tarea que tendría que hacer después.

¿Cómo iba a curarle las heridas de esa manera? Con un nudo en el estómago soltó un suspiro cuando terminó y giró encontrándoselo demasiado

cerca. Eso supuso un sobresalto por su parte en el que el cuenco que llevaba se resbaló de sus manos sin tener que lamentar que se esparciera por el suelo al reaccionar a tiempo.

Por eso y porque las manos de él se posaron sobre las de ella. Tragó saliva ante su cercanía, nerviosa porque el temblor de sus manos la delataba frente a él al estar sujetándoselas.

—¿Qué te preocupa? ¿Por qué estás tan nerviosa? —Ladeó la cabeza mirando su expresión.

—Yo… no lo estoy, solo estoy cansada —dijo la primera ocurrencia que se le vino a la cabeza.

Iain elevó una ceja y dio un paso hacia atrás controlando sus instintos. Al dejarle paso, Kirsty se apresuró a volver junto al fuego y se quedó de pie esperando a que él se sentara.

—Escocerá y molestará durante un tiempo —lo avisó cuando estuvo preparado, arrodillándose junto a él.

—No será problema, adelante —asintió—. Arrastra la silla hasta aquí.

—Estoy bien así —sonrió dejándolo embobado—. Tengo las manos un poco frías. —Se excusó cuando puso una de ellas sobre la parte alta de su brazo, extendiendo la pasta que había preparado.

El calor de su piel calentó la mezcla enseguida, ayudando a que se extendiera con más facilidad. Cuando terminó, siguió con el corte del pecho que era un poco más grande y profundo, en el que se tomó más tiempo. Kirsty no dejaba de levantar la vista buscando sus ojos para saber si le molestaba, pero él no mostró ningún cambio en su expresión, como si no estuviera introduciendo con sus dedos en la herida abierta la mezcla de hierbas.

Tenía que escocerle y dolerle, sabía lo que provocaba ya que una vez ella misma se la aplicó. Soltando un suspiro terminó, dejándolo todo apartado mientras se incorporaba para mojar un trapo dentro la jofaina. Con él húmedo, volvió junto a él en la misma posición, limpiando los bordes de las heridas. Cuando le pareció que estaba bien, colocó unas pequeñas vendas para protegerlas y que las hierbas medicinales hicieran más rápido efecto.

—Cicatrizaran bien —aseguró buscando sus ojos, los que encontró mirándola intensamente.

—No me preocupa —dijo con voz ronca—. Gracias.

Temblorosa al sentirse tan observada, se incorporó guardando todo en la cesta.

—Bueno… —empezó a decir de pie, a su lado.

—Aún no se te ha secado el pelo, siéntate —le pidió Iain mientras se volvía a colocar la camisa de lino.

—Lo haré en mi estancia. —Tragó saliva ella.

Sus impulsos la llevaban a querer ocupar la silla que quedaba frente a él, otra vez, pero su lógica le exigía que saliera de allí antes de que dejara ver más sus sentimientos. Porque no dudaba de que sus gestos torpes y su comportamiento le habían indicado demasiadas cosas en las que no quería pensar en ese momento.

—Será aquí. —Elevó una ceja—. Quiero conversar sobre un tema.

—¿De qué se trata? —Lo miró extrañada.

Ante un gesto de su cabeza señalándole la silla vacía, soltó un suspiro y aceptó ocuparla de nuevo hasta saber de qué tema se trataba.

—Necesito saber en quién o qué pensaste cuando me atacaste en el río —dijo con voz calmada, recostado sin dejar de observar su reacción.

—No hay nada que saber, fue la situación. —Tragó saliva ella.

Con cada pequeño detalle que le mostraba se delataba más. Iain se incorporó en la silla, inclinándose hacia delante apoyando los codos en las piernas.

—Necesito saber qué provocaba la rabia y el odio que vi en tu mirada —insistió serio, con voz fría—. Algo te removió por dentro ¿qué fue?

—No sabes lo que dices —negó con la cabeza.

Varios mechones que se le habían secado se movieron al compás de su gesto, cayendo sobre su cara.

—No vayas por ahí. —Elevó una ceja él—. Sé muy bien lo que digo y cuando lo digo. Habla.

—No. —Se incorporó rápido, quedando de pie—. No tengo nada de lo que hablar. —Irguió la barbilla—. ¿Todo esto es por no reconocer que lo hice bien y te sorprendí?

En la cara de Iain se reflejó una sonrisa por su reacción y palabras. Con un movimiento rápido al ver que su intención era girar para marcharse, la agarró de la mano y tiró de ella, dejándola caer sobre su pecho por la fuerza con la que lo hizo.

De los labios de Kirsty salió un jadeo de sorpresa al verse rodeada por sus brazos quedando entre sus piernas, sintiendo el calor de su pecho contra el suyo. Iain contuvo las ganas que lo recorrieron de apoderarse de sus labios y cogerla entre sus brazos con un destino claro, el lecho. El roce de sus delicadas manos, la fragancia que desprendía, su respiración alterada que intentó ocultar… todo ello provocó que se excitara, detalle que ella había pasado por alto al no prestar atención a la parte baja de su cuerpo. Pero él sí,

demonios, se repetía en su cabeza. La necesidad le apretó pidiéndole a gritos que se olvidara de todo para dar rienda suelta a lo que deseaba, dejando a un lado su obligación en su hogar.

—Lo hiciste muy bien —la alabó susurrando con voz ronca cerca de sus labios, al límite—, pero no voy a dejarlo pasar. Acabarás contándomelo o lo averiguaré por mi cuenta. —Se acercó un poco más hacia ella.

—¿Quién ha ganado? —preguntó Kirsty con voz casi imperceptible, necesitando desviar su atención sobre ese tema.

Los labios de Iain se curvaron, gesto que siguió Kirsty atentamente sin perderse detalle, queriendo grabar en su mente cada mínimo gesto de él.

—Creo que está claro —dijo divertido ante su cara de interrogación—. Yo, siempre gano. En el arte de la guerra todo vale y no dejo pasar una oportunidad. Me debes un premio.

—¿A qué te refieres? No creo…

Y fue en ese instante en el que Iain, sin importarle nada de lo que sucedía o sucedería fuera de esas paredes, perdió la batalla interna frente a ella. Sin dejarla terminar de hablar, llevó una de sus manos a la parte de atrás de su cuello y la acercó rápido hacia él, uniendo sus labios ante el asombro de Kirsty que se quedó perpleja sin saber reaccionar.

Con un gruñido al sentir su sabor y calor, Iain la aprisionó más contra su cuerpo, esa vez sí, haciéndole saber lo excitado que estaba, provocando un jadeo por parte de Kirsty que quedó amortiguado entre sus labios.

La joven se sentía desfallecer, era la primera vez que la besaban y el contacto con sus labios suaves la hicieron estremecer. Su cuerpo reaccionó sorprendiéndola ante la necesidad que sintió, y más lo hizo cuando notó la parte baja del cuerpo de Iain clavándose en su barriga.

Que Dios la ayudara, pensó, porque se perdió entre sentimientos y sensaciones a las que no quiso renunciar. Sin saber bien lo que hacía, dejó que él lamiera y besara suavemente sus labios al principio, hasta que sus movimientos cobraron intensidad, una intensidad con la que se le aflojaron las piernas y solo la fuerza de los brazos de él la mantuvieron sin caer al suelo.

Con un jadeo al sentir sus manos sujetarla de sus glúteos, se estremeció provocando otro gruñido por parte de él. Iain estaba perdido en las sensaciones que le provocaba, con el roce de su cuerpo, mientras introducía su lengua acariciando la de ella. Kirsty se negaba a cerrar los ojos para no perderse lo que sucedía, aprendiendo rápido, imitando los gestos de él mientras sus bocas se devoraban en un beso al que ninguno de los dos sabía si podrían ponerle fin.

Ver que le correspondía acabó con la poca cordura que le quedaba a esas alturas. Enloqueció al notar su pasión contenida, al sentir su lengua tímida salir al encuentro de la suya. Su sabor, la suavidad de su piel, sus senos rozando su pecho, desbordados al quedar apresados con fuerza entre sus cuerpos, sus manos memorizando sus glúteos bajo capas de ropa que en ese instante se le antojaron un estorbo de lo más molesto.

Esa noche la balanza se desestabilizó para el *laird* MacLeod. Por primera vez perdió una batalla, la que llevaba evitando durante demasiado tiempo. Kirsty ganó al sentirse deseada por el *laird* MacLeod que se adueñó de su corazón tan rápido en el pasado que no lo pudo prever. Lo que nunca pudieron imaginar fue el final que le estaban dando a la noche, alargando el momento hasta que consiguieron separarse.

No podía hacer más, su honor no lo dejó traspasar ninguna línea echando mano a todo su autocontrol. Hasta que no cerrara lo que tenía pendiente en su hogar y que no tardaría en hacer acto de presencia, no podía dar el paso que anhelaba.

Respirando con dificultad, Iain se incorporó llevándola con él, negándose a soltarla mientras la ayudaba a mantenerse firme en el suelo.

—Ahora sí —gruñó mordiendo sus labios—, ya puedes ir a descansar.

Desconcertada, su voz la hizo salir del estado en el que se encontraba, poniendo los pies en el suelo, sabiendo que quedaban solo unas horas para que Iain MacLeod desapareciera de allí.

Capítulo 21



De pie, junto a la pequeña ventana de su estancia, Iain miraba hacia el exterior con la mente ida en sus pensamientos. La hora de partir estaba próxima y lo haría con una determinación diferente a la última vez. Lo sucedido le había abierto la mente y sobre todo el corazón, dejando sus sentimientos en libertad, unos sentimientos a los que no quería renunciar bajo ningún concepto.

Durante las largas horas de la noche no pudo conciliar el sueño, pensando en cómo hacer para que todo se volviera a su favor. A pesar de ello, aún no había conseguido dar con la tecla que le diera la libertad ante su rey, pero lo haría. Estaba deseando volver a sus tierras por ese motivo, para empezar a tramar un plan referente a la joven que no tardaría en traspasar las puertas de su hogar con una finalidad impuesta.

Apretó la mandíbula mientras veía como los primeros rayos de sol aparecían en el horizonte. Había quedado con sus amigos en que se lo tomarían con calma, sin prisa por partir. Los tres lo harían junto a él, hasta que Kenneth se desviara. Era el que más recorrido tenía por delante en comparación a ellos que estaban más próximos a los Sinclair.

Una sonrisa apareció en su cara cuando giró hacia el lecho, al ver la imagen que se presentó ante él. Sloan permanecía dormido, normal pensó, al final no volvió sobre sus propios pies la noche anterior y tuvo que ir en su busca para que descansara. Agotado y negándose a dormir cuando lo encontró, a pesar de que los ojos se le cerraban, no dejó de decir cuando lo cargó en sus brazos que aún era muy temprano para dormir.

Abrazado a una almohada, con las sábanas revueltas sobre su cuerpo sus piernas no dejaban de moverse inquieto aun permaneciendo dormido. Se acercó hasta él dispuesto a despertarlo, tocaba bajar al salón para comer algo antes de la partida y así lo hizo.

—Pequeño —lo llamó varias veces sin resultado—. Es hora de levantarse —insistió removiéndolo suavemente.

Si quería que abriera los ojos tenía un método infalible, el que llevó a cabo. Le cogió un pie y empezó a acariciarlo despacio, provocando que Sloan se removiera más sobre el lecho ya que no podía soportar las cosquillas en esa parte de su cuerpo.

Divertido vio cómo se encogía intentando llevar sus manos hacia sus pies, queriendo apartar lo que fuera que lo molestaba, todo ello con los ojos cerrados. Hasta que Iain aceleró los movimientos y el pequeño los abrió de golpe soltando una carcajada que lo hizo reír.

—Por fin. —Le acarició el pelo.

—Pa, tengo sueño. —Se frotó los ojos.

—Anoche no querías dormir. —Elevó una ceja Iain.

—Es que era la última. —Hizo un puchero—. Me lo he pasado muy bien aquí, me he divertido mucho.

—Me alegro hijo —sonrió mientras se incorporaba de su lado—. Prepárate para bajar.

—¿Sabes? —Se arrodilló entre las sábanas—. El otro día estuve con Kirsty, Eileen, May y Maureen en el río —contó emocionado—. Me ayudaron a coger ranas, pero todas se nos escapaban.

—Me lo has contado varias veces —rio Iain—. Me extraña que a Eileen se le escaparan. —Elevó una ceja.

—Oh, sí, cuando la tenía en la mano y me la enseñaba, me decía que le había picado y la había tenido que dejar en libertad —explicó pensativo—, pero las ranas no pican.

—No, no pican —negó con la cabeza Iain—. La próxima vez seguro que tendréis más suerte. ¡Venga arriba!

—Kirsty me dijo que pronto me haría una visita. —Esas palabras captaron toda la atención de Iain.

—¿Cuándo te dijo eso? —Se volvió a acercar a él.

—Su padre hablaba de que tendrían que ir cerca de nuestro hogar en unos días y aprovecharían para acercarse a vernos —se ilusionó Sloan.

—Pero eso no quiere decir que ella lo acompañe.

—Sí, lo hará. Su padre le dijo que esa vez lo acompañaría —confirmó.

Iain negó con la cabeza ante la jugada de su amigo. Tendría que hablar con él, lo último que quería es que Kirsty se sintiera incómoda. Cuando eso sucediera, si en su hogar se encontraba la joven Munro no sería agradable para ninguno de los dos. Pero a pesar de tener esa idea clara algo en su interior se calentó ante esa posibilidad.

—Sea como sea, ya llegará ese momento. Ahora corre que te quedarás sin los dulces que tanto te gustan —lo incitó a que se activara.

Fue decirlo y el pequeño pegó un salto del lecho haciéndolo reír. Iain salió de la estancia ansioso por el reencuentro con Kirsty, necesitando verla e impregnarse de su última imagen que añadiría junto a todas las que atesoraba en sus recuerdos.

Si algo le quedó claro al *laird* MacLeod durante la estancia en las tierras Sinclair, fue que jamás renunciaría a sus sentimientos. Unos sentimientos y sensaciones que habían cobrado una intensidad diferente después de haber

tenido un pequeño adelanto de lo que sería, de haber probado la dulzura de los labios de Kirsty y de sentir el calor de su cuerpo entre sus brazos.

La partida de todos los *lairds* llegó demasiado pronto con gran parte del clan Sinclair reunidos para despedirlos. Kirsty y Eileen se abrazaron emocionadas en el centro del patio, prometiéndose que no tardarían en verse, junto a sus otras dos hermanas que no tardaron en unirse a ellas, despidiéndose con tristeza, pero con la calma que les daba el saber que no tardarían en reencontrarse.

James Sinclair junto a su hija Kirsty, Alec y Arthur despidieron a todos cuando estuvieron montados en sus caballos, dispuestos a emprender la marcha. Alec sujetó su mano siendo consciente de todas las emociones que intentaba controlar. Sin dejar de mirar al frente, ella observó como parte de los guerreros salían por la puerta principal.

Su mirada buscó la de Iain, encontrándolo a poca distancia junto a Sloan, al que llevaba sentado delante de él. El pequeño se despidió de ellos con la mano, con sus ojos tristes, pero con una sonrisa en la cara a la que todos correspondieron. No fue la única vez que lo hizo, ya habían perdido la cuenta de cuántas veces se había despedido de todos, haciéndoles prometer que irían a verlo a su hogar, enterneciéndolos.

Iain, erguido sobre su caballo, no podía apartar sus ojos penetrantes de Kirsty, observando intensamente cada detalle de ella. Fue tanta la intensidad que el cuerpo de ella se aflojó mientras varios escalofríos la recorrieron de los pies a la cabeza, perdiendo la fuerza que estaba intentando mostrar en ese instante. Kirsty tragó saliva imponiéndose no venirse abajo e intentando impedir que las lágrimas resbalaran por su cara, haciendo todo lo posible para disimular la angustia que la situación le provocaba.

Esos ojos, esa intensidad… se quedaron grabados en la mente Kirsty. Un gesto por parte de él que prometía demasiadas cosas que ella ignoraba. Iain miró en último momento al *laird* Sinclair y con una inclinación de cabeza que fue correspondida, les dio la espalda marcando el paso de su caballo, llegando hasta sus guerreros que lo esperaban cerca para emprender la marcha al encuentro del resto.

La angustia de Kirsty se acrecentó al verlo alejarse sin mirar atrás. Ni siquiera pudieron hablar desde que se encontraron en el salón esa mañana, ni una palabra fue dicha al estar rodeados por todos. Lo que no impidió que las miradas entre los dos fueran evidentes, llenando de orgullo a sus familiares y amigos por el significado que supieron interpretar, y por lo que nadie hizo ningún comentario comprendiendo que los ánimos no estaban en su mejor momento.

Y no fue lo único evidente esa mañana ante la inminente partida. El salón se llenó de decisión y determinación. Ewan dejó a un lado su reticencia y mostró con la mirada el interés que le provocaba Maureen, interés disfrazado de otras cosas que aún tenía que saber gestionar y darle nombre. Ella permaneció sonrojada durante todo el tiempo al sentirse tan observada, pero con una sensación que llenó su corazón al tener la atención del *laird* Sutherland puesta en ella, sorprendiéndola. La incomodidad del principio fue sustituida por la incertidumbre ante la posibilidad de que la cabeza de la joven estuviera creando en su mente una ilusión que no era real, sin saber si significaría algo por parte de él o la olvidaría con el paso del tiempo.

Por parte de Graham fue el gesto que tuvo el que marcó la diferencia. Cuando May ocupó su lugar en la mesa, él no dudó en situarse a su lado ante la cara de sorpresa de ella. Como si fuera una situación de lo más normal él siguió como si nada, hasta ofreciéndole la comida que le quedaba más apartada. Esa vez sí que todos sonrieron, ante el gesto de él al no querer evitarla más y que nadie pudiera decir lo contrario para que no se volviera a sentir incómoda. May durante todo el tiempo estuvo como en una nube, pero sin querer hacerse ilusiones. Graham había tomado una determinación que nadie sabía y llevaría a cabo en su hogar, en las tierras Buchanan. Determinación que la muchacha no se podía ni imaginar.

—No tardarás en verlos —James apretó la mano de Kirsty mientras los dos se mantenían en el patio vacío.

—Lo sé padre —sonrió con los ojos húmedos—. Todo está bien —asintió mirándolo.

—Y mejor que estará, confía en mí. —La rodeó con un brazo guiándola hacia el interior del castillo, dándole un beso en la cabeza.

La inseguridad se apoderó de Kirsty en la soledad de su estancia, a la que subió nada más entrar. No pudo bloquear los pensamientos que la asaltaron, preguntándose si para Iain lo sucedido el día anterior habría significado lo mismo que para ella. No lo sabía, como tampoco sabía muchas cosas que se habían empezado a poner en movimiento.

El clan Sinclair se quedó en silencio, un silencio que no fue bienvenido para ella y al que le tomaría varios días acostumbrarse. Pensó en May y Maureen, en la tristeza de sus ojos, más en Maureen cuando llegara la hora de la despedida de Ewan porque su otra hermana tendría bien cerca a Graham, conviviendo en su propio hogar.

Y su Eileen… soltó un suspiro que la hizo sonreír con añoranza. Seguramente la próxima vez que se vieran su barriga habría crecido, estaría emocionada y nerviosa, irradiando felicidad.

Kirsty se dejó caer en su lecho, abrazada a la almohada. Ese fue el momento en el que dejó salir sus sentimientos mientras aferrada a ella, sus lágrimas salían sin control, con un llanto que no tuvo consuelo hasta que el cansancio la venció cerrando los ojos con un único nombre en su mente.

Capítulo 22



El tiempo pasó demasiado rápido para el gusto de Iain. El regreso del *laird* junto a sus guerreros a las tierras MacLeod fue tranquilo y sin incidentes. Nada más traspasar las puertas de su hogar se reunió con Kerr, el guerrero que dejó a cargo del clan. Después de la confirmación de que en su ausencia todo había estado tranquilo, en calma y sin incidentes, siguiendo la rutina habitual de entrenamiento y de las labores comerciales, Iain pudo respirar tranquilo.

No es que dudara de sus guerreros y de sus habilidades, pero la posibilidad de un ataque sin la presencia de él lo había mantenido en tensión durante el tiempo que estuvo fuera. El único dato destacable y que hizo que respirara aún más tranquilo, fue la noticia de que Connie, la joven que lo perseguía constantemente había abandonado su hogar y sus tierras en una madrugada, ante la sorpresa que le produjo. Partió de allí sin dejar rastro alguno según le comentó Kerr, detallándole que no la había perdido de vista como le pidió.

De su regreso ya habían pasado dos semanas y la llegada inminente de la hermana de Akir, el *laird* Munro, no tardaría en darse. Dato que tenía más alterado a Iain de lo que quería mostrar, de hecho, solo falta un día para que sucediera crispando sus nervios conforme veía cada vez más próximo el momento.

Todo estaba preparado para su llegada, tanto la seguridad bajo la orden de Iain para que reforzaran todos los flancos en turnos rotativos, hasta la estancia que ocuparía la joven, en la otra punta de la de él, en la planta superior.

Mucho se temía que la muchacha no llegaría a sus tierras sola. Akir no desaprovecharía esa oportunidad para jactarse de lo que había provocado. Demasiado autocontrol debería tener él cuando se diera ese encuentro con su enemigo, rodeado de su gente, teniendo que atenderlo bajo la protección del rey.

—Todo está preparado. —Se acercó Broc a su *laird*.

En lo alto de una colina Iain observaba analizando todos los puntos que podían facilitar un posible ataque.

—No hay ningún frente débil —aseguró Broc mirando en la misma dirección que Iain, sabiendo lo que estaba pensando.

—Siempre hay alguno por mucho que se refuerce la seguridad —dijo concentrado.

—Amigo, todo saldrá bien y no creo que los Munro se atrevan a hacer algo el primer día. Traen a la muchacha. Tendremos que averiguar si no nos están metiendo al enemigo en el hogar.

—Contaba con ello, de ella me encargo yo. —Cruzó los brazos—. No voy a quitarle los ojos de encima, en ningún momento.

—¿Ni siquiera en su estancia? —Elevó una ceja Broc.

Sus palabras tuvieron el efecto esperado. Iain soltó un gruñido girando hacia él.

—Si hace falta haré guardia frente a su puerta. Cuando digo que no pienso quitarle los ojos de encima es con todo lo que engloba, hasta que me asegure de que es una inocente muchacha como quiso dar a entender el rey. Quiero a Sloan alejado de ella, al menos al principio.

—No te preocupes, el muchacho estará protegido. Le he dado la orden a Cailean de que se encargue de su protección personalmente y no se separe en

ningún momento —asintió Broc ante la aprobación de Iain.

—Solo queda esperar. —Empezó a caminar hacia el castillo, seguido por su comandante.

—La visita a los Sinclair te ha cambiado. —Lo miró de reojo Broc.

—Vaya si lo ha hecho —gruñó.

—Me alegro, ya era hora de que enfrentaras la situación y la aceptaras.

—Lo iba a hacer de igual manera. —Elevó una ceja Iain.

—La diferencia es que podrías haber tardado demasiado tiempo si no se hubiera precipitado todo —rio Broc.

—Tardara lo que tardara, mi objetivo estaba claro. No saques ese tema, no un día antes de la llegada de los peores enemigos de los Sinclair. Tengo una tensión acumulada que tendré que echar mano de todo mi autocontrol para no poner mis manos en el cuello de ese demonio —rugió.

—Llegará el día, no lo dudo —asintió Broc con la misma rabia reflejada en su voz.

—Lo hará —sonrió de medio lado Iain.

El día finalizó con una cena tranquila, reunidos en la intimidad del salón MacLeod todos los guerreros de la guardia de Iain. La tensión se palpaba en el ambiente, la rabia e impotencia se reflejaba en todos, ese fue el motivo por el cual durante la velada fueran pocas las palabras dichas. Todos sabían cómo actuar y las tareas que realizarían llegado el momento, no hacía falta más. Iain confiaba sin margen de error en sus guerreros, incluyendo a todos los demás que conformaban su ejército que descansaban en sus cabañas.

El amanecer saludó a Iain tumbado en el lecho, con los ojos abiertos mirando la claridad que se colaba por la pequeña ventana de su estancia.

Llevaba días que le costaba conciliar el sueño, pero esa noche fue la primera de muchas que vendrían en las que no descansaría.

Meter bajo su techo a esa muchacha suponía un peligro que le costaba digerir. Un peligro del que quería proteger a Sloan a toda costa. Soltando un suspiro se incorporó mientras su mirada bajó hacia su pecho, hacia la zona donde tuvo una herida, recordando a la persona que había obrado el milagro de que no tuviera ni una marca, Kirsty.

Solo él sabía lo que ansiaba volverla a ver, solo él sabía lo largo que se le hacían los días aferrándose a sus recuerdos… los que no soltaba en ningún momento del día. El desenlace de todo se aproximaba, solo esperaba que se solucionara todo como había ideado en su cabeza.

Preparado para empezar el día, salió de su estancia y se dirigió hacia la de Sloan que era la siguiente a la suya. Abrió la puerta en silencio comprobando que descansaba a pierna suelta en su lecho, como era habitual en él con todo revuelto a su alrededor. Sonriendo cerró saludando a Cailean que hacía guardia en la pared de enfrente.

—No lo perderé de vista señor —aseguró el guerrero.

—Estoy seguro de ello —asintió conforme—. Es mi vida, la tienes en tus manos.

—No le fallaré. —Se irguió el guerrero.

Después de ese intercambio de palabras y de pasar por la alacena para coger un trozo de pan caliente que hacía poco que había salido del fuego, subió a lo más alto del castillo para empezar con una última inspección del terreno él mismo.

—¿Todo en orden? —preguntó a Kerr que hacía guardia en lo alto del torreón principal.

Ese fue el primer lugar al que se decidió a ir, llegando al límite del torreón que dejaba ver, desde la altura, gran parte del territorio.

—Todo tranquilo —confirmó Kerr.

—Perfecto, no pierdas detalle. ¿Quién te sustituye?

—Archie.

—No sabemos en qué momento del día llegarán, estad atentos.

—Sí, señor.

Conforme, Iain se fue para continuar con su ruta, así continuó durante gran parte de la mañana en la que todo estuvo en calma. Fue justo después de comer, con los platos vacíos sobre la mesa, cuando la señal de alerta resonó en el castillo consiguiendo que todos se reunieran en el patio central.

—Señor, ya vienen en camino. —Se apresuró a acercase uno de sus guerreros.

—Capaz de traer a su propia hermana con el estómago vacío —gruñó Broc.

—No me extrañaría —dijo Iain concentrado, mirando al frente.

—¿Estás nervioso?

—Lo normal cuando metes a tu enemigo en tu propio hogar.

—Saldremos de esta —intentó animarlo Broc.

—No te quepa duda. —Los labios de Iain se curvaron, lo que no duró mucho tiempo al ver desde la distancia a un grupo cabalgando en su dirección, aproximándose cada vez más a la entrada principal del castillo.

Los Munro, con su *laird* a la cabeza, como no podía ser de otra manera, entraron mirando todo alrededor. Los ojos de Iain no los perdió de vista, viendo como paraban su avance en mitad el patio. La muchacha que iba detrás de Akir, en un caballo blanco, captó su atención.

Con una capa y ocultando su rostro ya que miraba hacia abajo, esperó paciente a que todos desmontaran para hacerlo ella. Con ese pequeño contacto Iain pudo sentir su incomodidad y su vergüenza, intentando pasar desapercibida.

Akir se acercó hasta Iain con una sonrisa que indicaba el buen rato que estaba pasando, sin que pudieran atacarlo les había dado dónde más dolía, con una imposición que le otorgaba unos beneficios que no tardaría en perder, se dijo Iain queriendo quitarle esa expresión de la cara.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? —Fueron las primeras palabras de Akir frente al *laird* MacLeod, que estaba rodeado de toda su guardia personal—. Por lo que veo necesitas que te escolten hasta en tu propio hogar. —Remarcó mirándolos a todos.

—No eres bienvenido aquí —dijo cruzado de brazos Iain.

—A partir de ahora tengo pleno derecho de pisar esta tierra cuando me plazca —soltó con rabia el *laird* Munro.

Los labios de Iain se curvaron, consiguiendo aún más su propósito, que el hombre que tenía delante se alterara.

—Es un error que tengas ese pensamiento —aseguró Iain.

—El rey… —Dio un paso al frente apretando la mandíbula Akir.

—El rey me impuso a vuestra hermana, solo a ella —cortó sus palabras Iain—. Cuando queráis verla solo tenéis que enviar una misiva y se acercará con varios guerreros a vuestro encuentro.

—Ese no era el trato —gruñó Akir.

—Yo no hice ningún trato. —Elevó una ceja el *laird* MacLeod—. A mí se me impuso un compromiso que voy a llevar a cabo por mi honor. En lo referente al clan Munro todo será cordial hasta que deje de serlo, pero a cierta distancia.

—¿Qué quiere decir eso? —Lo miró con rabia Akir.

—Veo que no entiendes las palabras —lo incitó más—. Todo depende de lo que recibamos. El trato que os demos depende de vosotros.

—Blaire —rugió Akir—, acércate.

Sus palabras fueron dirigidas hacia su hermana con un desprecio que sorprendió a todos, sorpresa que no dejaron ver. La muchacha nerviosa, se acercó hacia ellos, quedando al lado de su hermano.

—¿Por qué tienes que llevar siempre tanta ropa? —gruñó Akir pegando un tirón de su capa, haciéndole daño.

Ante la exclamación de dolor y sorpresa de la joven, Iain dio un paso al frente apretando la mandíbula al sentir la agresividad que su propia familia le daba a la muchacha. Los guerreros MacLeod se pusieron en alerta al no contemplar la posibilidad de esos actos hacia las mujeres. Y no, no se volverían a dar, delante de él no sería así, se repitió con calma, una calma a la que tuvo que echar mano respirando profundo.

—No volváis a dirigiros a ella de esa manera —habló con voz fría y cortante Iain.

—Es mi hermana y puedo hacer lo que quiera. —Los labios de Akir se curvaron en una sonrisa que le provocó escalofríos al propio Iain.

Desvió la mirada hacia la joven que se mostraba ante él con el cuerpo encorvado como si se protegiera y con la cabeza inclinada, y no precisamente

presentándole sus respetos, no, su posición era de miedo y de vergüenza. Podía asegurar sin necesidad de mirarla a la cara que estaba evitando que la vieran con los ojos húmedos ante la manera de ser tratada y el poco respeto que dejó ver su propio hermano, su sangre.

—Un gran error por tu parte —sonrió fríamente Iain—. Dejaste de tener el derecho de hacer lo quieras con ella en el momento en el que este compromiso se puso sobre una mesa.

Cuando pronunció su última palabra alargó una mano y cogió la de ella, tirando hacia él para apartarla de Akir. Su movimiento provocó otra exclamación de sorpresa de la joven que esa vez sí que unió sus ojos a los de él. Efectivamente estaban húmedos, detalle que alteró más a Iain.

Akir gruñó al sentirse menospreciado. Sin estar conforme con sus últimas palabras se dispuso a rebatirlo dando un paso al frente. Pero eso fue todo lo que consiguió antes siquiera de volver a hablar ya que las siguientes palabras del *laird* MacLeod lo frenaron.

—Broc, sed hospitalarios y acompañad a los Munro hasta el límite de nuestras tierras —ordenó— ¿Necesitáis algo que esté en vuestro caballo? — se dirigió hacia la joven.

—Sí —respondió en un susurro ella—, las pocas pertenencias que tengo.

El *laird* MacLeod arrugó el gesto al escucharla. ¿Pocas pertenencias? ¿Es que ese miserable no le daba lo que le correspondía en su propio hogar? Ni, aunque no llevara el apellido Munro, portaría con ella tan pocas cosas como pudo apreciar Iain cuando se separó de él y se apresuró a coger lo que necesitaba de su caballo.

Cuando la joven llegó a su altura, Iain pronunció las últimas palabras dirigidas al *laird* Munro dando por finalizado ese encuentro.

—Si nos disculpáis, tengo que empezar a conocer a mi prometida y acompañarla para que se ponga cómoda y descanse. En otro momento nos

reuniremos para tratar asuntos comerciales.

Sin escuchar respuesta del *laird* Munro, ni tener la intención de que eso sucediera realmente, el *laird* MacLeod cogió de las manos de la joven el pequeño trozo de tela enrollado que había cogido del caballo y tiró de ella, agarrándola de la mano otra vez, hacia el interior del castillo, sin darle la oportunidad de que se despidiera de su hermano, lo que no dudaba de que ni le importaba, por el temblor que sentía a través de su contacto.

Capítulo 23



—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Iain con voz fría, distante.

Hacía una semana que Blaire Munro convivía con los MacLeod. Tiempo en el que había permanecido apartada, a veces por decisión propia sin querer mostrarse ante nadie, otras, por el rechazo que recibía por todos los pertenecientes al clan.

En ese instante la joven se encontraba dando vueltas por todo el castillo, en la oscuridad de la noche. Iain llevaba tiempo observándola desde la distancia, siguiendo sus pasos para saber qué era lo que la motivaba a pasear por el castillo a altas horas de la noche. A parte de intentar averiguar sus intenciones.

Se decidió a hablar sorprendiéndola cuando la vio intentando abrir una puerta, sin conseguirlo al estar cerrada. Todas lo estaban ante la orden de Iain, por seguridad. Con paciencia esperó su respuesta después de que se recompusiera del susto que se había llevado.

—Yo… —Se avergonzó girando hacia él—. Solo buscaba si en el hogar hay alguna biblioteca o un lugar donde pueda haber libros. Estoy acostumbrada a leer antes de dormir, si no, no lo consigo —explicó nerviosa ante la mirada seria del *laird* MacLeod.

Iain la observó a conciencia, analizando su reacción y expresión. Soltando un suspiro se acercó a ella siendo consciente de que no mentía y su

comportamiento era el resultado de haberse visto descubierta, ante lo que pudiera pensar él o si la creería.

—Podríais habérmelo preguntado. Ya hace una semana que estáis aquí ¿no habéis descansado durante las noches?

—Lo lamento, no quería molestaros —respondió ajustando sobre su cuerpo la capa que la protegía de la temperatura—. La verdad es que no lo he hecho mucho.

—Ahora entiendo a qué es debido el cansancio que reflejáis. Daba por hecho que el motivo era porque no estáis a gusto aquí.

—No, son todos muy agradables y me encuentro tranquila y feliz en su hogar —respondió rápido, demasiado.

Iain elevó una ceja, no por su reacción nerviosa y la velocidad de su voz, sino por el significado de sus palabras. Era consciente de que pocos eran los que habían sido agradables y se habían querido acercar a ella, incluso había recibido algún agravio. A más de un integrante del clan lo había tenido que llamar ante su presencia para que rectificara en su comportamiento. Una cosa era que se mantuvieran en alerta constante hacia ella, otra, que la trataran mal bajo su techo, en sus tierras, eso no lo consentiría jamás.

—Seguidme —dijo pasando por su lado.

—Oh, ¿disponéis de una? —dijo emocionada.

Sin que pudiera verlo sus labios se curvaron ante su entusiasmo. En el tiempo que llevaba allí le había dado tiempo a conocerla realmente, sin necesidad de hablar más que lo necesario siendo cordial. Cada vez que la muchacha lo miraba esperanzada para que conversara con ella y le dijera más de dos palabras, Iain tenía que repetirse que era su deber no fiarse de una posible enemiga, mostrándose frío y cortante, porque todo lo que desprendía la joven era nobleza y delicadeza.

Las pocas veces que la había visto interactuar con la encargada de la cocina, Mòrag, había sido respetuosa, amable, simpática y espontánea haciendo alguna broma al haber cogido cierta confianza con ella. Con varios críos también la había visto sacar su lado más cariñoso. En resumen, era una joven encantadora dotada de una belleza que dejaba embobado a más de uno, a pesar de que la miraban con reticencias por pertenecer a los Munro.

Con él se mostraba distante, sin saber cómo reaccionar. Lo entendía, no había dado pie a que fuera de otra manera. En su interior sabía que no merecía ese trato por parte de él, pero no podía ser todo lo cortés que se merecía. Tratándola con respeto marcaba siempre la distancia, desconfiando de cada gesto, palabra o acción que llevara a cabo.

Aunque todo ese rechazo era la teoría, la cual se esforzaba para llevar a rajatabla. No sabía durante cuánto tiempo podría permanecer así, porque la realidad era que, cada vez le costaba más seguir con ese papel frío frente a ella. Esa mujer nada tenía que ver con su familia, a Dios gracias, pensó Iain mientras recorría el pasillo de la segunda planta dirigiéndose hacia la biblioteca.

—Sé de vuestra pasión por los libros —habló Iain parándose frente a una puerta—. El rey me explicó lo que disfrutáis con ellos, si lo hubiera sabido antes… —Dejó la frase a medias al abrir con llave y coger una antorcha que alumbraba la entrada.

No tardó mucho tiempo en que la estancia se iluminara, con Iain encendiendo a su paso varios candelabros. Cuando le faltaban algunos se giró ante el grito que soltó Blaire, mientras la vista de la joven daba vueltas al igual que su cuerpo sin poder parar de mirar todo lo que tenía alrededor.

Iain también era un apasionado de los libros, con los que disfrutaba cada vez que podía, pasión que intentaba inculcar a Sloan. Por ese motivo con el pasar de los años había ido adquiriendo libros de todo tipo, decorando esa estancia destinada solo a ellos, convirtiéndola en su biblioteca particular donde muchas veces se perdía en soledad entre grandes estanterías repletas.

—Es maravilloso —dijo asombrada.

—Me alegro de que os guste. Yo también comparto vuestra pasión por la lectura —asintió él.

—Muchas gracias —se emocionó.

—Podéis coger el que os plazca y venir las veces que queráis, la puerta permanecerá abierta a partir de ahora.

—Os lo agradezco de corazón. —Se llevó las manos a esa zona—. Sé que no soy bienvenida en su hogar…

—Entended la reticencia de mi clan.

—¿Y la vuestra? No os preocupéis, lo comprendo y soy realista. Es lo más normal que podía esperar, pero yo… —Bajó la mirada.

—¿Qué? —Dio varios pasos acercándose a ella.

—No soy como mi hermano. —Alzó la barbilla, decidida—. En realidad, no lo reconozco como tal por todo el daño que…

—¿Qué daño os ha hecho? —gruñó alterándose.

—Ya no importa —sonrió tímida—. Ahora estoy a salvo —asintió.

A Iain se le formó un nudo en la garganta ante el alivió que trasmitieron sus palabras. ¿Cómo decirle a la joven que el enlace entre ellos nunca se llevaría a cabo? ¿Cómo explicarle que solo estaba de paso hasta que consiguiera poner fin a esa imposición? Demonios, no pudo mientras sus ojos miraban los de la joven que transmitían un sentimiento de sentirse realmente protegida, como si en lo que llevaba de vida no lo hubiera sentido en ningún momento.

—Mañana me gustaría hablar, hay un tema que tiene que ser tratado y no puede esperar —dijo Iain necesitando aclarar sus intenciones, lo último que quería es que la muchacha se ilusionara con algo que nunca iba a suceder.

—Cuando me mande a llamar iré —asintió feliz Blaire.

—Os dejo aquí, no tardéis demasiado tiempo en elegir un libro, tenéis tiempo para revisarlo todo. Ahora la temperatura es muy fría en esta parte y el fuego no está encendido. —Caminó hacia la puerta.

—No me demoraré, miraré por encima y para esta noche cogeré uno rápido. Gracias. —Se despidió la joven.

Iain salió dejándola sola, con la tranquilidad de que allí poco podía encontrar Blaire. Aunque, a esas alturas no le preocupaba en absoluto esa posibilidad que lo perturbó durante los primeros días. Sin que la joven fuera consciente se quedó en la oscuridad del pasillo siguiendo todos sus movimientos, sin ninguna intención, solo por el hecho de ver la felicidad reflejada en su cara yendo de un lado al otro.

¿Que no se demoraría? No lo creía, sonrió viéndola indecisa. Y eso fue lo que sucedió precisamente, Blaire tardó más de lo que le había dicho a él antes de despedirse, pero feliz con un libro entre las manos cuando apagó los candelabros y cerró tras ella.

En la oscuridad la siguió a cierta distancia, hasta que desapareció detrás de la estancia que utilizaba. ¿Qué tipo de vida habría llevado en su clan? ¿Tan mal la había tratado el desgraciado de su hermano? Eso y muchos más pensamientos lo atormentaron mientras se dirigía hacia su estancia sabiendo que la joven no volvería a salir, ya tenía lo que andaba buscando.

Antes de entrar en su estancia, se paró a mirar como Sloan descansaba en su lecho. Conforme con que todo estuviera bien dio por terminado el día. En cuanto su cuerpo hizo contacto con su lecho el nombre de Akir Munro apareció en su mente. Desgraciado, gritó sin que saliera nada de sus labios. El solo hecho de que hubiera tratado a su propia hermana como trataba al resto le puso el vello de punta, o peor, se dijo, con el poder que le otorgaba su cargo se sentía con el derecho de dirigirla como quería.

Eso es lo que se pensaba el *laird* Munro o lo que habría hecho hasta ese momento. Iain se prometió a sí mismo que pasara lo que pasara con la joven, no la volvería a dejar en manos de ese traidor. ¿Como lo haría? No tenía ni idea, pero, si hacía falta, convivirían bajo el mismo techo en las tierras MacLeod, pero modificando el motivo por el que se encontraba allí.

A la mañana siguiente Iain hizo llamar a la joven después de su rutina de entrenamiento. La que no tardó en aparecer en la estancia que utilizaba para reuniones más íntimas y para llevar sus negocios.

—¿Me ha mandado llamar? —Asomó la cabeza Blaire.

Provocaba una ternura en él que le costaba asumir, pero viéndola asomada en la puerta y con reticencias a entrar hizo que sus labios se curvaran y la muchacha soltara un suspiro de alivio ante ese hecho.

—Sí, pasad —dijo sentado detrás de un pequeño escritorio.

—¿Alguien se ha quejado de mi presencia? ¿Por algo que haya hecho y que no haya gustado? —Se frotó las manos, nerviosa.

—¿Por qué deberían hacerlo? —Elevó una ceja él—. Desde que estáis aquí habéis tenido un comportamiento ejemplar y habéis interactuado con todos como si no notarais el rechazo que es evidente. Habéis sido en todo momento agradable y simpática.

—Gracias —dijo emocionada.

—Sentaos —le ordenó.

Tuvo que retener el impulso de reír cuando obedeció su orden y se tropezó con la silla que tenía que utilizar, por los nervios que tenía. Se veía tan dulce e inocente, y ese pensamiento más lo caldeó ante lo que habría tenido que sufrir a manos de su propio hermano.

—Tengo algo importante que deciros y espero que no os lo toméis a mal. —Se incorporó Iain hacia delante, apoyando sus fuertes brazos en la mesa.

—Adelante —asintió convencida—. No lo haré, escucharé paciente y cuando termine aceptaré lo que sea.

Iain sonrió con ternura, demonios que difícil iba a ser aquello se dijo colmándose de paciencia.

—Bueno —carraspeó—. Sabéis el motivo por el que estáis aquí. —La miró fijamente.

—Sí —respondió Blaire frotando sus manos y bajando la mirada.

¿Fue una mirada triste? Frunció el ceño. Pero había algo más, no solo la posibilidad de que el enlace que les habían impuesto le produjera tristeza, escondido detrás de su reacción había algo oculto que Iain estaba a punto de saber.

—Voy a ser claro —dijo captando la atención de la joven que volvió a mirarlo—. Quiero que sepáis la verdad y que no os ilusionéis con una mentira. No tengo intención de llevar a cabo este enlace. Si acepté el compromiso fue por todo lo que suponía si me negaba a hacerlo. Sabéis la historia de nuestros clanes, el dolor provocado e independientemente de eso yo…

—Estáis enamorado —confirmó Blaire ante la sorpresa de Iain.

—¿Cómo lo sabéis?

—Le ha cambiado la expresión y la mirada cuando iba a decirlo. —Se sonrojó ella, sonriendo.

—¿Qué os parece lo que os acabo de contar? —Se interesó Iain intentando descubrir a qué era debida su expresión de añoranza.

—Perfecto —asintió la joven sorprendiéndolo otra vez—. Me hace feliz la noticia. —Se llevó una mano al pecho—. Yo pensé que…

—¿Qué?

—Que mi destino estaba sentenciado. Os agradezco la confianza y el respeto que estáis teniendo hacia mí al contarme la verdad.

—Estoy desconcertado ahora mismo. —Se echó hacia atrás en la silla—. ¿No queréis contraer matrimonio conmigo?

—No, al igual que vos.

—¿Estáis enamorada?

—No. —Bajó la mirada Blaire.

Ah se dijo Iain, ahí lo tenía, otra vez esa expresión de tristeza y añoranza.

—Contadme —la animó a hablar.

—Yo siempre he ansiado encontrar el amor, el verdadero. —Se sonrojó provocándole una sonrisa de ternura a Iain—. Sé que puede parecer raro, en el mundo en el que vivimos no cabe la posibilidad de que pueda elegir, pero mi sueño siempre ha sido encontrar a un hombre que me quiera y por el que yo sienta lo mismo. Sería una desgracia para mí si fuera de otra manera, me marchitaría —bajó el tono de voz.

—Ya veo —sonrió abiertamente Iain—. No sabéis lo tranquilo que me habéis dejado. Por lo que habéis dicho no os preocupéis, nadie os va a obligar a nada. Me rijo por el honor y la justicia, nunca tomaría a una mujer que supiera que tiene vuestros pensamientos e ilusiones. Puedo ser el *laird* y el que tenga el poder, pero crecí en una familia donde el amor estaba muy presente y el respeto más. Por desgracia mis padres partieron a otra vida hace ya tiempo, os hubiera gustado ver cómo eran.

—Lo lamento, viendo como sois no me cabe duda de cómo eran sus padres. Yo… hay pocos hombres como vos. —Tragó saliva Blaire, emocionada.

—Sí los hay —carraspeó Iain porque no le gustaba que lo alabaran, se sentía incómodo porque para él era lo justo y normal, no algo que marcara la diferencia—. Os puedo asegurar que tengo muchos amigos, familia y conocidos con mi misma convicción. Lamento que hayáis vivido otra cosa.

—Bueno —soltó un suspiro Blaire—, una no puede elegir en la familia que nace. Quería pedirle disculpas. —Se irguió en la silla.

—¿Por qué motivo? —La miró sin comprender.

—Por todo el daño ocasionado en nombre de mi clan. Lamento todo lo que haya podido suceder, las vidas perdidas, los ataques de los que soy conocedora, yo… me avergüenzo de que así sea.

A Iain le recorrió un sentimiento de respeto hacia la joven que dejó ver en su expresión. La mujer que tenía delante de él tenía un corazón tan noble, tenía tanta belleza escondida en su interior que opacaba la del exterior, y eso ya era decir mucho porque era muy hermosa.

—Os lo agradezco. Pero no sois la causante de ese mal, no tenéis que preocuparos —asintió él conforme.

—Pero necesitaba decíroslo. —Volvió a frotar sus manos, esa vez contra la falda de su vestido.

—Quiero que estéis tranquila frente a mí. —Se incorporó de la silla y caminó hacia ella, rodeando la mesa—. Aquí estáis a salvo y si ocurre algo quiero que me lo notifiquéis para utilizar la justicia y ponerle solución, no voy a permitir que nadie, absolutamente nadie os trate mal. Sé que ahora mi clan está teniendo una batalla interna. —Se apoyó sobre la mesa cruzando los brazos, quedando junto a ella—. Solo mostraros como sois y os los ganaréis —le sonrió.

—Pero, no estaré mucho tiempo aquí. Después de lo que me acabáis de decir…

—¿Quién lo dice? —Elevó una ceja él—. Tened claro que no voy a permitir que volváis a vuestro hogar a no ser que queráis hacerlo.

—No quiero —se apresuró a decir—. No tengo nada allí —carraspeó al haber sido tan evidentes sus palabras—. Absolutamente nada, ni siquiera…

—Cariño —gruñó Iain.

Blaire elevó la mirada hacia él. Por sus ojos húmedos no hacía falta que volviera a hablar. Iain estalló en su interior, sin mostrarlo, sin darle ni un ápice de todo lo que lo removía por dentro la situación de la joven.

—No os preocupéis, no volveréis. Ahora estáis bajo mi techo y mi protección.

—Pero si el compromiso queda anulado…

—Como os he dicho, no os preocupéis. Me encargaré de todo, aún no sé cómo, pero lo haré.

La expresión de Blaire cambió, con una esperanza renovada que llenó el interior de Iain. Demonios que no iba a regresar a la tortura de su hogar, se dijo, solo le quedaba encontrar la manera para hacerlo.

Después de esa conversación en la que los dos pudieron respirar más tranquilos y acortaron distancias, Blaire se fue dejando a Iain pensativo, buscando formas para llevar a cabo su cometido. Tenía que meditar bien en las opciones y pediría ayuda a sus amigos. Con ese pensamiento escribió tres misivas que llegarían en unos días a ellos.

No tenía duda de que pronto volvería a reencontrarse con Kenneth, Cameron y Ewan. Y no dudaba de que el *laird* Sinclair aparecería junto a

Kirsty, por los datos que le dio tiempo atrás su hijo Sloan, lo que no sabía era cuando.

Solo de imaginar volverla a ver, la imagen que tenía grabada de ella calentó su interior, ansioso porque se diera ese momento. Ahora sí, se dijo, sin el peso del compromiso y habiendo dejado claras sus intenciones podía dar los pasos que necesitaba con Kirsty. Sonrió ante esa posibilidad, sabiendo que ya no había marcha atrás.

Capítulo 24



La misiva enviada desde el clan MacLeod llegó a sus destinatarios entre dos y cuatro días después. Mientras todo se preparaba para la llegada inminente de los tres clanes, los MacLeod estaban tranquilos y más calmados referente a la joven Blaire.

Como le aconsejó Iain, la muchacha había seguido mostrándose hacia la gente del clan, ayudando en todo lo que podía, mostrándose cordial y feliz cuando lo hacía. En el poco tiempo que había transcurrido después de la conversación que mantuvieron, su cambio fue evidente, dejando de estar tan retraída y mostrando una parte de ella que mantenía oculta por el rechazo que recibía.

Las dudas, la incertidumbre y la tensión dejaron de existir para Iain. Todo se mantenía en calma, aunque a pesar de ello, no había bajado la guardia referente al control de las tierras, estando en alerta ante una posible represalia del *laird* Munro, ya que cuando abandonó las tierras MacLeod lo hizo con una mirada de odio y venganza que provocaron que aumentaran la seguridad.

Ansiaba que eso sucediera, que diera rienda suelta a su odio y los atacaran. Si eso sucedía tendría la salida que tanto deseaba en bandeja, aparte de que saldrían vencedores sin ningún margen de error. Con esa posibilidad abierta, su determinación para encontrar una vía de escape si no sucedía se acrecentó con el paso de los días.

Según los cálculos de Iain, quedaba poco tiempo para que sus amigos aparecieran por su hogar. Con ganas de verlos dejó pasar los días en sus

quehaceres, en los que incluyó a Blaire compartiendo más ratos junto a ella. Su cabeza no había dejado de idear y de maquinar situaciones que pondría encima de la mesa en cuanto se reuniera con todos.

Decidido a encontrar a Sloan, caminó a través de las cabañas saludando a todos a su paso, internándose en una espesa arboleda que lo llevaría hacia el río, donde daba por hecho que se encontraría el pequeño. Seguía en su empeño de coger todas las ranas que pudiera. No eran muchas las que llegaba a conseguir para que al final del día entre los dos las soltaran en libertad, convirtiéndolo en un ritual entre padre e hijo, compartiendo un momento que para Sloan era especial y emocionante.

Se paró en el último árbol, antes de salir a la vista. Sus labios se curvaron ante la escena de un Sloan jugando en la orilla del agua, mientras tropezaba intentando coger algo que había en el río y con una Blaire riendo ante sus hazañas y preocupada a la vez.

Sin nada que temer, había dado la libertad de que su hijo pudiera tener contacto con la joven. Había comprobado el trato que le daba y en mejores manos no podía dejarlo, al igual que sabía el cariño que Sloan le había cogido a la muchacha.

—Pa —gritó el pequeño, corriendo directo a él—. Mira. —Levantó un bote ilusionado.

—Vaya, hoy has conseguido todo un logro. —Lo felicitó.

—Blaire me ha ayudado, tenemos muchas. —Volvió a subir el bote hacia arriba para que lo viera bien.

—Ya lo veo hijo, enhorabuena —sonrió divertido.

—Yo solo he ideado los planes para cogerlas, Sloan es el verdadero ganador al haber conseguido atraparlas —dijo Blaire acercándose hasta ellos.

—¿Todo bien? —se interesó Iain.

—Perfecto —asintió feliz.

El *laird* MacLeod sonrió al verla tan cambiada y con ese entusiasmo que desprendía en todo lo que hacía y decía. Un sonido lo alertó cortando las siguientes palabras que iba a pronunciar.

—¿Qué es eso? —preguntó Blaire dudosa.

—Significa que se aproxima alguien —dijo orgulloso Sloan por saberlo—. Mi pa siempre me dice que cuando lo escuche vaya al castillo corriendo hasta saber si es seguro.

—¿Seguro? ¿Nos están atacando? —Agrandó los ojos la joven con miedo.

—No —rio Iain por la situación—. Son amigos, los estaba esperando. Si nos estuvieran atacando lo sabría hace tiempo, tengo guerreros repartidos por todo el territorio, reforzando la zona próxima al castillo.

—Ah —soltó una exclamación de alivio Blaire.

—Tenemos que volver al castillo rápido —habló Sloan queriendo captar la atención.

—Estás conmigo y no hay peligro. —Le revolvió el pelo Iain.

—Pero quiero ver quién llega. —Se removió nervioso agarrándolo de la mano.

—Entiendo —rio Iain— Vayamos entonces.

Sloan soltó la mano de su padre y salió corriendo varios pasos por delante de ellos que caminaron con calma sin perderlo de vista. Cuando llegaron al patio aún se mantenía vacío, a la espera de los invitados. Allí se quedaron con Sloan dando saltos como si al hacerlo pudiera ver antes a quien llegaba.

Iain y Blaire rieron, hasta que él lo cogió y lo subió a sus hombros, quedando sentado en ellos.

—¿Ves algo? —le preguntó Iain.

—No pa, está todo despejado —respondió haciéndolo sonreír.

—Sigue observando hijo, desde ahí arriba los verás antes que nosotros.

—Vale, no pestañearé —dijo concentrado.

Tuvieron que hacer grandes esfuerzos por no reír ante los gestos, decisión y palabras de Sloan. No pasó mucho tiempo cuando con un grito de júbilo el pequeño confirmó que ya veía a un grupo a caballo acercarse, sin poder distinguirlos. Detalle que Iain supo de antemano al haber mirado hacia el torreón de la parte principal del castillo que daba acceso a él, por la información silenciosa con gestos que le dio su guerrero, identificando de quienes se trataban.

Un grupo de veinte guerreros del clan Sutherland traspasó las puertas con su *laird* Ewan a la cabeza, llegando a mitad del patio donde desmontaron. Iain se acercó sonriendo hacia su amigo, sintiendo como Sloan se removía en sus hombros queriendo bajar para tirarse a sus brazos, como siempre solía hacer.

—Amigo. —Paró frente a él—. Me alegra volver a verte.

—Y a mí —gruñó ampliando la sonrisa de Iain mientras se acercó a darle un abrazo, lo que para Ewan significaba darle varios golpes amistosos en un hombro, pero con una sonrisa.

—Pa, bájame —le pidió Sloan emocionado.

—Muchacho. —Mostró la misma alegría Ewan hacia él.

En cuanto eso sucedió pasó de unos brazos a otros sonriendo y abrazándolo, de los pocos momentos tiernos que el *laird* Sutherland dejaba ver. El pequeño empezó a relatarle sus aventuras con las ranas, ganándose la aprobación de Ewan, haciéndolo sentir importante por sus hazañas.

—¿Es ella? —gruñó Ewan al mirar a la joven que permanecía a la espalda de Iain, apartada de ellos viendo la escena.

—Sí, ven. —Giró caminando dirección a ella—. Como siempre, estáis en vuestro hogar. —Se dirigió hacia los guerreros Sutherland.

Con esas palabras les indicó que llevaran los caballos a la cuadra e hicieran lo que quisieran, esperando encontrarlos en algún momento en el salón para saciar la sed. Cuando se pararon frente a Blaire, el cuerpo de la joven se encogió ante la observación al detalle que recibió por parte del *laird* Sutherland. Con el ceño fruncido y con una expresión que la intimidó, Ewan no habló a la espera de que lo hiciera su amigo, pero ella se le adelantó.

—Es un placer conocerlo —dijo con voz temblorosa Blaire, moviendo las manos, nerviosa.

Como toda respuesta obtuvo un gruñido que la hizo agrandar los ojos sin saber cómo reaccionar o cómo tomárselo, con Sloan mirándolo con una sonrisa todavía entre sus brazos. La carcajada que soltó Iain se escuchó a gran distancia, risa que alargó sin poderlo evitar. Su amigo Ewan era experto en marcar distancias y a lo grande.

—Tranquila, es un cachito de pan —aseguró divertido Iain.

—¿Un cachito? ¿Por quién me has tomado? —Se quejó Ewan girando hacia él.

—Vale, digamos que es más como un gran pan de los que cuesta digerir. —Rectificó Iain riendo, ante otro gruñido de Ewan—. Blaire, el *laird* Sutherland. Mi amigo Ewan —lo presentó.

—Encantada. —Hizo una pequeña inclinación.

Ewan asintió con la cabeza, eso sería lo único que recibiría la joven por su parte, al menos hasta que no supiera el motivo por el que su amigo los había mandado a llamar urgente, tal y como le notificó en la misiva sin dar más detalles.

Por el trato de Iain hacia la muchacha supo que todo estaba bien, pero hasta que no tuviera su confirmación no bajaría la intensidad, poca, porque era la habitual en él, pero al menos lo suficiente para que la joven no temblara ante su presencia.

—Si me escusáis, iré a hacer unas cosas antes de acompañaros —dijo Blaire indecisa.

—Ve tranquila —asintió Iain.

Sloan que ya había bajado de los brazos de Ewan, corrió al lado de ella y la agarró de la mano, gesto que no le pasó desapercibido al *laird* Sutherland. Ellos caminaron al interior del castillo, entrando al salón principal directos a sentarse en la mesa donde ya reposaba una jarra de vino.

—¿Qué significa lo que he visto afuera? —No pudo retener la pregunta por más tiempo Ewan.

—Todo ha cambiado, no de fin, sino de la manera de actuar. Te darás cuenta de que Blaire no tiene nada que ver con su clan, se está ganando a toda la gente y a mí lo hizo ya hace tiempo, aunque me rehusara a aceptarlo —explicó Iain llenando dos copas de vino.

—¿Eso qué significa? —gruñó— ¿Qué aceptas el compromiso?

—No —rio Iain—. En el amor mi objetivo es otro —sonrió de medio lado.

—Qué manía tenéis de darle misterio a todo —se quejó antes de beber de su copa.

—Amigo, tengo mucho que contarte. —Se apoyó en la mesa Iain, divertido.

Y así lo hizo, le contó lo que sentía por Kirsty, la hija mayor del amigo de ambos, James Sinclair, lo que no lo pilló por sorpresa porque ya lo sabía prefiriendo callar hasta que Iain se sintiera libre de explicárselo. Siguió con las intenciones que tenía y la llegada de Blaire Munro a sus tierras, sorprendiéndolo al ser todo lo opuesto a lo que se había imaginado. Le detalló la situación para que dejara ese trato con ella y se relajara.

—Está bien —habló Ewan.

—¿El qué está bien? —Elevó una ceja Iain.

—Que no le gruñiré tanto —soltó, provocando una carcajada en Iain que lo hizo doblarse sentado.

—Estoy deseando la llegada de Kenneth.

—¿Por qué? —se interesó Ewan.

—Porque vendrá acompañado de Eileen y sus hermanas, Maureen y May —dijo curvando sus labios, obteniendo la reacción que quería.

Ewan se puso rígido y erguido. Era increíble ver como nada conseguía hacer temblar ni dudar a ese gran guerrero fornido en la batalla, nada, excepto una mujer o como fue en ese caso, su nombre y su recuerdo.

—Tenemos más de un problema ¿verdad? —dijo intentando no reír Iain.

—Lo tenemos —gruñó Ewan.

La llegada de Kenneth se dio al día siguiente al tener más territorio que recorrer. Con él, veinticinco guerreros Buchanan entraron al atardecer, con Eileen, Maureen y May. Todos salieron a recibirlos. Blaire se sentía emocionada ante las nuevas caras que iba conociendo, eso no había sucedido

jamás en su hogar. Cuando alguien aparecía, su hermano la encerraba en su estancia hasta que se iban, tardaran el tiempo que tardaran.

Kenneth bajó de su caballo sonriendo, mirando al frente hacia sus amigos, mientras se dirigió hasta su esposa Eileen, ayudándola a bajar por el estado en el que se encontraba.

—Pequeña, recuerda lo que hemos hablado —le susurró Kenneth.

—No pienso saltarle encima, todavía —le respondió Eileen remarcando la última palabra, refiriéndose a la joven Munro.

No había sido fácil para ella digerir la información que le dio Kenneth sobre lo que impuso el rey a Iain, nada fácil. La rabia y el odio hacia su enemigo, los Munro, se calmó por la muerte del principal responsable de la masacre a su clan Sinclair cuando ella era una niña, con la muerte de su madre. Esa calma desapareció ante los constantes ataques que todos recibían por parte de ellos, reavivando los sentimientos hacia su enemigo.

Después de mucho hablar interiorizó que le iban a poner solución, por ese motivo por mucho que Iain no hubiera hecho hincapié en que apareciera junto a Kenneth, lo hubiera hecho igualmente sin querer perderse detalle de lo que sucedería en el clan MacLeod.

Cuando sus hermanas llegaron a su lado, Eileen miró de frente a la joven Munro. Seria, distante, necesitando analizarla desde el primer momento. Su hermana May hizo lo mismo, pero su hermana Maureen estaba demasiado ocupada y nerviosa mirando quien estaba delante en la distancia, Ewan, el *laird* Sutherland por lo que le temblaban las piernas.

Todos se reunieron a mitad de camino, con los correspondientes saludos y alegría que les daba el reencuentro, con Blaire Munro apartada a unos metros de ellos. Iain miró a Kenneth que asintió ante lo que le dio a entender.

—Ven. —Agarró de una mano a Eileen, tirando de ella.

—No me vas a convencer —dijo entre dientes.

—¿Apostamos? —sonrió Iain ante la mirada interrogante de Eileen.

Cuando llegaron, Iain presentó a las dos jóvenes. La rigidez era evidente para Iain por parte de Eileen. No podía hacer ningún comentario al respecto porque él mismo había actuado de la misma manera, solo necesitaba tiempo para conocer a Blaire, sabiendo del corazón tan grande que tenía Eileen.

—Es un placer —sonrió Blaire sintiéndose inquieta.

—Ya te diré si es lo mismo para mí —respondió seria Eileen.

—¡Pequeña! —llamó su atención Kenneth.

—¿Sí esposo? —Giró hacia él con una gran sonrisa.

Kenneth negó con la cabeza por el significado de su expresión y lo dejó estar. Viendo la relajación e interacción de su amigo no tenían de lo que preocuparse referente a la joven. Si hubiera sido el caso, estar allí ante ellos en su llegada, no hubiera sido una opción. El tiempo ablandaría la situación.

Después de una conversación relajada en el exterior se decidieron a entrar para cenar ya que la noche estaba sobre sus cabezas. Iain había dado la orden de que lo prepararan todo, para que ampliaran la cantidad de comida para los nuevos invitados, de ahí que se hubieran tomado su tiempo en el patio conversando sobre sus asuntos, bajo los últimos rayos de sol hasta que desaparecieron, sin prisa, excepto las mujeres que estaban en el interior descansando.

Con Sloan yendo de unos a otros emocionado sin poder estarse quieto, caminaron dirección al castillo. Pero no llegaron muy lejos ya que otro aviso sonó provocando que todos volvieran a dirigirse al centro del patio para recibir a los MacKenzie que estaban a punto de aparecer.

—¿Cómo es que no está aquí ya? —preguntó Kenneth, extrañado porque no fuera así, ya que las tierras de Cameron quedaban próximas a las de Iain, como era el caso de Ewan.

—Cuando le envié la misiva me hizo llegar otra él. Tenía que partir por negocios sin poder aplazarlo y no sabía cuánto se demoraría, de ahí su tardanza —explicó Iain ante el asentimiento de Kenneth.

Cameron MacKenzie marcando el paso entró seguido por sus hombres, parándose bajo la poca iluminación de la noche. Sus amigos y todos los comandantes de ellos junto a los guerreros de cada clan se acercaron a recibirlos.

Entre abrazos, bromas y alegría por volverse a ver, todos entraron poniendo fin a la llegada de invitados porque Iain no sabía cuándo se daría la visita de James y Kirsty Sinclair. El sonido del júbilo de los hombres llenó el salón incluso antes de aparecer por él.

Eileen, Maureen y May se incorporaron alegres para recibirlos sabiendo que Cameron había llegado. Blaire hizo lo mismo, pero manteniéndose un poco apartada ante la atenta mirada de Eileen que ya empezaba a aflojar en su carácter desconfiado hacia ella. Poco tiempo necesitó para que eso sucediera, aunque Eileen Buchanan necesitaba acortar distancias con ella para terminar de asegurarse.

En cuanto las jóvenes a las que consideraba familia se acercaron a Cameron para saludarlo, algo sucedió en ese salón cuando el *laird* MacKenzie posó sus ojos en Blaire Munro, algo que marcaría un antes y un después, más de lo que podía imaginar ninguno de los que estaban presentes mirando la escena con atención.

Capítulo 25



En las tierras cercanas a las MacLeod, Kirsty Sinclair junto a su padre James, Donald Buchanan, Alec, Arthur y un grupo de guerreros de su clan, recorrían con cuidado el terreno rocoso que acortaría la distancia a las tierras MacLeod. No era el camino habitual por el que solían acceder, pero sabiendo que por esa zona reducirían el tiempo de llegada optaron por variar esa vez la ruta.

De lo que se estaban arrepintiendo desde hacía tiempo. ¿El motivo? Una espesa niebla que les impedía ver bien los había sorprendido con el inconveniente de la dificultad de terreno en el cual ya habían tenido más de un sobresalto. La humedad que dejaba a su paso la niebla se metía en sus cuerpos, calándolos.

—¡Cuidado! —gritó Alec dirigiendo su cuerpo hacia Kirsty, agarrando las riendas de su caballo.

Pasando por un desfiladero el caballo de ella dio un paso en falso y estuvo a punto de resbalar, provocando un momento de pánico por el posible desenlace. El desfiladero era estrecho, lo justo para tener que pasar en fila y vigilando dónde el caballo pisaba porque la humedad de la niebla hacía que la tierra bajo sus pies estuviera más blanda y las piedras se movían convirtiéndolo en más inestable.

—¡Dios mío! —Se llevó una mano al pecho Kirsty, respirando con dificultad, echando su cuerpo hacia delante del caballo.

Alec quedó casi en paralelo con ella, esperando a que se tranquilizara y consiguiera controlar la respiración para continuar. No podían permanecer mucho tiempo allí parados, no era seguro.

—¿Estás bien? —Se preocupó él.

—Sí, sí… por lo que más quieras Alec —dijo casi gritando— ve hacia atrás, estás al límite de la pendiente—se asustó Kirsty.

—Estoy bien, cuando puedas avanzar hazlo y volveré a mi posición, tenemos que movernos.

—Vamos —se apresuró a responder Kirsty, sofocada ante la posibilidad de que le pasara algo.

—¿Está todo bien? ¿Qué ha pasado? —Escucharon gritar a James Sinclair, porque verlo no podían por la niebla, al ir bastante más avanzado que ellos.

—Todo bien señor, continuamos —gritó Alec mirándola, ante el asentimiento de ella.

La vista solo les daba para mirar a dos palmos de distancia, y aun así tan borroso que les costaba identificar lo que fuera que tuvieran encima. Y gracias a eso, al menos buscando algo positivo, no podían distinguir la gran distancia de donde estaban, la que muchos sabían por haber pasado por ese camino en otras ocasiones. Con cuidado y con pasos seguros, lo más pegados a la pared de la montaña, siguieron hacia delante durante bastante tiempo.

—Ya está —aseguró Alec llegando al final, a una zona segura.

—Estoy tan contraída que no sé si puedo soltar las riendas —rio nerviosa Kirsty.

—Ahora podrás relajarte, el camino que queda es tranquilo.

—Eso si lo vemos —observó Kirsty sin ver nada— ¿Dónde están los demás?

—Tendrían que estar aquí. —Arrugó el gesto Alec.

—Quizás hemos salido por otro lado —sugirió insegura Kirsty.

—Imposible, el desfiladero solo va a parar a un lugar —explicó concentrado Alec.

—¿Se han perdido? —temió esa posibilidad.

—No puede ser, tu padre, Donald y Arthur conocen el terreno a la perfección, hasta con los ojos cerrados lo harían. —Espoleó a su caballo suavemente, el que caminó despacio dando varios pasos alrededor de Kirsty para no alejarse de ella—. Solo hay dos salidas del desfiladero y saben cuál tomar. ¿Señor? ¿*Laird*? ¿Donald? ¿Arthur? —gritó Alec.

Después de que el eco de su voz dejara de oírse entre las montañas prestó atención a los sonidos que los rodeaban.

—¡Padre! ¡Donald! —Lo imitó Kirsty sin resultados.

—No lo entiendo —gruñó Alec—. Sigue hacia delante —le pidió concentrado sacando su espada.

—Alec, no podemos irnos y dejarlos solos, algo les ha tenido que pasar —dijo con voz temblorosa Kirsty—. ¿Qué pasa? — Se sorprendió al verlo desenvainar la espada.

Alec se acercó a ella para que lo viera bien y le pidió silencio. Así avanzaron con cuidado, sin ver realmente con la humedad cayendo sobre sus cuerpos. Kirsty se arropó con la capa que llevaba sin ser suficiente, su cuerpo cada vez estaba más frío, apenas se notaba las manos.

—Alec —susurró llamando su atención—, tengo mucho frío, no puedo agarrar las riendas. —Castañeó los dientes al decirlo.

Sacando de la alforja de su caballo una manta, Alec se la ofreció, ayudándola a echársela sobre los hombros para que la cubriera entera.

—¿Mejor?

—Sí, gracias. Estoy preocupada. —Lo miró a los ojos—. ¿Dónde está mi padre y el resto de los guerreros? Si hubieran cogido por el otro camino ¿adónde los llevaría?

—Si ese ha sido el caso ahora mismo están a bastante distancia de nosotros, imposible llegar hasta ellos —negó con la cabeza Alec.

—¿Y cómo nos aseguramos?

—No podemos, lo único que podríamos hacer es rastrear esta zona, pero con esta niebla es imposible, apenas nos vemos entre nosotros y estamos al lado. Este temporal tardará en irse y no podemos mantenernos aquí.

—¿Por qué? Podemos buscar alguna roca grande que nos cubra y sirva de refugio.

—No.

—¿Por qué? —insistió Kirsty sin entenderlo.

—La posibilidad de los dos caminos que te he explicado está, pero la posibilidad de que tu padre se haya equivocado al tomarlo no. —La miró serio—. Si eso ha sucedido es porque se han visto obligados a hacerlo, porque algo obstaculizaba el camino correcto o había alguna señal que indicara que el camino estaba cortado. Algunos cazadores así lo hacen.

—Pero, nosotros hemos pasado bien, yo no he visto nada. —Tragó saliva Kirsty.

—Exacto, nosotros. —Apretó la mandíbula Alec.

—¿Nos querían separar? —Se sorprendió Kirsty.

—Me temo que sí pequeña. Toma. —Se inclinó en su caballo y dejó en sus manos varios cuchillos por si tenía que utilizarlos.

—Alec…

—¿Sí? —dijo tirando de las riendas de ella para que los caballos no se separaran bajo ningún concepto, avanzando despacio.

—Quiero irme a nuestro hogar —aseguró con un nudo en la garganta Kirsty.

—Eso mismo vamos a hacer, no pienso exponerte, pero no al Sinclair, queda poco para el MacLeod, de hecho, creo que acabamos de entrar en él. —Se paró mirando alrededor—. No te preocupes por tu padre y los demás, estarán bien. Si mi teoría es correcta solo tenían un objetivo. Retrocederán para saber qué ha pasado al no vernos llegar, darán con nosotros.

—¿Ya estamos en las tierras de Iain? —preguntó con una exclamación de alivio— ¿Habrán oído el eco de nuestras voces?

—Seguramente los nuestros lo habrán hecho —asintió Alec—. Es complicado que nos encontremos con algún MacLeod ahora mismo.

—¿Y por qué no ha hecho lo mismo mi padre?

—No lo sé, quizás lo ha hecho cuando estábamos hablando y desconcertados, intentando averiguar qué había sucedido. Puede que no lo hayamos percibido, depende de dónde estés situado llega con más intensidad.

Kirsty asintió tragando saliva y tomó las riendas de su caballo cuando consiguió entrar un poco en calor, a pesar de ello Alec no se movió de su

lado. Recorrieron un camino corto que les pareció eterno por la tensión y el estrés de no ver nada, con todos sus sentidos en alerta.

El primer ataque llegó por la derecha pillándolos desprevenidos y siendo Kirsty la más afectada al quedar a ese lado. Ante la exclamación de miedo de ella, Alec saltó de su caballo al de Kirsty, protegiéndola, impidiendo que la espada que pasó rozándola no llegara a impactar con ella.

Alec consiguió tirar al suelo al enemigo, siguiéndolo y enfrentándose a él, arrebatándole la vida. Llegó hasta Kirsty y tiró de ella para bajarla del caballo, alejándose de ellos, corriendo sin ver realmente por dónde iban.

Otro ataque llegó a sus espaldas. Alec dándole un empujón a Kirsty la apartó. Nerviosa y a punto de llorar, intentó enfocar la vista siguiendo todos los movimientos de Alec. Las fuerzas de los enemigos lo superaron en cuanto dos más aparecieron, rodeando a Alec.

—¡¡No!! —gritó con todas sus fuerzas Kirsty al ver como una espada atravesaba la pierna de Alec, haciendo que se desestabilizara por el dolor.

A pesar de la situación el guerrero no aflojó en la lucha, sabiendo que el único obstáculo que separaba a los enemigos de Kirsty era él.

Ella se incorporó del suelo con un cuchillo en cada mano, apretando su agarre quedando oculta en sus movimientos por la niebla. Otro grito salió de su garganta cuando uno de los tres que atacaban a Alec sin descanso, se apartó de él y se dirigió a ella.

Con la mente bloqueada intentó encontrar una calma que no sentía, temblando cuando ese hombre caminaba rápido hacia ella. Sin apartar la mirada de él unas palabras vinieron a su mente, como si las estuviera escuchando en ese mismo instante, bloqueando los sonidos de la lucha que se mantenía a unos pasos de ella y la atormentaban.

«Tienes que encontrar el momento justo para atacar con el cuchillo… Tu ventaja es la sorpresa ante tu adversario en el primer ataque».

Kirsty permaneció inmóvil ante la sonrisa del hombre, sin mostrar que fuera a defenderse. El asco y la rabia se apoderaron de ella, lo que no duró mucho tiempo al ser sustituidas por la concentración al ver al hombre abalanzarse sobre su cuerpo, dándole un golpe en el pómulo de la cara. Kirsty esperó paciente y soltando un grito encontró el momento exacto para clavarle uno de los cuchillos en el pecho.

Mareada y a punto de tener un ataque de ansiedad, se apoyó en un árbol viendo el cuerpo de su enemigo caer desplomado frente a ella. Pensando que su mente le pasaba una mala jugada al escuchar varios gritos de guerra sin saber de dónde salían, gritos procedentes de varios guerreros por el sonido que se escuchó de los cascos de los caballos.

Irvin, Donel y Caillen MacLeod que estaban por la zona, inspeccionándola, corrieron al encuentro de lo que sucedía en sus tierras siguiendo los gritos que lanzó Kirsty, sin saber en ese momento que se trataba de ella. Se lanzaron en un ataque contra el adversario con el que no tuvieron nada que hacer los dos hombres que atacaban a Alec.

Kirsty lloró por todos los sentimientos que estaba acumulando. Su mirada se fue al cuerpo de Alec que cayó al suelo desplomado ante el grito de miedo que soltó ella al verlo.

—Alec —gritó corriendo hacia él.

—Estoy bien. —Apretó la mandíbula una vez que ella quedó arrodillada junto a él.

—¡Estás herido! No me digas que estás bien. —Lloró preocupada.

—¿Estáis bien? —preguntó uno de los hombres que los habían ayudado, identificándolo como Donel, uno de los guerreros de la guardia de Iain.

Miró alrededor viendo a Irvin y a Caillen que se arrodillaron junto a ella preocupados, atendiendo a Alec.

—Tenemos que irnos rápido, debe ser curado y con este tiempo no estamos seguros —aseguró Donel mirando la situación.

Lo que no tardó en suceder, sin preguntar nada ni pedir explicaciones para saber qué había sucedido, ya lo harían cuando estuvieran a cubierto. Sin tiempo que perder, los guerreros MacLeod portaron con ellos a Alec y a Kirsty subidos en sus caballos dada la indisposición de Alec para hacerlo y la fragilidad de Kirsty en ese momento en el que perdió la fuerza por completo. Mientras el tercer MacLeod sujetaba las riendas de sus caballos al de él, para llevarlos al castillo y arrebataba con asco una pertenencia de uno de los cuerpos que yacían sin vida en el suelo.

Iain estaba en el salón rodeado por todos sus amigos, a pesar de tener una velada tranquila y relajada durante la tarde, algo dentro de él estaba alterado y no conseguía encontrar el motivo que provocaba su estado.

—¿Todo bien? —se interesó Kenneth al ver que llevaba un tiempo sin prestar mucha atención a la conversación.

—Creo que sí. —Arrugó el gesto Iain.

—¿Qué significa creo? —Prestó atención Cameron.

—Habla —exigió Ewan al verlo dudar.

—No sé qué deciros… siento algo… pero no tiene sentido, no sé lo que es —Quiso explicarse Iain, sin conseguirlo.

—¿Crees que nos atacarán? —preguntó Cameron.

—Que lo intenten —gruñó Ewan.

El sonido de alerta del clan MacLeod sonó provocando que todos se levantaran de golpe. Salieron corriendo hacia el exterior encontrándose a Broc.

—Cierra todo, proteged a Sloan y a las mujeres que están en el interior —ordenó Iain.

Pero antes de que Broc pudiera llevar a cabo la orden, Donald Buchanan y el *laird* James Sinclair traspasaron las puertas del castillo con un grito que los puso más en tensión. Corriendo a su encuentro, comprobando que dos piezas clave faltaban junto a él si había decidido hacer ese viaje junto a su hija mayor.

—Nos han tendido una trampa —rugió desesperado James—. Necesito que salgamos a comprobar el terreno.

—¿Dónde está Kirsty? —preguntó Ian con una calma más fría que la niebla que los envolvía.

—No lo sabemos —gruñó desesperado Donald, el padre de Kenneth—. Todo iba bien, hasta que decidimos coger por el camino del desfiladero —contó bajo la atenta mirada de todos—. En un punto donde se bifurca el camino, el habitual estaba cerrado al paso como si alguien lo hubiera bloqueado, hemos caído en la trampa. No pensamos que sería importante por los constantes desprendimientos que hay.

»Tomamos el camino que quisieron, apartándonos de Kirsty y Alec que iban más alejados de nosotros por el cuidado que lo hacían al ir ella nerviosa. En esa zona no podíamos sufrir ningún ataque y con esa calma avanzamos. Cuando regresamos sobre nuestros pasos y cogimos el otro camino que volvía a estar abierto, no los encontramos. La niebla ha impedido que viéramos lo que teníamos alrededor. Sabemos el camino hasta aquí de memoria, pero no el que ellos pudieron tomar si encontraron algún problema.

Capítulo 26



Iain contuvo todo lo que pudo el dolor, la rabia y la impotencia que sintió ante las palabras de Donald. Temiendo por las vidas de Kirsty y Alec, gritó dando las ordenes pertinentes para salir en varios grupos para comprobar el terreno en busca de ellos.

El tiempo no les facilitaría la tarea, pero bloqueando los pensamientos negativos subió a su caballo dispuesto a salir rápido de allí, con miedo por lo que pudiera haberle sucedido. Junto a todos sus amigos y guerreros de cada clan, espoleó a su caballo cogiendo velocidad, seguido de cerca por el grupo que lo acompañaría.

No habían avanzado apenas cuando unos movimientos en una zona donde la niebla esclarecía los hizo frenar, dirigiéndose hacia esa dirección. Iain apretó la carrera en cuanto distinguió a tres de sus guerreros cabalgando directos al castillo, dándoles encuentro antes de que llegaran, con Kenneth y Ewan al lado.

Al ver la imagen que les devolvieron tuvo que contener sus impulsos para no matar a alguien con sus propias manos. Kirsty sentada delante de Donel, lloraba silenciosamente, teniendo la cara marcada con una rojez. Alec inconsciente era sujetado por Irvin con Caillen encargándose de los caballos.

—¿Qué demonios ha sucedido? —rugió Iain.

—Los han atacado señor —confirmó Donel lo que era evidente.

Pero Iain no estaba en ese momento para las evidencias, demasiado tenía con controlarse.

Ante los gruñidos de todos al llegar hasta ellos, James Sinclair se acercó hacia su hija preocupado y emocionado por tenerla sana y salva frente a él.

—Hija.

—Padre. —Lloró con un nudo en la garganta Kirsty—. Alec está malherido.

—Vayamos al castillo —gritó Iain alertando al resto —Broc da encuentro al resto y hazlos volver, no habrán recorrido mucho terreno. —Su comandante asintió y se alejó de ellos mientras Iain llegaba hasta Kirsty, cogiéndola entre sus brazos y pasando su tembloroso y congelado cuerpo a su caballo, rodeándola con los brazos.

Emprendieron la marcha con urgencia, no tardando en traspasar otra vez las puertas del castillo. En cuanto lo hicieron, todos desmontaron rápido llevando a Alec Sinclair entre varios hombres al salón. Mientras Kirsty daba varias órdenes para que le quitaran la vestimenta, volvió a su caballo para coger todo lo que pudiera necesitar ya que no salía de su hogar sin su instrumental de trabajo.

—¿Qué hacéis? —Se apresuró a preguntar Iain al haberla seguido.

—Yo, yo… —Sus manos temblaron en la montura.

—Tú lo vas a hacer igual que siempre. —Se puso a su espalda dejándola sin salida entre el caballo y él, susurrándole—. Alec te necesita y yo necesito ver que estás bien. —La apretó contra él.

Soltando un jadeo ella asintió. Sin demorarse más, y bajo la atenta mirada de Iain, cogió todo lo que necesitaba y corrieron al interior, mientras Kirsty le pedía agua limpia y trapos, orden que dio a sus criados Iain no queriendo separarse de ella.

Entraron al salón encontrando el camino despejado hasta el cuerpo inconsciente de Alec, que reposaba sobre la mesa. Sin tiempo que perder, Kirsty lo dispuso todo y empezó a sanarlo como mejor sabía. Sus manos temblorosas dejaron de estarlo, su respiración se estabilizó y todos sus sentidos se concentraron en las heridas graves que tenía un hombre importante en su vida.

Varias exclamaciones les hicieron saber que las muchachas que habían estado a resguardo en el castillo acababan de aparecer. Eileen se acercó corriendo, con la cara descompuesta, al lado de su hermana.

—¿Necesitas que te ayude? —preguntó.

—No —respondió Kirsty casi en susurro.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—No —dijo casi llorando, provocando una mirada de tristeza en Eileen al ser consciente de lo que Alec significaba para su hermana.

Para no entorpecerla dio varios pasos hacia atrás. Kenneth se dirigió hacia ella poniéndose a su espalda, rodeándola con sus brazos desde atrás.

El tiempo pareció correr demasiado lento entre aquellas paredes, con la incertidumbre, el miedo, la tristeza y la rabia reflejada en las caras de todos. Todos los ojos estuvieron puestos en Kirsty quien no se despistó ni un segundo de la tarea que tenía entre manos, corriendo de un lado a otro cuando tenía que elaborar algún preparado de hierbas.

El *laird* Sutherland permanecía serio, esperando el momento para saber quién había sido el culpable de la escena que tenía delante para tomar represalias. La tensión inundó el salón de los MacLeod, estaba haciendo un repaso a su alrededor cuando escuchó un pequeño jadeo que salió de los labios de Maureen. Arrugando el gesto, preocupado al ver su expresión se acercó a ella y sin pensar en nada la agarró de la mano con fuerza, ante la sorpresa de la joven. Ewan la tenía controlada desde que entró en el salón con

sus hermanas, sin perderse detalle de lo nerviosa que estaba, su preocupación, como la del resto, se reflejaba en su cara y justo antes de acercarse a ella su respiración empezó a ser irregular, intentando coger aire para respirar.

—Respirad con calma —le pidió tirando de ella hacia una esquina, quedando apartados.

—No puedo. —Se llevó la mano libre Maureen al pecho.

—Respirad conmigo —insistió sin dejar de mirarla fijamente.

Maureen como si estuviera hipnotizada fijó sus ojos en los de él, guiándola, siguió todos los pasos que él le indicó. Cuando se quiso dar cuenta respiraba con normalidad provocando el inicio de una sonrisa en Ewan, con la que Maureen tuvo que parpadear varias veces al ver ese gesto por primera vez.

En otro lateral del salón, los ojos de Cameron se habían quedado fijos en la joven que apareció tiempo después que el resto. Blaire, nerviosa y frotándose las manos sin saber qué hacer, se mantenía cerca de la puerta. El *laird* MacKenzie arrugó el gesto y apretó la mandíbula al ver el brillo de unas lágrimas caer por su cara, no porque le molestara, fue una reacción de preocupación.

Interesado en lo que la joven despertaba en él desde la primera vez que la vio, sin pensarlo, caminó hacia ella sin que fuera consciente de su presencia, hasta que habló.

—¡Estad tranquila! Kirsty Sinclair es una experta sanadora, no sucederá nada. —Tuvo la necesidad de tranquilizarla, a pesar de que no sabía si el significado de sus palabras sería real dadas las heridas que había visto de cerca en el cuerpo de Alec.

—Todo esto es por mi culpa, estoy segura. —Varias lágrimas resbalaron por su cara

—¿Por qué decís eso? —Se puso en tensión Cameron.

—¿Quién los atacó? —Giró hacia él.

—Aún no hemos tenido tiempo de aclarar mucho lo sucedido, lo justo para saber lo que pasó, pero sin detalles.

Blaire asintió y bajó la cabeza desconcertada. Temía que los culpables fueran los Munro porque entonces la presencia de ella allí no sería bien recibida y todo habría acabado. Su paz, su ilusión, sus esperanzas… todo dependería de lo que se dijera una vez sacaran la conversación.

—Blaire —pronunció su nombre Cameron, lo más suave que pudo viendo su fragilidad en ese instante.

—Sí —susurró sin querer mirarlo

—Miradme a los ojos —le ordenó.

—¿Por qué hace esto? —preguntó.

—¿Hacer el qué? —Se extrañó Cameron.

—Intentar consolarme y hacer que me sienta bien —susurró—. No me conocéis.

—Te conoce Iain, con eso tengo más que suficiente.

—¿Y ya está? —Agrandó los ojos.

—Ya está, sí —confirmó Cameron—. Conozco a la perfección a mi amigo y solo he necesitado ver cómo os mira para saber cómo sois. A parte… —Dejó la frase en el aire intentando descifrar qué era lo que tenía esa joven que lo atraía tanto, como si tuviera poder sobre él.

—¿Qué? —Quiso saber Blaire emocionada.

—No sé si alguna vez os lo han dicho, pero tenéis una luz que atrae.

—¿Yo? —Se sorprendió.

—Sí, vos —dijo divertido Cameron.

Los labios de Blaire se curvaron con una sonrisa tímida que a Cameron se le antojó deliciosa, sorprendiéndose así mismo por su pensamiento. Sonrojada y más nerviosa, mordió su labio inferior sin darse cuenta, lo que sí hizo Cameron al quedar prendado en esa parte de su cuerpo que se tornó para él un pecado al querer ser él mismo quien lo hiciera.

La joven estaba impresionada ante el hombre que tenía delante, detalle que no había querido mostrar ante él. Era tan atractivo, tan respetuoso como su amigo Iain, tan guerrero… soltó un suspiro sin darse cuenta mientras lo miraba a los ojos. Algo en ella se removió y Cameron sonrió ante su reacción, dejándole claro que sabía qué había pasado por su cabeza, siendo consciente de que todas sus reacciones la habían delatado, intentó apartarse de él, pero Cameron MacKenzie se lo impidió sujetándola de un brazo, acercándola a su cuerpo ante un jadeo de la joven.

—Cuando esto acabe tenemos que hablar. —Se inclinó susurrándole al oído.

May estaba haciendo esfuerzos por mantener la calma, sin mirar directamente hacia la mesa en la que Kirsty atendía a Alec. Se había dado cuenta de que su cuerpo había cambiado, ya no soportaba ver sangre ni heridas abiertas cuando eso nunca le supuso ningún problema en el pasado. Quizás alguna pequeña sí podría, pero poco más. Detalle que descubrió por primera vez intentando ayudar en el parto que asistió Kirsty. Por como reaccionó su cuerpo en aquel momento ya tuvo suficiente para darse cuenta, lo que reafirmó mientras permanecía en medio del salón indispuesta, intentando no fijar la mirada en nada para no caer al suelo desplomada.

Sin poderlo evitar por mucho esfuerzo que hubiera hecho, su mente se nubló y su cuerpo perdió fuerza desvaneciéndose un poco sin tener nada alrededor en lo que sujetarse. Graham que era conocedor por su amigo Kenneth de lo sucedido en la cabaña, tenía sus ojos puestos en ella sin perderse ningún detalle a corta distancia. En cuanto vio como su cuerpo temblaba evidentemente con los ojos idos, perdiendo fuerza, se acercó rápido hacia ella sujetándola desde atrás por la cintura, manteniendo su peso con un solo brazo.

—¿Qué… ha pasado? —Le costó decir a May.

—Os habéis mareado y perdido el conocimiento durante unos segundos —aseguró Graham, agarrando su cara y dirigiéndola hacia él—. Muy mareada. —Repasó todas sus facciones a conciencia, con el privilegio de hacerlo de cerca.

—Graham —susurró.

—¿Sí?

—No puedo mantenerme en pie, no tengo fuerzas. —Puso una mueca May.

—Salgamos de aquí.

La dejó apoyada junto al fuego, en un saliente de la chimenea y se acercó a Kenneth explicándole lo sucedido. Cuando llegó a ella la cogió en brazos y salió con ella del salón, al aire frío del exterior.

Con la última puntada de la aguja, Kirsty dio por finalizada su curación, apoyándose en la mesa muy cansada, mirando con tristeza y preocupación a Alec que mantenía los ojos cerrados.

—Alec —lo llamó inclinándose hacia él—. Ya está, te pondrás bien ¿Lo harás verdad? Me prometiste que nunca me dejarías sola —dijo con un nudo en la garganta.

—Se acabó. —Se acercó desde atrás Iain, agarrándola de la cintura para ser su punto de apoyo en ese momento tan complicado.

Kirsty dejó caer la cabeza hacia atrás agradeciendo el consuelo que le daba, gesto que llenó el pecho de Iain.

—Necesito saber qué sucedió. —Los miró a todos sin soltar a Kirsty de entre sus brazos.

Irvin, Donel y Caillen dieron un paso al frente para explicar la parte que ellos conocían.

—Estábamos acabando nuestra inspección del territorio, por la zona que limita a nuestras tierras —empezó a hablar Donel—. Escuchamos varios gritos de una voz femenina que nos costó ubicar por la niebla, pero cuando lo hicimos, nos acercamos hasta allí.

—Nos llevamos una sorpresa al ver lo que se presentó ante nuestros ojos y reconocer a parte de nuestra familia —aclaró Irvin, refiriéndose como familia a Kirsty y Alec.

—La joven había acabado con una vida —prosiguió Donel—, el cuerpo sin vida permanecía a sus pies. —Al escuchar esas palabras Iain apretó el agarre, pegándola más a él—. Alec a pesar de sus heridas se mantuvo en pie protegiéndola, hasta que le quitamos de encima a los dos únicos hombres que lo atacaban.

—El que maté… —dijo Kirsty—, fue el que le provocó varias heridas a Alec, antes de venir hacia a mí se enfrentó a los tres.

—¿Quiénes eran? —rugió Iain escudriñando con la mirada a sus guerreros.

Blaire Munro se tensó atenta a todo lo que escuchaba, una tensión que Cameron aplacó un poco al pasarle un brazo sobre los hombros, captando la atención de la joven, desconcertándola, pero con un sentimiento que calentó su interior.

Caillen MacLeod dio varios pasos al frente y con un golpe seco dejó sobre la mesa, al lado del cuerpo de Alec, la insignia del clan Munro que había cogido de uno de los cuerpos sin vida.

Varias reacciones se dieron en el salón, pero la única diferente fue la de Blaire, con un jadeo por la impresión, con miedo y tristeza porque su pensamiento fuera certero. El resto reaccionaron con gruñidos de clamar venganza.

Ante el único sonido diferente que se distinguió entre las paredes de piedra todos fijaron su vista en Blaire. Fue en ese instante cuando Kirsty se fijó en la joven que no conocía, acaparando su atención.

—¿Quién es? —preguntó.

—La prometida de nuestro *laird*, Blaire Munro —soltó Irvin diciendo la verdad de ese momento, sin darse cuenta del alcance que tuvo sus palabras y el dolor que provocaron.

Capítulo 27



El desconcierto, el dolor, la angustia, la tristeza, todo un cúmulo de sentimientos se reflejaron en la cara de Kirsty que no salía del asombro por las palabras pronuncias del guerrero MacLeod. Preguntándose una y otra vez si había escuchado bien y sin comprender que esa mujer estuviera delante e Iain siguiera abrazándola, mostrando una actitud tan cercana y protectora hacia ella.

La rabia y la impotencia recorrieron el cuerpo de Iain ante el fallo que cometió su guerrero, al que fulminó con la mirada. La rigidez del cuerpo de Kirsty fue más que evidente entre sus brazos.

—Perdón, yo… —se intentó disculpar Irvin.

—Blaire no tiene la culpa de nada —intervino Cameron, dejándolo claro.

—No hace falta que me defendáis —dijo compungida ella.

—Hace falta y lo hago. —La miró de reojo Cameron—. Los culpables y enemigos están fuera de aquí, no en el interior.

—Tranquilo —habló Iain agradecido por el apoyo que le estaba dando a la joven—. Aquí nadie la ha señalado ni la señalará, no lo consentiré. —Dejó claro mirando a todos, pasando de unos a otros.

—Estamos contigo —confirmó Kenneth mirando fijamente a Eileen.

Su esposa, que no había apartado su mirada de Blaire desde que fue dicho el nombre de los culpables, caminó lentamente hacia ella, bajo la mirada de todos. Se paró delante ladeando la cabeza, después de unos minutos en los que ninguno supo cómo reaccionaría, miró a Cameron. Él asintió retrocediendo al leer la expresión de Eileen, con la aprobación de Kenneth que había seguido de cerca a su esposa.

—¿Os debéis a vuestro clan? —preguntó tranquila Eileen.

Blaire parpadeó varias veces antes de responder. No porque tuviera que pensar la pregunta, sino porque la situación la había sobrepasado y el resultado de ver el apoyo que recibió por la mayoría provocó que la emoción se apoderara de ella, formándosele un nudo en la garganta.

—No tengo que ver con nada perteneciente a los Munro. —Alzó la barbilla —. Llevo el apellido, pero no comparto todo lo que hacen y el dolor que provocan, nunca lo haré. Yo… lo lamento mucho. —Desvió la mirada hacia Kirsty—. Si pudiera hacer algo por cambiarlo… —Compungida sus ojos se humedecieron.

—Por mi parte… —habló Eileen pasado un tiempo captando toda la atención con sus siguientes palabras— no pertenecéis a él ni tenéis nada que ver con ellos. —Varios fueron los suspiros de alivio que se escucharon a su alrededor—. La defensa que habéis tenido de dos *lairds* importantes para mí es todo lo que necesitaba saber, además de escucharos hablar. —Ladeó la cabeza Eileen.

—Gracias. —Se llevó una mano al pecho Blaire—. Yo pensé que…

—¿Qué?

—Que me odiaríais y me echaríais de estas tierras. —Los miró a todos llorando.

—Eso jamás sucederá —dijo alto y claro Iain con la aprobación de todos, emocionando más a la joven.

Kirsty que por fin pareció salir del estado en el que se encontraba, separó el brazo de Iain que la retenía, perdiendo el contacto con él. Cabizbaja y dando varios pasos se acercó a la puerta del salón.

—Si me disculpáis… necesito descansar —dijo con voz casi imperceptible —. Eileen, ¿me informarás cómo evoluciona Alec? En un rato bajaré, tardará en despertar. No lo mováis todavía.

—Descansa hermana, te lo haré saber si sucede. —La miró con tristeza y cariño Eileen.

Sin girarse, dándoles la espalda, asintió ante las palabras de su hermana. Su padre James, preocupado por la tristeza de su hija dirigió sus ojos hacia Iain, queriendo pedirle sin palabras que lo solucionara. Pero no hizo falta, una sonrisa apareció en el rostro de James al ver la decisión y determinación en la mirada del *laird* MacLeod, sin apartarla de su hija ni prestar atención a nada más.

—Kirsty, estoy orgullosa de ti.

Las últimas palabras de Eileen provocaron una cascada de lágrimas en Kirsty que con tantas emociones estaba sobrepasada. Salió del salón sin mirar atrás, empezando a correr hacia las escaleras, queriendo escapar de todo y refugiarse en su estancia el tiempo que le fuera dado.

Pero eso no sucedió cuando Iain MacLeod salió rápido siguiéndola, corriendo el último tramo cogiéndola al vuelo justo antes de que abriera la puerta.

—¿Me perdonará? —Frotó sus manos Blaire, pensando que la reacción de Kirsty tenía que ver con lo sucedido en el bosque.

Todos sonrieron ante la preocupación de la joven que los miraba sin entender lo tranquilos que estaban y con esas expresiones.

—No lo hará —respondió seria Eileen haciendo tragar a Blaire—, porque no tiene nada que perdonar —sonrió—. Solo ha habido un pequeño malentendido, pero está a punto de aclararse —amplió la sonrisa—. ¿Verdad esposo? —Giró la cabeza hacia Kenneth.

—Verdad esposa —respondió él divertido, admirando a la mujer que amaba, por su gran corazón.

En la planta superior, Kirsty protestaba subida a hombros de Iain que la llevaba como si fuera un saco sin importarle sus quejas ni los golpes que le daba para que la soltara. El *laird* MacLeod abrió la puerta de su estancia y la cerró con una patada una vez dentro.

—¡Suéltame! —gritó Kirsty.

—¿Me vas a escuchar? —preguntó divertido Iain, a pesar del mal rato que había pasado.

—No quiero escuchar, quiero descansar —soltó un bufido Kirsty—. No es muy honorable que me tengas así cogida cuando tu prometida está en la planta inferior. —Le dio con el puño en la espalda, rabiosa, sin hacerle daño.

—Si eso es lo que quieres —rio él caminando hacia el lecho y tirándola sobre él.

—No vuelvas a tocarme —lo señaló— ¿Qué es tan divertido? No sé si Alec vivirá —sollozó tragando saliva—, y todas mis ilusiones…

—A lo primero… lo hará, Alec saldrá de esta como siempre ha hecho. A lo segundo. —Curvó los labios— ¿Qué les pasa a tus ilusiones? —Se cruzó de brazos.

Kirsty quiso incorporándose, pero él lo impidió volviéndola a tumbar ante la exclamación de rabia de Kirsty.

—¡Tú me besaste! —Se arrodilló quedando frente a él.

—Lo hice —asintió conforme.

—¿No tienes nada más que decir? —Agrandó los ojos Kirsty.

—Sí, dos cosas —sonrió Iain—. La primera que no me arrepiento, la segunda… que lo voy a hacer ahora mismo otra vez.

Ante la sorpresa de ella, Iain la agarró con sus manos y la acercó a él, apropiándose de su boca con una intensidad que la dejó temblando. Iain al ver que no reaccionaba gruñó e hizo presión con su lengua, haciéndose paso hacia el interior, dando encuentro a la de ella.

En ese punto los dos se perdieron en las sensaciones y sentimientos que sintieron, mientras sus respiraciones se alteraban, sus sabores se unían y sus cuerpos reaccionaban a la pasión contenida. Kirsty lo agarró presionando sus brazos, Iain, la apretó contra él dejándole claro lo excitado que estaba, provocando un jadeo en Kirsty excitándolo más.

—No lo vuelvas a hacer —susurró Kirsty cuando se separaron.

—Lo voy a hacer cada vez que me plazca —gruñó Iain.

—¿Cómo puedes tener una prometida y hacer esto? —Se señaló—. No pensé que fueras así. —Se le humedecieron los ojos.

Iain al verla en ese estado volvió a tumbarla gruñendo, echándose sobre su cuerpo, uniendo el calor de sus cuerpos entre capas de ropa que no tardarían en desaparecer.

—No he tenido la posibilidad de explicarme ni ser yo el que hablara del asunto —gruñó haciendo presión con su cuerpo, necesitando sentir alivio en su miembro—. Te voy a contar la historia al completo, desde el principio y entenderás la situación. Ten por seguro que nunca te haría daño, jamás, y si di el paso de besarte la primera vez fue porque mi decisión siempre estuvo clara. —Le acarició el pelo, quitándole varios mechones de la cara.

Tal y como le dijo, le explicó todo desde que fue llamado a la corte del rey. Conforme fue explicándolo la sorpresa de Kirsty pasó por varios estados, llegando al punto de que la vida de ella estuvo a punto de cambiar por una idea del rey que al final fue fallida por el giro que dio la situación, pasando a ser Iain el perjudicado. Le explicó el encuentro con Blaire cuando llegó a su hogar, detalle que no le había comentado para evitar que sufriera innecesariamente porque él, sabía lo que tenía que hacer. Le habló de la nobleza de la joven a la que había acogido como si fuera de su clan, ganándose su cariño, explicándole lo que había vivido en el suyo.

Las lágrimas de Kirsty resbalaron de sus ojos nada más escuchar las primeras palabras de Iain, quien concentrado y sin dejar de acariciarla, dándole consuelo, llegó hasta el final.

—Iain… —dijo con un nudo en la garganta.

—Fuiste tú quien sentenciaste mi destino cuando te vi por primera vez —le sonrió con cariño—. No pienso renunciar jamás a ti, no quiero volver a ver lágrimas en tus ojos por dudar de mí, jamás… lo que sí quiero es verte celosa otra vez. —Elevó una ceja.

—¿Por qué? —preguntó desconcertada y emocionada, a partes iguales por el significado de todo.

—Porque me has excitado —gruñó apretándose contra ella.

El jadeo que soltó Kirsty fue el final de las palabras y el inicio de que sus cuerpos se conocieran en la intimidad. Los ojos de Kirsty se agrandaron cuando él se incorporó quitándose la vestimenta que llevaba, quedando desnudo completamente ante ella. Tragando saliva y sin saber a dónde mirar, él la sujetó de la barbilla para que no perdiera detalle.

—Yo, yo… no sé si podré —dijo dudosa haciendo referencia al tamaño del miembro de él.

La sonrisa traviesa de Iain cubrió aún más de rubor su rostro, provocando una sonrisa de cariño en él. Decidido a que lo comprobara por sí misma, la incorporó del lecho deprendiéndola de todas las capas que le obstaculizaban el camino. Delicado y tratándola con mimo al sentir su temblor, la dejó desnuda ante él. Iain se apartó unos pasos de ella, contemplándola de la cabeza a los pies, repitiendo el movimiento que hicieron sus ojos hasta que su cuerpo quedó grabado en su mente. Sus pezones, erectos por el frío y la excitación, se le antojaron en ese momento.

Con un movimiento rápido se sentó en el lecho y la llevó hacia él, dejándola entre sus piernas se apoderó de sus senos ante un jadeo fuerte de ella, primero por la impresión, después por el placer que sintió, sorprendida ante todos los cambios que su cuerpo sufría por un único responsable, Iain.

Mordiendo, lamiendo, succionando… así estuvo el tiempo necesario hasta que su sed se calmó al conocer esa parte de su cuerpo. La mirada de él, encendida, buscó la de ella, mientras llevaba una de sus manos a su zona íntima, adentrándose en ella para hacer la inspección que ansiaba.

Su miembro le dio una sacudida al sentir entre sus dedos la humedad de su cuerpo, arrastrándola y frotándola por toda su zona, con la necesidad de hacerla suya de una vez por todas y ser su miembro el que se introdujera en la cavidad donde lo estaba haciendo uno de sus dedos.

Con un gruñido fuerte, cada vez más ansioso, retuvo el impulso de poseerla fuerte y duro como anhelaba, tratándola con todo el cariño que necesitaba en ese momento.

Kirsty se sentía desesperada. La vergüenza por sus reacciones y el apuro de no poder controlarlas no la dejaban relajarse. Desde que entendió la intención de Iain, lo que sucedería en cuanto se desprendió de su vestimenta, no había podido dejar de temblar.

Excitada, con la respiración desacompasada, mordiéndose el labio inferior por el deseo que él le provocaba, dejó que la manejara a su antojo ante su inexperiencia. Sin separar sus dedos de su zona íntima, Iain la inclinó hacia él

buscando sus labios, con los que no tardó en hacer contacto, dejando salir los dos toda la pasión que estaban acumulando.

Su miembro goteaba anhelando su contacto, duro. Con el pensamiento de que había llegado el momento al tener a Kirsty húmeda y excitada, la tumbó sobre el lecho sin dejar de besarla, cubriendo su cuerpo con el suyo. Un beso que los llevó a otro nivel cuando sus lenguas combatían sin descanso y con necesidad.

Separándose de ella, la miró. Todo en ella lo incitaba y llenaba su corazón: sus ojos vidriosos por el deseo, su respiración alterada, sus senos subiendo y bajando, el vello de su zona íntima que lo llamaba a gritos para explorar esa zona con su boca; lo que estaba deseando mostrarle, pero sería en otro momento, se dijo, necesitaba estar dentro de ella ya, sentir su calor, su presión, hacerla suya de una vez por todas.

Y así lo hizo, elevando una de sus piernas la acomodó contra él, frotando su propia humedad contra la de ella, provocando varios jadeos en Kirsty que lo excitaron más si eso era posible. Sin querer demorarlo más, se posicionó en su entrada ante la mirada preocupada de ella, temblando de miedo y de excitación.

—Será rápido. —Apretó los dientes resbalando en su interior, entrando poco a poco.

Todo lo que imaginó Iain que sería el estar dentro de ella, nada tuvo que ver cuando sucedió. Varias gotas de sudor corrieron por la frente de él ante el esfuerzo de no dar el empujón que necesitaba en ese momento, teniendo todo el autocontrol que ella necesitaba.

—Estoy bien —susurró Kirsty.

A pesar de su respuesta, su voz sonó temblorosa al igual como se sentía, con la incertidumbre apoderándose de ella.

Llegado al punto de no retorno, él se paró en su movimiento mirándola fijamente a los ojos.

—Yo te he hablado de mis sentimientos… —sonrió— necesito saber los tuyos.

Su petición de escuchar de sus labios lo que sentía, lo que no le cabía duda, era para que se centrara en su respuesta, para despistarla del movimiento que estaba a punto de hacer, el que le provocaría dolor durante unos segundos, siendo necesario para convertirla en su mujer. Sus palabras hicieron el efecto deseado. Kirsty puso toda su atención en su respuesta.

—Yo, te amo.

Con un gruñido de satisfacción empujó hacia su interior con una sensación de plenitud que lo atravesó. De los labios de Kirsty salió un jadeo de dolor, el que él calmó haciéndolo suyo volviendo a besarla, esa vez calmado y sin prisa, devolviéndole el amor que él sentía sin palabras.

—¿Sabes lo que esto significa? —soltó un jadeo él retrocediendo despacio y adentrándose otra vez de la misma manera.

Su miembro se deslizó libremente en su interior, la humedad de los dos se mezcló, el calor que desprendieron sus cuerpos unidos les desesperó…

—¿El qué? —Quiso saber soltando un jadeo.

—Que… —comenzó a aclararle Iain, empezando a moverse en su interior con más intensidad una vez se hubo adaptado a él— a partir de ahora no te vas a separar de mí, nunca. Este es el inicio de una vida juntos, el que ha tardado en llegar, pero que es definitivo…

Con esas palabras se movió sin descanso dentro de ella, intentando saciar la sed que le provocaba. Kirsty sintió por primera vez lo que era la pasión, sintiéndose llena por completo de Iain, de cuerpo y corazón.

Capítulo 28



En el salón de los MacLeod todos los *lairds* junto a Donald Buchanan estaban reunidos, dispuestos a dar la estocada final a su enemigo.

—Los tenemos —gruñó James Sinclair.

—Así es —confirmó con rabia Iain mirando fijamente hacia la insignia de los Munro que reposaba encima de la mesa, en el mismo lugar donde la dejó el día anterior Caillen.

—Han dejado el rastro que los delata —habló Cameron.

—No esperaban perder —comentó Kenneth dando varios golpes en la mesa con sus dedos—. Pensaban que lo tendrían fácil enfrentándose a un solo guerrero, al separarlos. No contaron con la aparición de los MacLeod.

—Pues estaban en las tierras de Iain —negó con la cabeza Cameron.

—Son así de listos —sonrió irónicamente Iain.

—Cobardes traidores —gruñó Ewan.

—Hijo, ya tienes la solución —aseguró James dirigiéndose hacia Iain.

El *laird* MacLeod asintió ante sus palabras, lo que había esperado se había dado, dando gracias a que no tenían que lamentar ninguna perdida.

—¿Cómo está Alec? —se interesó Donald.

—En su estancia —suspiró Iain—. Kirsty ha pasado toda la noche de un lado para el otro, acompañándolo. No ha habido mejoría, pero tampoco ha empeorado. Eso es bueno.

—Se recuperará —dijo esperanzado Cameron—, su cuerpo luchará como lleva él haciéndolo toda su vida.

—Eso espero, sino… —Apretó la mandíbula Iain.

—Tienen un vínculo tan especial —dijo James, un dato que todos sabían perfectamente—. La presencia de Alec para mi hija es vital. No lo sé por boca de ellos porque nunca han mencionado nada y Alec nunca traicionaría la confianza de Kirsty… pero sé, que algo grave les sucedió el tiempo en el que estuvimos separados. —Sus palabras fueron recibidas con miradas desconcertadas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Iain con todos sus músculos en tensión.

—Como digo no lo sé —soltó un suspiro James—. Solo sé que mi hija mayor sufrió, por la tristeza que la asalta a veces, necesitando estar sola. Cuando eso sucede solo Alec consigue traérmela de vuelta, hasta ahora… —Miró directamente a Iain.

Iain asintió. Su mente empezó a idear la forma de sacarle la información a Kirsty. Lo sabría, de eso estaba seguro, todo a su tiempo se dijo cuando volvió a fijar la mirada en la insignia de los Munro. Se levantó de la mesa en la que todos estaban sentados, la agarró y se dirigió hacia el fuego que los iluminaba. Con una palabra clara en su mente, venganza, la lanzó a las llamas para que se consumiera, como pensaba a hacer con los que pertenecían a ese clan.

—Voy a la corte —dijo convencido Iain sin apartar la mirada del fuego, hasta que lo que había lanzado quedó echo cenizas—. Me consta que el rey vuelve a estar en nuestras tierras.

—¿Con qué fin? —Se incorporó Ewan.

—Para informarle de lo sucedido, de que los Munro no tardarán en ser historia por ese motivo y de que Kirsty Sinclair será mi esposa en cuanto regrese. —Curvó sus labios—. ¡Ah! —agregó mirando de reojo a Cameron —, y que la muchacha a la que adoran ha pasado a otras manos y no tardará en tener el mismo final que yo —amplió la sonrisa, divertido.

—Creo que vas a necesitar ayuda hijo —rio Donald—. Te acompaño, a mí no me cerrará la puerta, ni me hará esperar. Nos urge regresar y tomar la justicia por derecho.

La expresión de Cameron fue indescifrable ante las palabras de su amigo y lo que ello implicaba, hasta que sus labios se curvaron. No lo había intentado ocular ¿cómo hacerlo? Si la joven Blaire había abducido su cabeza de tal manera que era imposible esa posibilidad, sin tener en cuenta lo que su corazón latía ante su persona, estuviera o no cerca de él.

—Al final habéis caído todos —dijo divertido Kenneth quitando tensión a la situación.

Ewan gruñó como respuesta provocando carcajadas por parte de todos.

—Sí, amigo, tú de cabeza. Ya puedes gruñir, pero hasta con gruñido lo has hecho. —Le dio varios golpes en el hombro Kenneth.

—Lo he hecho, demonios. —Se llevó las manos a la cabeza Ewan.

—Hasta Graham que no está presente ahora mismo, lo ha hecho, estas mujeres pueden con nosotros —negó divertido Cameron.

—Lo que no hace una espada lo hacen los sentimientos —sonrió Iain.

Que gran verdad fue lo que pensaron todos quedándose en silencio.

—Preparémonos para partir. —Se incorporó Cameron.

—No hace falta que vengáis. —Los miró a todos Iain.

—Amigo, tú vas, nosotros vamos, así de simple. Dejaremos el castillo y las tierras protegidos. Iremos solo los que nos encontramos en este salón, dejaremos nuestros mejores guerreros aquí, protegiendo a las mujeres —habló Kenneth sin dar margen a que le rebatieran.

Todos se incorporaron confirmando sus palabras, ante la mirada de emoción y agradecimiento de Iain. No podía tener mejor familia, se dijo cuando asintió.

—No te olvides de tu esposa —soltó divertido Donald.

—¿Qué le pasa a Eileen? —preguntó sin comprender Kenneth.

—Que será la primera en coger su espada si sucede algo —rio James, el padre de ella, negando con la cabeza.

—Demonios, silencio —gruñó Kenneth—. Le he prohibido que la utilice en su estado y aun así me ha ignorado. La tuve que esconder y hasta que no la consiguió no paró —soltó un bufido.

—¿Lo dudas? —rio Ewan sorprendiendo a todos ante ese sonido que rara vez mostraba, por no decir que desde que lo conocían ni se acordaban de que hubiera sucedido.

Así acabaron todos, riendo por la situación y sabiendo que nada podía hacer Kenneth para cambiar a su esposa. Ni lo quería, bien lo sabían todos. Y con la sonrisa de enamorado que apareció en su cara volvió a confirmar lo que ya sabían.

Partieron a media mañana sin querer demorarlo más. Un largo camino les quedaba por delante, el que hicieron casi sin descanso y el que volverían a hacer de regreso de la misma manera. El tiempo apremiaba y las ganas de tomar la justicia por la cuenta de todos también.

Cansados aparecieron ante la puerta de la corte del rey, cerca del anochecer del tercer día de viaje. Donald junto a Iain a la cabeza, seguido por los demás, hicieron saber que necesitaban estar ante la presencia del rey lo más urgente posible.

—Decidle a su majestad que Donald Buchanan está aquí, en persona —sonrió de lado sabiendo que el rey se extrañaría de su presencia allí, con ese dato sería consciente de que algo grave había sucedido.

El hombre que los recibió asintió desconcertado después de decirles que su majestad no atendía visitas que no estuvieran establecidas, y menos a esas horas. Información a la que ninguno dio importancia e ignoraron ante la desesperación del hombre que no tuvo más remedio que aceptar e ir a notificarlo, ante la insistencia de todos.

—¿Entraremos? —preguntó Iain serio.

—No lo dudes hijo —sonrió Donald—. También podemos colarnos.

Por la forma en que lo dijo todos acabaron riendo a la espera de saber qué opción tendrían que tomar. Poco les importaba una represalia por parte del rey, lo único que querían era dejar claras sus intenciones, a las que no iban a renunciar.

El tiempo pasó ante la desesperación de los más jóvenes. James y Donald permanecieron tranquilos y divertidos viéndolos inquietos a ellos. Con la noche encima el hombre de la corte volvió a aparecer ante ellos, dándoles paso al interior ante la confirmación de que el rey aceptaba reunirse con todos.

Los guio a través de grandes escaleras y pasillos interminables, hasta que les abrió una puerta que daba a una estancia diferente a la que estuvieron la vez anterior Iain, Kenneth y Cameron, pero muy parecidas entre sí. La única diferencia es que en la que entraron no había mesa ni sillas, la estancia la ocupaban grandes sillones.

De pie, a la espera de ser atendidos, todos se mantuvieron en silencio y en medio de la sala, nerviosos por acabar cuanto antes con la situación.

El rey Jacobo VI de Escocia apareció ante ellos con una expresión de interrogación mirándolos a todos. Después de la inclinación presentando sus respetos por parte de todos, la reunión dio comienzo.

—Jóvenes ¿vosotros no descansáis? —reprendió a Iain, Kenneth y a Cameron, ante la sonrisa de Donald.

—Discúlpenos señor, tenemos que comunicarle algo importante antes de llevarlo a cabo.

—Por lo que escucho me queda claro que lo vais a llevar a cabo sí o sí… al menos me enteraré antes. —Elevó una ceja, arrugando el gesto—. Ocupad los asientos —indicó señalando los sillones—. Amigo —dijo con alegría dando varios pasos hacia Donald Buchanan con el que se fundió en un gran abrazo—, que sorpresa tan grata, me alegro de volver a verte. Tened claro que él es el motivo por el que me haya vuelto a vestir. —Los miró elevando una ceja el rey—. Hubierais esperado hasta mañana.

—Gracias señor. —Se inclinó Donald sonriendo—. Igualmente, me alegra verlo tan bien.

—Sentémonos —asintió conforme el rey.

Todos esperaron a que lo hiciera él primero. Cuando el rey ocupó su lugar todos lo siguieron quedando en circulo hacia él.

—Veamos —abordó mirándolos a todos el rey—, iluminadme.

—Señor, si me lo permite —alegó echándose hacia delante Iain—, seré yo el que hable. Conmigo se inició esta etapa y debo finalizarla.

—Adelante.

—En ningún momento me opuse a la decisión que tomó sobre mi vida. No es que pensara llevarlo a cabo… —el carraspeo de Donald se escuchó desde el lado derecho y todos lo miraron.

—Hijo, un consejo —carraspeó el rey—. Nunca le digas abiertamente a un monarca que una orden dada por él no la llevarás a cabo. —Elevó una ceja—. Continúa —le instó curvando un poco los labios.

—Vuelve a empezar —sugirió Kenneth en voz baja.

—Sé lo que tengo que decir —gruñó Iain.

—Ya lo vemos, ya lo vemos —negó con la cabeza Cameron.

—Está delante —gruñó Ewan que sorprendentemente había entrado con todos, detalle que no pasó desapercibido para el rey.

—¿Son siempre así? —Miró el rey a Donald y a James.

—Peor señor —intentó no reír James.

—Ya veo —soltó un suspiro el rey—. Si no os importa proseguir, no veo el momento de descansar. —Les urgió dando varios golpes en el sillón—. Por cierto —añadió mirando directamente a Ewan—, me complace verlo *laird* Sutherland —sonrió con ironía.

—A mí también. —Fue la respuesta de Ewan. Ante el toque que le dio Iain con el pie reaccionó—. Señor.

Una sonrisa apareció en la expresión del rey. Al menos lo estaban divirtiendo pensaron todos, menos los más mayores que podían esperar cualquier cambio repentino de carácter en él.

—Señor —llamó su atención Iain—. Los Munro nos atacaron hace unos días anulando el acuerdo de paz. La vida de Kirsty Sinclair, la hija del *laird* James, corrió peligro, y el leal guerrero que la acompañaba salió muy

malherido, aún no ha despertado. Por ese motivo vamos a tomarnos la justicia que nos pertenece.

»Han tocado a nuestra familia, en mis propias tierras —gruñó Iain—. El acuerdo se rompió por el agravio cometido, no me voy a esposar con Blaire Munro porque lo voy a hacer con Kirsty Sinclair, la mujer que amo. Tenía razón, Blaire es una mujer maravillosa, admirable en todos los sentidos, por ese motivo puede estar tranquilo porque Cameron MacKenzie será el que la despose. El círculo queda cerrado como debe ser.

El rey parpadeó varias veces. Le costó un tiempo poder reaccionar y enlazar todo lo que había explicado Iain, uniendo a las parejas en su mente.

—¡Santo Dios! —Se dio por vencido— Muchachos, pero ¿cuántos cambios habéis hecho entre vosotros? Veamos —intentó no reír frotándose la cara como estaban haciendo James y Donald—. Lo que acabas de decir no implica que tú hayas incumplido algún acuerdo impuesto por mí, quiere decir, que los Munro traicionaron mi confianza y se rieron del acuerdo al que llegamos ¿correcto?

—Sí, señor —asintió Iain.

El rey se echó hacia atrás en la butaca, pensativo, hasta que dio su veredicto.

—Haced lo que queráis con ellos —habló serio y cortante—. Nadie pasa por encima de mí sin venir antes ante mi presencia, lo que no quiere decir que aun así lo pueda hacer. Tenéis siete días para llevarlo a cabo, pasado ese tiempo si no habéis actuado en contra de ellos, lo haré yo, con el mismo resultado vuestro, pero no con la satisfacción que os producirá saldar una venganza.

—Así se hará —confirmó Iain.

—Lo pensabas hacer igual. —Elevó una ceja el rey.

—Sí, señor, pero ahora tengo su consentimiento.

—Sorprendentemente… —Los miró a todos—. Me gusta tratar con vosotros —negó con la cabeza el rey—. Sobre los otros temas… ¿la joven Blaire es feliz con la decisión?

—Señor… —Lo miró extrañado Cameron—. Cuando la comprometió con Iain no hizo esa pregunta.

—Porque la sabía de antemano —aseveró el rey—, y necesitaba sacarla de su hogar.

Con esas palabras a todos les quedó claro que el rey era conocedor de todo lo que había sufrido Blaire, mostrando aún más su cariño hacia la joven al querer protegerla.

—Me consta que solo fue feliz el tiempo que pasó en la corte. —aclaró el rey mirando serio a Cameron quien asintió apretando la mandíbula—. Ya veo —sonrió—, estáis enamorado. La próxima vez que vengáis ante mí, os agradecería que la trajerais.

—Lo estoy señor —confirmó Cameron sin dudar—. Así será.

—Pues poco tengo que decir más que lo dicho. —Los miró sonriendo—. Tenéis mi beneplácito en todo, obrad como mejor creáis conveniente siguiendo vuestros instintos con honor.

Iain, Kenneth y Cameron soltaron un gran suspiro por la tensión acumulada. El rey, Donald y James rieron al verlos en ese estado.

—Si me disculpáis, ha sido un placer reencontrarme con todos —indicó incorporándose el rey—, pero debo asuntarme ya. Donald, amigo —continuó mientras se acercaba a él—. Sé que no puedo esperar verte pronto, quizás no se vuelva a dar… que te vaya bien y cuídate de la vida.

—Gracias, señor. —Agarró la mano que le ofrecía el rey, apretándolas los dos—. Lo mismo le deseo.

Esas palabras fueron las últimas pronunciadas ante el monarca, el que salió de la sala sin mirar atrás.

El regreso a las tierras MacLeod supuso el ataque inminente hacia los Munro. Reunificando el ejército que atacaría, gran parte de los guerreros que permanecían en los clanes Buchanan, MacKenzie y Sinclair se unieron a los MacLeod junto a sus *lairds* para llevar a cabo su cometido.

Los Munro nada tuvieron que hacer ante la imponente fuerza de los cuatro clanes que los atacaron sin piedad, dejando al margen a mujeres y niños, solo yendo a por los responsables del ataque que sufrieron. Si un clan de ellos ya era fuerte y temido, con los cuatro unidos y reforzando sus tropas nada pudieron hacer.

Akir Munro murió como su padre, por traidor y por sus ansias de poder y querer dañar. Las palabras que pronunció despectivas sobre su hermana Blaire ante Cameron antes de que sucediera ese hecho, fueron las que determinaron la rapidez de su muerte por la espada de Cameron.

El nombre del clan Munro desapareció por completo, tomando las riendas de las tierras Cameron MacKenzie, por el enlace que pensaba llevar a cabo con Blaire, la que jamás volvería a llevar el apellido que estaba manchado de sangre y de traición. Cameron ofreció a todos los que quedaron en él la posibilidad de vivir bajo su mando. La mayoría aceptaron presentando sus respetos a su nuevo *laird*, cansados de los abusos constantes del anterior. Los que no lo hicieron salieron de las tierras buscando otro lugar en el que habitar.

Todo quedó en calma, una calma bien recibida por todos, sabiendo que la extinción de los Munro solo les traía beneficios a todos y paz.

Epílogo



Ocho años después…

La paz que consiguieron los clanes tiempo atrás se mantuvo con el pasar de los años, con alguna reyerta que quedaba solucionada sin darle mayor importancia.

La vida de todos cambió… los clanes fueron bendecidos con nuevas uniones, con pequeños grandes guerreros y pequeñas damas, con alguna que otra guerrera correteando por cada clan, todos aportando alegría y bienestar. La familia creció para orgullo de los cuatro clanes, porque así se consideraron siempre.

En el clan MacLeod…

El enlace entre Kirsty Sinclair e Iain MacLeod se llevó a cabo una semana después del regreso del *laird* a sus tierras, tiempo en el que todos permanecieron para asistir al enlace. Una ceremonia emotiva, en la que los dos jóvenes se procesaron el amor que se tenían, fue celebrada; iniciando así una vida en común. Para Kirsty, dejar a su padre, y su hogar, fue duro. Después de vivir muchos años apartada, lo que menos imaginó es que al poco tiempo la vida la haría salir de nuevo de las tierras Sinclair, pero esa vez con la felicidad y amor que cada día recibía por parte de Iain.

Como no podía ser de otra manera, Alec Sinclair la acompañó sin separarse de ella. Duros fueron los días por la incertidumbre que tuvieron que pasar, sin que abriera los ojos después de las heridas que recibió y las fiebres que

soportó por la infección de varias de ellas. Seis días interminables le llevó volver a hacerlo, ganando la batalla su cuerpo.

Dejando pasar un margen de tiempo, Iain sacó el tema que perturbaba a Kirsty, al que hizo referencia su padre, James Sinclair, en la reunión antes de la partida hacia la corte. Con reticencia ella acabó contándole lo que vivió, lo que le costó digerir a Iain. Con una determinación clara se reunió con Alec pidiéndole todos los datos de los que disponía.

Sin querer dejarlo pasar, Iain MacLeod buscó y se presentó delante de Duff, el hombre que osó posar sus manos sobre Kirsty hacía ya muchos años y por lo que Alec, al protegerla, volvió a salir malherido de la situación. Con toda la calma y saber estar, lo enfrentó cuando Duff reconoció a Alec. La mirada que les echó y la batalla que el hombre inició, provocaron el desenlace que tuvo, la muerte de ese hombre que volvió a agraviar verbalmente a la esposa de Iain, por lo que el *laird* MacLeod no tuvo piedad.

El ciclo se cerró dejando escondido en un recóndito lugar de los recuerdos un pasado doloroso, dando lugar a la tranquilidad. Pero de eso hacía ya demasiado tiempo, tiempo que Kirsty e Iain habían aprovechado para formar una gran familia.

Cuatro eran los hijos que tenían. Sloan con su alegría habitual creció feliz convirtiéndose en un joven adorable y que, con doce años, empezaba a demostrar su valía empuñando una espada. Siendo el mayor de los hermanos, todos lo adoraban y perseguían queriendo tomar su ejemplo ante el orgullo de sus padres. El primer hijo que Kirsty dio a luz fue Noah, seguido por sus hermanas Iona y Ella. De siete, cinco y tres años de edad.

La vida en el clan MacLeod era próspera, la felicidad recorría cada rincón con un *laird* leal y honorable que tenía el pilar de su esposa para enfrentar cualquier situación.

En el clan Buchanan…

El embarazo de Eileen transcurrió bien, pasados los primeros meses su estómago terminó por asentarse, disfrutando con plenitud del bebé que venía en camino, Niall, que así lo llamaron. A pesar de jurar en el parto que jamás volvería a pasar por lo mismo, a un Kenneth compungido que no se apartó de ella en ningún momento, el tiempo le quitó la razón porque los Buchanan habían traído al mundo a dos hijos más, un niño y una niña, Colin y Megan.

El parto lo asistió Kirsty, quien se trasladó junto a su hermana durante una temporada para acompañarla en todo momento. A pesar de los gritos, de los esfuerzos, del dolor… Niall llegó a la vida sin incidentes que lamentar, con unos padres emocionados ante el primer nuevo miembro de la familia. Como se repitió con sus otros dos hermanos.

Por lo demás, los Buchanan permanecían igual de felices desde que se dieron encuentro mucho tiempo atrás. Muchas eran las veces que Kenneth y Eileen chocaban entre sí, pero muchas otras en las que la reconciliación bien merecía la pena. Sus familiares bromeaban diciendo que lo provocaban a propósito, pero bien sabían todos del carácter tan igual de los dos que se procesaban un amor que todo lo podía aplacar.

Por otra parte, en el clan Buchanan, otra pareja emprendió una nueva aventura, lo que no tuvo fácil Graham una vez regresaron a su tierra. Ante la desesperación de él, May empezó a evitarlo y a esquivar cualquier situación en la que él estuviera presente. Graham, al que no le gustó nada no ver su presencia allí donde estuviera, acabó sucumbiendo a sus sentimientos cuando acorraló por sorpresa a May.

Sin pedirle explicaciones a May por su comportamiento, sin querer hablar, se lanzó sin pensar en el momento más inesperado. Todo lo que había ideado May surtió el efecto deseado, con un Graham rendido a ella, mostrándole sus sentimientos en un beso apasionado cuando en una cena, la joven se levantó de su asiento al ver que él se disponía a sentarse al lado. Hasta ahí llegó Graham y ahí fue cuando se inició su historia de amor que perduraba en el tiempo, conviviendo en el castillo con los Buchanan.

Tenían dos hijos, Ail y Amy, de siete y cinco años de edad, que eran inseparables a los hijos de Kenneth y Eileen. Formaban una gran familia

dentro de las tierras Buchanan, a parte de la que tenían fuera de allí.

En el clan Sutherland…

Cuando Ewan partió de las tierras MacLeod, lo hizo con la convicción de que no tardaría en aparecer por el clan Buchanan que era donde vivía Maureen, junto a sus hermanas y su madre Lorna. El acercamiento desde que él dio el paso en el salón de los Sinclair, con una Maureen nerviosa por las heridas de Alec, solo fue el principio de lo que vivieron los dos hasta la despedida en la que cada uno se dirigió a su hogar.

Lo que Ewan no consintió durante mucho tiempo. Con ganas de llevar a cabo lo que se había propuesto y ansiando un encuentro con Maureen, se presentó una madrugada en las tierras de su amigo Kenneth Buchanan. Ante la sorpresa de Maureen al decirle él que se la llevaba a las tierras Sutherland con poca delicadeza, ella se ofendió por el carácter que mostró, dejándolo con la palabra en la boca. Esa fue la segunda vez que Ewan soltó una carcajada, mientras le dio alcance cargándola sobre su hombro, llevándola hacia su caballo y partiendo de las tierras Buchanan sin mirar atrás.

Al menos hasta mitad del recorrido lo que le sirvió para que Maureen entrara en razón y aceptara ser su esposa, regresando al clan Buchanan ante la expresión divertida de Kenneth, Eileen y May. Nada sucedió como le hubiera gustado a la joven, pero no por ello dejó de tener valor, quedando reflejado en cada gesto de Ewan el amor que le procesaba, poniendo todo su empeño para que todo se diera bien.

Lo que para Ewan era tener razón, un decir y hacer… para Maureen era perder las formas y no saber comportarse. El gran guerrero cayó rendido por Maureen, ella, adoraba la forma que tenía de ser, la cual había ido relajando con el tiempo, sin que el *laird* llegara a perder su personalidad tosca cuando requería la situación.

Tenían dos hijos, Edwin y Lean, de seis y cuatro años, con los que Ewan volvió a mostrar su parte más tierna como siempre le sucedió con Sloan, el hijo de sus amigos Iain y Kirsty.

En el clan MacKenzie…

Cameron desde que pronunció frente al rey que se esposaría a Blaire, se fijó el objetivo hasta que lo cumplió. Eran una feliz pareja unida por amor, tal y como siempre deseó que sucediera Blaire. Su sueño hecho realidad lo llamaba ella.

Pasado un tiempo, tal y como le prometió al rey, Cameron llevó consigo a Blaire a la corte, ante la emoción y sorpresa de alegría del rey. Para sufrimiento de Cameron que aguantó como pudo, un día entero. Con su día y su noche pasaron en la corte todo ese tiempo, sabiendo muchas historias que la joven vivió allí.

Después de que el clan MacKenzie se ampliara con las tierras que fueron de la familia de Blaire, todo les trajo más prosperidad, con la gente de su clan mostrándoles su lealtad.

Tenían cuatro hijos, sí, para desesperación de Cameron no de Blaire. En este caso el que lo pasó peor fue Cameron al ver el sufrimiento y por lo que tuvo que pasar su esposa para traer a la vida a sus cuatro hijos. Cual fue la sorpresa de ambos cuando Kirsty asistió sus partos como había hecho con el resto de las mujeres de la familia, cuando les notificó que en cada uno de ellos vinieron dos niños en camino.

Atrás quedó el dolor, la vergüenza y la tristeza de Blaire, borrando su pasado, centrándose en su presente y futuro más cercano. Junto a sus hijos Maela, Logan, Ducan, Elsie y junto a su esposo, era todo lo feliz que algún día soñó.

La relación de Blaire con todos se afianzó, naciendo una unión inquebrantable con las demás mujeres que formaban la que era su familia real, los que le habían dado cariño y demostrado lo que era querer de verdad.

Un resumen breve para todo lo que tuvieron que vivir los cuatro clanes, y vivirían, porque aún quedaba mucho por descubrir y enfrentar, lo que harían siempre con la seguridad de estar siempre unidos.

Donald Buchanan y James Sinclair se dedicaban a pasar temporadas en las tierras de los Buchanan y los MacLeod, a parte de las suyas propias atendiendo las necesidades de sus clanes. Por parte de James la necesidad de estar junto a sus hijas lo hacía viajar constantemente, por parte de Donald, para acompañar a su amigo James durante el tiempo que dispusiera ya que la carga de la responsabilidad frente al clan Buchanan la tenía su hijo Kenneth.

Los capítulos de la vida de todos hasta el momento se cerraron, quedando un detalle que a Eileen y a Kirsty seguía pesándoles y por el que no dijeron nada, guardándose ese recuerdo solo para ellas, en la intimidad de las confesiones. Recuerdo que en parte dejó de serlo ante un acontecimiento que las llenó de alegría y felicidad.

En una reunión en el clan Sinclair de todos los clanes, una mañana soleada donde los niños correteaban por el patio central ante la atenta mirada de sus madres, y con los *lairds* apartados en un lateral conversando de sus asuntos, el sonido de una alarma los alertó de que alguien estaba a punto de traspasar la puerta principal.

Los hombres se posicionaron en la entrada, para ser los primeros en ver a los que no tardarían en llegar. Las mujeres quedaron un paso más hacia atrás, mientras los niños iban por libre entrando al castillo para seguir sus juegos en otra zona que se les ocurrió.

Tres caballos fueron los que entraron, uno de ellos Arthur que iba adelantado marcando el paso. El *laird* Sinclair dio varios pasos, extrañado al ver a su comandante emocionado, al igual que hicieron sus hijas. Ante la cara de interrogación de todos, Arthur se hizo a un lado dejando ver a quien tenía detrás.

El asombro en la cara de James fue evidente sin poder hablar, sin esperar ese reencuentro ni podérselo imaginar. El grito de exclamación que soltaron Kirsty y Eileen que mantenían vivos sus recuerdos, con evidentes síntomas de emoción, dejó claro a todos que quien tenían delante de ellos era importante para los Sinclair.

Moira Sinclair, con lágrimas en los ojos bajó de su caballo ayudada por Raymond, el guerrero fiel y leal que la ayudó a escapar la noche negra, la noche de la masacre al clan Sinclair hacía ya muchos años. Huida que hicieron acompañando una parte del recorrido a las jóvenes que por aquel entonces eran unas niñas, Kirsty y Eileen, teniendo que abandonarlas al tener que tomar caminos separados para que ellas pudieran sobrevivir, por seguridad.

Raymond igual de emocionado se acercó a su *laird* y se arrodilló ante él presentándole sus respetos. Fue ahí cuando James reaccionó, tirando de él para que se incorporara, fundiéndose en un abrazo los dos.

Alec y Ramsey no tardaron en acercarse emocionados al que consideraban amigo, los tres formaron la guardia más férrea de James, antes de tener que desaparecer.

Kirsty y Eileen corrieron todo lo rápido que pudieron hasta la que fue desde que nacieron su criada, niñera y una segunda madre. Cuando llegaron a ella se lanzaron en un abrazo fuerte, desconsolado, lleno de tantas emociones que nadie se acercó a ellas por respeto. Fue Ramsey junto a Alec quienes explicaron quiénes eran los recién llegados, palabras que llevó a todos a comprender a la perfección la situación.

Kirsty se dio cuenta de que Moira no veía bien, tenía que palparlas, lo que no dejaba de hacer repitiendo las mismas palabras: «mis niñas». Cogiéndola de las manos, una a cada lado, Kristy y Eileen la guiaron hacia el resto. A corta distancia se defendía para ver si se esforzaba, pero en la distancia no podía distinguir quién había.

Cuando la dejaron frente a su *laird*, James la abrazó emocionado por el cariño real que siempre se tuvieron, al que se aferró la mujer con fuerza, llorando. Siempre fue el apoyo de su fallecida mujer y de sus hijas. Por Raymond supieron que Moira había estado muy enferma durante un largo periodo de tiempo, sin poderse mover, pero que gracias a Dios había podido sortear la situación y aunque no estaba del todo recuperada, ya podía hacer vida normal. El guerrero que resultó herido en la huida aquella noche negra, abrazó a las jóvenes.

La vida les volvía a sonreír, irradiando felicidad… así había sido desde que Eileen Sinclair dio el primer paso, removiendo el destino para que todo les fuera dado, paso a paso, a pesar de las adversidades.

Una gran fiesta de celebración tuvo lugar en el clan Sinclair, donde todos disfrutaron de estar juntos y unidos, una unión que el tiempo no pudo perturbar.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu